Cicatrices

EVA MAYRO

MONTENA

EVA MAYRO

Cicatrices

MONTENA

Nota de la autora

Este libro contiene escenas de violencia, lenguaje malsonante, degradación, maltrato y contenido sexual. No es una historia adecuada para todas las edades ni para todos los públicos. *Cicatrices* aborda temáticas oscuras, que incluyen situaciones de abuso, coerción y dinámicas que pueden resultar perturbadoras. Algunas escenas representan actos delictivos como relaciones sin consentimiento.

Cicatrices es una novela de ficción. Muchos de los comportamientos y situaciones de este libro no deben normalizarse ni romantizarse en la vida real. Asimismo, el SEDS (Servicio Especial de Defensa y Seguridad) es una unidad completamente ficticia, creada para esta historia. Su estructura, jerarquía, protocolos y normas no corresponden a sistemas reales y cuentan con licencias narrativas con fines dramáticos.

Una vez hechas estas advertencias, os doy la bienvenida al SEDS: Servicio Especial de Defensa y Seguridad del Estado, una unidad secreta especializada en la investigación y dedicada a operaciones clasificadas de alto riesgo.

Con amor, Eva Mayro

Para quienes no se conforman con lo establecido, porque son capaces de conseguir lo imposible: empieza nuestra misión

Pequeña ladrona, ¿me has echado de menos?

Capítulo 1

Brooke

Reconocí al hombre que acababa de cruzar la puerta de mi cafetería a pesar de que el cartel de «CERRADO» estaba recién colgado. La campanilla tintineó sobre el marco. El sonido rompió el silencio que reinaba a esas horas en Ashmoor, y quedó suspendido en el aire. Varok no se molestó en fingir alegría al verme, ni siquiera mientras avanzaba alrededor de la barra como un perro entrenado para matar. Y lo verdaderamente inquietante no fue eso, sino que hubiese logrado encontrarme en este pueblucho. Tendría que hablar con mis superiores por dos motivos: informar de la nueva baja y encontrar el hilo del que este hombre había tirado. Por mucho cuidado que tuviera, siempre había una grieta humana: alguien que pregunta, alguien que oye o ve demasiado, alguien que recuerda más de la cuenta y ¡pam! De un día para otro, me convierto de nuevo en un punto rastreable.

—Brooke —pronunció con asco mi nombre—. Te escondes bien, pero no lo suficiente.

Seguí secando los vasos con el trapo entre las manos, como si su presencia no tuviera más importancia que la de cualquier otra persona. El cristal húmedo chirrió contra la tela, anclándome a la barra, la única superficie sólida entre él y yo.

—Varok, Varok, Varok —dije sin perderlo de vista—. Si quieres una cerveza, siento decirte que ya he cerrado. Y si vienes a otra cosa…

—Me jodiste. —Dio algunos pasos más, tamborileando los dedos sobre la barra—. Me arruinaste. Y te he encontrado. No voy a irme hasta que cierres esa puta boca para siempre, maldita zorra.

Inclinó la cabeza como si evaluara si mi calma era fruto del orgullo, de la soberbia o de la estupidez.

Pensé rápido. Analicé su complexión, las circunstancias y mis recursos actuales. Metro noventa de músculo mal gestionado, hombros anchos como puertas y un cuello que habría hecho llorar de envidia a un toro. Tenía el tipo de mirada de quien había perdido demasiado. Un cuerpo hueco que me inquietaba. A pesar de esos detalles, lo miré y sonreí. Puede que mi complexión pareciera menos intimidante que la suya, pero cada fibra de mi cuerpo guardaba el exhaustivo entrenamiento de los últimos años. Varok podía ser un *rottweiler* enorme e intimidante, que hacía que muchas personas retrocedieran a su paso. Y yo seguramente fuese un caniche con muy mala leche. Y eso estaba genial, porque nadie esperaba que un caniche mordiera fuerte.

Apoyó ambas manos en la barra antes de saltar por encima de ella. La madera crujió, obligándome a retroceder un paso. No por miedo, sino para tener margen de movimiento y…

¡Pam!

La bayeta salió disparada de mi mano, como un látigo improvisado. Le dio en el ojo, haciéndole soltar un gruñido grave

justo a mitad del salto, con el cuerpo aún suspendido en el aire.

—Ups —vacilé.

La minúscula esquina de microfibra, incrustada en su ojo, fue suficiente para descoordinar su salto. Cayó al otro lado de la barra, con estrépito, haciendo tintinear los botellines antes de que rodara.

—¡Te voy a matar, zorra del gobierno!

Estaba más que dispuesto a cumplir sus palabras. Era una pena que yo no fuera a ponérselo fácil.

Aún tirado en el suelo, Varok buscó algo en el bolsillo de su pantalón. Con un movimiento rápido, sacó una navaja. La hoja brilló bajo la tenue luz de la cafetería. Un destello inhóspito y metálico.

Se lanzó hacia mí demasiado rápido. Y eso hizo que no tuviera tiempo de retroceder del todo cuando hundió la navaja hasta el fondo.

—Tu puntería me ha decepcionado, Varok.

El muy inútil había clavado el filo en la plataforma de mis botas, en vez de en mi tobillo.

Cogí impulso para darle una patada en la cabeza, pero se las ingenió para enredarse en el pie que aún tenía apoyado en el suelo para retorcerlo y hacerme caer. El vaso resbaló de mi mano y él, como un perro hambriento, se abalanzó sobre mí. El problema no era solo Varok, ni su tamaño, ni que estuviera desquiciado. Mi problema real era el espacio. Detrás de la barra no había margen para absolutamente nada. Era un pasillo demasiado estrecho, compartido con estantes de botellas, barriles de cerveza y copas. La cafetería, que hasta entonces había sido fachada y refugio, se convirtió de repente en una especie de jaula, recubierta de madera y cristal.

—De mí no te salva nadie.

Su cuerpo bloqueó el mío, aplastándome mientras hablaba

demasiado cerca de mí. Disfrutó de la pequeña ventaja, y el puñetazo que recibí en la boca del estómago llegó sin aviso. El aire se me escapó de golpe, como si acabara de vaciarme por dentro. Intenté quitármelo de encima, pero al ser tan grande, su cuerpo era un maldito inconveniente. Apreté los dientes e ignoré que mis costillas protestaban y que el espacio de la barra me impedía rodar, esquivar o moverme siquiera un centímetro sin chocar con algo, porque ese hombre ocupaba el noventa por ciento del espacio.

Varok levantó el puño de nuevo, esta vez preparado para hundírmelo en la cara. Palpé el suelo, la pared, todas las superficies buscando algo, lo que fuera. Alcancé un vaso mientras su brazo retrocedía para ganar fuerza antes del golpe. Fui rápida. Apreté el cristal con firmeza y le estampé el vaso en la cara. Fue un golpe contundente, con el que le fracturé el tabique y le rasgué en profundidad la piel del pómulo. Una técnica infalible: muñeca firme, peso del cuerpo y trayectoria directa. Trasladar el peso del cuerpo hacia el impacto hizo que el golpe tuviera mucha más fuerza. Varok parpadeó, aturdido, y se llevó una mano a la cara, tocando la sangre con los dedos. La primera gota cayó al suelo.

—Tranquilo. —Sonreí y aproveché para quitármelo de encima gracias a su aturdimiento—. Sigues siendo muy feo, pero ahora puedes echar la culpa a un vaso.

Varok apoyó una rodilla en el suelo, lo que me permitió arrastrarme medio metro lejos de él. El problema fue que el aturdimiento se le pasó más rápido de lo que yo había previsto. Se impulsó hacia delante usando todo su cuerpo, de rodillas. Sus manos se cerraron alrededor de mi cintura antes de que pudiera reaccionar y, como si no pesara nada, me levantó del suelo.

—Ni se te ocurra…

El muy perro me lanzó por encima de la barra.

Noté el impacto de la madera contra mis caderas al pasar por el borde, luego el vacío de estar suspendida en el aire. Caí al otro lado, entre dos mesas, derribando una silla. El impacto me recorrió la espalda entera, concentrando el dolor del golpe en las lumbares y el costado. Me quedé boca arriba, mirando el techo mientras el cuerpo protestaba.

Varok atravesó la barra para venir a por mí, pero la puerta del bar se abrió cuando se encontraba a mitad de camino.

—Nena. —La voz de Nick me hizo reaccionar—. No encuentro el albarán de la última entrega, ¿lo tienes tú?

Nick, mi mejor amigo y vecino, era de un tamaño similar al de Varok. Solo que Varok tenía cuarenta años y Nick veintiuno. Se quedó ahí, con la chaqueta del trabajo abrochada hasta la garganta y la carpeta en la mano. El olor de las chimeneas de las casas invadió la cafetería. Su mirada pasó de mí, que estaba en el suelo, a Varok, que tenía la cara sangrando.

—¿Pero… qué cojones? —balbuceó.

—¡Nick, corre, vete!

Logré incorporarme, gracias al apoyo de una de las sillas. Pero, aun así, no me hizo caso.

—Hey, tío —dijo Nick a Varok, levantando las manos en son de paz, después de confundirlo con un borracho. La carpeta cayó al suelo—. ¿Por qué no nos relajamos? No me gusta nada la violencia.

Varok se lanzó hacia él sin miramientos.

—¡Brooke! —gritó Nick, corriendo entre las mesas con Varok detrás.

—¿Brooke, qué? ¡Te he dicho que corrieras!

—¡¿Y qué estoy haciendo?!

Había conseguido esquivar de milagro la silla de madera maciza que Varok le lanzó a la cabeza. Imaginé por un momento lo que

hubiera pasado si hubiera alcanzado a Nick. El pecho se me cerró mientras algo dentro de mí se retorcía ante esa idea.

—¡Pero no dentro del bar, cabeza de chorlito!

Aproveché que durante la persecución me dieron los dos la espalda. Mi bota seguía con la navaja incrustada en la plataforma. Varok, aunque tuviera pésima puntería, sí podía presumir de fuerza, porque tuve que doblar la pierna y tirar con fuerza. El diseño del filo estaba pensado para que al extraer la navaja hubiera desagarro, lo cual explicaba que no se hubiera salido de la suela en la pelea. Nick esquivó por los pelos una mano de Varok que iba directa a su cuello.

—¡¿Qué le pasa, está drogado además de borracho?! ¡Le falta escupir espuma por la boca!

—No —respondí—. Está cabreado, y créeme, eso es mucho peor.

—¡Tío, calma! ¡Solo soy un repartidor!

Usé el respaldo de una de las sillas para mantenerme en pie. Tenía la sensación de que Varok me había convertido los huesos en cristales mal pegados y temía que en cualquier momento se pudieran romper. Pero ni eso me detuvo. Que aquel hombre pudiera hacer daño a Nick me provocó un miedo visceral. Y a veces, el miedo era el mejor aliado.

—¡Te regalo los paquetes, la furgoneta! —continuó Nick—. ¡Pero deja de perseguirme como si me quisieras matar!

—¡Eso es justo lo que quiere! Varok, maldito perro —lo insulté—, ven a por mí si tienes huevos.

—Tranquila, zorra. No me he olvidado de ti.

Nick no sabía si huir, llorar, bloquearse o vomitar. Y aun así seguía esquivando mesas, sillas y las manos largas de Varok hasta que lo agarró.

Varok atrapó su chaqueta, eso me obligó a moverme a pesar de que me moría de dolor. Rendirme significaría no solo mi muerte, sino

también la de Nick.

Cada paso me arrancaba un ardor horrible en las vértebras, pero conseguí llegar antes de que aquella bestia le pusiera un dedo encima a Nick. Su costado quedó completamente expuesto cuando echó el brazo hacia delante, con intención de golpearlo. Y ahí encontré mi oportunidad, en ese hueco bajo sus costillas. Estiré el brazo, ignorando el dolor de la espalda, y hundí el filo dentro de ese espacio repleto de músculos intercostales y nervios. Si lo clavaba lo bastante profundo, podía alcanzar el pulmón. Así que concentré toda mi fuerza, sintiendo cómo la hoja se abría paso hasta lo más hondo. Noté el crujido húmedo. El cuerpo cediendo alrededor del metal, abriéndose paso en carne viva.

—Maldita zorra del gob…

Sus dedos se soltaron de la chaqueta de Nick. No esperé para terminar el trabajo: me incliné hacia Varok, que aún estaba de pie, saqué la navaja de su cuerpo y se la clavé en la boca del estómago. Sus rodillas cedieron, su aliento fue un jadeo roto. Intentó decir algo, pero lo único que salió de su boca fue un gorgoteo ahogado.

—Nadie viene a mi cafetería a amenazarme.

Cayó de lado con un golpe seco que hizo temblar el suelo, con los ojos abiertos y la mirada perdida, muerto. Nick no se movió. Dirigió la mirada hacia el cadáver, luego a la navaja. Deduje que su cerebro estaba entrando en modo cortocircuito porque tenía la boca abierta y no conseguía articular palabra. Incluso se llevó una mano al pecho, como si necesitara comprobar que no era a él al que había atravesado el filo de esa navaja.

Señaló a Varok sin atreverse a mirarlo del todo.

—¿Está muerto, nena? ¿Está muerto de verdad?

Lo empujé hacia la salida, temiendo que se desmayara de camino. El esfuerzo hizo que el cuerpo se me resintiera más, si cabe.

—Nick, somos amigos, así que… No has visto nada, no has estado en la cafetería, y lo más importante, aquí no ha muerto ningún tío.

Nick, incapaz de moverse, seguía con los pies clavados en el suelo.

—¿Estás de puta coña, Brooke? ¡Hay un cadáver en mitad del local!

Tiré de su chaqueta antes de pegarlo a la pared, junto a la puerta, con una mano sobre su pecho para que me mirara a mí, y no a Varok. Nick fijó los ojos en los míos como si acabara de descubrir una parte de mí que desconocía por completo.

—Nick, era él o nosotros. Lo entiendes, ¿verdad?

Lo solté y fui detrás de la barra a por su copia del albarán.

—Él o nosotros —repitió, en un completo estado de shock.

—Tu cabeza de chorlito me ha salvado la vida. Así que ya está. Olvídalo.

Señaló el cadáver, incapaz de mirarlo.

—¿Cómo voy a olvidar eso?

Resoplé, intentando no doblarme por el dolor de espalda. Le di el albarán y señalé la carpeta en el suelo para que la recogiera.

—Haciendo un esfuerzo. Vete a casa, dúchate y actúa con normalidad.

Recogió la carpeta, guardó el albarán y puso un pie tras la puerta.

—¿Por qué quería matarte?

—Ya te lo he dicho, estaba enfadado.

—Eso no es una respuesta.

—Ya. —Lo empujé hacia fuera—. Adiós.

—Vale, olvídalo.

—Yo ya lo he olvidado.

Nick me miró de reojo.

—No quiero saber nada —mintió—, aunque da igual que quiera o no, porque desde que te fuiste a estudiar cosas raras, ocultas cosas y no cuentas una mierda.

—Nick —le interrumpí—, descansa.

—¡¿Cómo?! No podré dormir esta noche, ni mañana, ni seguramente nunca porque… —Se quedó a medias, mirando un punto indefinido entre mis botas y el cadáver—. Porque he visto morir a alguien y acabo de traumatizarme.

Me aguanté la risa. No conocía a nadie tan exagerado.

—Lo superarás.

Señaló su sien.

—Mentira. Nunca voy a poder borrarlo de aquí.

En eso puede que tuviera razón. Ver morir a alguien es algo que no se olvida, pero no podía contarle que Varok era uno de los traficantes de armas más buscados en más de cuarenta estados, capaz de mover misiles de contrabando con la misma facilidad que quien lleva por la mañana la barra de pan bajo el brazo. Vendía las armas al mejor postor, sin importar las consecuencias. Varok había puesto explosivos, drones y rifles de precisión en manos de gente a la que yo no le daría ni un tirachinas.

A Travis y a mí nos costó muchísimo dar con él, hasta que interceptamos un cargamento retenido en el lugar concreto, y a la hora exacta, gracias a unos mensajes que no estaban tan bien cifrados como Varok esperaba. Interceptamos media docena de contenedores llenos de armamento que nunca llegaron a su destino. Para el SEDS, aquello fue un éxito. Para Varok, el principio de su fin. Le congelaron las cuentas bancarias, perdió contactos, lo expusieron sin red de apoyo. Dejó de ser un fantasma para pasar a ser un nombre subrayado en rojo en varias listas. Y como todos los

fantasmas, empezó a perseguir a alguien; en este caso, a mí.

Pero no podía compartir nada de eso con Nick, así que hice lo único que podía hacer: le di un beso rápido en la mejilla.

—Estoy viva porque has venido a por un albarán. Duerme pensando en eso.

Parpadeó con la cara roja como un tomate, como si su cerebro hubiera dejado de funcionar por un momento. Con una sonrisa tontorrona, se llevó la mano a la mejilla.

—Genial —murmuró—. Estoy traumatizado… pero por una buena causa. Necesito terapia y no tengo dinero. Aunque da igual, porque tampoco podría contar nada de esto, ¿no es así?

Esbocé una media sonrisa y me puse de puntillas para darle otro beso en la mejilla.

—Adiós, Nick.

Asintió, aún en shock, caminando con la carpeta bajo el brazo hasta la furgoneta del trabajo, mientras murmuraba que descansaría el día que se fuera a hacer un retiro espiritual, cuando se convirtiera en monje o paseara cabras en el Himalaya.

—¿Hacemos tortitas el sábado? —pregunté desde la puerta del bar, antes de que desapareciese de mi vista.

Se detuvo antes de subir a la furgoneta, con la carpeta colgando del brazo, como si pesara más que él.

—Tortitas —repitió—. Hacer tortitas.

—El sábado. Tortitas con mantequilla.

Asintió ligeramente, y eso me bastó para tenerlo donde quería. No era una pregunta al azar. Hablar de su postre preferido como plan para el sábado señalaba una fecha en el calendario, y eso, sin decirlo, era darle algo cotidiano a lo que agarrarse para que su cerebro no se quedara tan atrapado en la imagen del cadáver.

Aquello lo obligaría a proyectar en el futuro y no centrarse tanto

en lo que había pasado.

—Con mucha mantequilla, Nick.

—Sí… El sábado —repitió, más para él que para mí.

Lo vi subir a la furgoneta mientras lo oía repetirlo para sí mismo como si fuera su nuevo mantra: «Tortitas. Mantequilla. Sábado». Y no lo juzgué. Cualquier cosa era mejor que pensar en el sonido que hace un cuerpo muerto al caer al suelo.

Cerré desde dentro la cafetería con llave, consciente de lo que había sentido ante la idea de que la silla le hubiera reventado la cabeza. Varok podría haber matado a Nick, y aunque no hubiera sido así, el miedo se había abierto paso dentro de mí.

Estaba segura de que ya no vendría nadie, al menos, no sin avisar. Pero con un cadáver en el bar, tampoco pensaba arriesgarme. Cogí el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Aunque el protector se había roto, la pantalla funcionaba. Busqué el nombre de Travis Holmgren en la agenda y lo llamé.

—Tengo a Varok en mi cafetería —informé cuando descolgó.

—¿A Varok?

—Sí.

—¿Te ha hecho algo? ¿Estás bien?

Miré mi antebrazo y me di cuenta de que estaba sangrando. Tenía varios cortes, seguramente de cuando le había reventado el vaso en la cara. La sangre corría lenta hacia los dedos, pasando por la muñeca y dibujando líneas finas y oscuras.

—Brooke.

Que usara mi nombre y no mi apellido significaba que Travis no tenía ningún agente alrededor. Miré el cadáver en el suelo.

—Estoy viva. Él no. ¿Puedes encargarte del cuerpo?

—Ya sabes que sí. ¿Algún testigo?

—No —mentí.

—Buen trabajo. Voy para allá.

Capítulo 2

Brooke

Travis llamó a la puerta cuando llegó.

—Brooke.

Apoyé el brazo en la barra. La espalda me seguía doliendo y el analgésico que me había tomado era poco más que un gesto simbólico; el ardor en la columna seguía ahí, como si alguien me hubiera inyectado fuego entre las vértebras.

—Voy.

Abrí la puerta.

—¿Dolor?

Eché la llave mientras le daba una respuesta.

—Los cortes escuecen, pero no son profundos. La espalda me está matando.

Me senté en uno de los taburetes.

—¿Daños?

—Me lanzó por encima de la barra, aterricé ahí.

Señalé el punto exacto en el que había caído para que fuera

consciente de que me había hecho volar varios metros. En el suelo, todavía había restos de cristal que brillaban de forma grotesca, lo que me hizo recordar la brutalidad de la preparación de cualquier agente de mi unidad operativa en el Servicio Especial de Defensa y Seguridad. Recordé también las pruebas físicas extremas. Y las noches durmiendo en la intemperie hasta rozar la hipotermia, con exposición prolongada al frío y al hambre, junto a marchas interminables con más de treinta kilos a la espalda. Solían exponernos a la privación de sueño durante días, semanas incluso, hasta confundir vigilia con alucinación. Lo peor eran las inmersiones forzadas, con el cuerpo agotado y los pulmones ardiendo. O el combate cuerpo a cuerpo después del colapso muscular. Todo estaba diseñado para llevarnos al límite y comprobar si la mente era más fuerte que el cuerpo.

—Déjame ver.

Señalé el cadáver sin darle importancia.

—¿No deberías ocuparte primero de su cuerpo?

—Primero me encargaré de ti, después pensaré cómo sacar a ese animal de este tugurio.

Travis me giró la mano ligeramente hacia la luz. Comprobó que tenía pequeños cortes en los nudillos, en el dorso y en la palma.

—¿Esto cómo ha sido? —preguntó con intención de evaluar.

—Con un vaso de cristal, se lo estampé en el tabique.

—Siempre tan resolutiva. ¿El botiquín está donde siempre?

—Sí.

Dejé que fuera a por él. Travis sabía dónde estaba. Aunque viviera en Nueva York, había venido alguna vez a verme. Éramos compañeros de trabajo, formábamos un equipo excelente y nuestras relaciones sexuales estaban al mismo nivel: nos gustábamos y disfrutábamos el uno del otro, pero sin exigencias. Un pacto sencillo:

cuerpos disponibles sin promesas ni preguntas, tampoco futuro. Solo piel y carne para amortiguar la tensión de nuestro trabajo.

Volvió con el botiquín en la mano y se sentó frente a mí. Sus dedos eran anchos, pero cuidadosos. Limpió los cortes con alcohol, ejerciendo movimientos precisos e inspeccionó las heridas con una linterna.

—Parece que hay algunos fragmentos de vidrio incrustados.

Cogió las pinzas para sacarlos. Con una paciencia infinita, fue arrancando uno a uno los cristales adheridos a la sangre. Después volvió a limpiar los cortes y colocó las gasas estériles antes de fijarlas con esparadrapo.

—Con esto debería bastar para evitar infecciones.

—Gracias.

—Quiero verte la espalda.

Me quité el jersey con su ayuda, quedándome en sujetador para dejar a la vista la zona afectada. Señalé con la mano la zona que me dolía. Travis evaluó con precisión los hematomas, palpando con cuidado la piel y los músculos para comprobar que no hubiera lesiones graves ni desgarros. Estaba concentrado en la evaluación, pero su cercanía y la manera en que me tocó, hizo que se me erizara la piel.

—Todo en orden, Crowley. Aunque tendrás molestias durante varios días.

—Estoy acostumbrada, Holmgren.

Me gustaba este juego de alternar nombre, apellido y cargo.

—Si el dolor no cesa, aumenta la dosis del analgésico.

Pasó de evaluarme a acariciarme de otra forma que me gustaba más. Sus manos recorrieron la parte alta de la espalda, entre los omóplatos, presionando y deslizando los dedos con un leve masaje, como si quisiera aliviar mi dolor. Lentamente, bajó por los hombros,

dejando que sus palmas me acariciaran desde los brazos hasta la cintura. Consiguió que se me erizara la piel y que la tensión se volviera demasiado intensa como para ignorarla cuando me besó en los labios.

—Las curas son menos horribles cuando las haces tú.

Me dejó varios besos en la clavícula.

—Podría acostumbrarme, aunque prefiero tu cuerpo intacto.

—¿Cambiarías tu oficio por el de curandero, Travis Holmgren?

Eché la cabeza hacia atrás para que me besara de nuevo.

—Solo si me pagas con esto.

Se inclinó, acercando su boca. Esta vez, el beso no fue solo con los labios: su lengua se deslizó voraz entre la mía, explorando y jugando como un maldito experto. Mis manos se enredaron alrededor de él, respondiendo al beso mientras el dolor de la espalda me provocaba fuertes punzadas. Me aferré a su cazadora mientras medía cada movimiento para no hacerme daño.

—Te ayudaré en la cafetería —soltó, quitándose la cazadora.

—No necesito ayuda en mi propio bar. Ashmoor está muerto el noventa por ciento del tiempo.

—Me da igual. Que Varok haya llegado hasta aquí significa que más delincuentes podrían hacerlo.

—Lo veo innecesario. Ese perro se movía completamente solo desde que su nombre encabezó varias listas oficiales.

—Solo, no. Su mano derecha ha seguido moviéndose en las sombras.

Travis se colocó delante de mí, abriéndome las piernas. Me quitó las botas y luego el pantalón de cuero, dejándome sobre el taburete, en ropa interior, antes de sacar del bolsillo un preservativo. Aunque llevaba el implante anticonceptivo subdérmico, eso no servía de barrera contra las enfermedades de transmisión sexual. Y como no

teníamos una relación basada en la exclusividad, sino que éramos compañeros con derecho a roce, más valía prevenir que curar.

—No me importa nada cómo lo veas, Crowley. Entre compañeros nos protegemos las espaldas.

Se bajó los pantalones y el bóxer, colocó las manos en los bordes del taburete y me apartó las bragas hacia un lado.

—Además —continuó—, ya tengo el hábito de follarte en este antro un par de veces por semana.

Le sujeté la muñeca antes de que pudiera avanzar más.

—No eres mi guardaespaldas. Y yo no soy ni quiero ser tu responsabilidad.

—¿Tengo cara de querer ser el héroe?

Abrí las piernas, dándole paso.

—Bien. Porque yo me cuido sola.

Se hundió en mí sin forzar, con cuidado para que la columna no tuviera que soportar movimientos demasiado bruscos. Aferró una de sus manos al muslo mientras entraba y salía, al principio, despacio.

—No pretendo salvarte la vida —jadeó—. Solo asegurarme de que sigas teniéndola. Y si para eso tengo que hacerme pasar por un camarero en este tugurio de mierda, lo haré.

De nada servía llevarle la contraria cuando algo se le metía en la cabeza.

—Será temporal —advertí—. Y lo de follar entre cadáveres también debería serlo.

—Lo será. Pero mientras dure —añadió contra mis labios—, me aseguraré de que llegues viva y satisfecha al final del día.

Su lengua traspasó toda mi cavidad bucal y la penumbra del bar perfiló su piel. Travis no era un armario como Varok ni como Nick, aunque seguía siendo alto. Lo que destacaba de él era la fibra; los músculos y tendones tan definidos que le recorrían el cuerpo entero.

Con la mano que tenía libre, dejó de sujetar el taburete para envolver mi cintura, ejerciendo la presión justa para hundirse hasta el fondo. Apoyé la cabeza en su hombro, entre jadeos, y desvié los ojos hacia Varok. Seguía tirado boca arriba, con el tabique reventado y la cara ensangrentada. No es que me diera morbo follar con un cadáver a pocos metros; pero era un recordatorio de que la muerte podía llegar en cualquier momento. Cerré los ojos, clavando los dedos en la espalda de Travis. Buscando solo su piel y su calor. Dejé de pensar, de medir, de calcular y me dejé llevar hasta alcanzar el clímax.

Cuando terminé, el temblor de mis músculos no venía solo del orgasmo, sino de la descarga de la tensión acumulada. Travis era, a falta de milagros, el mejor sedante. Un sedante que se separó, se quitó el preservativo y se vistió. Luego me ayudó a ponerme el jersey, a bajar del taburete, incluso a calzarme las botas y subirme los pantalones. Cuando la tela rozó un hematoma que se había formado en mitad de mi cadera, reprimí una mueca de dolor.

—¿Te duele mucho?

Después de follar, su voz parecía ligeramente más ronca.

—No. La espalda discrepa, pero el resto del cuerpo te agradece el polvo.

Travis avanzó hasta Varok con las manos en los bolsillos, se agachó a su lado y le bajó los párpados.

—Fin de tu vida, perro.

Sus ojos quedaron sellados con ese gesto. Los de Travis estudiaron el local en silencio, fijándose en las sillas volcadas y las mesas descolocadas.

—No fue un trabajo limpio —confesé—. Pero sí rápido.

—¿Seguro que no hubo testigos?

Era la segunda vez que hacía esa pregunta.

Una punzada de culpa se me clavó bajo la piel al pensar en Nick.

—Seguro. —Volví a mentir.

Admitir que había testigos implicaba hacer informes. Y los informes suponían que había gente por encima de nosotros tomando decisiones. No iba a permitir que nadie, por muy por encima que estuviera de mí, decidiera si mi mejor amigo seguía siendo un civil o si pasaba a ser un riesgo. El gobierno no invitaba a tortitas a los riesgos. Los clasificaba, evaluaba y si determinaban que podían entorpecer nuestra misión, los eliminaban. Limpio, frío y burocrático. También se habían dado casos en los que, en lugar de eliminar al testigo, lo chantajeaban o lo convertían en infiltrado. Pero muchos de ellos acababan en el apartado de bajas.

Caminó alrededor de las mesas.

—Te lanzó por encima de la barra y caíste aquí.

Puso el pie en el lugar que le había indicado antes.

—Exacto.

—Pero a Varok lo apuñalaste ahí.

Señaló el cuerpo.

Joder.

Los hombros se me tensaron, lo que me provocó otra punzada entre las vértebras. Obligué a mis músculos a relajarse. Mentir también era parte de nuestro trabajo, así que improvisé.

—Rodé antes de que se me echara encima.

No pareció convencido. Su mirada viajó del suelo a mis botas, luego al cadáver, y otra vez a mí.

—Rodaste desde aquí hasta allí, ¿con la espalda hecha mierda?

Encogí los hombros con normalidad.

—Ya ves, el cerebro reptiliano hace milagros. O te mueves o te mueres.

Permaneció unos segundos en silencio, evaluando.

—Te ha salido bien —concluyó.

—Estoy respirando. Él, muerto. Técnicamente, me ha salido bastante bien.

—Hay que sacarlo de aquí. Aunque Ashmoor esté desierto, no quiero que amanezca y este tío siga decorando el suelo.

Me senté en el taburete y apoyé despacio la espalda en la barra, mientras Travis actuaba.

—Daré el aviso al equipo.

Sacó el móvil del bolsillo de la cazadora y se llevó el teléfono a la oreja mientras su mirada seguía repasando el cadáver y los destrozos del bar.

—Necesito limpieza —dijo en cuanto respondieron la llamada—. Urgente, punto seguro. Sin testigos, solo el SEDS. Furgoneta rotulada de fontanería y calderas. Activad protocolo de tuberías. Ubicación enviada.

Colgó.

—Smith y Davis llegan en veinte minutos.

«Activad protocolo de tuberías» significaba que un equipo interno llegaría en una furgoneta con rótulos de servicios falsos de fontanería y calderas, para que pareciera una revisión rutinaria cuando, en realidad, traerían productos para eliminar cualquier rastro de sangre o huellas. Eso aseguraba que la escena quedara impoluta. Y lo mejor era que, en esa misma furgoneta, llevarían el cuerpo de Varok a la base, para hacerlo desaparecer.

Éramos expertos en maquillar las mentiras para que parecieran verdad. Por eso, dos tíos con mono de trabajo y una furgoneta con rótulo bastaron para sacar a Varok sin levantar sospechas. Los vecinos pensarían que estaban cambiando una caldera vieja.

Tal y como había dicho Travis, en veinte minutos, Bill Davis y Mason Smith bajaron de una furgoneta con monos de trabajo y una

caja metálica de transporte industrial, con ruedas y asas a los lados, lo bastante grande para que Varok cupiera dentro. Desde fuera parecía un contenedor para recambios de caldera o depósitos a presión. Desde dentro, no era más que un ataúd improvisado, forrado con un material especial completamente impermeable para evitar que la sangre u otros fluidos se filtraran. Estuvieron dentro de la cafetería unos diez minutos, quince como mucho. El tiempo con el que contábamos normalmente para no levantar sospechas en este tipo de operaciones.

Lo primero que hicieron fue desplegar una lona oscura junto al cuerpo. Se colocaron guantes y gafas transparentes antes de envolver el cadáver para introducirlo en el contenedor. Una vez dentro, cerraron la tapa y sacaron químicos, pulverizadores y paños especiales. Limpiaron las salpicaduras de sangre, los cristales rotos, las huellas y cualquier resto que pudiera conservar ADN. Revisaron con linternas especiales cada rincón, buscando manchas que el ojo no era capaz de captar hasta que el local dejó de ser la escena de un crimen.

La cafetería pareció retroceder en el tiempo, borrando todo resto de la violencia anterior hasta quedar reducida a lo de siempre: madera vieja. Bill y Mason inclinaron el contenedor, levantaron ligeramente las asas y lo dejaron rodar sobre sus propias ruedas. Travis abrió la puerta para que pudieran salir, aunque antes Bill se giró hacia mí y me tendió una factura con los datos fiscales de una empresa de servicios técnicos que en realidad tampoco existía, aunque pareciera que sí. Había un sello, un número de identificación y el concepto del servicio: revisión de caldera y cambio de válvula de seguridad. Me quedé con la copia.

—Buen trabajo —me felicitó Mason—. Agente Brooke Crowley, uno. Varok, cero.

—Gracias. Llevaré a la base unas cervezas para celebrarlo.

Fue una broma. En la base estaba terminantemente prohibido consumir alcohol o cualquier sustancia estupefaciente.

Bill y Mason empujaron el contenedor hasta la furgoneta, lo subieron por la rampa metálica y se fueron. Travis se abrochó la cazadora.

—Oficialmente, aquí no ha pasado nada. Nada, salvo que te has cargado al perro de Varok y has follado con el jefe de grupo.

Lo último me arrancó una sonrisa.

—Supongo que hoy no era mi día para morir.

Me dio un beso rápido en los labios y se dirigió a la salida.

—Procura que ninguno lo sea. Mañana me acercaré para ver cómo evoluciona tu espalda y te cubriré en el bar para asegurar que no haya más amenazas.

Travis salió, cerrando la puerta tras de sí. Me serví un vaso de agua, bebí pequeños sorbos y ya con la chaqueta de cuero puesta, cerré el bar y me subí a la moto.

Me ardían todos los músculos de camino a casa. Cuando llegué, mis padres ya habían cenado, pero el salón seguía cálido, manteniendo el crepitar de las llamas en la chimenea. Sobre la mesa había un plato preparado con carne, pan horneado y una infusión. Agradecí que ya estuvieran en la cama y que no me hicieran preguntas. Ellos entendían mejor que nadie lo difícil que era dormir después de asesinar a alguien.

Daba igual lo hijo de puta que fuera el criminal, su último aliento siempre se quedaba grabado en la mente.

Me dejé caer en la silla, apenas cené y, después, conseguí dormir un total de unas cuatro horas. Las suficientes para descansar algo antes de despertarme con la sensación de que Varok me acecharía desde el otro lado hasta la eternidad.

Capítulo 3

Brooke

Pasado

Aunque me dolía el cuerpo entero debido al entrenamiento, estaba orgullosa de mis propios avances. Me había acostumbrado a la rigidez de los músculos, a la sensibilidad al tacto, incluso a las molestias persistentes al moverme. Dolores funcionales, decía mi padre. Señales de adaptación, no de lesión. El *kickboxing*, lejos de lo que la mayoría pudiera pensar, no era solo patadas. Suponía mucho esfuerzo cardiovascular y técnica a la hora de dar los golpes. También practicaba judo y boxeo. Hacía trabajo de resistencia anaeróbica para aprender a sostener esfuerzos de mucha intensidad, para mejorar la fatiga, fortalecer los músculos, los huesos y aumentar el umbral del dolor.

—Brooke.

Mi padre entró en la habitación poco después de que yo llegara. Agotada, dejé la mochila sobre la cama y me senté para quitarme

las deportivas. Por su expresión, intuí que mi entrenador le había puesto al día.

—Olvidé el protector de tórax —mentí.

Tenía trece años y ya había adquirido la habilidad de improvisar de manera natural.

—¿Otra vez?

Puso cara de «a mí no me engañas».

—Sí.

—Deberías usarlo hasta que aprendas a encajar los golpes o echarás el hígado por la boca. Déjame ver.

Me levanté para que pudiera ayudarme a quitarme la sudadera. Aún me ardía el estómago y por mucho que intentase disimular el malestar, todavía notaba ese dolor punzante que me había hecho caer al suelo y retorcerme. El color de la piel de esa zona ya había cambiado, se veía que el moratón comenzaba a formarse.

Papá se frotó la barba de varios días.

—En la próxima clase te lo pondrás. Si ignoras las medidas de seguridad, terminarás lesionándote. Y las lesiones son algo que no nos podemos permitir en esta familia.

En ese momento, sonó el timbre de casa; era Nick.

Aproveché para escabullirme con una mano sobre el abdomen, intentando no hacer muecas cada vez que el dolor se reavivaba. Al abrir, mi mejor amigo estaba allí, con esa sonrisa traviesa de «No he roto un plato en mi vida, pero probablemente sí algo peor».

—¡Hey!

Nick saludó con la energía de siempre.

—Tienes pinta de que te haya pasado un camión por encima —observó.

Me eché a un lado para que pasara.

—Ya ves. Y he sobrevivido.

Reparó en el borde inferior de mi sudadera, donde la piel ya había cambiado de color.

—Otra vez sin protector.

No le hice caso. Cerré la puerta y subimos las escaleras, aunque no llegamos muy lejos. Mi padre estaba en el pasillo.

—Chico, ¿qué tal tu madre?

—No se ve los pies desde hace semanas. —Nick se frotó la nuca —. Y la nevera se ha convertido en su mejor amiga a pesar de sus malas digestiones.

Mi padre soltó una carcajada.

—Está en la recta final del embarazo. Dile que si necesita algo nos avise a mi mujer o a mí.

—Se lo diré, señor.

—No me llames señor, que me haces sentir como un abuelo —ordenó mi padre, tirándole de la oreja con suavidad—. Llámame Larry, chico. O al menos, intenta sonar menos formal.

Nick se rascó la oreja enrojecida.

—Larry.

—Así me gusta. No os distraigáis demasiado. —Besó mi cabeza —. Brooke tiene que repasar para el examen de mañana.

—Vale, señor. Digo… Larry.

—¿Cenamos con mamá en el bar? —pregunté.

—Mañana. Hoy tienes que estudiar.

Papá siguió con sus cosas. Y Nick subió hasta mi habitación como si fuera la suya. Se quitó las deportivas y cogió los apuntes de mi escritorio antes de saltar sobre la cama.

—Brazos, hombros y trapecio —leyó—, glúteos, cuádriceps, isquiotibiales…

—Eso no es lo que tengo que estudiar.

Le quité esa carpeta para acercarle la de criptografía. Nick agitó

los nuevos apuntes sin entender nada.

—Tu instituto es rarísimo. Nadie con una educación normal entrena tantas veces por semana. Tampoco estudia cosas de estas.

—Me gusta la criptografía.

—Pero, Brooke. ¿Criptografía para quéééé?

Me tumbé con él, dándole un cabezazo adrede en el pecho.

—Sirve para muchas cosas.

Me aplastó la cabeza con la almohada.

—¿Como por ejemplo? Tienes que decirme para qué, no dejarlo en el aire.

Le pegué con la misma almohada y soplé hacia arriba para apartarme el pelo de la frente. Nick, después de reírse, me colocó el resto de mechones tras la oreja.

El gesto me pilló tan desprevenida que me quedé mirándolo más tiempo de lo que acostumbraba. Últimamente Nick me hacía rabiar todo el rato: empujoncitos, cosquillas… Y lejos de desagradarme, me gustaba, y mucho.

—Para proteger información, descifrar códigos… Cosas así. También nos enseñan a detectar patrones. ¡Es muy guay!

Nick seguía mirándome con esa sonrisilla tonta, la misma que ponía yo, lo que me provocó un cosquilleo en el estómago.

—Estamos en secundaria. Lo máximo que hago yo es diseccionar ranas o mirar células de cebolla en el microscopio.

—Mira, haremos nuestro propio código criptográfico para que veas lo chulo que es.

Busqué papel y boli e imaginé un abecedario con lo que se supone que sería nuestro propio código de numeración.

—Nick, atento. —Le mostré el folio antes de volver a escribirlo para él en otro papel—. El truco para que nadie entienda lo que escribimos es que el código sea…

Me quitó los apuntes y empezó a hacerme cosquillas.

—¡Para! —Me revolví muerta de risa.

—No quiero. Es demasiado divertido.

Me giré para conseguir cierto margen de movimiento en la pierna derecha y poder darle una patada lateral suave, para apartarlo sin hacerle daño.

—¡Hey! —Acabó sobre los cojines—. ¡Eso no vale!

Le devolví las cosquillas, sin parar de reír.

Ya había conseguido el cinturón blanco y amarillo en *kickboxing*. En este curso, mis padres me habían doblado los entrenamientos para trabajar las técnicas combinadas y mejorar la coordinación en cuanto a golpes, patadas y posiciones de defensa para conseguir el naranja. Aunque Nick no lo supiera, lo que aprendía no respondía a una disciplina deportiva genérica, sino a un modelo de preparación progresivo preparado por Unidades Especiales del SEDS. Todas ellas necesarias para adquirir conocimientos ya no solo de criptografía, sino de informática, seguridad digital, primeros auxilios, formación con perros guía, supervivencia en distintos entornos y estrategia. Una formación estructurada en fases enfocada en poder acabar con las unidades antiterroristas, el rescate de rehenes y la incautación de drogas y armas. Y para eso se necesitaban conocimientos, resistencia física y mental, técnica operativa y, al final de la preparación, acceso y formación con armamento y explosivos reales. Estaba prevista en la fase final general, a los veintiún años. Sin embargo, mis aptitudes y capacidad de adaptación en las pruebas de acceso al primer ciclo permitirían mi acceso a un programa especial. Bajo ese marco, en mi caso, esa formación en armamento y explosivos comenzaría a los dieciocho años.

Mis padres ya me habían advertido sobre la importancia de no contárselo a nadie. Y que el bar solo era una tapadera. Detrás de

esa fachada de negocio familiar había planificación operativa, análisis de amenaza y exposición ante un operativo, misiones de alto riesgo y un código ético arraigado. Papá y mamá no buscaban problemas, pero resolvían los que otros no podían. Lo bueno de tener una cafetería en Ashmoor, un pueblo tan pequeño como austero, era que mis padres sabían cuándo abrir para cubrir el servicio y cuándo se podían permitir cerrar; el equilibrio perfecto para que los del pueblo siguieran pensando que éramos una familia normal. Nadie sospechaba que detrás de la barra se movían agentes de Estados Unidos vinculados a operaciones secretas de intervención táctica.

Con trece años, ya tenía claras mis prioridades: entrenar y aprender para ser como mis padres cuando fuera mayor. Porque el verdadero proceso de selección comenzaba mucho antes de que alguien te pusiera un arma en las manos.

La educación que estaba recibiendo no tenía nada que ver con la que había recibido en el colegio de Ashmoor, donde había una sola aula unitaria habilitada en el mismo ayuntamiento del pueblo. La señorita Figueroa daba clases de infantil y primaria a todos los niños juntos, con mesas compartidas y libros que rotaban de unos a otros. Allí aprendí a leer, a contar, matemáticas… mientras los más pequeños se peleaban con las ceras. Los mayores éramos Jess, Cami, Benny, Nick y yo. Aquella aula y la señorita Figueroa me habían regalado algunos de los momentos más maravillosos de mi infancia, pero no podía compararse con la educación que estaba recibiendo ahora.

Nick me lanzó un cojín, así que rodé hasta el suelo para esconderme bajo el escritorio.

—¡Verás ahora, cabeza de chorlito!

Saltó de la cama, apartó la silla de la mesa y empezó a tirarme

del pie para sacarme del improvisado escondite.

—¡Admite que estudias cosas raras y te dejo en paz!

—¡Jamás! —contesté, sujetándome a una de las patas del escritorio.

Logró hacerme salir, pero me giré con rapidez, apoyé una mano en el suelo y deslicé la pierna en un movimiento circular. Mi maniobra le hizo perder el equilibrio y caer de culo sobre la alfombra.

—¡Oye! ¿Eres una tortuga ninja o qué?

—Se llama control del espacio. —Me levanté con aire triunfal—. Y sirve para defenderme de cabezas de chorlito como tú.

Le quité el cojín y le di un par de veces con él.

—Algún día serás peligrosa de verdad.

Me quedé observando sus ojos. Eran del mismo color que las castañas, una mezcla de marrón cálido con matices rojizos. Ojos vivos, llenos de curiosidad. Y justo cuando iba a contestar que para él nunca sería peligrosa, Nick dejó escapar una sonrisa sospechosa.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada… —Aguantó la risa.

Un segundo después, un olor fétido me llegó directo a la nariz. Me aparté a toda prisa.

—¡Nick!

—¡Ataque químico sorpresa! ¿Esa táctica no te la enseñan en clase?

Salí al pasillo mientras Nick intentaba alcanzarme. Durante un buen rato, los cojines volaron de un lado a otro, saltamos por las camas y nos perseguimos hasta que la voz de mi padre resonó desde las escaleras.

—¡Brooke!

Me asomé a la barandilla.

—Un ratito más, papá. ¡Te prometo que no me voy a la cama sin repasar el examen!

—No es eso —aclaró con urgencia—. Ha llamado el padre de Nick. Su madre se ha puesto de parto. ¡Que baje rápido, lo llevo al hospital!

Corrí a buscarlo, ya que seguía escondido.

—¡Sal, Nick! ¡Tu madre está de parto!

—¿Está de parto? —balbuceó, saliendo de su escondite.

—Sí. ¿Tus zapatillas?

Fuimos a mi habitación a por ellas, se las puso y corrió escaleras abajo.

—¡Vamos! Mi padre está esperando en el coche.

Bajamos los escalones de cuatro en cuatro. Nick saltó los últimos con las piernas juntas, temblando de la emoción.

—¿Nervioso, chico? —Papá abrió la puerta del coche para que subiéramos—. Vas a conocer a tu hermano.

—Un poco —confesó—. ¿Podré darle tortitas? Seguro que le gustan con mantequilla como a mí.

—Por supuesto, aunque tendrás que esperar. Un recién nacido se alimenta de leche —explicó.

Mi padre conducía mientras respondía a sus dudas.

—¿Los bebés lloran mucho?

—Al principio, puede.

—Jo, qué rollo.

—Es su manera de decir que necesitan algo: comida, que los cojas, o simplemente estar cerca de alguien que los calme.

—¿Y podré cogerlo?

—Claro, pero solo cuando te lo digan tus padres. Primero tendrás que aprender a sostenerlo bien.

Nick siguió haciendo preguntas hasta que llegamos al hospital.

Papá estacionó en el aparcamiento para subir a recepción. Después de hablar con el personal, colocó una mano sobre el hombro de Nick.

—Chico, tu madre ya está en el paritorio. ¿Qué te parece si esperamos en la cafetería?

Nick asintió, siguiéndolo hasta allí.

Pedimos sándwiches y zumos, nos sentamos a una mesa que daba a la ventana y Nick no paró de hablar. Hizo una pregunta tras otra, hasta que la enfermera nos avisó de que su hermano ya había nacido. Papá insistió en acompañarlo. A muchos les daría la impresión de que era demasiado precavido, pero la realidad era más cruda: en los últimos años, ciento cincuenta y nueve bebés habían desaparecido en centros sanitarios. Los casos de desaparición en adolescentes eran más escasos, pero suficientes para que mi padre fuera cauto.

Papá abrió la puerta.

—Aquí es, chico.

Nick corrió hacia sus padres. Nos quedamos fuera, a un par de pasos del umbral.

—Vamos, Brooke. Podremos conocer al bebé cuando su madre esté recuperada y preparada para recibir visitas.

—¿Podemos comprarle sonajeros, papá?

Agradecí no tener que despedirme, odiaba las despedidas.

—Buena idea.

Cogí su mano.

—¡Y también libros de tela! ¡Ah, y chupetes!

—Esperaremos a que mamá hable con la madre de Nick para saber qué necesitan.

Imaginé todo lo que podría llevarle mientras subíamos al coche y regresábamos a casa. Al llegar, papá me recordó que tenía que

repasar el examen, así que me metí en la cama con los apuntes, hasta dormirme. Me desvelé cuando mamá me dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, cariño —susurró.

La estreché entre mis brazos antes de que apagase la luz y saliera de la habitación. El labio partido me indicó que venía de su otro trabajo, y no de la cafetería que papá y mamá habían abierto en Ashmoor.

Capítulo 4

Nick

Pasado

Fue extraño, pero el olor a bebé lo inundaba todo. Era un aroma tibio, tierno incluso. Llevaba meses esperando este momento, pero al verlo por primera vez ahí, tan pequeño, me sentí distinto. Como si, de repente, el mundo hubiera girado demasiado deprisa, dejándome en otro lugar.

Mamá me llamó con voz suave.

—Nickolas, ven.

Sus ojos marrones, casi idénticos a los míos, me observaron con calidez. Su cabello, también marrón, estaba pegado a las sienes, por el sudor. Vi las ojeras marcadas, y pensé que, aún agotada como estaba, seguía siendo la más hermosa.

Me acerqué más. Papá se inclinó para apartar la manta, mostrándome el rostro de mi hermano. Me sorprendió que su cara estuviera tan arrugada, con los párpados medio pegados y el cabello formándole un marcado remolino en la frente.

—Parece un viejo.

Mamá y papá soltaron una risa cansada. El bebé movió la

cabeza, como si mi voz le resultara agradable. Abrió los ojos un poco. No estoy seguro de si me vio de verdad o no, pero supo que yo era su hermano. Eso resultó extraño. No el bebé; el momento.

Papá tocó mi hombro.

—¿Has visto? Reconoce tu voz.

—¿La reconoce?

—Claro. Le has hablado a diario a través de la tripa de mamá.

Me sentí un buen hermano mayor.

A veces, cuando mamá se quedaba dormida, apoyaba la cabeza en su tripa y le susurraba cosas al bebé que nadie más sabía: lo que había almorzado en la escuela, los castigos de la señorita Figueroa o lo mucho que quería que naciera para enseñarle mis juegos favoritos.

—Ven —dijo papá—. Siéntate aquí.

Antes de hacerlo, corrí al baño a lavarme las manos. Brooke, que estudiaba cosas que a mí no me parecían para nada de nuestra edad, había dicho que los recién nacidos eran más delicados que una pompa de jabón, porque su sistema inmunitario es inmaduro, y eso los hace más vulnerables frente a bacterias o virus. Y no solo eso, sino que su piel, ojos, nariz y boca son más permeables y por eso pueden coger cualquier cosa.

Volví con las manos en alto para no tocar nada.

—Bien hecho, hijo. —Me gustó la felicitación de papá.

Mamá sostenía al bebé contra su pecho, envuelto en la manta. Solo se le veía la cara arrugada y los dedos de una de las manos. Eran tan finos que me recordaron a las patas delanteras de las ranas.

—Nickolas, parece que tu hermano quiere saludarte.

El bebé extendió los dedos hacia mí, mientras mamá me acariciaba el cabello con la otra mano. Me acomodé a su lado.

—¿Puedo cogerlo, mamá?

Acaricié sus dedos con la misma cautela que si lo que fuera a tocar fuese un botón nuclear para acabar con el planeta entero, y no sus dedos. Pero entonces, ocurrió algo: el bebé me agarró el pulgar con su minúscula mano. Su piel tibia rodeó mi dedo y algo se me encogió en el pecho. Al principio no entendí lo que estaba pasando, solo que me sentía sobrecogido y emocionado. Sin poder evitarlo, acabé llorando como pocas veces recordaba haberlo hecho a mis trece años.

Papá se sentó conmigo, dándome unas palmadas en el hombro. Y mamá me estrechó con cuidado de no incomodar al bebé. Mis padres me habían explicado en qué consistía el parto, pero nada te prepara para vivir este momento. Verlo de cerca, sentir la fragilidad mezclada con la felicidad más absoluta y la fuerza de mamá, fue algo que no podía haber imaginado.

—Nickolas. —Mamá besó mi mejilla—. ¿Quieres saber el nombre?

—Claro.

—Noah.

Limpié mis ojos con las mangas, inclinándome hacia el bebé.

—¿Noah? Me gusta. —Noah cogió otro de mis dedos—. Hola, Noah… Soy Nick, tu hermano mayor. Y cuando crezcas te voy a hacer tortitas con mantequilla derretida porque son las favoritas de mamá. También las mías.

Mi hermano agitó la otra mano emitiendo unos ruiditos. Le hablé hasta que nos quedamos dormidos. La primera vez que nos despertó esa noche, fue con un sonido traicioneramente húmedo que se escapó de su culo. El olor fue insoportable, mucho peor que el pedo que me había tirado delante de Brooke.

Bajé de la cama llevándome las manos a la nariz.

—¡Qué asco! ¡Huele a huevo podrido!

Papá me observó mientras llevaba a Noah al cambiador.

—Bienvenido al mundo real, hijo. Esto forma parte de los cuidados de un recién nacido.

Retiró la manta para tumbarlo. Yo permanecí a un lado, intentando no respirar muy profundo. Lo que vi en el pañal cuando papá lo abrió no podía ser normal.

—¡¿Pero eso qué es?!

— Es normal en sus primeras deposiciones.

¿Normal? Ni siquiera parecía algo que pudiera salir de un ser humano, mucho menos de uno tan pequeño. Señalé horrorizado.

—¿Y eso ha estado dentro de él todo este tiempo?

—Nickolas —respondió mamá, sin disimular la risa—, los bebés no hacen caca dentro del útero.

Papá sujetó las piernecitas de Noah, las limpió con toallitas húmedas levantándolo apenas unos centímetros. Lo necesario para sacar el pañal usado y poner otro debajo.

—¿Cómo haces eso sin que se caiga el bebé?

Seguí sin atreverme a acercarme demasiado. Papá pegó las tiras en el centro de la parte delantera, uniendo los extremos antes de abrochar el body y arroparlo con la manta.

—Práctica y paciencia. Mira, así se le sostiene. Nunca hay que soltar la cabeza.

El bebé bostezó satisfecho, como si aquella plasta no hubiera sido más que un mero trámite. Lo miré, todavía alucinado. Papá lo sostuvo en brazos. Noah comenzó a emitir gruñidos suaves, agitó las piernas y se inquietó. Papá esperó a que mamá se acomodara en la cama y sacara el pecho antes de colocar a Noah sobre ella. Mi hermano buscó instintivamente con la boca y las manos, como si supiera exactamente dónde estaba lo que necesitaba. Papá se sentó

en el asiento reclinable, haciéndome un sitio a su lado mientras Noah se alimentaba.

Me quedé mirando, en silencio.

—¿Sabes, Nick? —susurró papá—. Eres un buen hijo, y sé que también serás un buen hermano. En el futuro, si así lo deseas, también serás un buen padre.

No supe qué responder. Solo podía observar a Noah.

Mamá levantó la mirada hacia nosotros.

—Mis tres chicos.

Noah seguía succionando, y la habitación ya no olía tanto a caca.

Capítulo 5

Nick

Pasado

Fue extraño, pero papá se ocupó de mí hasta que, a los tres días, a mamá y a Noah les dieron el alta. Al salir del hospital, cargó con las bolsas. Insistí en llevar el gorrito de Noah, para que todo el mundo supiera que era mi hermano. El coche empezó a oler a colonia infantil y Noah durmió en su sillita durante el trayecto, con los puños cerrados y la cara medio tapada con su manta. Mamá lo miraba todo el tiempo, como si necesitara comprobar que seguía respirando.

Ya en casa, papá comenzó a deshacer las bolsas del hospital y mamá subió a la planta de arriba para dejar al bebé, que seguía durmiendo, ahora en la cuna.

—Nickolas —me llamó—. Puedes tumbarte en mi cama si quieres quedarte con él mientras descansa.

Caminó despacio e hizo una mueca de dolor mientras apoyaba una mano en la cuna y la otra en su costado.

—Mamá, ¿te duele mucho?

Se recompuso enseguida.

—Es normal después del parto, pero estoy bien. No te preocupes.

La escasa luz grisácea, debido a la espesa niebla de Ashmoor, se coló con suavidad por la ventana del dormitorio. La cuna esperaba junto a la cama, con las sábanas beige y un edredón color chocolate, que por dentro llevaba un cálido relleno. Y aunque todo, a excepción de la cuna, estaba como siempre en el dormitorio, con la llegada de Noah parecía más acogedor.

Mamá ajustó la manta que arropaba a mi hermano, rozándole apenas la mejilla con los dedos. Noah ni se movió; tan solo exhaló un pequeño suspiro.

Me senté en el borde de la cama, hundiéndome en el edredón. Fuera, el viento silbaba entre los árboles y la niebla cubría el pueblo entero, pero dentro de casa, el aire olía a suavizante, y ahora también a colonia infantil y leche. Papá entró con una caja de cartón de la que sacó pequeños aparatos: el monitor, la cámara con forma de osito y un par de cables.

—Voy a colocar esto. Así podremos verlo cuando duerma.

—¿Por si se escapa de la cuna? —pregunté—. Si apenas se mueve.

—Por si llora o se despierta.

Papá fijó la cámara, y una minúscula luz se encendió, indicando que funcionaba. Revisó que en el monitor se viera correctamente la grabación y se oyera el audio antes de irse.

—Ya está. Ayudaré a mamá con el baño y recogeré la casa mientras descansa. ¿Vas a quedarte aquí?

Asentí.

—Si tienes frío, arrópate con el edredón.

—Sí, papá.

Cerró la puerta después de salir y el silencio volvió, roto solo por las ramas de los árboles que chocaban entre sí debido al viento, y las tranquilas respiraciones de Noah.

Capítulo 6

Nick

Pasado

Transcurrieron los días. Papá era asesor de cuentas en una sucursal bancaria de Nueva York, pero gracias al permiso de paternidad, estaba en casa con nosotros. Alguna vez lo veía con el ordenador, manteniendo correspondencia con alguno de sus clientes.

Noah dormía muchísimo, y cuando no dormía, se alimentaba o hacía pis y caca. Me gustaba que, al volver en bus de la escuela, lo primero que oía era el sonido suave de los pasos de mamá, mezclados con el crujido del suelo de madera. Mamá casi siempre tenía en brazos a Noah, envuelto en su manta. Aunque parecía cansada, estaba inmensamente feliz. Solía quedarse dormida con Noah sobre el pecho y mi cabeza sobre su regazo. Entonces, papá se acercaba sigiloso, tomaba a Noah con cuidado para llevarlo a la cuna y a mí me despertaba con suaves caricias en el pelo, para que pudiera irme a mi cama. Entendía que con trece años no me llevara

en brazos.

A la semana de volver a casa, las visitas empezaron a llegar. Brooke fue de las primeras en acercarse con sus padres: Thelma y Larry. Entró cargada de regalos: un oso de peluche, libros de tela, una tarta hecha de pañales, chupetes y sonajeros de diferentes colores.

—Ten.

Sonrojada, escondió un papel arrugado en el bolsillo de mi pantalón, antes de salir corriendo. Lo abrí en mi habitación, cuando se fueron. Era una frase escrita con nuestro código. Descifré una a una las letras y cuando tuve todo, sonreí.

2.14. 23.2.19.4.27. 21.2.27.23.1.16.4. 23.1.24.4.27.

Cada vez que alguien venía, la casa se llenaba de envoltorios de colores, baberos bordados con el nombre de Noah y prendas tan pequeñas que parecían hechas para un muñeco. Camila, una compañera de la escuela, también se acercó con su mamá. Eran los propietarios de la tienda de ultramarinos del pueblo, y por eso trajeron una cesta con pomada para el culito del bebé, toallitas húmedas, champú suave…

Mi amigo Jess vino con Walter, su abuelo.

Todos se derretían con Noah, y por eso me encantaban las visitas. Excepto cuando aparecía Benny. Me caía bien, pero seguía sacándose mocos con el dedo índice como cuando era un crío, por lo que tenía que vigilarlo como un halcón para que no tocara a mi hermano sin antes lavarse las manos.

Noah creció rápido, y dos años después, mamá dio a luz a Jack. La felicidad se multiplicó en casa. Todo era genial y a mí me encantaba ser el hermano mayor. Después de Jack, mamá comenzó a usar métodos anticonceptivos porque los gastos con tres hijos ya

eran muy elevados. Aunque papá tenía un buen sueldo en la sucursal, el dinero se iba rápidamente en la hipoteca, otros gastos de casa, pañales, ropa, comida… Aun así, sus precauciones fallaron y Madi llegó para hacernos más felices todavía. Su llegada supuso tener que apretarse de nuevo los cinturones. Ese mismo año, la madre de mi amigo Jess murió en el parto, mientras daba a luz a su hermana Emma. La noticia nos afectó a todos en Ashmoor, pero a mi amigo Jess lo destrozó. Después de eso, papá decidió que era hora de tomar medidas extremas y se hizo una vasectomía. Pero las cosas tampoco salieron según lo planeado y mamá se quedó embarazada de mellizas.

Nunca podré olvidar las palabras: embarazo múltiple, mellizas prematuras, riesgo de sufrimiento fetal y hemorragia interna intensa. Porque fueron lo que provocaron a mi madre una isquemia de la médula espinal. Desde entonces, la idea de tener hijos en un futuro fue nula para mí. Dar vida no estaba ligado en mi cabeza a un milagro del cuerpo humano, sino a asumir grandes riesgos, a la pérdida y a daños que fueron irreversibles.

Capítulo 7

Nick

Llevaba horas dando vueltas en la cama, estirando los brazos de vez en cuando hacia los extremos para inspirar en profundidad. Las ramas, que golpeaban las ventanas por el viento, no ayudaban. Tampoco el frío. El radiador estaba apagado, teníamos que pagar facturas atrasadas así que no me quedó más remedio que envolverme en la ropa de cama. Tiré hasta taparme la cabeza, aunque sabía que no serviría de mucho. De todas formas, no era solo eso lo que no me dejaba dormir. Eran Brooke y mi cabeza, rememorando lo de la cafetería. Me pasé una mano por la cara y gruñí, incapaz de conciliar el sueño. No conocía esa parte de ella, y eso era lo que me estaba destrozando. ¿Habría más partes de Brooke que no conocía?

Me levanté envuelto en la manta, la ajusté sobre mis hombros y recorrí el pasillo sin hacer ruido. Salí de casa tal y como estaba y caminé bajo una oscuridad casi absoluta hasta su casa. Lo bueno de ser vecinos es que estábamos a pocos metros el uno del otro.

No había cogido móvil, así que miré hacia su ventana, recogí unos cantos pequeños del suelo y los lancé contra el cristal hasta entrever su silueta. Brooke abrió, confusa. Tenía el pelo recogido de cualquier manera, con una goma que dejaba mechones sueltos sobre su rostro. Y una camiseta, de tirantes, demasiado fina como para pasar por alto las curvas de su cuerpo. Aparté la vista por respeto, devolviéndola a sus ojos que, por cierto, reflejaban un cansancio extremo.

—¿Nick? —murmuró somnolienta—. ¿Qué haces aquí? Son las dos de la madrugada.

Me abrigué todo lo que pude con la manta.

—No puedo dormir.

Brooke procesó mis palabras antes de volver a hablar.

—¿Y eso qué tiene que ver con que tires piedras a mi ventana?

—Olvidé coger el móvil.

No pareció sorprendida.

—¿Qué te pasa, Nick?

Tardé en responder.

—¿Puedo subir?

Brooke desapareció de la ventana. Cuando volvió a asomarse, estiró el brazo para dejar caer sus llaves.

—Ni se te ocurra hacer ruido. Mis padres están durmiendo.

Desapareció antes de cerrar.

Acostumbrado a no hacer ruido cuando mis hermanos dormían, metí la llave en la cerradura y empujé la puerta con suavidad antes de subir al cuarto de Brooke. Dejé el calzado en el recibidor, subí las escaleras y avancé hasta el último escalón sin hacer ruido. Tras recorrer el pasillo sumido en la penumbra, agarré el pomo de la puerta del dormitorio, girándolo mientras aguantaba la respiración. Cuando abrí, Brooke había encendido la luz de la mesilla. Estaba

sentada en la cama, con las piernas desnudas, medio tapadas por las sábanas. Me senté en el extremo, apartando la vista de su cuerpo.

—¿Cómo se supone que quieres que actúe? —pregunté sin pensarlo demasiado—. Has matado a una persona.

Brooke se inclinó hacia delante.

—No quiero que actúes de forma diferente. Tampoco tienes que entenderlo todo.

—Hay algo en ti que no reconozco, a pesar de haber crecido contigo. Eso me está volviendo loco.

—Soy la misma persona.

—Eso no significa que te conozca.

Me arrepentí al momento de haber dicho eso.

—Matar a alguien en defensa propia no cambia quién soy, Nick.

—¿Volverías a hacerlo?

Asintió sin apartar los ojos. Brooke siempre mantenía la mirada.

—Fue a por ti, Nick, claro que volvería a hacerlo. No iba a permitir que te tocara.

Me quedé mirándola, mientras varias preguntas asaltaban mi cabeza. Necesitaba saber quién era ese hombre, qué había ocurrido entre ellos o si había matado en más ocasiones. Pero Brooke no me daría las respuestas, así que pregunté otra cosa que también me estaba robando la calma.

—¿Disfrutaste haciéndolo?

—No.

Asentí despacio. Sus ojeras confirmaban que ella también estaba teniendo problemas para dormir.

—Lo siento, nena. No quería… —callé, buscando las palabras adecuadas— hacerte sentir mal.

Su expresión se relajó un poco.

—No te disculpes.

Brooke jugó con la esquina de la sábana, arrugándola con los dedos. La observé en silencio, y me pareció que estaba demasiado cansada. Entonces caí en la cuenta de algo: yo también guardaba cosas que no le decía. Por ejemplo, mi situación. La gente del pueblo pensaba que conocía el nivel de decadencia al que me enfrentaba cada día, pero no era así. Aquello tan solo era la punta del iceberg. Casi a la vez, comprendí mi hipocresía: esperaba de ella una claridad que ni yo mismo era capaz de ofrecer.

—Sigo siendo yo, Nick.

Lo dijo sin defensa alguna. Y fue extraño, porque Brooke siempre mostraba una entereza envidiable en el tono, aunque esta vez no fuera así.

—Lo sé, nena.

Me eché sobre ella, y la rodeé en un abrazo cálido. Brooke no solo no se apartó, sino que además encajó en mi cuerpo con gran facilidad. No dije nada, ella tampoco. Ya habría tiempo de hacer preguntas. Quisiera o no, sabía que no podría alejarme de ninguna versión de ella.

—Debería irme, nena.

Brooke inspiró hondo antes de soltarme. Yo no fui capaz de alejarme todavía.

—Sí. Deberías.

Besé su hombro desnudo antes de obligarme a apartarme, dejé sus llaves en la mesilla y volví a casa. Al llegar, intenté conciliar el sueño; no lo conseguí.

Capítulo 8

Brooke

La alarma sonó a las seis, aunque llevaba despierta desde mucho antes. Me quedé unos segundos boca arriba, mirando el techo. Los analgésicos ya no hacían efecto. Eso, o el sistema nervioso se había acostumbrado a funcionar por encima de ellos. Además, llevaba toda la semana sin poder pegar ojo, porque la cara de Varok me torturaba en sueños. Reexperimentación intrusiva, diría Travis, como jefe de equipo en un informe psicológico.

Fui hasta el baño arrastrando los pies, notando el ardor todavía entre las vértebras. Me froté los ojos con los nudillos, antes de asustarme de mí misma al ver mi tono apagado y la melena enredada de dar tantas vueltas en la cama. Me levanté el pijama y descubrí hematomas profundos de color amarillo, alguno verdoso y otros negruzcos. Un mapa perfectamente detallado de las hostias que me había llevado en la cafetería gracias a ese maldito perro.

—Precioso —murmuré sin humor.

Abrí el grifo de la ducha y me quité la ropa mientras el agua se

templaba. Cuando el primer chorro caliente me golpeó la espalda, solté un gemido que no tenía nada de erótico, más bien de puerta con bisagras oxidadas pidiendo aceite. El estímulo bastó para que el cerebro me repitiera las mismas escenas otra vez. Las imágenes de Nick corriendo con ese criminal detrás eran mi mayor tortura.

Me sequé con cuidado, porque cada centímetro de la piel gritaba: «zona dolorida, no tocar fuerte», y me vestí con lo de siempre: pantalones de cuero que se ajustaban como una segunda piel, un jersey y las botas militares de las cuales tenía varios pares iguales. Aunque estuvieran más gastadas en la punta, eran perfectas para patear el culo a alguien si la situación lo requería.

Tras secarme el pelo, salí al pasillo.

—¿Papá? ¿Mamá?

Comprobé que no estaban en la planta de arriba, así que bajé las escaleras. Percibí el olor a café recién hecho que provenía de la cocina. Papá estaba con el periódico abierto y las gafas de lectura sobre la punta de la nariz. Mamá frente a la encimera, haciendo huevos revueltos mientras metía en la tostadora nuevas rebanadas de pan. Los dos hacían un buen equipo, no solo en el trabajo, también en casa. Papá limpiaba. Mamá cocinaba. Y ambos trabajaban como agentes del estado del SEDS.

—Buenos días —saludé.

Tomé asiento al lado de papá, que se fijó en mí sin dejar el periódico. Sus ojos hicieron un barrido rápido: cara, cuello, postura. Evaluación visual primaria. Signos de fatiga, microexpresiones, análisis del lenguaje corporal. Tras años en unidades de intervención era un procedimiento automatizado.

—¿Cómo tienes la espalda? —Quiso saber.

Mi intención era ahorrarles lo de Varok y su muerte en el bar, pero intentar ocultar información relevante a dos agentes del

gobierno, con más años de experiencia que yo, fue misión imposible. Travis tampoco había sido discreto. Los últimos días se había acercado a casa de mis padres en dos ocasiones para revisar los hematomas y el estado de mi columna. Y ya de paso, para ponerles al día sobre su nueva faceta de camarero.

Mamá me sirvió un café solo, el batido de proteínas y los huevos revueltos con dos lonchas de beicon y pan.

—Mi espalda está pidiendo vacaciones o directamente el despido.

Me llevé comida a la boca solo para complacerlos.

—Travis llamó anoche —soltó papá—. El informe ya está clasificado y su expediente archivado.

Dobló el periódico por la mitad antes de dejarlo en la mesa.

—¿Pero?

Sabía que por muy bonito que sonaran los términos, había un «pero». Y debía ser uno muy gordo, porque papá soltó una exhalación lenta, y eso era algo que hacía cuando elegía muy bien las palabras que iba a utilizar.

—Hija, nos sigue preocupando tu estado.

—¿Por? Me duele el cuerpo, pero el resto de mi anatomía sigue operativa.

—Entendemos de anatomía, Brooke —recordó mamá—. Nos preocupa tu cabeza.

—Genial. Nuevo parte médico: columna jodida, vendaje en la mano y tocada del ala. Me va a quedar un historial precioso.

Mamá me acarició el hombro.

—Brooke, este trabajo requiere mente fría.

—Mamá, puede que después de matar no sea un témpano de hielo, pero siempre actúo de una forma bastante resolutiva.

—No hablamos de eso —intervino papá—. Actuaste bien. Profesionalmente impecable.

Lo dijo como si estuviera dictando un informe. Bebí el café de un sorbo, no porque me apeteciera, sino porque tenía que meter algo en mi estómago o les estaría dando, en parte, la razón.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—El problema —aclaró mamá— es que no consigues dormir cuando matas a alguien. Los primeros días apenas comes. Y eso, en tu unidad, se evalúa tanto como tu puntería.

Bajé la vista al plato. Es verdad que me costaba comer y dormir. La comida parecía hundirse en un vacío que mi propia mente proyectaba. Y las noches eran horrorosas.

—Nadie duerme bien después de eso, mamá. Si lo hiciese, sería una psicópata.

Papá entrelazó las manos.

—La empatía controlada es necesaria. No obstante, tú te quedas ligeramente atrapada en cada muerte.

—Estoy gestionándolo, ¿vale?

—No vale —zanjó vehemente—. Eres una de las agentes mejor entrenadas de tu promoción, pero si cada vez que eliminas a alguien te afecta así —señaló mis ojeras—, llegará un día en el que no podrás rendir bien. Y no rendir bien es la diferencia entre que mates o te maten.

Papá apartó mi plato. Sabía que ya no comería más.

—Queremos que Travis te evalúe —continuó.

—¿Evaluar… cómo?

Volvió a coger el periódico, no para leerlo, sino porque tener algo en las manos le daba seguridad.

—No va a ser un informe oficial, hija.

—¿Entonces?

—Le hemos pedido que evalúe cómo estás gestionando todo. Respuestas en misión, resiliencia, reacciones en situaciones límite,

disociación funcional y tu capacidad para separar lo que haces de lo que eres.

—¿Y si no os gusta cómo evoluciono?

—Solicitaremos que te aparten un tiempo. Tu madre y yo preferimos verte viva y enfadada que en una urna con cenizas.

Resoplé y me callé porque no serviría de nada llevarles la contraria. Eso era lo jodido de tener padres que, además de trabajar en el SEDS, ahora eran mis superiores.

Mamá volvió a acariciar mi hombro.

—Estamos orgullosos de ti, Brooke. Te entrenamos para que llegaras hasta aquí, y quiero que sepas que no vamos a cambiar nuestra opinión sobre ti si alguna vez esto te supera y dices basta.

Parpadeé, algo descolocada.

—Define «basta», por favor, que soy muy de términos concretos y más ahora que Travis va a estudiar y analizar cada uno de mis movimientos.

Papá se inclinó hacia delante.

—Si llega el día en el que no puedes seguir apretando el gatillo, clavando una navaja o matando a esos hijos de puta, te apoyaremos. No serás menos para nosotros ni como hija ni como agente por eso.

Los miré como si estuvieran locos, y de verdad que esa mañana me parecía que lo estaban.

—Amo mi trabajo —me defendí—. Y no soy buena, soy de las mejores. Así que dejad de hablar como si fuera a rendirme porque estoy donde quiero estar.

Abandoné con brusquedad la mesa. Cogí las llaves y el casco, me puse la chaqueta de cuero y me marché.

El aire en Ashmoor era insufrible, pero al menos no me prejuzgaba como mis padres ni me hablaba de informes o urnas por

la mañana. De hecho, a veces hasta me gustaba. Joderme de frío era un claro indicativo de que seguía viva.

Arranqué la moto, una Indian Challenger negra mate, con baúl trasero para los cascos y otras cosas que nadie más del pueblo tenía que saber. El motor vibró al ponerse en marcha y en el casco se encendió el UHD; *Head-Up Display*, una pantalla integrada en el interior que mostraba, no solo los mapas e indicaciones de ruta, sino también las alertas desde el centro de control, gracias a su acceso a cámaras de tráfico, lectores de matrículas y datos de geolocalización. Metí primera y dejé que la Indian avanzara por los caminos. En Ashmoor, casi todo era vegetación, barro y raíces expuestas ante las sombras de los árboles. Apenas había calles asfaltadas, ya que eso implica planificación urbana, farolas y presupuestos municipales. Y eso solo se concentraba en la plaza. Lo demás eran senderos de grava y tierra mojada. Cuando llegué al límite de la plaza, reduje la velocidad. El suelo en esa zona sí era asfalto. Ashmoor tenía poquísimos habitantes. Había casas con tejados a dos aguas, el ayuntamiento y el bar, poco más. También había una tienda de ultramarinos, la de Camila; «Cami» para los amigos. Su tienda estaba algo más apartada. Aunque no tanto como el taller, que se ubicaba ya en las afueras.

La humedad me invadió la cara al quitarme el casco, cuando apagué el motor, antes de entrar en la cafetería. Solo había un par de mesas ocupadas. ¿Era un tugurio como decía Travis? Sí. Pero era mi tugurio, mi tapadera y aquí dentro nadie me juzgaba.

Hasta ahora.

Fui directamente a la barra, donde Travis secaba los vasos con el paño. Y no me importó en ese momento que él fuera el jefe de grupo.

—No quiero que me evalúes. Tampoco que hagas ningún puto

informe de mi evolución.

—No te preocupes, Crowley —susurró—. Ni Larry ni Thelma sabrán que rompemos el protocolo laboral follando. Tampoco que el jefe de tu grupo incumpla de forma deliberada la cadena formal de evaluación.

Apoyé las manos sobre la barra. El calor de la madera contrastó con mi temperatura corporal, debido al frío que traía de fuera.

—No me vaciles —gruñí—. Y no me hagas ningún informe. Estoy bien, ¿no me ves?

Travis dejó el paño y el vaso a un lado, mirándome con esa sonrisa torcida que… Ufff… Sería engreído.

—Claro que te veo, pero es eso o un informe oficial. ¿Qué opción de las dos prefieres?

Pillé el ultimátum, pero no me dio la gana asumirlo. Me incliné sobre la barra, con la mirada fija en sus ojos. La tensión entre nosotros siempre era descaradamente tangible. Y el conflicto de jerarquía mezclado con atracción era una combinación explosiva.

—Ninguna. Ya he aceptado que estés aquí temporalmente. Con eso, puedes darte con un canto en los dientes. O en los cojones —vacilé—. ¿Dónde prefieres?

Arqueó una ceja, tan divertido como intimidante.

—Sabes que no puedo ignorar órdenes si vienen de cargos superiores.

Su posición ya era superior a la mía. Pero mis padres, como responsables de Operaciones Estratégicas y Análisis Inteligentes, estaban por encima de los dos.

—Venga ya, Travis. Tampoco podemos follar siendo compañeros y… anda, ¿con qué frecuencia lo hacemos? ¿Dos veces por semana? ¿Tres?

—Relájate. Ya te he dicho que no incluiré en ningún informe las

veces que follamos.

Rodeé la barra hasta el extremo, cogí una bayeta y le di un latigazo en el culo con la punta. El chasquido resonó, obligándole a erguirse. Soltó una maldición mientras se rascaba esa zona del culo.

—Brooke —me regañó—, no vuelvas a hacer eso, que pica.

—Nada de evaluarme. Solo haz un informe a mis padres, indicando que todo está en orden para que dejen de joder.

Seguía tocándose el culo mientras acortaba el espacio que nos separaba.

—Para estar todo en orden, has entrado echando chispas, me has amenazado y ahora me azotas con una bayeta sucia. Si eso es orden, no quiero imaginarte si las cosas se tuercen.

—Mi tugurio, mis reglas. Soy un ser humano funcional, ¿qué más queréis de mí?

—Que duermas. Que comas. Y que no parezca que quieres arrancarle la cabeza a todo el mundo.

Bufé antes de dejar la bayeta en su sitio y me puse con él a trabajar.

—Conformaros con que sigo respirando y con que no os he mandado a la mierda todavía.

—Eso no quedaría bien en tu informe.

Aunque lo dijo de broma, no me hizo gracia.

—Invéntate el maldito informe, Travis Holmgren. No sería la primera vez que falsificas algo.

—No sé de qué hablas.

—A Phoebe la has cubierto más de una vez.

—¿Sí? No recuerdo —mintió con descaro.

—Ah, ¿no? Tranquilo, te refresco la memoria. Un sospechoso abatido cuando ya no representaba amenaza para nadie —le recordé. El suceso había ocurrido hacía dos meses, en un banco, tras

el rescate de unos rehenes—. Y secuencias temporales para que todo encaje. Violencias innecesarias en interrogatorios en los que, ups, las cámaras casualmente están apagadas…

Travis me chasqueó la lengua en la oreja.

—No seas envidiosa. Ese tipo del banco también era un asqueroso pederasta. Se merecía lo que Phoebe le hizo. Y los del interrogatorio, secuestraban niños para tráfico de órganos. Además, tú sueles estar de acuerdo con este tipo casos.

Walter, el abuelo de Jess, entró en ese momento en el bar. Se quitó la cazadora con movimientos lentos y fue hacia a la barra. Saludó con amabilidad a Travis. A mí me dedicó una sonrisa afable.

—Muchacha, un café de los tuyos.

Volví a mi rol de camarera con un lenguaje, postura y tono neutro.

—Marchando ese café, Walter.

Me moví detrás de la barra, dejando a Travis con la palabra en la boca. Hice el café como le gustaba al abuelo de Jess; en taza grande y bien cargado.

Dejé la taza delante de él.

—Gracias, muchacha. Este pueblucho sin tu cafetería no sería lo mismo.

Sacó la cartera para pagar.

—Cóbrame también uno para Nickolas —continuó—, ayer me trajo un paquete a casa y le dije que lo invitaba a tomar algo por las molestias. Qué pena lo que está viviendo.

Algo me hizo estremecer al oír su nombre. Desde el incidente, no me había quitado a Nick de la cabeza, y eso era algo que empezaba a ponerme nerviosa.

—Le pondré uno doble, y la casa invita a huevos con beicon. Por si no ha desayunado.

—Que Dios te lo pague, muchacha.

Walter guardó el cambio y sujetó la taza con ambas manos, llevándose el café a una de las mesas.

—¿Huevos con beicon? —inquirió Travis—. ¿En qué se gasta el dinero tu amigo que no tiene ni para comer?

Me entraron ganas de darle un puñetazo, pero reprimí el impulso. No me convenía que pusiera eso en el informe.

—Olvídate de Nick, no es tu problema.

Se inclinó hacia mí.

—¿Y el tuyo?

—Para mí nunca ha sido un problema. Es mi amigo.

—Ya. Qué conveniente.

Me giré hacia él. ¿Qué había sido eso? ¿Celos mal gestionados?

—Suelta lo que tengas dentro.

Limpió la barra pasando la bayeta con demasiada fuerza, para liberar tensión.

—Solo me pregunto por qué, en el tiempo que llevo de camarero, todo el mundo paga sus consumiciones menos él. Tú la primera.

Conté uno… dos… tres…

—Nick se parte la espalda para que su familia llegue a fin de mes. Pero no lo entenderías porque estás en una situación cómoda y privilegiada, igual que yo.

—Pago otras cosas, Brooke.

—La situación de Nick es la que es. ¿Qué te pasa?

No es que Travis conociera mi vida entera. Pero sí mi expediente, mi entorno y mis evaluaciones. Y no se molestaba en disimular que Nick no era santo de su devoción.

—No me pasa nada. —Aclaró la bayeta—. Solo me cuesta comprender por qué le prestas tanta ayuda.

Aproveché para cambiar el barril de cerveza.

—Y se la seguiré prestando mientras la necesite.

Travis se detuvo detrás de mí, acercándome sus labios a la oreja.

—¿Y qué pasa si su situación no cambia?

No tuve ni que pensar la respuesta.

—Que seguiré a su lado.

Si alguien que no fuera de Ashmoor conociera a Nick, pensaría que era un chico corriente de veintiún años. Pero la realidad era bien distinta: Nick soportaba una carga demasiado pesada para su edad. Las circunstancias no eran fáciles de sobrellevar ni para Nick ni para su padre, que intentaban arreglárselas sin pedir nada a nadie la mayor parte del tiempo. Trabajaban sin descanso para poder hacer frente a la deuda tras adaptar su casa de dos plantas a la movilidad de Donna: cama especial, rampa, silla de ruedas… Nick y su familia no vivían, sobrevivían. Los seguros privados solo cubrían una parte de los gastos. Por eso, cuando Nick entraba aquí, comida y bebida era lo mínimo que debía recibir.

—¿Te molesta? —pregunté sin importarme que continuara a mi espalda.

—Si así fuera, ¿cambiarías tu actitud?

Lo miré de reojo.

—No.

La puerta se abrió. Agradecí que Vicky, la chica que se había mudado hacía poco a Ashmoor, entrara en ese momento en el bar. Ocupó el lugar en el que antes había estado Walter, con los hombros encogidos y la gorra puesta. Miró hacia la salida, como si necesitara comprobar que nadie la había seguido hasta allí.

—Brooke —saludó amable.

Dejé de notar a Travis tras la espalda; ya no estaba detrás de mí.

—¿Café con canela, cielo?

Vicky asintió con cierta timidez.

Lo preparé como le gustaba y añadí en el platillo una galleta de jengibre mientras me observaba como si aquel detalle fuera un mundo para ella, lo que me hizo preguntarme qué motivo podría haberla llevado a mudarse a Ashmoor.

—No hacía falta, Brooke. Eres muy amable.

Dio un mordisco a la galleta antes de pagar, y como había hecho las últimas veces, se quedó hablando conmigo al otro lado de la barra en vez de buscar una mesa libre. Lo cierto era que Vicky y yo habíamos conectado desde el primer día que puso un pie en mi bar. Aún no conocía nada de su pasado, pero tampoco necesitaba demasiado para comprender que no había llegado al pueblo por casualidad. Al fin y al cabo, casi todos en Ashmoor ocultábamos algo.

Capítulo 9

Nick

Cogí el único móvil que podía permitirme: el del trabajo. Bajé los pies al suelo y casi me arrepentí de haberlo hecho porque estaba helado. Busqué a tientas las zapatillas de andar por casa, haciendo un cálculo rápido de todo lo que tenía que hacer antes de irme. Lo primero era la cocina. La rampa, donde antes había solo escalones, se había convertido en una ligera pendiente hasta la planta baja que habíamos adaptado para mamá. En la cocina, subí las persianas, aunque apenas se viera un halo amarillento entre la niebla. Abrí la nevera sin muchas expectativas, y encontré un par de manzanas, el táper de arroz hervido que había guardado ayer, un paquete de salchichas abierto y medio litro de leche. Busqué en los estantes los copos de avena y cocí los míos con agua, porque si no, mis hermanos no tendrían leche suficiente. El resto de la avena la repartí entre mamá, Noah, Jack, Madi, Juliet y Claire.

Serví la avena en cuencos pequeños, corté una de las manzanas e hice lo mismo: repartir como si la distribución de las porciones

fuera un ritual sagrado. Al menos, esa semana en el colegio no había que llevar almuerzo, ya que la señorita Figueroa los llevó el lunes a la tienda de ultramarinos de Camila, como actividad escolar. Y lo que compraron con el presupuesto del aula, era con lo que prepararían en clase los almuerzos durante esta semana. Las salchichas las reservé para mezclarlas con el arroz.

Desayuné después de dejar los cuencos alineados en la mesa, formando una hilera perfecta sobre el mantel desgastado. También dejé todo limpio: barrí el suelo, lo fregué y lavé a mano la ropa de mis hermanos con lo que quedaba de la pastilla de jabón. El agua fría me estaba provocando grietas en los nudillos, pero era la única forma de salir adelante este mes.

Antes de irme, toqué la puerta del dormitorio de mi madre y la empujé para verla.

—Mamá. ¿Necesitas que te ayude antes de marcharme?

Abrió los ojos despacio, con la tristeza reflejada en ellos. La luz amarillenta iluminaba su rostro haciendo que cada línea de expresión pareciera más marcada.

—¿Mamá?

Entré. Puse una mano sobre la suya, intentando transmitirle algo de calma cuando comenzó a llorar.

—Mamá…

Lloraba cada mañana desde que estaba postrada en una silla de ruedas, porque sentía que era una carga para nosotros.

—Nickolas, sigue con tus cosas, no quiero molestarte.

—No me molestas, mamá.

Apoyó la mejilla contra el dorso de mi mano.

—Tienes demasiadas responsabilidades para tu edad. —Suspiró, ahogándose otra vez en su propio llanto—. Habría sido mejor para todos si hubiese muerto en el parto, como la madre de Jess.

Miré con rencor la silla de ruedas, luego dirigí la mirada hacia sus piernas. Sostuve sus manos entre las mías y las besé.

—Puedo con esto y con más, no digas eso.

Me observó por un momento.

—Nickolas, ¿has descansado? —preguntó preocupada.

—A ratos, mamá.

La imagen de Brooke apuñalando a aquel tío en la cafetería no me permitía conciliar el sueño desde aquella noche.

—Mamá, voy a ayudarte con el aseo mientras papá se encarga de los pequeños.

Asintió con una profunda tristeza. Coloqué el arnés de la grúa con movimientos que ya me salían mecánicos, enganché los mosquetones y la elevé con cuidado para sentarla.

—Voy a llevarte al spa antes de que desayunes.

Conduje la silla hasta el baño adaptado que no tenía nada de spa. Pero sí barras en las paredes, un asiento especial en la ducha y un espejo adaptado desde media altura. Todo aséptico y funcional. Me hice cargo de su aseo y de cambiar el pijama por ropa limpia. Mamá se disculpó varias veces por darme tanto trabajo y yo le respondí en todas ellas que lo hacía encantado. Que la quería. Y que no era una carga para nadie. Porque esa era la verdad.

Cuando terminamos, papá ya bajaba con las mellizas en brazos. Madi le seguía los pasos, agarrándose el pantalón del pijama que había heredado de Jack. Le quedaba bastante grande, pero era mejor que nada. Este mes no podíamos permitirnos más gastos. Empujé la silla de mamá hasta la mesa.

Jack y Noah entraron los primeros en la cocina.

—¿Has desayunado? —quiso saber papá.

—Claro —mentí.

—Quince minutos para desayunar —avisó a los demás.

Papá hacía jornada reducida para poder encargarse, con mi ayuda, de las tareas de la casa. El sueldo apenas alcanzaba para cubrir los préstamos, las medicinas ni los tratamientos, mucho menos para la manutención de una familia numerosa de ocho personas. Lo bueno era que podíamos ahorrarnos su desayuno; el banco ofrecía bufet por las mañanas, un lujo corporativo que a nosotros nos suponía una boca menos que alimentar al empezar el día.

Besó la mejilla de mamá mientras Madi trepaba por la silla para acomodarse sobre su regazo.

—¡Abrazo, mami!

Pero mamá apenas abrazó a Madi.

Papá preparó su maletín.

—Los llevo yo al cole —dijo.

—Bien.

La mesa se llenó con Noah y Jack, que a sus ocho y seis años devoraron el desayuno. Madi, que ya iba camino de cuatro, se lanzó a por su cuenco desde el regazo de mamá. Mamá me observó un momento desde su silla, mientras papá acomodaba a las mellizas: Juliet y Claire, en las tronas con sus respectivos baberos. Apenas tenían dos años. Los ojos de mi madre permanecían perdidos. Podía atisbar su tristeza en algo tan simple como un parpadeo más prolongado o una respiración profunda. Madi se llevó una cucharada a la boca, llenándose de churretes, pero a mamá no le importó lo más mínimo. Seguía ausente, perdida en sus pensamientos.

—Mamá —llamé, haciendo que, en parte, volviera—. ¿Puedes limpiar a Madi con la servilleta?

Lo hizo y luego acarició el cabello de Madi como si no hubiera sido consciente, hasta ahora, de que mi hermana estaba sobre su regazo.

Esperé a que terminaran de desayunar para ayudar en todo lo que pudiera antes de irme a trabajar. Madi, Jack y Noah se iban a clase con la señorita Figueroa, y mamá se quedaba con Juliet y Claire, que por su edad requerían atención constante. En casa, todo estaba preparado para que mamá pudiera atender a Juliet y Claire en nuestra ausencia: la poca leche en el estante inferior, a su alcance. Al igual que las toallitas, el agua y los pañales. Intentábamos también, en la medida de lo posible, que estuviera el menor tiempo posible sin apoyo.

La silla de ruedas no era el único factor limitante. La depresión seguía ahí, invisible para muchos, pero demasiado presente para quienes la conocíamos bien. Me preocupaba que el cansancio y la frustración pudieran superarla mientras estaba sin supervisión al cuidado de mis hermanas. Había días en los que, al volver del trabajo, encontraba la mirada de mi madre perdida en algún punto del salón, perdida en su propio abismo. Por eso me aseguraba, igual que mi padre, de que estuviera el menor tiempo posible sola, de que todo estuviera en orden y de que las tareas fueran las mínimas para ella.

Subí a mi habitación a ponerme el uniforme de la empresa de mensajería mientras mi padre se encargaba de que Noah, Jack y Madi se vistieran para ir al colegio. Antes de irnos, me aseguré de que mi madre estuviera cómoda y con todo lo necesario a su alcance.

Papá se despidió de Juliet y Claire antes de subir al Nickmóvil, con Madi, Jack y Noah. El Nickmóvil, un Chevrolet Suburban de hasta ocho plazas, con maletero suficiente para meter la silla de mamá, tenía ese nombre porque mis hermanos Jack y Noah así lo habían decidido. Era un modelo viejísimo, pero nos llevaba donde necesitábamos.

—Mamá, cualquier cosa me llamas al móvil del trabajo —pedí a mi madre, abrazándola antes de marcharme—. Vendré pronto.

Fui a ver a Juliet y Claire que estaban jugando en la alfombra de la sala de estar.

—Vosotras portaos bien y no os metáis cosas del suelo en la boca.

Las mellizas eran peor que un par de peces chupacristales: cualquier cosa que encontraran la chupaban o mordían.

—¡Mío, mío! —gritó Claire, aferrándose a un cubo de construcción azul.

—¡No tuyo!

Juliet le mordió la mano para que lo soltara. La aparté con suavidad.

—Juliet, no se muerde. Los bloques son de las dos.

Mamá estiró el brazo desde la silla, para coger otra pieza azul, ayudando a que las mellizas no se pelearan. Las manos de mamá eran cuidadosas, y sus ojos brillaban de amor, pero sentirse continuamente una carga entristecía esa mirada. Contábamos con cierta ayuda: por un lado, estaba inscrita en el programa del gobierno de asistencia personal, por lo que mi padre recibía también una compensación por cuidarla. Por eso podía permitirse hacer media jornada en la sucursal. Pero las horas que le pagaban eran pocas. Por otro lado, también recibíamos los cupones de alimentos. En Ashmoor, aunque la tienda de ultramarinos de Camila aceptaba estos cupones, la cantidad máxima para una familia tan grande no era suficiente. Y menos, los meses que teníamos imprevistos. La lavadora se había roto hacía un mes, a la vez que el frigorífico. No me importaba lavar a mano hasta que comprásemos otra, pero sin frigorífico, no había manera de conservar con seguridad la comida. Y eso, con niñas tan pequeñas en casa, era un riesgo que no

pensábamos correr. Así, parte del presupuesto de este mes, asignado a alimentación y gastos del hogar, fue destinado a nuestro frigorífico actual, uno de segunda mano, financiado a plazos para poder afrontar el gasto.

A veces me preguntaba cómo podía sostener tanto peso con veintiún años, pero solo tenía que mirar a mi familia para recordar que el amor seguía siendo nuestra mayor fortaleza.

Ya en la furgoneta, conduje hasta el almacén del depósito central, donde recogía los paquetes: algunos para la ciudad, otros para pueblos como Ashmoor. Organicé la ruta antes de comenzar las entregas. Revisé las etiquetas mientras la furgoneta se llenaba de cajas. Y agradecí cada propina de los clientes, porque aunque generalmente fueran pequeñas, todo ayudaba. Dejé Ashmoor para última hora de la mañana.

Una eternidad de paquetes entregados después, llegué agotado al bar de Brooke, cargando las cajas hasta la puerta. Entregué el pedido a Travis, mientras ella me empujaba hacia uno de los taburetes de la barra para que me sentara. Aunque hubieran pasado varios días, las imágenes de Brooke apuñalando a aquel hombre con una navaja, seguían muy presentes en mi cerebro. Mis neuronas aún no sabían de qué manera colocar esa desconocida versión suya. Brooke había tenido una educación diferente fuera del aula unitaria de la señorita Figueroa, pero seguía sin entenderlo y su dualidad me atormentaba. ¿En qué andaba metida? Necesitaba saber, pero Brooke siempre era demasiado reservada.

—Toma.

Me sirvió un café doble con el que la boca se me hizo agua.

—Te diría que invita la casa —continuó—, pero, en realidad, ha pagado Walter. Tómalo mientras hago el resto.

—Gracias, nena.

Saboreé la bebida, ignorando que Travis me observaba con escepticismo. Había empezado a trabajar hacía poco como camarero extra para Brooke. El primer día lo pillé escrutándome desde el otro lado de la barra. Yo no le caía bien, y a mí, él tampoco.

—Debe ser estupendo venir a repartir y que te sirvan el desayuno por la cara —soltó Travis, cuando Brooke desapareció en la cocina.

Respondí desde la calma, sin maldad. Porque la vida me había enseñado qué era importante y qué no.

—No es por la cara. Ha pagado Walter.

Me limité a darle otro sorbo al café y dejé que el calor me bajara por la garganta. El estómago se me encogió, recordándome que, por muy caliente que estuviera, un café tampoco me saciaba. Durante los siguientes minutos, Travis se movió tras la barra sin quitarme el ojo de encima. Pasé de él y conté las propinas que había reunido por la mañana para saber cuánto tenía y así poder comprar algo de comer a mis hermanos.

Brooke salió de la cocina con un plato rebosante para mí: tres huevos, media barra de pan y varias lonchas de beicon. Tragué saliva sin querer y mis tripas rugieron como si quisieran hablar por mí. Aparté tres cuartas partes del plato para mis hermanos.

—Gracias, nena. ¿Puedes ponerme esto en una caja?

Entró otra vez a la cocina, desde donde preguntó:

—¿Para llevar?

—Sí.

Brooke volvió a salir, esta vez con varias cajas de comida, apiladas en sus brazos. Las dejó delante de mí, sobre la barra, y comenzó a colocarlas en bolsas.

—Hey… No tienes que…

—Huevos con beicon y tres barras de pan para Noah, Jack, Madi

y tus padres —explicó como si fuera lo más normal del mundo—. Y esto para Juliet y Claire. Como son más pequeñas, he machacado el huevo y cambiado el beicon por unas tiras de pollo.

Señaló la otra bolsa, donde las cajas eran diferentes para no confundir la comida.

—Mi padre me ha contado que se os estropeó el frigorífico y la lavadora.

Me llevé una tira de beicon a la boca, intentando disimular las ganas de llorar. El hambre era horrible, pero era muchísimo peor con niños pequeños en casa.

—Sí. Hemos comprado uno de segunda mano.

—¿Y la lavadora?

Brooke conocía mejor que nadie mi situación, así que fui sincero.

—Nena, este mes no podemos.

Travis me miró peor al oír el «nena». Me dio igual.

—Puedo dejarte el dinero.

Esta semana la estaba sacando adelante con las propinas y las horas extra.

—Por ahora vamos tirando.

—Nick. Eso, en tu idioma, significa que estáis jodidos.

Mojé el pan en la yema antes de metérmelo en la boca.

—Hablas demasiado bien mi idioma.

Brooke deslizó veinte dólares sobre la barra.

—No lo rechaces, es una propina por ser el repartidor más simpático de Ashmoor.

—Soy el único repartidor de Ashmoor. Gracias.

Guardé el billete en el bolsillo del uniforme. Brooke se apoyó sobre la barra.

—Mañana es sábado, recuerda que hemos quedado para hacer tortitas.

Mierda. En casa apenas quedaba leche, y ni siquiera tenía harina.

—Llevaré todo lo necesario —dijo, como si acabara de leerme la mente.

Asentí, engullendo toda la comida y lo que me quedaba del café con prisa; aún tenía que ir a la tienda de ultramarinos a usar unos cupones y recoger a mis hermanos de clase.

—Gracias —repetí, cogiendo las bolsas con la comida preparada —. Nos vemos.

Brooke salió de la barra para recoger las mesas. El pantalón ajustado de cuero marcó sus largas piernas y ese cuerpo fibroso. Tragué saliva y aparté la mirada al instante. Joder… ¿Desde cuándo la miraba así? Definitivamente, se me había ido la olla por un momento.

Se despidió sin darse la vuelta, llenando la bandeja.

—Hasta mañana, cabeza de chorlito.

Sujeté las bolsas, con cuidado de que la comida no se volcara.

—Hasta mañana, nena.

La niebla había bajado y el frío cortante estaba formando escarcha. Caminé despacio para evitar resbalar, coloqué las bolsas en el asiento y arranqué con la humedad adherida a los cristales. Apenas había llegado el otoño y ya hacía un frío espantoso.

Papá estaba en casa con mamá, Juliet y Claire. Aparqué la furgoneta y cogí el Nickmóvil. Llegué a tiempo de recoger a mis hermanos. Madi saltaba con su amiga Emma, con la mochila abierta y los zapatos llenos de barro. Y Jack y Noah estaban echando una pelea con palos.

—¡Vamos, al Nickmóvil! ¡Todos al coche!

Capítulo 10

Brooke

Tres o cuatro días a la semana servía cafés, comidas y cerveza para que nadie se preguntara de qué vivía. Mi nómina de verdad no salía de la caja registradora del bar. Formaba parte del Servicio Especial de Defensa y Seguridad: en la Unidad de Operaciones Clasificadas, con acceso restringido, dedicada a la investigación de trata de mujeres y menores, con despliegue inmediato ante células antiterroristas, narcotraficantes, explosivos y amenazas de alto impacto. Actuábamos cuando las situaciones de riesgo extremo superaban las capacidades de otras fuerzas del Estado.

La base operativa estaba enterrada en una planta subterránea bajo un edificio administrativo gris de oficinas federales de recaudación, con expedientes confidenciales y control biométrico. En ese refugio subterráneo disponíamos de todo lo necesario para que el trabajo no tuviera que exponerse nunca a la superficie. Contábamos con oficinas de análisis e investigación, salas de interrogatorio, archivos clasificados y centros de inteligencia. El área

para el trabajo físico incluía un gimnasio completo, diseñado para formación y combate cuerpo a cuerpo: tatamis para judo, kárate y *kickboxing*, ring de boxeo, circuitos de resistencia y pista interna para el entrenamiento cardiovascular. La base disponía además de galerías de tiro, espacios de instrucción táctica, talleres de armamento y áreas de explosivos, así como laboratorios forenses capaces de analizar restos biológicos, balísticos y químicos, cámaras de incineración controlada y protocolos de destrucción total. Si algo salía mal, nadie debía poder reconstruir lo ocurrido. Ni siquiera nosotros.

Un nivel completo estaba dedicado al entrenamiento acuático. La piscina, de profundidad variable y temperatura regulable, permitía practicar natación, apnea prolongada, resistencia al frío y ejercicios de inmersión con el equipo de buceo para controlar la tolerancia al estrés, y la capacidad de operar bajo condiciones de asfixia, oscuridad y fatiga extrema.

Aquello no era solo una base. Era un sistema cerrado, tanto de formación como de actuación e intervención. Contaba con zonas de descanso y habitaciones operativas para cuando la misión requería permanecer días sin salir a la superficie, uniformes con protecciones antibalas, munición, explosivos y equipos de actuación para una intervención inmediata. Todo estaba listo para desplegarse en cuestión de minutos.

Hoy me tocaba en el bar. El último cliente se había ido hacía diez minutos. Apagué las luces de la zona de las mesas, dejando encendidas solo las lámparas de la barra e hice la caja mientras Travis limpiaba.

—Deja eso, ya lo haré yo —se ofreció.

Travis hundió la fregona en el cubo y siguió fregando, a pesar de tener las luces del fondo apagadas.

—Travis, tu cerebro al final va a creer que trabajas aquí.

—Un minuto y termino. Ya me han enviado las coordenadas.

«Ya me han enviado las coordenadas» era el tipo de frase que podía significar muchas cosas, y que me provocaba una activación inmediata en el sistema nervioso.

—¿Las coordenadas de qué?

—De un contacto relacionado con Varok. Malditos contrabandistas…

—Tocaba noche tranquila —me quejé—. Cerrar el bar, entrenamiento y dormir cuatro horas como la humana medio funcional que soy.

Travis fregó lo que quedaba.

—¿Has terminado? —quiso saber, señalando la caja registradora.

—Sí. ¿Te han adelantado algo?

Me puse la cazadora y apagué el resto de las luces antes de salir.

—No mucho. Varok no dejaba de ser un perro al que otros le tiraban el hueso. Parece ser que esta noche iba a reunirse con alguien importante.

—¿Y por qué no lo hemos sabido hasta ahora? Teníamos intervenido su teléfono.

—Fue precavido. Uno de los nuestros encontró en su cazadora una agenda de bolsillo con notas a mano. Solamente horas, lugares y una inicial: K.

La comunicación fuera de canales electrónicos era un recurso común en estos casos. Me aseguré de que la puerta estuviera bien cerrada.

—¿Cómo sabemos que se trata de alguien real? Puede tratarse de una trampa.

Travis abrió la puerta del coche. Yo subí a mi moto.

—Por la forma de escribir. El grafólogo revisó todas las notas. La

mayoría de horas y ubicaciones estaban escritas con rapidez. Pero esta es mucho más firme y clara.

Me enseñó la foto del informe, donde se veía la caligrafía de Varok sobre el papel: la K, una fecha y el lugar. La inicial, más que escrita, parecía clavada en el papel.

Guardó el móvil y subió al coche.

—Coordenadas compartidas —informó, tocando la pantalla del vehículo—. Está en una zona industrial. Puerto, contenedores, almacenes olvidados.

Movió el mapa en la pantalla compartida inteligente y me ajusté el casco. Despliegue inmediato, sin fase de preparación extendida. El motor de la Indian hizo eco en la plaza.

El trayecto fue una sucesión de partículas suspendidas heladas que, a pesar de la ropa, calaban porque el frío de Ashmoor era bastante húmedo. El UHD del casco indicaba con precisión la ruta. Nos desviamos hacia uno de los cinco distritos de Nueva York, pero antes de llegar a nuestro destino, mi moto empezó a perder fuerza. Durante el trayecto me había parecido que avanzaba de forma intermitente y que el motor se ahogaba ligeramente al reducir.

—Algo no va bien —le dije a Travis por el canal de comunicación vinculado de mi casco a su coche.

El motor hizo un ruido extraño, que me obligó a parar. Bajé a la vez que Travis, me quité los guantes y comencé a revisar que no oliera a quemado y que nada pareciera roto. No podíamos permitirnos una ventana operativa reducida. Travis iluminó con la linterna del móvil. Revisó el motor, los cables y los sensores visibles. Tardó, porque el fallo no era evidente, pero acabó dando con el conector suelto y con restos de humedad atrapados en la junta. Lo desconectó y limpió con cuidado, volviendo a encajarlo.

—Prueba ahora.

Giré la llave. La moto tardó un segundo más de lo normal en arrancar y, a continuación, el motor sonó estable y constante.

—Es el sensor de temperatura —explicó—. Si envía datos erróneos, la centralita calcula mal la mezcla y el motor se ahoga. Por eso pierde potencia y puede llegar a dejarte tirada en marcha.

—¿Por qué ha fallado?

Travis subió a su coche.

—Humedad, frío. —Miró la hora en la pantalla—. Vamos, no podemos perder más tiempo.

Reiniciamos la marcha. El UHD retomó la ruta y las calles se estrecharon a medida que nos adentrábamos en el distrito. El tráfico se redujo hasta desaparecer por completo, y los edificios eran cada vez más bajos y oscuros hasta el polígono.

—Apaga las luces —indiqué a través del micro, quitando las mías.

Reduje la velocidad.

—Aparca por aquí —me ordenó—. Nadie tiene que saber que hemos llegado.

Dejé la moto detrás de unos contenedores. Travis hizo lo mismo con su coche. Cobertura visual, punto muerto. Guardé el casco en la maleta y caminamos por las naves vacías hasta que, en una de ellas, oí gorgoteos largos e insistentes.

—¿Oyes eso?

Saqué la pistola.

Travis asintió. La puerta metálica estaba cubierta de grafiti y de ella colgaban cables, seguramente roídos por las ratas. Desde nuestra posición se veía una puerta lateral entreabierta. Me asomé por el hueco, comprobando que dentro solo había un hombre de espaldas, atado a una silla en mitad de un charco oscuro.

Empuñé el arma.

—Un sujeto en el interior sin movimiento —informé—. Y dos… Se mueve algo, pero no sé qué son.

Enfoqué la vista. Unas bolas pequeñas se movían inquietas alrededor del sujeto. Quise entrar, pero Travis aprovechó su cargo para impedirlo.

—No entras sin mi confirmación, Crowley.

Tocó la pantalla del reloj digital que llevaba en la muñeca, haciendo que el cristal se iluminara con el reflejo azul de la transmisión segura desde la unidad: primero apareció una imagen satelital: contenedores, techos de chapa y el rectángulo de la nave marcado en rojo por el programa inteligente. Después, bajo el mapa, surgieron miniaturas granuladas de las cámaras de tráfico y seguridad en un radio cercano. Travis deslizó el dedo para revisar el resumen en tiempo real que los analistas que trabajaban desde la planta subterránea estaban haciendo desde nuestra llegada, actualizando los datos cada vez que el programa registraba cambios.

—Perímetro sin movimiento —confirmó tras comprobar el informe—. Autorización de entrada.

Me pegué a la pared y empujé la puerta con la punta de la bota, abriéndola unos centímetros más para avanzar. Dentro, el aire era más húmedo y los chillidos estridentes se intensificaron. Provenían de esas bolitas que se movían bajo el sujeto. Avancé con Travis cubriendo mi posición. Las luces industriales colgaban del techo, pero solo una funcionaba. Mal, porque parpadeaba, pero al menos nos permitía ver en la penumbra.

Continué mientras Travis inspeccionaba la nave sin perderme de vista. Entonces lo vi. El hombre atado a la silla se había orinado encima y la sangre brotaba a chorros por sus piernas, por eso bajo sus pies había un charco irregular que se extendía por el suelo, pegajoso. Tenía el torso desnudo, la piel abierta en cortes profundos

con los que le habían escrito la inicial K como si fuera una maldita letra capitular. Y no estaba solo. Dos *minipigs*: uno con motas oscuras y otro completamente rosa entero, nerviosos pero indemnes, estaban atados a las piernas del sujeto con una cadena de metro y medio.

Al acercarme, lo reconocí: se trataba de la mano derecha de Varok, y si mi moto no hubiera fallado, quizá habríamos llegado a tiempo de encontrar al perturbado responsable de esta carnicería. Su único ojo se medio abrió para mirarme con asco, reconociéndome. Pero la agonía lo había dejado muy débil. Tenía los labios rajados por la mitad, un ojo completamente arrancado y su cuenca llena de sangre. Las heridas estaban hechas para matarlo despacio. Sobre el esternón, la K.

—¿Cerdos? —pregunté.

Intenté no obsesionarme con el estado del cuerpo, o no volvería a dormir en la vida. Así que me agaché para ver a los *minipigs*. Estaban hundiendo el hocico en el charco. Bueno, el hocico y el cuerpo entero. El moteado acababa de rebozarse, y tenía dos bolas colgando, por lo tanto, era macho. Arranqué las cadenas, pero siguieron en la mierda, pegados a aquel hombre que intentó decir algo. Pero de su boca solo escapó un aliento húmedo. Cogí al cerdo rosa y comprobé que era hembra.

Travis apareció detrás de él, después de asegurar el perímetro de la nave.

—Puedo darte una muerte rápida o dejar que agonices. —Le dio a elegir—. Tú decides.

—Va… rok… —rio—. Varok me… sacará de aquí.

Escupió sangre.

Travis apartó con el pie al cerdo con motas.

—Varok está muerto.

La cabeza del hombre se ladeó hasta quedar colgando hacia atrás, soltando una carcajada tétrica.

—Mientes —tosió.

Travis sacó el teléfono y le enseñó la misma fotografía de la agenda de bolsillo con las anotaciones de Varok. Con el ojo que le quedaba, enfocó la vista para ver la imagen, luego me miró a mí. Por cómo lo hizo, deduje que había adivinado quién le había quitado la vida a su compañero.

—Entonces ¿por qué tengo esto?

—Zorra del… gobierno.

Travis no estaba dispuesto a perder más tiempo, así que sacó una navaja, cortó el pantalón del hombre y acercó el filo a su entrepierna.

—¿Qué significa la K? —preguntó.

Los dedos del contrabandista se crisparon sobre las cuerdas que lo retenían en la silla. El cuello le tembló y la vena de la sien le palpitaba como si fuera a reventar en cualquier momento.

—Le dicen el Káiser…

Alias de alto nivel. Figura jerárquica.

—¿Káiser? —disimulé.

Puse cara de «¿qué tontería de apodo es ese?» para que el sujeto creyera que no tenía valor.

—¿Es alemán o qué? —se burló Travis, usando la misma táctica.

El hombre negó con un leve movimiento de cabeza. El gesto le arrancó una mueca de dolor, como si la piel abierta del pecho se estirara aún más. Bajé la vista a la letra tallada en el esternón. La K, abierta y roja, parecía haber sido grabada con saña.

—Entonces ¿por qué Káiser?

Una sombra de orgullo enmarcó deliberadamente su semblante destrozado. Incluso casi muerto, ese hombre se reía en nuestra cara.

—Porque rey se le quedaba corto —escupió, respondiendo a mi pregunta.

Babas espesas le cayeron por la comisura. Travis no vaciló, le clavó la punta del filo en el muslo.

—¿Dónde se mueve? —Apretó—. ¿Esto te lo ha hecho él?

El hombre gritó y balbuceó con los labios hechos trizas.

—Nadie… lo sabe. Fuisteis a por Varok sin saber que… la mercancía era de K.

Travis intentó sonsacar más información durante los siguientes minutos, pero no hubo manera. Ese hombre realmente no sabía nada sobre el paradero de K, así que tampoco íbamos a perder más tiempo.

Travis apuntó con su arma desde atrás, a la zona del cráneo.

—¿Y los cerdos? —quise saber, antes de que acabara con él.

Travis puso cara de: «¿qué importan los cerdos?, pero es que eran tan monos… El *minipig* moteado volvió a hundir el hocico en el charco cuando Travis lo soltó y la rosa se pegó a mi bota. Como el hombre no me respondió, le golpeé con el codo en la cabeza.

—Responde —insistí.

—De Varok… Me los dejó antes de irse a por ti, zo…

No terminó la palabra. El disparo de Travis le llegó desde atrás, resonando en el interior de la nave. Los *minipigs* chillaron despavoridos dando respingos. A pesar de estar hasta arriba de mierda, los cogí en brazos. Al moteado se le pegó un trocito de algo rosáceo y viscoso en el lomo. Sesos, creo. El cuerpo de aquel hombre se inclinó por inercia hacia delante, sujeto por las cuerdas que lo ataban al asiento, en una postura grotesca.

—Ya está, bolitas. Ese hijo de puta tiene lo que se merece.

El moteado me recordó a Nick; temblaba como si le hubieran conectado un generador eléctrico al corazón. La rosa, en cambio, se

acurrucó contra mi chaqueta. Travis guardó el arma y echó un rápido vistazo a la escena: el cadáver, la K, el charco, las salpicaduras y los cerdos.

—Joder —maldijo—. La mercancía de estos inútiles era de un tal Káiser.

Acuné al cerdo histérico para que dejara de temblar. No funcionó.

—¿Y eso es malo, muy malo o supermalo rollo «acabaremos con la piel arrancada a tiras»?

Travis me miró con una seriedad inusual.

—Depende —contempló—. Parece que todavía no sabe quién eres. Solo que una chica que trabaja para el gobierno tocó su mercancía.

—¿Y si lo sabe? Varok encontró la manera de llegar a mí.

Travis negó como si esa posibilidad fuera tan ridícula que ni siquiera mereciera espacio en su cabeza.

—Si el Káiser supiera quién eres, ahora no estarías respirando.

Sus ojos se desviaron un instante hacia el cadáver, como si aquel cuerpo fuera un argumento sólido.

—Varok metió la pata hasta el fondo con el envío —prosiguió—. Dejó que el gobierno incautara algo que no era suyo, aunque nosotros pensáramos que sí. Y cuando se dio cuenta, actuó: fue a por ti para borrar su mayor error. Por eso su mano derecha estaba aquí. Y por eso, ahora, el idiota tiene una K grabada en el pecho. Ambos intentaban ocultar que habían perdido la mercancía.

Se me tensaron los dedos alrededor de los *minipigs*.

—¿Entonces el Káiser…?

—Seguramente sabe que hubo una incautación. Nada más —concluyó—. Aunque por precaución, lo más seguro sería que salieras voluntariamente del caso.

Intenté no alterarme, pero la voz me traicionó y salió un poco más alta de lo que pretendía en un principio.

—Sabes todo lo que he hecho para llegar hasta donde estoy.

—Claro que lo sé. Pero si sigues adelante, te expones —replicó —. Y la posibilidad de que tarde o temprano dé contigo, estará ahí.

—Esa posibilidad ya está. Da igual lo que haga, porque ya he tocado algo suyo.

Travis apretó la mandíbula. Aunque fuésemos un equipo, aquella incautación se consiguió gracias a mí. Y eso no se podía obviar en los informes oficiales.

Desvió la vista hacia el cadáver.

—No quiero que acabes así.

—Si no quieres que acabe así, tendremos que llegar a él primero.

Los dos sabíamos que si no lo encontrábamos pronto, el Káiser haría preguntas hasta dar con las respuestas. Travis rebuscó en el bolsillo, sacó el móvil y contactó con la base.

—Sujeto identificado —informó nada más obtener respuesta—. Mano derecha de Varok, ejecutado. —Hizo una breve pausa y su vista se clavó en la K—. Ajuste de cuentas. El sujeto presenta múltiples cortes profundos, entre ellos una K en el esternón, desfiguración facial y un ojo arrancado.

Sus ojos recorrieron otra vez el cuerpo, las cuerdas empapadas en sangre y el charco bajo la silla.

—Activación de cruce de bases de datos criminalísticas. Buscad si hay algún caso con marcas similares asociadas o no a Varok, o cualquier información sobre un tal Káiser.

Colgó sin despedirse y guardó el móvil. Le bajó el párpado al hombre y continuó avanzando hacia la salida de la nave. Lo seguí con los animales en brazos.

—No se te ocurra. —Travis se giró hacia mí.

—¿Que no se me ocurra, qué?

Señaló a las bolitas apestosas y chillonas antes de apuntarme con el dedo índice, a modo inquisidor.

—Llevarte esos bichos.

Bajé la vista hacia los *minipigs*. La rosa soltó un chillido adorable reclamando atención, que sonó a «adóptame, humana». El moteado seguía temblando como un flan.

—No los voy a dejar aquí, rodeados de trozos de su antiguo dueño.

—Su dueño era Varok.

—Pues por eso. De Varok ya no quedan ni trocitos, está calcinado.

Los alcé hasta dejarlos frente a su cara.

—Venga, Travis Holmgren. Míralos… Están traumatizados, necesitan amor.

Se pasó la mano por la cara, como si el problema no fuera el Káiser, sino yo.

—Brooke, no puedes aparecer con dos cerdos en Ashmoor.

—¿Por qué no? Mira qué monos.

—No son monos, son cerdos y… ¡apestan!

—Son muy pequeñitos. Porfi.

—He dicho que no, Crowley.

Crowley, Crowley, Crowley. Cómo tiraba de jerarquía cuando le interesaba.

—Venga… Porfi… Demuéstrame que bajo esa cáscara de huevo que tienes por corazón escondes algo de empatía.

—Te lo advierto. A la mínima que esto se complique, hablo con tus padres para que muevan hilos y te saquen del caso. Y ya puedes lavar esas cosas, porque huelen que apestan.

Cedió, dejándome por imposible. O puede que simplemente estuviera harto de escucharme. Giró sobre sí mismo y salió de la nave sin entrar en mis provocaciones. Lo seguí hasta el coche con los *minipigs* pegados al pecho. Con el Káiser ahí fuera y dos bolitas en brazos, podía decir que mi vida se había convertido, de repente, en una broma de muy mal gusto.

Abrí la puerta trasera de su coche con el codo, me incliné y dejé a las bolitas en el asiento.

—No. No. No. No se te ocurra meter a esos cerdos en mi…

Cerré la puerta como si no hubiera oído nada.

—¿Vamos a tu piso? No puedo llevarlos en la moto.

—Tu moto tiene maleta trasera.

Me puse el casco sin darle opción a réplica.

—Ala… En la maleta. ¿Quieres que se mueran de un ataque por claustrofobia?

Su coche no podía salir sin que yo moviera la moto, por lo que no le quedó más remedio que ponerse en marcha mientras maldecía.

—¿A mi piso?

—Sí. —Confirmé desde el sistema de comunicación del casco—. ¿Puedo quedarme a dormir?

Había ido a su piso, pero nunca había dormido allí. La opción me pareció mejor que aparecer a estas horas en casa, con salpicaduras de sangre y dos cerdos rebozados en orina y sesos.

—Tú sí, ¿pero por qué tienes que llevarlos a mi piso?

—Porque vives solo. Además, he venido en moto. —Me puse en marcha, y seguimos hablando por el sistema—. Solo será esta noche.

Lo oí maldecir porque los cerdos iban restregando la mierda por sus asientos. Sonreí para mí misma al oír los: «oink», «oink», «oink»

mientras tomaba la primera salida. Cuando aparcamos frente al edificio, Travis permaneció unos segundos aferrado al volante.

—Repasa conmigo —dijo, antes de bajarse del coche—: Vivo solo, creen que soy contable, saludo a los vecinos, pago la comunidad y nunca me han llamado la atención por hacer ruido.

Capítulo 11

Brooke

Travis vivía en el típico edificio de Nueva York con fachada de ladrillos, escalera de incendios, ventanas altas con marcos negros y alguna planta aferrada a la barandilla. Un edificio para civiles. Y un buen escondite.

Señaló a los cerdos, que iban tan a gusto en mis brazos.

—Me llenarán la casa de mierda.

Su olor era una mezcla asquerosa de barro, orina y sangre. Travis se apretó el puente de la nariz con los dedos al verme subir las escaleras con los animales. Al llegar al rellano, metió la llave en la cerradura para abrir con rapidez. El piso era moderno, ordenado, pintado en tonos neutros y con un sofá milimétricamente centrado frente a la tele. Su estantería tenía cuatro libros perfectamente alineados, sin un lomo fuera de lugar, y una mesita de centro con una vela sin estrenar.

Dejé los cerdos en el suelo.

—¿Sabes qué da más miedo que el Káiser? Que alguien se

compre una vela perfumada y ni siquiera la encienda. ¿Quién en su sano juicio hace eso?

—Brooke. Los cerdos.

Estaban raspando con las patas el sofá.

—Relájate —pedí, cogiendo a los animales de nuevo—. Ahora los baño.

—¡¿En mi bañera?!

—¿Prefieres que vaya a la de tu vecina?

—Vas a dejarlo todo como una pocilga.

Me escabullí por su lado, en un giro que habría hecho llorar de orgullo a mi primer entrenador, y avancé por el pasillo, recorriendo de memoria los rincones que ya conocía, hasta dar con el baño. Empujé la puerta con la cadera para abrir. El cerdo moteado soltó chillidos al dar el agua, mientras que la rosa se entretuvo en babearme la muñeca. La bañera era grande, así que puse el tapón y los metí dentro. Resbalaron, patalearon y salpicaron mezclando barro, sangre seca y toda la mierda que traían con el gel de cardamomo de Travis. Era una fragancia especiada y cálida, con un picor sutil que enseguida eliminó el olor nauseabundo de los cerdos.

Travis me miró desde el umbral.

—Si esos bichos dejan una sola huella, te haré frotar la superficie con cepillo de dientes hasta que todo vuelva a estar reluciente.

—Usaré el tuyo.

Se llevó la mano a la frente. Los animales corrieron en círculos, se chocaron mientras hacían «oink», «oink», «oink». Los enjaboné y aclaré con mimo, mientras a Travis no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia.

—Brooke.

—¿Qué?

—Avísame cuando pueda ducharme.

El moteado mordió la esponja mientras la rosa dio un salto con el que empapó todo. Intenté sujetarla, pero seguía salpicando fuera de la bañera. Bañarlos fue una odisea, y secarlos con el secador de pelo se convirtió en una guerra perdida. Travis claudicó y regresó dispuesto a ayudar.

—Vale —cedió—, te echaré una mano.

—¿A dónde?

Me pasé la lengua por los labios, burlándome de él.

—No me tientes…. No me tientes.

Secamos a los cerdos, los llevamos a la cocina y los colocó en una pequeña cama improvisada; una manta en el suelo.

—Me voy a duchar.

—Claro, estás en tu casa.

—Qué sentido del humor.

Travis desapareció por el pasillo. En ese momento, les di a los cerdos comida, les rasqué la barriga y jugué con ellos.

—Brooke, ¿te duchas?

Apareció con una toalla blanca enrollada en su cintura y, durante un segundo, el caos desapareció de mi mente. La tela colgaba baja en su cintura, permitiéndome disfrutar de la tentadora línea de su torso y el contorno de sus músculos, que subían y bajaban con cada respiración. Su piel todavía brillaba por las gotas de agua, ligeramente húmeda, y el cabello brillaba peinado hacia atrás. Todo en él era firme y tonificado, y cuando digo todo, es todo. El calor que me entró al verlo así hizo que la toalla fuera un incordio innecesario.

—Claro que me voy a duchar… Contigo.

Cualquier otro se habría asustado por ser tan directa, pero Travis me conocía. De hecho, su conocimiento sobre mi perfil psicológico era profundo. Sabía que era como un detonador humano que en

cualquier momento podía activarse y… ¡pam!

Paradójicamente, también sabía cuándo necesitaba una vía de escape. Y hoy la necesitaba. Aunque no lo dijera en voz alta, cada vez que veía un cadáver la adrenalina circulaba en mí como un veneno lento. La tensión permanecía atascada en mi cuerpo durante horas, a veces días, y las imágenes intrusivas no me daban tregua. Mi sistema nervioso había aprendido a buscar el contacto físico después de presenciar la muerte. Una respuesta condicionada tras la exposición a una violencia extrema. Y Travis lo comprendía. Sabía que el sexo era para mí una forma de volver al presente después de andar demasiado cerca de los límites. Por eso avanzó hasta mi posición. Sus ojos bajaron a la boca y me rozó la mejilla con esa extraña delicadeza que reservaba solo para los momentos en los que sabía que, aunque estaba hecha de pólvora, una parte de mí era vulnerable como un fino trozo de cristal.

Travis me quitó las botas y la ropa allí mismo, y aprovechó mi desnudez para evaluar los hematomas que aún tenía en el cuerpo.

—Habría disfrutado demasiado viendo morir a ese perro, Crowley.

Me dejó varios besos por la clavícula antes de inclinarse y devorar mi boca tal y como necesitaba. Su toalla cayó, rodeó mi cintura y me alzó sin ningún esfuerzo gracias a su complexión y condición física. Cerré las piernas a su alrededor, buscando ese contacto directo que siempre elegía como refugio.

Travis no se paró a pensar, tampoco le importó que ya se hubiera duchado. Me sostuvo contra él sin dejar de devorarme, cerró la puerta de la cocina para que no salieran los cerdos y caminó hasta la bañera conmigo en brazos. El vapor aún llenaba el baño y la humedad permanecía adherida en las paredes. Cuando abrió el grifo, el sonido del agua cayendo se mezcló con la forma en que mi cuerpo

encajó en el suyo, después de que cogiera un preservativo del cajón y se lo pusiera. La bañera era grande, con mampara de cristal y una ducha alta. Me sostuvo de pie en el centro, con el agua cayendo sobre nosotros, transformando el aire en una nube aún más espesa y el contacto, en urgencia. Mi pecho, antes oprimido, comenzó a distenderse. La tensión que llevaba por dentro se aflojó cuando Travis se aferró con las manos a mi cintura y entró en mí, moviéndose con ahínco. Mi pecho, entre embestida y embestida, iba liberando aquella presión.

Cuando acabamos, salió con delicadeza y comenzó a enjabonarme, logrando que por unos minutos ni siquiera oyera el agua. Tampoco el ruido provocado por mis pensamientos. Solo su respiración en mi piel.

—Travis, no hace falta que hagas esto.

Sus manos recorrieron con calma mis brazos, caderas y espalda.

—Lo hago porque quiero. Tienes la fea costumbre de ignorar las señales de tu cuerpo.

—Eso es porque no hay ninguna señal.

Pasó el pulgar cerca de mi clavícula, insistiendo justo debajo. Presionó ligeramente con las yemas, consiguiendo que parte de mi tensión del pecho y en los hombros se liberase.

—Claro que las hay: latidos irregulares, rigidez en tu postura, insomnio y falta de apetito. Puedes engañarte a ti misma, pero a mí, no. Acumulas varios indicadores fisiológicos de sobrecarga.

Abrió más la palma y descendió hasta la articulación del hombro.

—Exageras. Y de no ser así, sería mi problema.

Cerré los ojos y disfruté del masaje un instante, no por placer, sino porque el sistema nervioso parecía que empezaba a alejarse del borde del acantilado al que la mente me llevaba con más frecuencia de la que me gustaría. El agua seguía cayendo sobre nosotros. Bajó

las manos por las costillas y se detuvo en la cintura.

—Puedo ser algo más para ti —susurró.

Me quedé completamente quieta, porque esa frase no debería haber causado en mí ningún efecto, y aun así, lo hizo. Hacía mucho que teníamos muy claro lo contrario: que solo era sexo, que yo no era su responsabilidad. Follábamos porque el mundo estaba lleno de hijos de puta que antes o después reducíamos a cadáveres.

—No puedes —contesté—. Y lo sabes.

Le di la espalda para lavarme el pelo y cogí la primera toalla que vi cuando terminé. Salí de la bañera envuelta en la toalla, sin mirarlo, como si taparme me infundiera la sensación de estar menos expuesta. Travis no se movió. No intentó acercarse. Terminó de aclararse bajo la ducha, con una tranquilidad que envidié.

—Brooke.

—He dicho que no. No necesito nada más. Ni que me analices, ni que sientas lástima porque el Káiser ahora sea una amenaza, ni que…

—¿Crees que me das lástima?

Oí el ruido del agua cortarse antes de que saliera de la bañera sin coger una toalla siquiera. Tampoco la necesitaba, Travis era muy directo, no tenía filtros, y su autoestima resultaba arrolladora. Cuando intenté retroceder, me cogió por la cintura. No con brusquedad, pero sí con la suficiente decisión como para que el cuerpo cediera.

—¿Eso crees, Brooke?

Me estudió. Siempre tan sistemático, metódico y preciso.

—No. No lo crees —concluyó.

—¿Me estás evaluando?

—Puede.

—No me gusta que lo hagas.

No aparté la mirada.

—Te autosaboteas porque te enseñaron a anticipar los hechos, a prevenir amenazas y a asumir lo peor antes de que ocurra como mecanismo de defensa.

—Es lo que hacemos. Es nuestro trabajo.

El agarre en mi cintura no era posesivo, sino el tipo de contacto que te sostiene ante las ganas de huir.

—¿Y qué? Eres una agente del Estado. Tu mente es un arma. Tu cuerpo, otra. No podemos cambiar lo que vendrá, pero sí podemos intentar llegar al Káiser primero. Y eso no lo he dicho yo, sino tú. Vamos a encontrarlo.

Aflojó el agarre de la única mano que aún tenía sobre mi cintura y deslizó ambas hacia los bordes de la toalla. No me la quitó; simplemente me sostuvo por la parte baja de la espalda.

—Y no pienso discutir más —sentenció—. Cuando dos personas que saben quiénes son follan con frecuencia, y además encajan, es un claro indicio de que sí se puede llegar a algo más.

—Qué romántico.

Usé el sarcasmo.

—Lo soy a mi manera.

Crucé los brazos sobre la toalla, ladeando la cabeza.

—¿Y eso cómo es?

Travis me envolvió con los brazos, cerniéndose sobre mí. El agua resbalaba por su clavícula, descendiendo por el torso.

—Mi manera —respondió, atrapando entre los dientes mi labio inferior— es simple. Hago lo que sea necesario para que sigas respirando. Te cubro cuando matas a un perro como Varok. Voy a la cafetería aunque no sea mi turno para comprobar cómo estás. Y sí —añadió—, soy tu ayudante en ese maldito antro, lo quieras o no.

—Como jefe de equipo, eso es muy poco profesional.

Él lo sabía. Lo sabía demasiado bien, pero le dio igual. Sus brazos se ajustaron mientras me observaba con esa precisión a la que recurría cuando se enfrentaba a una amenaza, o a mí; a veces ambas éramos la misma cosa. Y, pese a todo, siguió sin importarle.

—Tú has matado, Brooke. Yo también.

—Los dos hemos matado.

—Exacto. No somos civiles. Somos armas del Estado capaces de sobrevivir en condiciones que destruirían a cualquiera, pero eso no nos exime de la muerte. Tampoco de sentir.

—Eso ya lo sé.

Sus palabras me hicieron recordar el lema del SEDS:

No somos civiles, somos armas del Estado.
Entrenados para resistir, preparados para todo.
Prevalecemos donde otros caen, aunque el precio sea la muerte.
Servir, resistir y permanecer hasta el final, leales al SEDS.

—Claro que lo sabes —admitió—. La diferencia es que, en este caso, no sabemos nada del Káiser. Si de alguna manera llegase a ti como hizo Varok, no sería operativo, ni estratégico ni profesional. —Deslizó el dedo por mi mejilla—. Sería personal. Y por primera vez, perder es una posibilidad a la que me tengo que enfrentar.

No pude objetar nada. Tenía razón.

—Así que dejemos de fingir que no estamos ya en algo, Brooke, y permíteme ayudarte a que llegues viva al final del día.

No me permitió contestar. Su boca se estrelló contra la mía y nuestras lenguas se enredaron haciéndome sentir un gozo perverso ante la evidencia de que la belleza está en que todo ser vivo, en algún momento, deja de respirar. Nadie vive para siempre, y a mí me gustó la idea de sonreírle a la muerte.

Travis separó su frente de la mía, cogió la toalla que tenía

enrollada y me la quitó para secarme. Fue un gesto práctico, pero en el que había una delicadeza que desmentía cualquier intento de restarle importancia. Cuando acabó, fue a buscar uno de sus pijamas. Volvió con un pantalón de cuadros ya puesto y un conjunto parecido al suyo en la mano.

—Póntelo —pidió—. Es el más pequeño que tengo.

—Gracias.

—Tu ropa se está lavando.

—Dime que no has puesto el cuero en un programa de lavado corriente.

—Claro que no. Ciclo delicado con programa de agua fría sin suavizante. Después lo meteré en la secadora.

—¡¿En la secadora?!

—Relájate, solo me estoy quedando contigo. Usaré un ventilador y pondré el deshumidificador cerca para que ayude a absorber la humedad.

Acepté el pijama. La prenda era amplia y olía a una mezcla entre jabón neutro y su aroma personal. Travis me vistió a su manera. Primero me colocó la camisa de botones y luego el pantalón, que subió con una mano apoyada en mi cadera. Cuando intenté ayudar, me apartó los dedos. No discutí. Dejé que me consintiera, que hiciera la cena y que me follara otra vez, en esta ocasión, en el sofá. Antes de irnos a la cama, fui a la cocina a achuchar a los cerdos. Los *minipigs* me miraron desde su manta improvisada como si supieran que estábamos rompiendo las sagradas reglas de Travis. Los acaricié con mimo, presionando la punta de mis dedos contra su lomo.

—Buenas noches, bolitas.

Fui a la cama y me acosté a su lado. Que me abrazara hizo que mi respiración se volviera más lenta y calmada. Sus bíceps rodeándome la cintura me generaron una agradable sensación, me

gustaba.

—Mierda —Me incorporé—. No he avisado a mis padres de que pasaría la noche fuera.

—Ya lo he hecho yo.

Tiró para que me tumbara de nuevo sobre él.

—¿Que has hecho qué?

No le otorgó ningún tipo de importancia a mi pregunta.

—Les dije que dormíamos aquí.

—¿Aquí contigo, de contigo, o contigo de misión?

—Conmigo, Brooke. Iba en serio cuando dije que podemos ser algo más, así que, sea lo que sea esto —me rozó la espalda con los nudillos—, no pienso esconderlo ni ante tu familia ni en la unidad.

—¿Y el protocolo?

—Tratándose de nosotros, no me importa.

Podía entenderlo. Travis y yo compartíamos raíces: familias marcadas por el servicio al gobierno. Con la diferencia de que sus progenitores ya no estaban vivos. El padre de Travis fue reclutado para un programa de cooperación internacional europeo y estadounidense, una iniciativa destinada a combatir redes de crimen organizado que operaban en ambos continentes. Su especialización lo hacía muy valioso en el gobierno. En uno de esos viajes oficiales conoció a la que sería su mujer tres años después. Ella era compañera de mis padres y él se las ingenió, con paciencia y cálculo, para que el traslado fuera definitivo.

Murieron de misión en un tiroteo, el mismo año en que su hijo, Travis Holmgren, comenzó a trabajar como agente del gobierno para el SEDS. Travis heredó los rasgos nórdicos de su padre: cabello rubio y piel tostada, y también los ojos verdes grisáceos.

—Eso debería preocuparme.

Me deslizó su mano por la espalda, despacio.

—No. El protocolo está pensado para cuando finges no tener sentimientos.

—¿Y qué soy yo? —Lo miré—. ¿Qué soy para ti?

—Eres una de las pocas variables que no controlo. No te estoy pidiendo nada que no quieras —añadió—. Solo que no nos escondamos.

Me acercó la mano a la nuca y me besó. Podría haber sido un momento precioso, si no fuera porque estaba pensando en Nick.

Capítulo 12

Brooke

Nuestros móviles comenzaron a pitar y vibrar de forma estridente a la par. Y eso solo podía significar una cosa: un aviso urgente de la base. Orden directa. Ineludible. Me incorporé enseguida junto a él. Y en menos de cinco minutos ya estábamos en su coche de camino a la base.

Travis me había dejado un pantalón de chándal y una sudadera que me quedaban enormes, al igual que el pijama, pero nadie iba a fijarse en eso cuando la prioridad era el operativo. Condujo con una mano firme en el volante y la otra en el comunicador para informar de que estábamos operativos.

—Comunicación a base —dijo—. Jefe de grupo en camino. Agente Crowley confirmada.

Llegamos enseguida. El acceso subterráneo nos dio paso gracias al examen biométrico. El coche descendió por la rampa. Dentro, los compañeros ya se estaban colocando el equipo.

—Tres minutos —indicó Travis, ya en su papel de jefe de grupo.

Me quité el chándal al lado de mi compañera, Phoebe, y me vestí con el uniforme. Dejé la ropa en una taquilla abierta y me enfundé el pantalón ignífugo, con refuerzos en rodillas y muslos, camiseta térmica ajustada y mono por encima. Phoebe me ayudó a recogerme el pelo en una coleta, a ponerme el chaleco antibalas y las placas cerámicas frontales y traseras. Encajé bien el chaleco y aseguré el suyo hasta que sintió asentarse el peso. Cogí mi arma y comprobé que tuviera el cargador puesto y el seguro activado. Navaja asegurada. Guantes. Comunicador. Travis pasó frente a nosotros, haciendo un barrido rápido. Bill y Mason ya estaban preparados.

—Poneos el casco —ordenó.

Acatamos la orden, revisamos el plan de actuación y, ya durante el trayecto, el sistema de la furgoneta proyectó las imágenes aéreas. Calle cortada. Vehículos con disparos. Civiles a cubierto. El sujeto caminaba en círculos, disparando al azar. El chaleco de explosivos bajo la ropa era evidente. Cables visibles. Volumen irregular.

—Probablemente tenga un detonador manual. —Travis se puso serio—. Disparo letal inmediato si dirige la mano hacia el pecho.

Asentimos. Bajamos con las armas preparadas y avanzamos entre fachadas y vehículos con pasos sincronizados. El hombre gritaba cosas sin sentido mientras seguía disparando. Travis dio un paso al frente, con el escudo cubriendo su cuerpo.

—¡Tira el arma!

Bill y Mason se desplegaron por la izquierda. Phoebe y yo por la derecha. Mantuvimos la distancia de seguridad, pero el sujeto se giró sobre sí mismo. Disparó contra un civil que intentaba ponerse a cubierto, luego contra un coche que se había quedado en mitad de la calle. El cristal estalló en mil fragmentos que llovieron sobre el asfalto.

—¡Travis! —grité por el comunicador—. Miradas recurrentes al detonador. Está perdiendo el control.

—Mantenemos la posición.

Avanzamos otro metro. Phoebe enfundó el arma, y yo hice lo mismo.

—¡No os acerquéis! —gritó el sujeto.

Se levantó el jersey, mostrando los explosivos mientras reía. La mano derecha descendió unos centímetros hacia el pecho.

—¡Quieto! —ordenó Travis—. ¡Manos arriba, ahora!

El sujeto dudó. De repente, uno de los cables se soltó y quedó colgando. Eso indicaba que era un explosivo fabricado de manera manual, el cual se usaba mucho en atentados terroristas.

—¡Explosivo inestable! —avisó Mason.

—¡Manos arriba! —repitió Travis.

El sujeto bajó la vista, se percató del cable e intentó agarrarlo con torpeza. Esa manipulación podía hacer que todos saltáramos por los aires. Antes de que lo tocara, Travis dio la orden.

—Phoebe —sentenció—, dispara.

Fue una instrucción limpia, definitiva. Phoebe ajustó apenas un grado el ángulo que ya tenía su arma, compensando la ligera oscilación del cuerpo del sujeto. Un disparo poco preciso podría provocar una contracción involuntaria, un espasmo, y que activase indirectamente el detonador. Por eso, el tiro fue perfecto. Un impacto directo entre las cejas, apagando el sistema nervioso al instante sin enviar órdenes residuales. El cuerpo se desplomó hacia atrás.

—Que nadie se acerque. —Travis giró el rostro hacia Phoebe—. Buen tiro, agente Meyer.

Nos mantuvimos en posición, formando un semicírculo de seguridad alrededor del cuerpo. El chaleco seguía siendo una

amenaza. Travis fue el único que se acercó, agachándose sobre el sujeto.

—Cableado básico. El detonador manual es de presión. No hay temporizador ni receptor remoto.

Usó la linterna. Sacó con cuidado una pequeña herramienta del bolsillo del chaleco que serviría para cortar el cable.

—Retroceded.

Ninguno nos movimos.

—Retroceded. Ahora.

Todos dieron unos pasos hacia atrás menos yo.

—Crowley —advirtió—. Cumple la orden.

Sus ojos ya no eran los del chico con el que había compartido momentos preciosos hacía una hora. Eran los del jefe de grupo, en medio de un escenario crítico.

—¡No seas estúpida y obedece!

—¡Eres tú el que está sobre un puto explosivo!

Seguí sin moverme. La idea de perderlo me sobrepasó.

—Travis…

—¡Aquí soy Holmgren, agente Crowley! ¡Retrocede de una maldita vez! ¡Es una orden! —gritó, fuera de sí—. ¡Te estoy dando una puta orden!

El equipo cruzó miradas entre sí en un silencio opresor. Nadie habló. Nadie dijo nada.

—Si sale mal, quiero que estéis fuera del radio —continuó—. ¿Entendido?

Acaté la orden con el miedo en el cuerpo.

—Entendido.

Retrocedí junto a mis compañeros. Holmgren volvió a centrarse en los detonadores. Localizó el cable rojo. Luego el negro. El corte fue rápido, preciso. Permaneció inmóvil unos segundos, para

asegurarse.

—Confirmado —concluyó—. Artefacto desactivado.

Cuando pasó por mi lado, me rozó los dedos con los nudillos. Un gesto mínimo, fuera de protocolo, pero suficiente para entender que, aunque hubiera desobedecido, me entendía.

—Buen trabajo, grupo.

—Buen trabajo —respondimos al unísono.

Nos cambiamos en la base y volví con Travis a su piso.

Capítulo 13

Brooke

Apenas había dormido unas horas después del operativo. Había sido un sueño corto, pero reparador. Reparador porque tener sexo era lo único que me calmaba.

—¿Los llevas a Ashmoor? —le pedí cuando Travis y yo desayunamos, mirando a los cerdos.

—Vamos.

—Tengo que parar a por comida para los cerdos.

—Pararemos.

Salimos del edificio y me subí a la moto. El frío de la calle me atravesaba hasta los huesos a esas horas de la mañana. Travis iba calentito en su coche, un Lincoln Navigator gris, con los *minipigs* detrás. El cristal empañado reflejaba su semblante.

Llegamos a la tienda; una de esas que abren las veinticuatro horas. El tipo de comercio que vende de todo: snacks, bebidas, productos de limpieza y, en este establecimiento en concreto, comida para mascotas o animales de granja. El letrero parpadeante

iluminaba débilmente la entrada. Bajé de la moto, aparqué con cuidado de no mojarme demasiado con los charcos que la lluvia había dejado sobre el asfalto y me acerqué a la ventanilla de Travis.

La bajó para oírme.

—¿Te quedas con ellos, porfi?

—Como quieras.

Entré directa al estante de comida para animales. Al final del pasillo, encontré lo que buscaba: bolsas de pienso. Agarré todas las que pude, para que los cerditos tuvieran comida los próximos días. También cogí otras cosas para Nick.

Salí con la sensación absurda de haber cumplido una misión menor, pero necesaria.

—No puedo esperar a ver la cara de los monstruitos. Ya verás cuando vean estas bolas preciosas —dije, mientras guardaba las bolsas antes de volver a mi moto.

El trayecto hasta Ashmoor fue corto. La luz de los faros se convirtió en un brillo lúgubre. Cada respiración se condensaba en nubes blancas que se mezclaban con la humedad de la atmósfera cuando Travis se detuvo en la puerta de mi casa. Aparqué la moto a un lado y entré para coger las llaves del coche de papá, donde metí las bolsas.

—He quedado con Nick —dije cuando ya tenía todo en su sitio.

—¿Para qué?

—Haremos tortitas. ¿Te encargas del bar?

Pude notar ese destello en sus ojos, aquella chispa provocada por la inseguridad de lo que Travis no admitiría en voz alta: celos que contrastaban con su autoestima.

—Claro. Cocinarás con Nick, qué divertido.

El tono era neutro. El mismo que usaba al aceptar una orden que no le gustaba, pero que por protocolo debía cumplir sin discutir.

—Pues sí, es divertidísimo.

Travis no respondió al instante. Sus dedos permanecieron un segundo más apoyados en el volante. A pesar de estar recalibrando sus emociones, mantuvo la mirada fija. Me limité a observar, porque yo tampoco iba a ceder. Mi afecto por Nick era firme e inamovible. Y cualquier sombra que Travis intentara proyectar sobre él, se estrellaría antes contra mí.

Los *minipigs* chillaron desde el asiento trasero del coche, lo cual me hizo sonreír. Esos sencillos animales eran un absoluto contraste con la complejidad de mi vida.

—Me encargo de la cafetería —dijo finalmente, bajando del coche.

Antes de que pudiera responder, se inclinó para atraparme los labios un instante, en un beso lo bastante seguro como para hacerme estremecer.

—Gracias por traerlos.

Sus dedos rozaron los míos antes de subirse al coche y desaparecer.

—Ya vamos —hablé a los cerdos—. Vais a conocer a vuestra nueva familia.

Vivía muy cerca de Nick, pero no quería ir cargada con los sacos de pienso, las otras compras y dos cerdos, así que encendí las luces antiniebla del coche de papá y conduje sobre la tierra húmeda tan solo unos metros. Las pocas casas que había en el pueblo se alzaban como sombras, con ventanas que apenas recibían un resplandor mortecino. Entre ellas, la de Nick. Metí el coche en el jardín que rodeaba la propiedad, abrí la puerta y los *minipigs* saltaron. Olfatearon la hierba con movimientos torpes y curiosos que me hicieron reír.

Mientras cogía las bolsas del maletero, la puerta de la casa se

abrió. Nick apareció sonriente, a pesar de su agotamiento. Pero su expresión cambió cuando vio a los cerdos.

—Brooke… ¿Por qué hay unos cerdos comiéndose la hierba de mi jardín?

—¡Sorpresa!

Avancé hasta la entrada, dejé las bolsas en el pasillo y cogí en brazos a los cerditos antes de seguir hablando.

—Sé cómo están las cosas y no quiero que supongan un gasto, así que yo me encargo de la comida, cuidados, veterinario…

—¿Qué? Brooke, no. De ninguna manera.

Se los entregué para que se encariñara con ellos y no pudiera negarse. Nick los sujetó por inercia. Acto seguido, los dejó en el suelo. Los cerdos corrieron al salón. No tardamos en oír las voces de sorpresa de Jack, Noah y Madi. Y me quedé absorta en Nick. Seguía con cara de no saber si reír o enfadarse conmigo, lo que me hizo darme cuenta de que esa expresión suya de caos absoluto me gustaba más de lo que debería. Sin saber muy bien por qué, ese pensamiento me llevó a otro más revelador: Nick era atractivo. Y siempre lo había sido, pero hasta hoy no había reparado de esa forma en su apariencia.

—¡Ala! —exclamó Madi, sacándome de mi estupor—. ¡Cerdos bebés!

Noah, que a sus ocho años ya intentaba ejercer un liderazgo como si fuera adulto, corrigió a su hermana.

—No seas burra. Son *minipigs*, no cerdos bebés.

—¡Mira ese! —gritó Jack con euforia—. ¡Se está comiendo las gardenias de mamá!

Nick y yo fuimos al salón. Los *minipigs* correteaban entre los bloques de construcción de Juliet y Claire tirados por el suelo, entre los muñecos y entre las pequeñas pistas de coches, husmeando

cada rincón con los niños detrás. Jack, Noah y Madi perseguían a los cerditos transformando el salón en un pequeño caos que me gustaba. Me enterneció la expresión de Nick; la preocupación y el cansancio que siempre llevaba consigo se difuminó con una ligera sonrisa. Los animales siguieron husmeando entre los juguetes, mordiendo plantas y haciendo ese ruido con el hocico. Jack y Noah persiguieron al moteado, mientras Madi abrazaba a la rosa. Robin, el padre de Nick, empujaba la silla de ruedas de Donna, que llevaba a las mellizas sobre su regazo.

Robin observó la escena. Antes de que dijera nada, las mellizas extendieron las manitas hacia los animales. Madi cogió a la rosa y la subió al regazo para que sus hermanas pequeñas pudieran acariciarla. Jack y Noah siguieron detrás del moteado, que había encontrado un rincón entre los bloques de construcción y lo estaba inspeccionando. Miré a Nick: agotado, seguramente también abrumado, pero con una belleza y felicidad en la mirada que me desarmó.

—Brooke —me llamó Robin—, ¿son tuyos?

Pensé, al instante, que una verdad a medias no era tan malo como mentir.

—No. Eran de un conocido, y ya no puede tenerlos. ¿Qué tal, Donna?

Me agaché ante la mamá de Nick.

—Es difícil, pero Robin y Nickolas me ayudan mucho.

—Lo sé.

Claire acarició el lomo de la rosa con demasiada fuerza, y Juliet chilló divertida cuando la cerdita emitió suaves gruñidos. La madre las sujetó con cariño, asegurándose de que no hicieran daño a la bolita rosa. Hice burla a las mellizas, porque me estaban sacando la lengua. Claire y Juliet tenían dos años. Madi, tres. Jack, seis. Noah,

ocho.

—Tener mascota puede ser muy bueno —improvisé—. Les enseña responsabilidades, les ayudaría a manejar el estrés, a desarrollar empatía…

Nick me interrumpió.

—Comen, cagan, mean y muerden cosas.

—Claro, por eso. Jack, Noah —llamé a los más mayores—, ¿a que vosotros cuidaríais de ellos porque sois muy responsables?

—Sí, sí, sí —respondió Noah, el más mayor.

—¡Yo también! —Jack saltó de un pie a otro—. ¡Les echaré de comer todos los días!

Madi levantó las manos con determinación, tirando del pantalón de su padre para llamar la atención.

—¡Y yo los bañaré con mis muñecas! ¿Puedo?

Me arrodillé frente a Madi y las mellizas, esforzándome porque mi voz sonara dulce.

—Bueno… No me gustaría entrometerme, esta no es mi casa. Puedo encargarme de ellos económicamente, pero la decisión es de vuestros padres y de vuestro hermano Nick. Si no los queréis, no pasa nada. Puedo llevarlos a un refugio de animales y…

Los niños procesaron las palabras «refugio», «de» y «animales» como algo malísimo. Tal y como había previsto.

—¡Noooooo! —negaron.

Madi comenzó a llorar, tirando del pantalón a Robin. Las mellizas se revolvieron sobre el regazo de su madre, y Jack y Noah se lanzaron hacia mí, como si aferrados a mis brazos pudieran evitar que me llevara a los cerditos. Me sentí fatal, pero la realidad era que, debido a mi trabajo, actualmente no podía permitirme tener mascotas. Robin cruzó los brazos, observando la escena con un ceño fruncido que, quien se fijase bien, entendería que no llegaba a ser

un gesto de completa desaprobación.

—Dices que te ocuparías de los gastos. —Robin siguió con la mirada a los animales—. ¿Comida, cuidados y veterinario?

Asentí mientras Claire y Juliet acariciaban el lomo de los cerditos.

—Exacto. Solo quiero que los niños disfruten un poco, tener mascota les vendrá bien.

—Mascotas —corrigió Nick—, que son dos cerdos, nena.

—¡Porfa, porfa, porfa! —rogó Jack.

Nick parecía estar acordándose de todos mis antepasados. Sus padres, que hasta el momento se habían limitado a observar en silencio, intercambiaron una mirada rápida.

—¿Queréis que se queden? —preguntó Donna.

Ajustó a las mellizas sobre sus piernas.

—¡Sí, mami! —chilló Madi.

—Porfa, porfa —rogó Jack.

—En ese caso… Podemos probar.

El salón estalló en saltos de alegría y gritos de felicidad. Los *minipigs* bajaron del regazo de Donna, asustados por el alboroto. Corretearon entre los bloques de construcción mientras los monstruitos se abalanzaron sobre ellos con una energía incontrolable. Madi ya no tenía lágrimas en los ojos cuando cogió a la rosa y la estrujó como si fuera un peluche.

Pequeña embustera.

Sentí un calor extraño en el pecho: el caos era absoluto, la casa tenía un aspecto decadente por la falta de recursos, estaba fría porque apenas se podían permitir poner la calefacción, pero ellos eran felices a su manera. Nick permaneció detrás de mí, con una ligera sonrisa apenas perceptible. Atento a sus hermanos, siguió cada uno de sus movimientos con un brillo que demostraba que, aunque las cosas fueran difíciles para su familia, los amaba. Me fijé

en sus hombros, siempre tensos por la carga acumulada y el excesivo nivel de responsabilidad. Relajó la postura cuando miró a su madre. Donna por un momento pareció la persona que era antes. Su sonrisa no fue amplia ni despreocupada, más bien frágil, pero ese pequeño temblor en la comisura revelaba que era sincera. Me acerqué más a ella, y le acaricié el hombro con suavidad. La cerda rosa corrió en ese momento a su regazo, poniéndose a dos patas para que la cogiera. Me agaché a por ella y la coloqué sobre sus piernas junto a las mellizas. El animal comenzó a olisquear a Donna con una confianza inocente.

—Van a dar trabajo —añadió Robin, desde atrás—, pero creo que no es mala idea.

Nick no dijo nada todavía, pero la forma en que se colocó cerca de su madre me conmovió. Se agachó y la besó en la mejilla. En ese instante, extremadamente conmovedor, comprendí que el dolor emocional también podía encontrar alivio, aunque fuera momentáneo.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Madi.

Improvisé.

—¿Bola uno y bola dos?

—Nooo —rio—, eso no es un nombre. Ya sé, ¡Unicornio y Barbie!

—¿Qué? Puag, ¡no! —Jack cogió al moteado—. Este se llamará Rex Destructor de Bloques.

—Ese nombre es ridículo —gruñó Noah—. Se llamarán Canica y Pelota, porque son redondos.

Me entraron ganas de reír, pero como no quería ser maleducada, solté una tos para disimular. Nick posó una mano en la frente y miró a su padre. Robin encogió los hombros, como diciéndole: apáñatelas tú. Y eso hizo, después de mirar el suelo unos segundos.

—Hostia puta… Vaya nombres.

—Hostia puta, hostia puta, hostia puta —imitaron Juliet y Claire.

—Eso no se dice —las reprendió, con la mano aún en la frente—. Se acabó. —Cogió a los cerdos para que los niños prestaran atención —. Se van a llamar Lúpulo y Cebada, punto.

—¿Lupu qué? —preguntó Jack.

—Lúpulo —repitió Noah, incidiendo en cada sílaba.

Empezaba a costarme más de la cuenta lo de aguantar la risa.

—Nick, ¿como la cerveza? —lo miré para ver si estaba de coña—. ¿Es en serio?

—Totalmente en serio. Necesito poder llamarlos por su nombre sin morirme de vergüenza.

Cebada, aún sobre los brazos de Nick, hundió el hocico en el hueco de la axila, haciéndole cosquillas.

—Cebada, al suelo.

La dejó sobre la alfombra y bajó la vista hacia mí.

—¿Quién quiere tortitas? Brooke hará para todos. ¿Verdad que sí?

Salió del salón sin esperar mi respuesta, cogiendo las bolsas que habíamos dejado en el pasillo con Noah, Jack y Madi tras él. Lúpulo y Cebada siguieron a los niños.

En la cocina olía ligeramente a humedad. Nick dejó las bolsas sobre la mesa y comenzó a sacar todo. Enseguida se percató de que había demasiadas cosas para un postre tan simple. Los hermanos se subieron a las sillas para llegar a la mesa. Y yo fingí que no veía cómo los ojos de Nick recorrían todo aquello entre la gratitud y la vergüenza.

—Tenía de sobra en casa —mentí.

Usé una de mis sonrisas más inocentes, tirando los tickets a la basura antes de que los viera. Nick abrió la nevera buscando algo. El interior estaba casi vacío para ser una familia de ocho: un cartón de

leche, algún yogur y una bandeja de muslos de pollo. Toqué su brazo desde atrás, después de que cerrase la puerta demasiado rápido y apoyase las manos sobre la encimera.

Lo abracé.

—Casi habéis pagado ya las deudas de la obra, es cuestión de tiempo que…

—Con o sin deudas, mi madre siempre va a depender de una silla.

Lo apreté con más fuerza, como si mi cuerpo pudiera sostener por unos segundos parte de aquel peso. Y ojalá pudiera. Sus músculos se tensaron bajo mi abrazo, así que no lo solté. Hundí su nariz en el jersey desgastado que llevaba y lo estreché un rato más. Con el rabillo del ojo, vi a Jack, a Noah y a Madi abalanzarse sobre el resto de alimentos, investigando como los pequeños saqueadores que eran. Nick, sin apartarse de mí, advirtió a sus hermanos:

—Pedid permiso a Brooke antes de coger algo. Nos seáis maleducados.

—Solo estamos mirando —protestó Jack, con la boca llena de nata.

El muy cabrito había cogido uno de los botes.

—Comed lo que queráis. —Sostuve a Nick un poco más—. Pero nada de darles dulce a los cerdos.

La atención de los saqueadores volvió a los alimentos.

—Mi madre no está bien —continuó Nick—. Muchas veces nos cuenta que se quiere morir.

Nick siguió abrazado a mí, sin moverse.

—Lo siento. Si hay alguna forma de ayudar, dímelo. Sabes que puedes contar conmigo.

—Tu familia y tú ya nos ayudáis bastante.

Su respiración chocó contra la mía antes de que se agachara a

besarme la frente, aferrado aún como si mi cuerpo pudiera ser por un momento su refugio. Tenerlo tan cerca me provocó el mismo cosquilleo que hacía años, cuando ambos éramos más jóvenes y sus días consistían en hacerme rabiar. Aparté el pensamiento de la cabeza y lo abracé ligeramente más fuerte antes de soltarlo. Daba igual lo que sintiera, escondía demasiadas mentiras como para que aquello pudiera ser nada más que una amistad.

—Nick, los amigos se ayudan todos los días de su vida, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en la alegría y la tristeza… Hasta que las deudas se salden.

Finalicé los votos que acababa de improvisar con un tono humorístico.

—Nena, esos son los votos del matrimonio manipulados a tu antojo.

Me encogí de hombros con descaro. Saqué un bol de la estantería y rompí unos cuantos huevos para batirlos.

—Para que veas, cabeza de chorlito. Te he prometido más que muchas novias a sus parejas antes incluso del compromiso.

—Y sin anillo.

Miré a Cebada, que olisqueaba mis botas mientras batía los huevos.

—No necesito un anillo, Nick. Necesito que estés bien, y que si necesitas ayuda, cuentes conmigo.

Añadió mantequilla y harina al bol, lo que me permitió ver las rajas en sus nudillos. A un lado de la encimera, había un barreño con ropa y agua.

—¿Más mantequilla? —preguntó.

—Echa, echa. Si no lo hacemos rápido, estos saqueadores nos van a dejar sin nata.

Nick me dedicó una sonrisa auténtica, dándome un golpecito

suave en la cintura. Con confianza, se acercó a mi oído y murmuró:

—Nena, ¿quién era el tipo al que mataste?

Cerré los dedos con más fuerza alrededor del batidor de varillas.

—Uno que quería matarnos —zanjé, sacándole la lengua—. ¿Me alcanzas la leche?

—La leche —protestó, entregándome el brik.

—Oye, ¿qué te ha pasado en las manos?

—Seguimos con la lavadora estropeada, así que me toca frotar. ¿Cómo va la tuya?

Le mostré las vendas y su mirada permaneció en ellas más de la cuenta antes de subir a mis ojos con cierta inquietud. Siguió mirándome, esta vez como si quisiera asegurarse de que yo seguía siendo la misma.

Retiré la mano de golpe antes de responder, por miedo a que lo que hubiera visto le hiciera cambiar la forma en que me miraba.

—Casi perfecta.

Los *minipigs* empezaron a meterse entre las piernas de Jack y Noah, que se peleaban por el bote de nata. Nick sacó una sartén y la cocina comenzó a oler a mantequilla caliente mientras doraba las tortitas. Apiló todas en una torre sobre una bandeja y las llevó al salón, donde almorzamos todos juntos. Donna, acomodada en la silla de ruedas. Las mellizas en las tronas. Madi, sentada en la alfombra con Jack y Noah. Los hermanos no paraban de pelear por el bote de nata. Y Lúpulo y Cebada corrían por ahí. En cuanto Nick puso la bandeja sobre la mesa, manos pequeñas y rápidas como velocirráptores se abalanzaron a por las tortitas.

Nick me dedicó una sonrisa cómplice, y yo le devolví un guiño. Y con eso, la mañana fue caóticamente perfecta.

Capítulo 14

Brooke

Habían pasado varias semanas y aunque seguíamos sin pistas sobre el paradero del Káiser, entre nuestros logros estaba la detención de una de las organizaciones delictivas más peligrosas de Estados Unidos, acusada de conspiración, prestación y ocultación de apoyo armamentístico a terroristas. También habíamos arrestado, en Chicago, al narcotraficante George Choi, uno de los más buscados del país. Paul Jefferson, director del SEDS, no cabía en sí de gozo.

La planta subterránea parecía absorber el sonido de las botas contra el suelo pulido, y el aire reciclado olía a papel viejo. Nadie hablaba demasiado. Nadie sonreía, a pesar de los logros, porque el Káiser seguía siendo un nombre anónimo sin rostro.

—Nada. No tenemos nada —maldijo Travis, dejando caer otro dosier sobre la mesa metálica.

El resto del equipo se repartía alrededor de la sala: miradas afiladas, cuerpos entrenados para reaccionar antes de siquiera poder pensar. Personas que, como yo, habían aprendido a dormir poco y

confiar menos. Y que darían la vida por sus compañeros.

—Puede que haya salido del país —sugirió Mason, dando un sorbo al café.

Negué enseguida.

—¿Sin sus armas? No lo creo.

Travis me miró unos segundos. Conocía a la perfección esa forma suya de mirar: evaluación conductual. Le guiñé un ojo, para que supiera que sabía lo que hacía. Irritado, apoyó los puños sobre el metal.

—Necesito información. Y la necesito ya.

El silencio que siguió fue incómodo. Claro que necesitábamos algo, pero la realidad era que no teníamos nada. Que el incidente de la moto no solo nos retrasó, sino que nos había hecho perder información crítica. Se pasó los dedos por el entrecejo, exhalando con impaciencia. Por un instante, lo vi vacilar, como si la magnitud de lo que perseguíamos se hubiera convertido en algo demasiado apabullante. Travis se giró hacia Phoebe, con la mandíbula apretada. Phoebe Meyer era de nuestro grupo. Todos teníamos bastantes habilidades, pero ella destacaba por ser muy buena analista. Meyer había estado día y noche intentando encontrar algo, lo que fuera, acerca del Káiser. Alias, registros falsos, pasaportes clonados, cuentas bancarias ocultas bajo nombres inexistentes… Era la mejor buscando identidades, por eso, la presión de no tener todavía esa ventaja, se le hacía insoportable a Travis.

—Maldita sea, Meyer. —Travis tiró los papeles que había en la mesa—. Cada minuto sin nada es un minuto en el que le damos ventaja a ese contrabandista.

Phoebe no se inmutó. Conectó su ordenador a la pantalla inteligente que colgaba de la pared, proyectando varios datos superpuestos unos a otros. Apoyó las manos sobre la mesa con

serenidad, inclinándose ligeramente hacia delante antes de hablar.

—No es que no haya nada, Holmgren. Es que todo está demasiado bien hecho. Estoy segura de que el Káiser usa intermediarios. Cada operación está a nombre de idiotas como Varok.

—Eso es como si no existiera —concluí.

—Exacto. El Káiser es inteligente, Holmgren. No se expone. No deja huellas. No firma nada. Para nosotros no tiene rostro ni nombre. Sus hombres le llaman Káiser, pero puede ser cualquiera.

—Si no deja huella —prosiguió Travis—, ¿por qué dejó el cuerpo en la nave con la K en el pecho?

Phoebe giró un poco la cabeza hacia mí, aunque a quien contestó fue a Holmgren.

—Crowley le incautó media docena de contenedores. Puede que sea su forma de decirnos que lo sabe.

Travis golpeó la mesa metálica con el puño, y a Phoebe no se le movió ni una pestaña. Lo observó con calma, con sus ojos cobalto. De su cabello, un torrente de fuego caía en ondas de sirena con profundos destellos cobrizos, tampoco se le movió ni un pelo.

—Puta mierda. ¡No sabemos nada!

La papelera salió volando. Antes de que lanzara algo más por los aires, decidí intervenir:

—La agente Meyer hace lo que puede. —Cogí a Travis del brazo —. ¿Por qué no vamos a entrenar un rato?, nos vendrá bien a los dos.

No hubo resistencia, tan solo una mirada tenebrosa.

Travis y yo nos movimos hacia el vestuario para ponernos la equipación de combate cuerpo a cuerpo, antes de avanzar hasta la zona de entrenamiento; un espacio amplio con sacos de boxeo colgando del techo y colchonetas en el suelo. Olía a goma, sudor y

aceite de las máquinas. Las heridas de mi mano ya se habían cerrado, aunque si me fijaba, aún podía ver líneas superficiales rojizas. Até las vendas para entrenar tensando bien los nudillos y sujeté el saco más pesado.

—Golpea —le indiqué—. Aquí. No sobre tu grupo.

Travis no replicó. Se colocó frente al saco con los hombros tensos, las manos vendadas con demasiada fuerza y… ¡Pam! El impacto fue brutal. El saco osciló varios centímetros, las cadenas chirriaron y asestó otro golpe. Uno tras otro. Pero en ninguno hubo técnica, solo rabia. Aparté el saco cuando las gotas de sudor comenzaron a chorrear por su frente.

—La furia sin control solo sirve para que te maten. ¿Qué te pasa?

—El Káiser sigue ahí fuera. ¿Eres consciente de lo que eso significa?

Enderezó la postura, ajustó la distancia y volvió a golpear, esta vez no solo con los puños, sino con todo el cuerpo. El sonido de los impactos hacía eco, su respiración se volvió irregular y el sudor le resbalaba hasta el cuello.

—Relativizo —respondí—. Tú también deberías.

Aumentó la intensidad y acabé soltando el saco para ir con él.

—Oye, no entrenamos para perder la cabeza, sino para controlarla.

Lanzó nuevos golpes, sin hacerme caso. Cada impacto reflejaba no solo su rabia, también su dolor y el miedo. Un terror que llevaba intentando enterrar desde el asesinato de sus padres.

—Suelta el saco, Holmgren.

No lo hizo.

—Travis —pedí, esta vez llamándolo por su nombre—, suelta el saco y pelea conmigo.

Que le llamara por su nombre fue lo que le hizo obedecer. Retrocedí un paso, levanté las manos y adopté la posición de guardia. Travis hizo lo mismo. Los dos éramos cinturón negro, por lo que el primer intercambio fue rápido: bloqueé su ataque con una patada media que detuvo con el antebrazo. Él avanzó, yo retrocedí. El primer golpe resonó seco, limpio. El cuerpo solía responder antes que la mente cuando ha sido entrenado para ello. Esquivé un *upper*, un golpe con el que intentó llegar a mi plexo solar.

—Respira —sugerí—. Y recupera el foco.

Me atacó de nuevo, mejorando la concentración.

—Así. Muy bien.

Lo felicité entre bloqueos y contragolpes. El olor a goma y sudor nos envolvió. El *kickboxing* no era solo fuerza: era saber cuándo avanzar y cuándo retroceder un centímetro para que el golpe del otro pasase rozándote la piel. Años de disciplina. Años de aprender a canalizar la violencia sin dejar que esta te devore. Avanzó un segundo antes de lo que había calculado. No fue un golpe desmesurado, más bien preciso. Su puño me alcanzó en un ángulo corto, directo al pómulo, antes de notar el chasquido en los huesos. Por un segundo, todo se concentró en un punto blanco. El sabor a acero llegó después.

Travis se quedó pétreo cuando vio la sangre.

—Estoy bien —me recompuse—. Seguimos.

El dolor, como nos habían enseñado, era tan real como necesario. Travis atacó. Las piernas se movieron antes que la mente, bloqueando el golpe con la planta del pie, impactando directamente sobre su costado. Se dobló tras el impacto, pero enseguida se irguió y volvió a atacar, logrando que el calor me subiera por la espalda. No me dio tregua, y yo a él tampoco. Ajusté la posición y lancé un golpe ascendente directo a su torso, pero lo anticipó y lo desvió.

—Buen intento —reconoció.

No me dio tiempo a responder. Avanzó de nuevo, demasiado cerca, invadiendo mi espacio con una decisión que no estaba basada en la técnica. Sentí el impacto de su hombro contra el mío y el desequilibrio de inmediato. Rodamos juntos sobre la colchoneta. La misma técnica que había usado yo con el vaso, él acababa de emplearla con su cuerpo, dirigiendo todo su peso sobre mí. Intenté girar y recuperar la posición, pero me sujetó la muñeca de manera controlada. Su respiración caliente se mezcló con la mía y las piernas rodearon las suyas por instinto. En ese momento, su mirada descendió a mi boca.

El beso no fue lento ni metódico, fue un choque urgente. Una descarga de tensión. No hubo caricias ni manos explorando con curiosidad. Fue boca contra boca, dientes rozando piel. Su peso me ancló más a la colchoneta. Le mordí el labio inferior, y no lo hice de forma suave. Travis gruñó contra mis labios, devolviéndome el beso con más ansia, ignorando el sabor metálico en su boca, hasta que el eco cercano de algún golpe en otro sector de la zona de entrenamiento se filtró por las paredes, recordándonos que no estábamos solos. Se apartó, se quitó las vendas con movimientos certeros y las lanzó a la papelera, lo cual significaba que no íbamos a pelear más.

—¿Estás más tranquilo?

También tiré mis vendas.

Travis se pasó una mano por la nuca.

—Sigo preocupado por ti.

Me sorprendió que lo verbalizara. Confesar que algo le preocupaba era admitir sus miedos, lo cual significaba que no tenía todo bajo control.

Me recogí el pelo en una coleta alta.

—A mí tampoco me gusta no saber, pero no por eso podemos permitirnos hablar así a Meyer ni a nadie del equipo.

Respiró profundamente, no porque necesitara oxígeno, sino porque así se regulaba.

—Que estés aquí es un riesgo. —Se pasó los dedos por el ceño —. Y no hablo como jefe de equipo.

—A lo mejor ese es el problema.

—Si algo te pasa…

—Si algo me pasa, lo superarás. Hemos nacido para esto.

Señalé el entorno, aludiendo no solo al gimnasio, sino al edificio subterráneo y lo que implicaba: nuestro entrenamiento, nuestros cargos, nuestro deseo de hacer del mundo un lugar mejor.

—Nuestro propósito en la vida —concluyó.

La palabra «propósito» nos tocó la fibra. Creíamos en lo que hacíamos. Aunque a base de pérdidas empezábamos a comprender el precio real de todo aquello. Una de las primeras lecciones que habíamos aprendido era que el bien común siempre estaba por encima del individual.

—Eres el jefe. Tu grupo necesita que estés estable.

Esperé a que asintiera para coger la bolsa con la ropa de recambio y salir del gimnasio. En el pasillo, el sonido de mis pasos volvió a ser absorbido por el suelo.

Cuando llegué al vestuario, me di una ducha rápida. Estaba secándome el pelo cuando el móvil vibró en la bolsa de deporte. Era un mensaje de Jess, avisando de que el viernes cenaría con Nick en la cafetería. Guardé el móvil y comencé a vestirme. Travis entró en ese momento, con los nudillos morados. Por su estado, deduje que había pegado puñetazos al saco sin recolocarse las vendas. No parecía sentir dolor. O quizá sí. A lo mejor lo estaba usando como distracción.

—Ve a la ducha —le reprendí—. Te espero aquí.

Fui al botiquín que colgaba de la pared. En todas las salas de la base había uno. Cogí la pomada y me senté en el banco metálico hasta que terminó de ducharse. Al salir, la toalla le cubría desde la cintura hasta la mitad de los muslos. Tomó asiento a mi lado, sin rechistar, y el olor a mentol invadió el vestuario mientras mis dedos insistían un poco más de lo necesario.

—No vuelvas a entrenar sin vendas. Destrozarte las manos no te hace más fuerte.

Cerré el ungüento y lo devolví a su sitio. Pasé por delante de él con intención de sentarme, pero tiró de mí antes de que pudiera tocar el banco, colocándome a horcajadas sobre él para besarme.

—Si mañana no puedes cerrar el puño —advertí—, no entrenas. No me importa que seas el jefe de equipo, ni cuántas condecoraciones figuran en tu historial. Eres el líder. Y un cuerpo roto no lidera.

—¿Estás regañando a un superior, Crowley?

Le devolví el beso. Cuando me separé, apoyé la barbilla en su hombro y después me incorporé.

—No —corregí—. Estoy diciendo que dejes de confundir disciplina con autocastigo.

Busqué mi bolsa. Y con eso entendió que no me quedaba.

—Tengo una reunión antes de empezar oficialmente mis días de descanso.

—¿Tienes una reunión ahora? —inquirió.

—Sí.

—¿Con quién?

Me colgué la bolsa al hombro.

—Con los de arriba.

Por cómo cambió su cara, comprendí que no estaba al tanto de

nada.

—No me lo han comunicado —admitió—. Y como jefe de equipo, debería saberlo. ¿Quieres que vaya contigo?

—Es una reunión, no un operativo de riesgo.

Sostuvo la mirada unos segundos, evaluando si merecía la pena insistir o no. No le di el gusto. Abrí la puerta, saliendo antes de que pudiera añadir nada.

El pasillo estaba casi vacío. Caminé sin prisa. Mientras llegaba, repasé las pocas opciones que había cuando los de arriba te convocaban sin explicaciones previas y sin contar con el jefe de equipo. Crucé hasta el fondo y empujé la puerta sin anunciarme. Cuando entré en la sala, supe que no era una reunión normal.

Mi padre estaba de pie, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados. Mi madre, sentada a la mesa. Postura recta. Manos entrelazadas. No estaban allí como mis padres, sino como los responsables de Operaciones Estratégicas y Análisis Inteligente del SEDS.

—Agente Brooke Crowley.

Hice el saludo reglamentario a Paul Jefferson. Se encontraba en el extremo opuesto de la mesa. Era la máxima autoridad, director del SEDS. Y su tono bastó para situarlo por encima de cualquiera de los presentes.

—Siéntate —ordenó.

No crucé las piernas ni apoyé la espalda en el respaldo. Dejé la bolsa a mis pies, alineada con las patas. No era la postura más cómoda, pero sí la correcta.

—Seguimos sin resultados acerca del paradero y la identidad del Káiser —continuó Paul Jefferson—. Lo cual nos obliga no solo a revisar la estrategia, sino también las piezas implicadas.

No me gustó que me llamara «pieza implicada».

A su derecha, Guy Macklean, jefe de Operaciones, me observaba impenetrable. Como si yo fuera una variable que no terminaba de encajar en la ecuación. Sentí los ojos de mi madre sobre mí, pero no intervino. Llevaba el pelo recogido con tirantez y papá permanecía con esa postura tan deliberadamente neutral.

—Varok llegó hasta Ashmoor. Y eso cambia tu perfil dentro de la operación, debido a la falta de información.

Mis padres cruzaron una breve mirada entre ellos.

—Varok está muerto —respondí.

—Que esté muerto no cambia los hechos —concedió Jefferson, con cierta dureza—. Consiguió identificarte, rastrear tus movimientos y llegar a tu cafetería. Eso te convierte en un riesgo directo por exposición.

Sabía lo que querían.

—Señor, creo que me convierte en un punto de acceso —respondí a mi favor—. No he cometido ningún error operativo y la brecha no se produjo por negligencia.

—No he hablado de negligencia, estoy hablando de visibilidad. La única solución es reducir daños hasta que tengamos información real.

Me incliné hacia delante.

—Si me saca de la operación, el Káiser aprenderá que el miedo funciona. Mi trabajo en el caso nos permitió incautar media docena de contenedores de armamento, misiles de contrabando…

—Sé lo que hemos incautado, Crowley.

—Bloquear las rutas y obligar a su estructura a replegarse —seguí, como si no me hubiera interrumpido—. Si ahora no tenemos información del Káiser, es precisamente porque ha aprendido de los errores de ese perro. No por mí.

—¿Insinúas que la visibilidad es una ventaja? —interrogó

Jefferson.

—No insinúo nada. *Es* una ventaja.

Mi madre intervino por primera vez, serena.

—Crowley actuó conforme a los parámetros establecidos del operativo. Su compañero y ella, el jefe de grupo Travis Holmgren, son los únicos que han estado en contacto directo con su estructura.

Mi padre apoyó el discurso.

—Sacar a la agente Crowley del operativo supondría empezar de cero.

Jefferson entrelazó los dedos.

—¿Están solicitando que asumamos un riesgo consciente?

—No —respondí—. Están señalando que ese riesgo se asumió al principio del operativo. Operativo que ha generado resultados positivos, a pesar de la actual falta de información.

Mamá sacó la cara por mí.

—Consideramos que retirarla ahora no reduce el riesgo. Pero sí priva al grupo de una de las agentes con más conocimiento del campo sobre esa red de contrabando.

Guy Macklean, como jefe de Operaciones, se situaba por encima de todos menos de Paul Jefferson.

—Es su hija —protestó Macklean—. Usted habla desde una posición no objetiva.

—Hablo desde la lógica —interrumpió mi madre—. Tantos años de servicio avalan mi criterio. Y a día de hoy, la agente Crowley sigue siendo un activo operativo válido.

Por mucho que Macklean contara con un cargo superior, tuvo que callarse.

—La evaluación permanece abierta —declaró Jefferson—. Por ahora, la agente Crowley seguirá asignada a la operación. Puede irse, Crowley.

No asentí ni agradecí. El «puede irse» me lo tomé literal, así que me despedí con el saludo reglamentario y salí. Caminé recta, como si la evaluación no acabara de marcar una cruz en mi espalda. No me habían apartado, pero la evaluación continuaba abierta. Al doblar la esquina sentí la presencia de mi madre unos metros detrás de mí.

—Has estado bien —celebró cuando me alcanzó—. No han conseguido arrinconarte ni sacarte del operativo.

Papá apareció también.

—No tenían base suficiente —añadió.

—Pero la evaluación sigue abierta.

—Lo sé —entendió mamá—. Pero hoy les has ganado, y eso es lo que importa. Descansa durante estos días libres, te lo has ganado.

—Haznos ese favor a tu madre y a mí.

No los abracé porque las muestras de afecto durante el servicio no estaban bien vistas en la base.

—Estamos orgullosos de ti —se despidió mamá, separándose.

—Mucho —reafirmó papá, antes de tomar el pasillo a su izquierda y alejarse con mamá.

Seguí avanzando, hasta encontrarme de frente con Travis. Su mirada recorrió mi postura corporal primero, después mi cara.

—¿Sigues dentro del operativo? —quiso saber.

—Sigo.

Eso fue todo. Se apartó de la pared y caminó a mi lado. Avancé hasta la salida con él siguiendo mis pasos.

—Necesito despejarme.

—Me encargaré de la cafetería en tu ausencia.

—No hace falta. Esta mañana dejé el cartel de cerrado.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el viernes.

—Brooke —pronunció mi nombre bajito. Aquí tenía que llamarme

por mi apellido—. ¿Quieres pasar conmigo los días de descanso?

—No. Pero no es por ti —añadí al cabo de unos segundos—. Me apetece estar sola unos días.

No era una excusa. Era un hecho. Travis no insistió, él lo entendía.

Me metió en una sala vacía para besarme en la boca, sin importarle que hubiera cámaras en cada rincón.

—Estaré aquí cuando vuelvas.

No respondí. No hacía falta.

Capítulo 15

Brooke

La carretera estaba sumida en la penumbra. El bosque se cerraba a ambos lados y la niebla traía ese olor a tierra mojada que se te clavaba hasta los pulmones. Reduje la velocidad por precaución y la Indian respondió con una vibración estable bajo mis piernas. Faltaba poco para llegar a Ashmoor cuando vi a Nick a lo lejos, con el uniforme de trabajo y dos correas en la mano, paseando por el bosque. Lúpulo y Cebada avanzaban con torpeza debido a que sus pezuñas se hundían en el barro. Aunque estaban a bastante distancia de la carretera, me quedé mirando a Nick, su forma de moverse, y no sé en qué momento mi vista se fue a su cuello, a la rigidez de sus hombros y a la postura adelantada. Levanté la mano izquierda para saludarlo, pero sus ojos estaban fijos en los animales. No me vio, así que la bajé y continué. Dejé la carretera atrás para adentrarme en el camino. Una vía secundaria sin cobertura, que conectaba directamente con Ashmoor. La imagen de Nick quedó atrás, pero no desapareció. Permaneció adherida a mi mente.

El camino se volvió más angosto. En ese tramo, la única luz que había era la de mis faros. Ni casas. Ni farolas. Ni cobertura. La pantalla UHD, como siempre que pasaba por allí, parpadeó por la falta de cobertura. Era el tipo de tramo que los sistemas asumían como un vacío temporal técnico. En unos metros volvería a haber señal. O eso pensaba antes de que una correa metálica con pinchos de acero impactara contra la rueda delantera de mi moto. Gruesa. Oscura. Lanzada con fuerza y exactitud en el ángulo exacto para envolver la rueda. Los pinchos se incrustaron en el caucho y el metal con un chirrido violento. En una fracción de segundo, el eje se bloqueó haciéndome perder el control. Sentí el tirón seco, la dirección endurecerse y cómo la moto perdía la estabilidad sin posibilidad alguna de maniobrar. El manillar se volvió rígido en las manos antes de salir despedida. El casco chocó repetidas veces contra la tierra. Rodé varios metros. No fue una caída limpia, sino una sucesión de golpes. El primero me comprimió el pecho, arrancándome el aire. La grava también hizo lo suyo, colándose bajo la ropa, arañándome la piel. Algo, seguramente una piedra, me golpeó el costado con la suficiente fuerza como para que me entraran ganas de doblarme de dolor. Además de eso, una pierna se me retorció en un ángulo insoportable hasta que dejé de rodar.

Permanecí unos segundos de costado, con la mejilla hundida en el barro. El aire me sabía a metal y el pulso me golpeaba en los oídos, desacompasado. En ese momento, oí su risa. Breve. Impositiva. Se filtró desde el bosque hasta los oídos antes de que pudiera siquiera levantar la cabeza.

Había hecho suficientes interrogatorios como para saber que esa risa era la de alguien que no improvisaba. Y que había planificado cada detalle. Intenté moverme, aunque no lo logré. La risa volvió a oírse, más cerca esta vez. Me obligué a mover los dedos de la mano

izquierda para coger la pistola que llevaba en la funda, bajo mi chaqueta. Desde la visita de Varok, siempre llevaba una por si acaso. Mi hombro protestó cuando deslicé la mano bajo el cuero. El dolor me atravesó, aun así, insistí, intentando alcanzar el arma.

—No —dijo una voz masculina cada vez más cerca—. Eso no.

Su suela me pisó la muñeca. La inmovilizó contra el suelo con la presión exacta para que la mano perdiera toda la fuerza. El dolor llegó en forma de un ardor que me subió por el antebrazo. La pistola siguió intacta en la funda, pero solo hasta que se me echó encima. Me aplastó haciéndome soltar una maldición cuando mis costillas se doblaron de forma dolorosa. Me arrancó el casco y su mano se cerró alrededor de mi cabello antes de hundirme la cabeza en el barro. Aspiré y tragué tierra. Tosí. Levantó la cabeza para que diera una bocanada y me volvió a hundir.

—Así. Quietecita.

Su cuerpo se acomodó contra mi espalda, evitando cualquier movimiento. Un contacto deliberado para obligarme a sentir su presencia de una forma obscenamente consciente. Su pelvis presionó contra mis caderas. Agarró mi barbilla, girando mi rostro. No vi nada porque tenía barro hasta en las pestañas, pero pude sentir su aliento sobre los labios.

—Pequeña ladrona, ¿sabes quién soy?

Escupí hacia arriba para evitar tragar la tierra que me llenaba la boca. Aunque también por pura satisfacción; no me hacía falta ver con claridad para saber que el escupitajo había llegado a su cara.

—¿Hombre muerto?

Soltó mi mandíbula antes de hundir mi rostro otra vez. Oí cómo se limpió mi saliva con el antebrazo. Luego, su mano descendió bajo el cuero. Localizó la funda y tiró. El arma salió de su sitio, la guardó en su chaqueta y me hundió más la cabeza, antes de quitarme

también el móvil.

—Me debes varios contenedores de armas.

Supe que era el Káiser.

El peso se desplazó unos centímetros, pero la presión en mis costillas no desapareció. Dejó de hundirme la cara para sostenerme la muñeca y retorcerla, obligándome a girar hasta quedar boca arriba. Frente a él. Intenté enfocar la vista, pero la arena se me había metido en los ojos.

—Cartel de cerrado hasta el viernes —soltó, evidenciando que sabía demasiado—. Descanso de cuatro días. Lástima, Crowley, que tus planes hayan cambiado.

Me inmovilizó con bridas de uso industrial antes de meter sus dedos bajo mi ropa. Presionó por brazos y abdomen, hurgó en los bolsillos, sin encontrar nada, y al final metió su asquerosa mano en mi ropa interior.

—¡Quita tus sucias manos de mi…!

Gritar no sirvió para nada. Bueno, sí. Sirvió para que me cruzara la cara de un bofetón. Me enterró uno de sus dedos entre las piernas, luego en la otra cavidad. Por detrás. Apretó hasta el fondo con el único propósito de humillarme.

—La próxima vez que grites —susurró, aún con ellos dentro—, te haré callar a mi manera. Aquí no hay nadie del SEDS, no hay cámaras ni nadie que pueda venir a salvarte.

Sacó las manos, se limpió los dedos en mi cara y siguió registrándome. Cacheó la tela del pantalón desde los muslos hasta los pies. Y me inmovilizó el tobillo antes de desabrochar los cordones de la bota. Sacó la navaja de la caña del calcetín.

—Me decepciona que seas tan predecible.

Sostuvo el arma frente a mí. Fue entonces cuando me moví, aprovechando que acercó la mano para impulsarme hacia él. Las

bridas me apretaron las muñecas cuando dirigí los brazos hacia delante, golpeándole con los nudillos la nuez de la garganta. Logré hacerle retroceder unos centímetros. Y gruñó, vaya si gruñó. No de dolor, de sorpresa. Enterré la rodilla en su muslo, pero el latigazo en las costillas me provocó mareos. A pesar de no estar bien, me lancé otra vez, usando la cabeza para asestarle un golpe en la mandíbula. Un puñetazo en la boca del estómago me hizo doblarme de dolor. Sus dedos se cerraron alrededor de las bridas y tiró hacia un lado, obligándome a girar sobre mí misma antes de estrellarme contra el suelo y colocarme el filo de la navaja en el cuello.

—Pierdes tiempo y energía.

Sentí la gravilla arañándome el cuerpo cuando me arrastró, alejándome del camino hasta una rampa metálica oculta entre la maleza. Lanzó al interior la correa de pinchos. Después a mí, acabando en la parte trasera de un camión de carga modificado, forrado con paneles oscuros, sin ventanas ni luz directa. Un transporte seguramente clandestino. Caí de lado, con las muñecas atadas hacia delante.

—Quietecita —ordenó desde fuera—. O no te gustarán las consecuencias.

Sus pasos se alejaron. Oí cómo empujaba mi moto por la misma rampa por la que me había lanzado a mí, solo que con la moto fue bastante más cuidadoso que conmigo. Y con el casco, también. Por el sonido, supe que lo dejó a un lado antes de asegurar la moto con cadenas. La rampa comenzó a cerrarse con un zumbido hidráulico.

—Te vienes conmigo, pequeña ladrona. Compórtate bien si no quieres que vuelva a Ashmoor —amenazó—, porque lo siguiente que haré será pegar un tiro a tus padres.

Salió antes de que el cierre sellara del todo la puerta.

Intenté limpiarme los ojos con la manga, pero el cuero me raspó

la piel de los párpados, arrastrando el barro de un lado a otro. El camión se puso en marcha y avanzó hasta detenerse por completo. Valoré la posibilidad de que Travis lo hubiera interceptado. Era ínfima, pero no imposible. Palpé a ciegas el suelo, con las muñecas atadas, sin saber si me estaba aproximando a la puerta del camión o a una de las paredes laterales para intentar oír.

—Lo siento. —Reconocí la voz de Nick cuando choqué con la pared—. Cebada ha roto la correa con los dientes y se ha salido al camino.

Tragué saliva. La brida comenzaba a cortarme la circulación de las muñecas. El pecho me ardía. Tenía la cara llena de barro y con olor de mis propios fluidos. Y Nick estaba ahí, con Lúpulo y Cebada, frente a un criminal sin ni siquiera ser consciente de ello.

—Es tarde para pasear por aquí.

El impulso de gritar fue de supervivencia. Me subió desde el estómago hasta la garganta como un reflejo. Abrí la boca, pero no lo hice porque Nick no podría hacer nada por mí. Por eso, y porque el miedo de lo que el Káiser podría hacerle a Nick si yo gritaba, me preocupaba más de lo que podría hacerme a mí.

—Lo sé, pero estos animales odian quedarse quietos.

—¿Son tuyos?

Los había reconocido.

—Podría decirse que sí. —Apenas oía su voz—. Los trajo Brooke, una amiga de aquí del pueblo.

—¿Es criadora de cerdos?

Sabía de sobra la respuesta.

La risa de Nick fue ingenua.

—Trabaja en la cafetería del pueblo. Si algún día necesitas parar a comer por Ashmoor, Brooke prepara las mejores hamburguesas de EE. UU.

—Puede que algún día. Ten cuidado —concluyó—, este tramo ni siquiera está iluminado de noche.

Los gruñidos de Lúpulo y Cebada se desvanecieron cuando el camión retomó la marcha. El motor fue ganando velocidad mientras nos alejábamos. No intenté huir. Ni siquiera busqué el modo de abrir la puerta. No porque no supiera cómo, sino porque no serviría de nada. El Káiser no había tardado horas ni días en venir a por mí. Había tardado las suficientes semanas como para aprender todo sobre mi día a día: trabajos, amigos y familia. Él ya sabía quién era. Dónde trabajaba. Y también para quién. La huida es una opción cuando juegas con ventaja, y yo me había quedado sin ella.

Me quedé quieta en el suelo del camión y esperé, paciente, a que nos detuviéramos. En lo que duró el trayecto, me percaté de que el suelo vibraba diferente. Grava. Asfalto. Grava. Cambio de superficies. Pensé en mis padres, en Travis, en Nick. En lo fácil que había sido para el Káiser llevarme con él. Para aligerar la sensación de entumecimiento, moví los dedos hasta que noté otra vez el cambio. Ahora, las ruedas giraban sobre algo más blando. ¿Tierra húmeda? Podía ser. El camión se detuvo minutos después y oí cómo se abría la puerta. También sus pasos al rodear el camión. El barro de las pestañas se había secado. Cada vez que parpadeaba, la suciedad me arañaba los ojos por dentro.

El Káiser abrió y se acercó para atarme una cadena al cuello.

—Si tiras, te ahogas —explicó—. Andando.

Como apenas veía, tropecé. La cadena se cerró alrededor de mi cuello ejerciendo una presión lacerante hasta que aflojó el agarre para liberar mi garganta. Los eslabones metálicos se asentaron, volviendo a su posición inicial, diseñados para deslizarse sobre sí mismos o cerrarse.

Avancé con mucho cuidado para no volver a tropezar.

—Quieta.

Sus pisadas se desvanecieron. Después arrastró algo. Puede que un cubo de basura o…

«¡Splash!».

Un cubo de agua helada me cayó en la cara, entrándome en la boca y llevándose parte del barro de mis pestañas. Parpadeé. Tosí. Escupí. El Káiser me frotó la cara con rudeza antes de entrar a por más. Sus dedos ásperos arrastraron la suciedad. Volvió a echarme otro cubo.

Al principio vi sombras, después formas, luego árboles, el camión, la cabaña de madera oscura, compacta y aislada. Mi cabaña. La que yo misma había reservado para desconectar durante mi descanso. No había luces alrededor. Tampoco gente. Solo el bosque y el río.

—Vamos.

Avancé tras él, siguiéndole hasta el interior de la cabaña.

—Cierra.

Sostuve el pomo con las manos atadas hasta cerrarlo. El sonido de la madera encajando en el marco chirrió. Y al darme la vuelta, comprobé que no era como lo había imaginado. El Káiser era atractivo de una forma incómoda. Rasgos duros, angulosos, como si su cara se hubiera esculpido sobre una estructura sólida a base de desviaciones pequeñas en lugar de líneas limpias. El pómulo izquierdo estaba un poco más alto que el derecho, lo que le otorgaba un aire peligroso. La nariz era recta, pero el puente parecía reforzado, más ancho en el centro. Como si se la hubiera roto alguna vez y el hueso hubiera decidido soldarse a su manera. El labio inferior tenía una cicatriz mínima, casi invisible, que lo cruzaba en diagonal. Sus ojos eran lo más aterrador de su rostro. El izquierdo, de un verde vítreo. El derecho, en cambio, tenía un tono lechoso,

blanco pálido, como si la claridad se hubiera quedado atrapada dentro. El verde, con la pupila más dilatada, reforzaba esa asimetría.

Sostener la mirada fue un error. La luz de la cabaña era escasa. Venía de un lateral que le dejaba la mitad de la cara a veces con sombra.

Tiró de la cadena para que los eslabones se juntaran alrededor de mi garganta, acercándome a él.

—Vamos a llevarnos bien, pequeña ladrona. —Tiró más—. Te advierto que no me gusta repetir las cosas.

Capítulo 16

Brooke

Me obligó a avanzar hasta unas escaleras.

—Baja.

Dosificó la presión para que mi cuello ardiera sin llegar a dejarme marcas en la piel, de forma que condicionaba mi movimiento sin evidencias externas.

Los escalones crujieron, amplificando el silencio de la cabaña. Descendían irregulares y estrechos, tragándose la poca claridad que provenía de arriba. Bajé hasta dar con un espacio preparado. Nada de lo que había en las fotos de la plataforma web de viajes estaba allí: ni los bidones, ni los congeladores, ni el armario de la despensa. El plástico cubría todas las paredes, el suelo e incluso el techo. No era un espacio grande. No había tuberías visibles ni cables sueltos.

Me empujó contra una de las paredes.

—Adentro.

Tenía la ropa empapada y hacía tanto frío que no podía dejar de temblar. Ni siquiera cuando pasó la cadena por una argolla. El Káiser

sabía quién era yo, a quién quería, qué personas me importaban. Por eso se movía así: soberbio, seguro, confiado. La única solución era matarlo, pero con las manos atadas y una cadena al cuello, lo tenía complicado.

Dejó algo de margen, para que pudiera moverme unos pasos. Cuando estuvo satisfecho, fijó la medida con el candado. El clic hizo eco. Salió, haciéndome creer que se marcharía, pero no fue así. Subió las escaleras, pero enseguida volvió con otro cubo. El agua resbaló por mis piernas hasta el suelo forrado, donde se acumulaba la humedad.

Me agarró del pelo, obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

—¿Vamos a trabajar en equipo para que me devuelvas la mercancía o tengo que enseñarte hasta dónde puedo llegar?

El tirón fue violento. El cuello me dolió por la postura y los eslabones se cerraron alrededor de la garganta. Antes de soltarme, me devolvió el escupitajo.

—¿Pero sabes lo que significa la palabra «equipo»?

Me obligué a no apartar la mirada de sus ojos. En consecuencia, tiró hacia abajo hasta enterrarme la cara en los plásticos del suelo. La cadena volvió a asfixiarme.

—Te lo preguntaré otra vez, aunque no me gusta repetir las cosas.

—Te lo puedes ahorrar.

Volvió a enterrar mi cara en los plásticos. Lo que había comenzado con una inocente pregunta estaba haciendo que mi cuerpo gastara energía demasiado rápido.

—Cuando vuelva, veremos si sigues teniendo ganas de jugar.

Me dejó a oscuras durante lo que me pareció una eternidad. El frío me calaba hasta los huesos, detrás de los ojos, incluso en el cerebro. No sé el tiempo que me dejó allí, pero supuse que fueron

bastantes horas, quizá incluso un día, porque tuve que orinar. En el suelo. La cadena fija en la argolla no me proporcionaba apenas margen de movimiento. Y la oscuridad no era solo ausencia de visión: era una presión constante, una forma de torturarme que invadía mis pensamientos hasta volverlos imprecisos.

Oí las pisadas. El sonido de las botas bajando los escalones se amplificó en mi cabeza, nítido, exagerado por la privación de estímulos. Una luz procedente de las escaleras se coló por la rendija inferior de la puerta. Fue doloroso. Cerré los ojos por reflejo, aunque no sirvió de nada. Después de tanto tiempo a oscuras, aquella claridad, aunque mínima, fue como si me clavasen agujas en la córnea. Se detuvo tras la puerta y la luz desapareció. No porque el Káiser se hubiera ido, sino porque se había colocado justo delante, sabiendo exactamente lo que hacía. Me dejó unos segundos en la oscuridad más absoluta. Luego, abrió la puerta y encendió un foco. La luz llenó la estancia. No para que viera, sino para que sufriera. Lo apagó y encendió repetidas veces frente a mi cara. Jugaba conmigo, con la adaptación de mis pupilas, con la desorientación, la sed y el hambre. Me moví, pero la cadena me hizo volver a mi sitio. Retrocedí a la posición inicial para tener margen de movimiento, aunque fuera mínimo. El Káiser, avanzó despacio, con algo en la mano izquierda. Una bolsa de plástico. Antes de que pudiera siquiera coger una bocanada de aire, envolvió mi cabeza. Ajustó la bolsa alrededor del cuello, me empujó hacia delante y me obligó a ponerme a cuatro patas en el suelo. Se colocó sobre mí, inmovilizándome. El plástico se me adhirió y tuve que esforzarme para mantener una respiración pausada. La formación que había recibido me preparó para sobrevivir en la montaña, en el bosque, para tener conocimientos de primeros auxilios, saber cómo funcionan las mentes… ¡Pero no para sobrevivir a una bolsa de

plástico cuando estás atada de cuello y manos, sin agua y sin comer! No podía permitirme hiperventilar, pero el aire se estaba calentando demasiado. Cada inhalación me proporcionaba menos oxígeno que la anterior y el Káiser seguía tirando de la bolsa hacia atrás. Presa del pánico, respiré más rápido, empeorando la situación. La falta de oxígeno empezó a doler de verdad. No en la garganta. En el pecho.

Cuando retiró la bolsa, aspiré con tanta ansia que me atraganté con mi propia saliva. Tosí con el cuerpo sacudiéndose descoordinado. Y cuando volvió a ponérmela, fue todavía peor, porque la mente anticipa y la mía acababa de descubrir lo que me provocaba esa bolsa en la cabeza. El plástico se me pegó a los labios y el pecho se me contrajo en espasmos. El miedo se me instaló en la cabeza. Y solo pude pensar en que no quería morir.

El Káiser prolongó mi agonía hasta que la falta de aire hizo que perdiera el conocimiento.

Mi conciencia no volvió de golpe, sino en fragmentos difusos. Primero, el vello erizado en la piel. Luego, la sensación de estar directamente sobre el plástico. El Káiser había aprovechado el desvanecimiento para quitarme toda la ropa. Ya no tenía las manos atadas hacia delante, sino a la espalda.

Intenté tragar saliva, pero la garganta protestó debido a la sequedad. ¿Cuánto llevaba sin beber y sin comer? Sin comer se puede aguantar. El hambre es un ruido constante que somos capaces de desplazar a un segundo plano de manera temporal, pero la sed no funciona así. La falta de agua va directamente a la cabeza, a la sangre y a los músculos. Te vuelve torpe y débil. Si aquello se alargaba, se convertiría en mi principal problema.

Cuando volví a oír sus pisadas, se evaporaron todos los pensamientos. El cuerpo reaccionó antes que la mente. Los músculos se me tensaron, rígidos. El sonido de las botas marcando

cada escalón me retumbó en los oídos. Y la luz me golpeó. Tuve que cerrar los ojos, mareada. Y pasaron uno o dos minutos hasta que los abrí y logré enfocar la vista para apreciar su silueta con cierta nitidez. Para entonces, el dolor ya se había instalado detrás de los ojos y el pulso me palpitaba en las sienes.

El Káiser no dijo nada. Detuvo la luz en mi cara. El foco con el que me apuntaba descendió hasta mi abdomen, donde se detuvo un instante antes de bajar hacia los muslos. Luego lo dejó en el suelo y desenroscó delante de mí el tapón de una botella. Mi boca comenzó a salivar de golpe, ansiosa por recibir aunque fuera solo una gota.

—Arrodíllate.

No pude.

No porque quisiera desobedecer, sino porque físicamente no era capaz. Estaba en el suelo, de costado, con una mejilla apoyada sobre los plásticos. Los músculos no me respondieron, las piernas eran como un peso muerto y el simple intento de incorporarme hizo que tuviera náuseas.

—¿No me has oído? De rodillas.

Apreté los dientes y volví a intentarlo. Conseguí arrastrar una pierna, luego la otra. El Káiser me acercó la botella abierta a los labios.

—Abre.

Sedienta, los separé. La lengua reaccionó sola, adelantándose. Jugó conmigo, acercando y retirando el recipiente hasta que al fin cayó. La garganta se me contrajo con violencia, como si temiera que el líquido desapareciera antes de llegar. Apartó la botella. Lo hizo a propósito antes de dejar caer unas gotas más.

—Suficiente.

El agua ya no era agua, sino un privilegio del cual me acababa de privar. El cuerpo no entendió que eso fuera suficiente, pero le

daba igual. Enroscó el tapón sin perderme de vista.

—¿Dónde están mis armas, pequeña ladrona?

La lengua se movió sola dentro de mi boca, y entonces me reí. Al principio fue una exhalación irregular, pero dejé que creciera. Que se transformara en una risa angustiosa.

—Clasificadas. Numeradas. —Alcé ligeramente la barbilla—. ¿Sabes qué significa la palabra «incautadas», K?

Decidí no usar el nombre con el que otros le otorgaban poder, solo su inicial.

—No son tuyas —continué—. En el momento en que las toqué, dejaron de pertenecerte.

Me agarró del pelo, llevándome la cara contra el suelo.

—Quiero mis armas, Brooke.

El cuello protestó por la tensión del collar, cuyos eslabones me estrangulaban cada vez más.

—Es imposible recuperarlas. Ni siquiera estoy autorizada para acceder a esa zona de forma individual.

Tiró directamente de la cadena que me rodeaba el cuello. No me creyó.

—Hazme lo que quieras, K. —Incidí en el sonido oclusivo de esa letra—. Nadie del equipo tiene acceso.

—Siempre hay alguien. Y tú vas a encargarte de encontrar la forma.

Si creía eso, estaba más loco de lo que pensaba. La carcajada me salió natural.

—Has visto demasiadas películas. No puedes recuperar los contenedores, así que decide ya qué haces conmigo. Esto del cuello empieza a molestarme más que tú.

Dejó de sujetarme del pelo, pero el alivio apenas duró un segundo. Me agarró por el codo y me obligó a incorporarme. El

mareo fue inmediato. Sin pretenderlo, trastabillé hacia él. No me sostuvo con cuidado, aunque tampoco me dejó caer. Me mantuvo en su agarre, desnuda y temblando, porque los músculos apenas podían sostener mi propio peso.

Dejó la botella en el suelo, levantó la otra mano y me dio una bofetada. Luego otra. Y otra más antes de sostenerme del mentón, obligándome a mirarlo. Sus dedos no presionaron tanto como para dejar marca, pero sí para que no pudiera apartar la cara.

—Estás desnuda. Atada. Débil. Deshidratada. —Hizo una pausa —. Y aun así, te comportas como si no fueras consciente de lo que puedo hacerte.

Esta vez sí me soltó. Las piernas se me doblaron y acabé de rodillas otra vez, con los eslabones oprimiendo mi garganta. El Káiser se desabrochó la bragueta antes de colocarse detrás de mí, aferrado a la cadena para impedir que me moviera. Presionó su miembro contra mis glúteos.

—Puedo jugar contigo lo que quiera. —Mordió el lóbulo de mi oreja con demasiada fuerza—. Puedo ser tus ganas de morir o limpiarte, alimentarte y darte agua a cambio de que colabores.

Su erección me presionaba ahora entre los muslos, colocándome demasiado cerca del borde. Mi sistema nervioso llevaba años aprendiendo a sobrevivir con sexo. Era una vía de escape para el cerebro. Por eso odié que esa reacción existiera ahora, con un delincuente que, aunque atractivo, seguía siendo lo que era. No me empujó, no me dejó moverme, aunque yo tampoco lo intenté. Mantuvo la tensión de la correa, mi vulnerabilidad y mi desnudez. Su mano descendió directamente por el interior, buscando el centro con los dedos. Exploró de manera innecesaria, confirmando lo que ya sabía.

—No me gustan las cosas usadas, por muy húmedas que estén.

Subió los dedos hasta el culo y los introdujo en el agujero.

—Este está intacto —se relamió—, aunque no por mucho tiempo.

Sus dedos se quedaron ahí, haciendo círculos sobre esa cavidad. Apreté los dientes, aunque no dije nada. La vergüenza fue mayor que cualquier bofetada.

—Bonita y dispuesta. ¿Vuestro entrenamiento incluye follar con delincuentes? ¿Así es como os entrenan, Crowley?

Sostuve la humillación.

—Tranquila, te daré justo lo que este culo ansía.

Tiró de forma continuada de la cadena. No recuerdo el momento exacto en que la luz del foco se apagó, solo sé que ocurrió después de que mi mundo se redujera a sensaciones fragmentadas: mis manos atadas a la espalda, los eslabones asfixiándome, el Káiser embistiendo por detrás. Me tumbó boca abajo, saliendo y entrando de mí con violencia. Lo que hizo no se parecía en nada al sexo que mantenía con Travis. Lo que el Káiser hacía era doloroso, me provocaba vergüenza, me sometía y humillaba. Lo que quería. Mi cuerpo dejó de pertenecerme. Y la violencia de sus embestidas sustituyó cualquier contacto con la realidad. Volví a desmayarme, gracias a la falta de oxígeno por la constante tensión de la cadena. Cuando desperté, estaba tirada en la misma posición. Los eslabones seguían firmes sobre mi garganta, aunque más flojos, y mis manos continuaban atadas a la espalda.

Dolía.

Me dolía respirar.

Me dolía moverme.

Pero, sobre todo, me dolía *ahí*.

Era un dolor profundo, sucio, distinto a cualquiera que hubiera sentido antes. No se trataba de un escozor superficial, sino un desgarro interno. Intenté juntar las piernas, pero descubrí que fue

un error. Grité de dolor y me encogí, sintiendo la humedad de la sangre sobre los muslos.

Intenté ser fuerte. Intenté no perder el control e intenté no dejar que el asco y la rabia me nublaran el juicio. Pero me costó porque el cuerpo estaba extrañamente rígido, como si tampoco aceptara lo que había ocurrido. Había daño. Mucho. Permanecí inmóvil durante minutos, quizá horas, hasta que volví a oír sus pisadas. Entró con el foco apuntándome a la cara. Lo dejó a un lado y volvió a bajarse la bragueta antes de echarse sobre mí, colocándome otra bolsa en la cabeza.

—Esta vez seré más cuidadoso —prometió, invadiendo el agujero con la punta—. No quiero que te desmayes antes de que me corra.

Me giró con el miembro dentro, colocándome boca arriba y alzándome las piernas hasta sus hombros, para que la postura le permitiera una mayor penetración. El ardor fue punzante e inconfundible. Oí la sangre chapoteando y me hice pis encima antes de que me quitase la bolsa de la cabeza. Jamás olvidaría la sonrisa ni su rostro, después de eyacular.

—Algún día te borraré esa sonrisa —juré.

Me dejó tirada en el suelo, como un despojo. Manchada. Usada.

—No quiero matarte, Crowley. Pero lo haré si no cooperas.

—Hazlo ya. Pierdes el tiempo.

Se acercó hasta que vi su sombra cernirse sobre mí.

—Pequeña ladrona, aún no has aprendido que el cuerpo siempre convence a la cabeza.

Capítulo 17

Brooke

El Káiser aparecía a intervalos irregulares, siempre para torturarme. Creía que lo peor ya lo había experimentado, pero me equivocaba. Una de las veces, tensó la cadena de acero hasta obligarme a permanecer de pie durante lo que me pareció una eternidad. Sin apoyo. Sin posibilidad de flexionar las rodillas. Estar inmóvil en esa posición forzaba la fatiga y drenaba la poca resistencia que podía ofrecer.

La distorsión del tiempo era real. Estaba privada de luz natural. En esas condiciones, el cuerpo sobrevive, pero la identidad se diluye. Y luego estaba la falsa misericordia. El Káiser se sentaba en un taburete plegable, frente a mí, con el foco encendido. Me observaba hasta que él decidía que había sido suficiente, luego me ofrecía un trozo de pan duro y, con suerte, un poco de agua. A veces me aflojaba la correa. En una o dos ocasiones hasta me permitió descansar en el suelo. Ese era el verdadero castigo.

Su voz cambiaba a un tono más bajo, casi amable. Me hablaba

despacio. Me decía que todo aquello era necesario. Pero a mí no me engañaba. Cada elección que tomaba estaba fríamente calculada para enseñarme que el dolor dependía de su voluntad. El dolor constante hace callo. El interrumpido crea dependencia. Eso hace que confundas el odio con alivio, y el alivio con gratitud. La última vez que entró, aflojó la cadena hasta que pude tumbarme. El cuerpo cayó rendido porque los músculos cedieron ante un temblor involuntario. Y el alivio al descansar la postura fue inmediato. Tan profundo que me dio miedo.

—Duerme, pequeña ladrona.

Me acarició el cabello.

Caí en un vacío sin imágenes ni pensamientos. No fue un sueño, sino una desconexión total. Me dormí con una respiración automática. Y no habría podido despertarme aunque lo hubiera querido. Cuando volví en mí, el dolor no era el mismo. El Káiser estaba a mi lado. Y el químico que me estaba administrando comenzó a arder dentro de mí. Me estaba haciendo lavados anales con una jeringa con algo que olía a azufre. Ese olor me recordó a los productos corrosivos que usábamos cuando queríamos borrar cualquier evidencia de un escenario. Y él estaba haciendo eso; eliminar cualquier resto que pudiera haber dejado.

El líquido era gélido.

Permanecí tirada sobre el plástico como un animal muerto, mientras me introducía ese líquido. Cada vez que entraba, los músculos reaccionaban por su cuenta, intentando expulsarlo. Por eso había una bolsa de plástico abierta a mi derecha, preparada para que evacuara en ella. Tuve que incorporarme y adoptar la posición que el acto requería. Cuando me dispuse a ello, no se apartó ni me concedió privacidad. Observó. Supervisó. Validó el resultado. Me dio toallitas para que me limpiara y se llevó la bolsa.

Desconecté mi cerebro, rindiéndome ante el agotamiento.

El resto sucedió en fragmentos inconexos. Volvió. Me sentó en el taburete con manos firmes. El foco me permitía ver los cubos de agua. Me frotó entera, eliminando cualquier olor que no fuera mío e ignoré la sequedad de mi boca cuando encendió el secador.

—No sabía que además de traficante fueras peluquero.

Sus manos no se detuvieron. Apoyó su nariz en el cabello, inspirando mi aroma de una forma enfermiza.

—No me provoques, pequeña ladrona. El único motivo por el que te devuelvo a Ashmoor es porque vas a recuperar mis armas.

—Lo siento por ti, pero ya te he advertido que pierdes el tiempo. No trabajo por encargo ni con delincuentes.

Tiró de un mechón.

—No es un encargo. Es tu única oportunidad.

—¿Y si no lo hago?

—Iré a por los tuyos y a por ti, en el orden que considere.

No respondí nada. Terminó de secarme el pelo y se dispuso a vestirme. Mi ropa estaba como nueva: limpia, planchada, sin rastro de tierra ni rozones.

—¿Quieres que te entierre viva?

Seguí callada.

—Hay varias opciones —continuó—. Una neurotoxina que provoca una parálisis profunda, con paralizantes neuromusculares o barbitúricos para inducir una depresión extrema al sistema nervioso. No estarías muerta todavía. Solo lo aparentarías el tiempo suficiente para que tu propio equipo te entierre, y tú lo sepas. También puedo enterrarte viva sin administrarte nada.

Me liberó de la cadena para ponerme la parte de arriba.

—Te despertarías bajo tierra. Sin espacio para moverte y con kilos de tierra sellando el ataúd. Primero vendría la incredulidad, ya

que el cuerpo tarda en aceptar dónde está.

Ajustó la prenda sobre mis hombros antes de ponerme la chaqueta de cuero. Se arrodilló para colocarme la ropa interior y el pantalón.

—Pensarías en romper el ataúd con las manos. Pensarías en empujar con las rodillas. Y entonces, llegarían los recuerdos pequeños: el olor de alguien, la imagen de tus padres o una frase. ¿Sabes por qué? —Cogió las botas—. Porque el cerebro busca distraerse con cualquier cosa cuando no encuentra ninguna salida.

Ajustó los cordones, se incorporó y me dejó allí. Volvió tiempo después, con una botella de agua.

—Despacio —indicó.

No me detuve hasta que apartó la botella. La dejó a un lado y me ofreció un trozo de pan duro. Mastiqué y tragué como un animal hambriento.

—Lávate.

Me dio un cepillo de dientes y un dentífrico con sabor a menta. Obedecí.

—Conmigo —ordenó cuando terminé.

Estar vestida, limpia y sin una cadena al cuello me pareció un milagro. Lo seguí escaleras arriba, comprobando que la noche se cernía sobre la cabaña.

—No tendrás más oportunidades.

Me empujó hasta la salida y abrió la puerta. Mi moto estaba intacta, limpia. Como si no me hubiera caído con ella. Como si el impacto no hubiera existido. Ni un rasguño. Ni una torcedura en el manillar. Nada.

Me entregó las llaves y el casco.

—La pistola está descargada. La navaja en la maleta. También tu móvil.

Me fijé en un grupo de cables junto al bloque del motor. La imagen se superpuso a otra. Recordé la pérdida intermitente de potencia, el conector suelto, a Travis agachado examinando aquel contratiempo. No había sido la humedad. Ni el frío. Ni la mala suerte.

—El fallo en el sensor de temperatura… Fuiste tú. Sabías que iríamos al polígono.

Levantó la vista. Aún me perturbaba mirarle a los ojos. El verde vítreo del izquierdo chocaba con la palidez del derecho. Y la pupila dilatada le otorgaba una belleza afilada.

—¿Sabes por qué llegó Varok hasta ti?

—No. —Me costó ponerme el casco—. Pero estoy segura de que vas a decírmelo quiera saberlo o no.

—Porque repites patrones. Mismas rutinas, mismas amistades, mismos entrenamientos. Lo más interesante en tu vida ha sido incorporar a Lúpulo y Cebada en la familia de Nickolas.

Sabía los nombres de los *minipigs*. El de Nick. Los dedos me obedecieron con retraso y tuve que repetir el cierre varias veces antes de acertar con la hebilla. Subir a la moto fue peor. Me impulsé, pero la pierna no respondió como debía. Volví a intentarlo, concentrándome en no caer. Lo logré a la tercera. Apreté los dedos alrededor del manillar, esperando a que el pulso dejara de temblarme.

—No empezaste a existir para mí cuando Varok vino a por ti, pequeña ladrona. Para entonces, ya llevaba tiempo observándote lo suficiente como para saber a qué hora cerrabas la cafetería, a qué hora cruzas la calle, las noches que duermes bien y las noches en las que duermes mal. ¿Recuerdas la libreta?

Sonrió con malicia, se enderezó y dio un paso atrás.

—Arranca —ordenó—. Has vivido bajo mi escrutinio más de lo

que imaginas. Si intentas huir, sabré dónde buscar. Si me delatas, iré a por los tuyos. También a por ti. Quiero mis armas.

—Sí. Ya. Lo has repetido mil veces.

Ignoró la provocación. Imbécil.

—Vete, pequeña ladrona. El reloj ya corre en tu contra.

Solté el embrague y la moto avanzó. No miré atrás porque sabía que estaría observándome. Alejarme no aliviaba la presión. Al contrario. Apreté ligeramente el acelerador, aprovechando que la moto respondía sin vacilaciones. Pensé en el almacén. En los contenedores. En los informes y los registros. La magnitud del problema era real: mis seres queridos o el bien común. Si huía, los mataría. Si me quedaba, tendría que encontrar la manera de devolverle las armas. Si cumplía la orden, morirían civiles. El bien común era esa línea que siempre había sido infranqueable. Solo que hasta ahora nunca había tenido que enfrentarla con nombres concretos y rostros de las personas que quiero. Hiciera lo que hiciera, estaba eligiendo a quién salvar y a quién condenar. El Káiser había entrado en mi vida, en mis espacios, en mi entorno. No podía descartar que hubiera instalado dispositivos ocultos como cámaras o micros para vigilarme. Ni siquiera podía descartar que no me escuchara ahora. O que hubiera pinchado mi propio móvil.

Si quería proteger a los míos, tendría que hacerlo sola.

El trayecto hasta Ashmoor me costó más energía de la que me quedaba. La carretera estaba húmeda, y al dejar el asfalto, la niebla baja me envolvió. El viento se colaba por la chaqueta, arrancándome escalofríos que nada tenían que ver en realidad con el frío. Cada kilómetro me costaba más permanecer erguida en la moto, por mi estado actual. Aunque físicamente estaba hecha una mierda, me preocupaba más el mental. Durante la formación nos preparaban para soportar condiciones límite y el dolor. Nos entrenaban para

resistir privación de sueño, hambre, frío, calor, aislamiento, exceso de estímulos, violencia física y mental. Todo con el fin de que, bajo aquel estrés extremo, siguiéramos teniendo la capacidad de pensar y afrontar escenarios que un civil no aguantaría.

La teoría era clara: la mente puede ser nuestra mayor aliada o nuestra peor enemiga. Si es tu enemiga, mueres. Si es tu aliada, te permite seguir respirando cuando el cuerpo quiere rendirse. Con las violaciones, la herramienta de escape era disociar. Tragar el impacto. Verlo como un dolor físico más. La formación no hacía que una violación no fuera traumática, porque siempre lo sería, sino que el entrenamiento mental forzase una lectura funcional del trauma para poder sobrevivir. Nunca nos enseñaban que no importa, tampoco que fuera un dolor físico como cualquiera, porque no lo era. Los agentes no eliminamos el trauma del cerebro, no lo neutralizamos, no lo volvemos inocuo, pero aprendemos a posponer el colapso psicológico para seguir adelante.

El objetivo del Káiser era usar mi cuerpo como un arma contra mí misma. Humillarme para deshumanizarme. Y la disociación había sido mi mecanismo de emergencia. ¿Había sobrevivido? Sí. Pero eso no significaba que hubiera salido intacta.

Vislumbré Ashmoor entre la niebla. Aparqué, me quité el casco y cogí mis cosas antes de entrar. En casa no había nada fuera de lugar. Ni nadie. Era probable que mis padres estuvieran trabajando en la base. Empecé por lo obvio: desmontar el móvil y buscar algún dispositivo de escucha integrado. Los micrófonos MEMS (Micro Electro Mechanical Systems) medían milímetros y se usaban en móviles u audífonos. Revisé soldaduras y componentes sin encontrar nada y volví a montar el teléfono antes de recorrer la casa. Inspeccioné cajones, detrás de los cables de la tele, en el interior de las lámparas, sobre los marcos de las puertas y alrededor de los

enchufes. Levanté alfombras, desmonté tapas, palpé paredes buscando irregularidades, vacié armarios, desmonté los detectores de humo. Cualquier objeto que pudiera albergar algo más que polvo fue examinado. Encendí el móvil, comprobando que era jueves. Me apoyé en el mueble que tenía más cerca cuando las piernas me empezaron a fallar y me dejé caer en el suelo.

Había estado cuatro días encerrada.

Me levanté como pude y caminé hasta la cocina para beber agua y comer lo que mi estómago me permitió después de los días de ayuno. Arrastré los pies hasta el dormitorio. No me quité la ropa, solo encendí la mesita de noche para que la oscuridad no rememorara la ausencia de luz y me quedé sobre la cama. El cuerpo se apagó antes que la mente. Dormí a ratos, reviviendo en sueños fragmentos de lo que había sido el cautiverio.

Me desperté por el sonido de la alarma. Odié aquel pitido seco. No estaba preparada para lidiar con el mundo como si fuera un día normal. Antes de bajar a desayunar con mis padres, me di una ducha. Apoyé la frente contra los azulejos. No había peligro en la ducha y, aun así, me tensé cuando el agua me tocó la piel. Me lavé de forma mecánica, sufriendo los fragmentos aleatorios que la mente decidía revivir. Evité mirarme el cuerpo. Evité tocarme más de lo necesario. El cuerpo seguía siendo mío, pero no lo sentía así del todo. El Káiser lo había profanado.

Bajé rígida hasta la cocina, funcionando por inercia. Mis padres estaban allí. Nick también. La escena era demasiado normal. Mi madre, cocinando frente a la encimera. Mi padre, con su periódico y las gafas de lectura sobre la nariz. Nick, con el uniforme de repartidor, devorando unos huevos revueltos.

Nick se tapó la boca con la mano antes de hablar.

—Nena. Buenos días.

—Buenos días.

Tomé asiento entre Nick y papá.

—Tu madre le ha invitado a desayunar.

Mamá se acercó a la mesa con la cafetera. En casa nadie ignoraba la situación de Nick y su familia.

—Cuidado que quema —advirtió—. ¿Qué tal el descanso?

—Bien —mentí.

Llenó las tazas de café, cogí la mía y me la llevé a los labios demasiado rápido. El calor me quemó la lengua. No me quejé ni hice ninguna mueca que expresara dolor. Simplemente volví a dejar la taza en su sitio y cogí el tenedor.

—¿Has dormido? —dudó Nick—. Tienes las ojeras tan negras como los cojones de un grillo.

—Chico —reprendió mi padre—, esa boca.

Pinché los huevos con el tenedor.

—Déjalo, papá. Nick aspira a ser humorista.

—No aspiro a nada. Tengo insomnio, sé de lo que hablo.

Dejó caer la indirecta. Nick tampoco dormía bien desde que presenció la muerte de Varok.

—¿Qué? —pregunté exasperada, porque no dejaba de mirarme.

—Tienes un pelo en el labio. Puag…

Él lo apartó con naturalidad, pero a mí se me quedó el aire atrapado en el pecho por el contacto. No aparté la cara. Me quedé rígida mientras lo colocaba tras mi oreja.

Creo que él también lo notó, porque enseguida retiró la mano. Y aunque retomó el desayuno, ya no comía de la misma forma. De vez en cuando, Nick me lanzaba una mirada discreta. Bajé la vista al plato, intentando hacer lo mismo que él, pero el estómago se me contrajo. Pinché el huevo con el tenedor, sin hambre, y mastiqué una pinchada más.

Nick siguió mirándome a intervalos. Y yo esquivé cualquier contacto visual. Fue absurdo. Nick era lo contrario a todo lo que el cuerpo había asociado tras el contacto, y por eso una parte de mí quiso acercarse otra vez para dejar que me acariciara. Pero la mente no lo permitió por una razón: después de lo sufrido, ya no diferenciaba entre peligro y protección.

Nadie en esa mesa sabía lo que había pasado. Nadie imaginaba que me habían violado de manera reiterada. Nadie tenía conciencia de que el miedo y la sensación de angustia e inseguridad se me había adherido a la piel como una segunda capa. Y aun así tenía que sentarme recta, sonreír y desayunar como si nada. Nick se levantó a por más café. Pasó por detrás de mí, dejando una distancia prudencial para evitar cualquier contacto.

Di por imposible el desayuno.

—Tengo cosas que hacer.

Extrañada, mi madre alzó la vista.

—¿No quieres más?

—No. Anoche cené mucho.

Otra mentira. Evité mirar a Nick cuando cogí mis cosas.

—¿Te veo esta noche?

Recordé que era viernes, y que los chicos hoy cenaban hamburguesa.

—Sí.

Salí y cerré la puerta sin mirar atrás.

Capítulo 18

Brooke

Brazada, respiración, brazada. Apnea. Respiración, brazada. El sonido sordo del agua cerrándose sobre la cabeza era lo más relajante que había encontrado en todo el día. Me había ido a nadar sola, porque los arañazos que me hice en el cuerpo, al caer de la moto, eran visibles. Donde más tenía era en el abdomen y en el costado. Y no quería que Travis los viera.

Pasé más de hora y media en la piscina, antes de subir al gimnasio del SEDS. Ahora, el saco de boxeo se balanceaba con un ritmo constante, casi hipnótico. Golpeaba, retrocedía para coger impulso y golpeaba de nuevo. No estaba entrenando técnica ni resistencia. Estaba entrenando para desahogarme. Para no pensar. El único fin era agotar el cuerpo hasta que no quedara espacio para nada más. Ni siquiera para pensar.

Me pregunté en varias ocasiones cómo iba a devolverle la mercancía y traicionar mis valores. Media docena de contenedores incautados no podían desaparecer así porque sí. Golpeé otra vez el

saco, esta vez con la pierna. El impacto fue seco. Como consecuencia, el dolor me recorrió hasta la cadera. No quería devolver las armas a ese enfermo, pero tampoco sacrificaría a mi familia ni a mis amigos. Volví a golpear, pero la trayectoria se desvió. Llegué tarde y el saco regresó en perpendicular, rozándome el hombro. A pesar de no recibir un golpe fuerte, me tensé como si aquello fuera una amenaza real.

—No estás concentrada, ¿qué te pasa, Crowley?

La voz de Travis me llegó desde atrás. No me giré.

—Estoy calentando.

Golpeé más fuerte.

—Llevas cuarenta minutos calentando. Estás rígida y golpeas antes de tiempo sin una trayectoria limpia.

Solté el saco. Estaba a un palmo de mí, con los brazos cruzados.

—¿También me espías? ¿O es que vas a añadirlo al maldito informe?

Aproveché la pausa para beber agua. Un lujo que solo unos días antes el cuerpo no asociaba con seguridad. Dejé la botella a un lado, cogí la toalla y me sequé el sudor del cuello.

—Vienes de unos días de desconexión, ¿No deberías estar de mejor humor?

—Estoy cansada.

—No parece cansancio.

Lo miré irascible. Error. Sus ojos bajaron un segundo, recorriendo mi postura: hombros tensos, manos rígidas, respiración irregular.

—¿Te han dicho algo más los de arriba?

Golpeé repetidas veces el saco.

—Dime —insistió—, ¿te están presionando? Porque si es así…

—No más de lo habitual.

Travis se colocó detrás de mí, envolviéndome el cuerpo en un

abrazo que en otras circunstancias me habría resultado reparador. Esta vez no fue así. El contacto me pilló desprevenida. Me zafé con un movimiento ágil, colocando ambas manos contra su pecho.

—No hagas eso.

La voz me salió antes de que pudiera siquiera pensar lo que decía. Descontrolada. Esa Brooke no tenía nada que ver conmigo, sino con el trauma. Hablaba desde la humillación y la violencia que había sufrido.

—¿Que no haga qué? —Travis endureció el tono—. Mírame, Crowley. Y dime por qué parece que estuvieras esperando que te claven un puñal por la espalda.

—Necesito espacio.

Sabía que estaba siendo injusta, pero era lo que el cuerpo necesitaba. Me senté en la colchoneta, disimulando el temblor de las manos. Travis se puso a mi altura, respetando la distancia.

—¿Qué te pasa? Nunca te he visto así.

—A lo mejor tienes razón y estoy bajo mucha presión.

No supe qué más decir. Aparté la mirada. El suelo de goma mostraba signos de desgaste. Me aferré a ese detalle absurdo para no pensar en nada más. Solté el aire por la nariz, como nos habían enseñado a hacer cuando el cuerpo estaba en alerta. Inspirar cuatro. Retener dos. Soltar seis. Mi pulso tardó en calmarse, pero lo conseguí.

—Estoy cansada. No duermo bien.

El silencio se instaló unos segundos entre nosotros.

—No te creo.

—No es mi problema.

—Sí lo es. Para ser lo que eres tuviste que pasar por un proceso de selección extremadamente exigente, con pruebas en condiciones límite. Algunas enfocadas en medir tu tolerancia al sufrimiento,

detección de límites psicológicos y control mental bajo estrés extremo.

Me incorporé despacio. Aún me dolían las rodillas de haber estado atada de pie, en la misma postura, durante demasiado tiempo.

—Esa es la única verdad que hay —repetí.

—Precisamente por eso no creo que sea solo cansancio. A mí no me puedes engañar —continuó—. He visto cómo respondes bajo presión y bajo amenaza real. Te he visto con frío, con dolor y sin dormir.

—¡No me psicoanalices!

Pasé por su lado para irme, pero me sujetó del brazo. Fue un contacto mínimo, cuidadoso, pero que me tensó de igual manera. Me solté con un tirón seco, levantando las manos instintivamente para marcar la distancia como un límite infranqueable.

—Te he pedido espacio —repetí—. Sé que no me entiendes, pero necesito que hoy lo respetes. No es por ti, si es eso lo que te preocupa.

—¿Y mañana?

Me colgué la bolsa del hombro y pasé a su lado sin tocarlo.

—Mañana intentaré estar mejor. Ya te lo he dicho, solo estoy cansada.

La puerta se abrió antes de que Travis llegara a tocarla.

—¿Os vais? —preguntó Mason.

Entró acompañado de Phoebe.

—Sí —se adelantó Travis, dejándome allí.

Phoebe se acercó cuando Travis desapareció de camino a los vestuarios.

—¿Todo bien?

Asentí.

—¿Te vas a casa? —preguntó.

Cogió los guantes de boxeo mientras esperó a que contestara.

—Todavía no. Quiero revisar unos informes.

Se colocó frente a Mason, preparada para entrenar.

—Vale. Nos vemos.

Me dirigí a los vestuarios.

Travis estaba en el banco. Tenía la toalla ceñida a la cintura y el pelo húmedo porque acababa de salir de la ducha. Se giró al oírme. Fue un reencuentro incómodo. No porque estuviera desnudo, sino por lo que había pasado hacía un momento.

Señalé la ducha.

—Voy a…

—Sí. Yo ya termino.

No hubo reproche en su voz. Me quité la ropa delante de él. Cuando abrí el grifo, oí que se levantaba. Luego, el sonido de la puerta al cerrarse.

Permanecí de pie en la ducha y recordé fragmentos. Cuatro días encerrada. Cuatro días sin decidir nada sobre mi propio cuerpo. Ahora me costaba sentir las manos sobre la piel. Me lavé cambiando el foco de atención, concentrándome en el ruido que hacía el agua al caer, asignando prioridad a ese estímulo.

El vestuario seguía vacío al salir de la ducha. Me vestí y volví a la zona de trabajo. Aproveché que estaba sola para encender el equipo con acceso biométrico: huella y escaneo de iris. No eran ordenadores normales, todos tenían una estación con seguridad reforzada conectada a una red interna privada. Lo primero que abrí fue el sistema de incidencias, donde se encontraban los registros oficiales de operativos, mercancías incautadas e informes sobre intervenciones. Todo lo que el Estado sabía sobre el caso Varok, porque del Káiser no teníamos nada. La información recabada

llegaba de arriba, y aunque solo se podía acceder con permiso previo, examiné todo lo que encontré durante las siguientes horas. Al no encontrar nada relevante, me propuse no pensar como víctima, sino como agente. Analicé los hechos: tramo de carretera, zona sin cobertura. Nuestros sistemas marcaban esos puntos como vacío técnico sin cámaras, sin rastro digital. Salvo uno. Me esforcé por recordar cualquier detalle del camión antes de pasar a la base de datos que cruzaba información de cámaras públicas, sensores de carretera y matrículas con el visor cartográfico.

Ajusté el intervalo horario. El movimiento real empezaba antes. Y ahí estaba. Un camión de carga sin distintivos, pasando dos veces por el mismo tramo en menos de cuarenta minutos. Amplié la imagen. La matrícula estaba parcialmente cubierta, seguramente de manera intencionada, dejando visible solo la información lateral. Memoricé aquello y continué reconstruyendo los hechos. La rampa trasera tenía un cierre hidráulico con sistema reforzado. No era un camión cualquiera, sino uno para carga pesada o sensible, que requería un mantenimiento específico.

El Káiser también me había devuelto la moto intacta. Pensé mucho en eso, y al final abrí una nueva capa en el visor. Busqué los talleres que trabajaban con ese sistema concreto. El número se redujo a tres. Y solo uno de los tres se encontraba entre Ashmoor y la cabaña. Ese tipo de cierres requerían un mantenimiento regular. Nada de eso se hacía una sola vez. Y nadie que transportara algo valioso dejaba pasar demasiado tiempo entre revisión y revisión.

—¿Sigues aquí? —preguntó Phoebe.

Ya no llevaba ropa de entrenamiento, tenía el pelo sedoso, recién lavado. En una mano llevaba el bolso, el móvil en la otra.

—Sí.

Avanzó y se sentó a mi lado.

—¿Mal día?

—Más bien, un día largo.

—Holmgren ya se ha ido. Smith y Davis también.

Me gustaba cuando no había altos cargos y podíamos llamarnos por nuestros nombres.

—Imagino.

—¿Quieres que te ayude con algo?

Me giré hacia mi compañera, que más que compañera ya era amiga. No había lástima en su gesto, tampoco interés en sonsacar información sobre mi relación. Solo una oferta limpia que, teniendo en cuenta de quién venía, iba a aprovechar. Giré la silla hasta quedar de frente a ella y señalar la pantalla del ordenador.

—Sí puedes hacer algo, pero necesito total discreción.

—Soy una tumba. Ya lo sabes.

Ese era uno de los motivos por los que confiaba en ella.

—He encontrado un taller que quiero que monitorices —comencé.

—¿Un taller?

—Sí. Hay un camión de carga que me llama la atención. Necesito que las entradas y salidas queden registradas.

—¿Matrícula?

—Parcial.

Encendió su ordenador.

—Me sirve —aseguró—. ¿Qué no quieres que haga?

—No compartas esta información con nadie.

Le indiqué la ubicación del taller.

—Vale. —Se levantó a por un café de máquina—. Yo me encargo.

—Gracias.

Me lanzó un beso y tomó asiento con el vaso de cartón en la

mano, inmersa en el trabajo.

Avancé por los pasillos con intención de largarme a Ashmoor, pero no llegué ni a salir del edificio. Paul Jefferson apareció con Guy Macklean. No fue un encuentro casual. Jefferson, el director del SEDS, caminaba con esa calma estudiada a la que recurría cuando quería intimidar. Guy Macklean se mantuvo medio paso por detrás, como si fuera su sombra.

—Agente Brooke Crowley —me llamó Jefferson—. Un momento.

Me detuve antes de darme la vuelta para quedar frente a ellos. Espalda recta. Hombros alineados. Talones firmes.

—Señor.

Me llevé la mano a la sien. Y que Jefferson no me devolviera el gesto solo podía significar que no estaba allí por una tontería.

—Crowley, el sistema ha registrado accesos tuyos a datos fuera del flujo asignado al operativo Varok.

Maldije que el sistema inteligente fuera tan perspicaz. Y al mismo tiempo, comprendí que no era el sistema lo que les preocupaba, sino yo.

Guy Macklean intervino.

—¿Puedes explicar el motivo, Crowley?

—Seguimos sin resultados sobre la identidad ni el paradero del Káiser. Consideré necesario revisar la información recabada.

Jefferson me sostuvo la mirada con desconfianza.

—A partir de ahora, cualquier movimiento fuera del protocolo deberá ser previamente notificado.

—Entendido, señor.

—Puedes continuar.

—Gracias, señor.

Me despedí conforme marcaba el reglamento y retomé mi camino cuando se apartaron. Asumí lo evidente: Varok había

demostrado que llegar hasta mí era posible. Y eso, dentro de aquella estructura del Estado, suponía un inconveniente.

El aparcamiento estaba casi vacío. Me detuve junto a la moto y esperé a tener el casco colocado para llamar a Phoebe. Cuando descolgó, hablé con normalidad.

—Meyer, una cosa.

—Dime.

—Ordena el escritorio antes de irte. A Travis no le gusta que nada esté fuera de su sitio.

Dije el nombre de Travis a conciencia, por si a Paul Jefferson o a Guy Macklean se les había ocurrido espiar mis llamadas. Travis era una coartada cómoda, demasiado presente en mi vida como para levantar sospechas. Y «ordena el escritorio» era nuestra forma de decir que no había que dejar rastro.

—Claro, ¿ordeno todo?

—Todo.

—Ok —añadió despreocupada.

—Gracias, otra vez.

El trayecto hasta Ashmoor fue duro. El frío no ayudaba. Se filtraba por la chaqueta y me mordía la piel. Mi cuerpo estaba bajo mínimos, en reserva desde hacía muchas horas. Y aún tenía que abrir el bar durante el servicio de cenas y sonreír a la gente como si todo estuviera bien.

Capítulo 19

Brooke

La cafetería estaba abierta cuando llegué.

—Hola —saludó Travis.

No contaba con él para el turno de esta noche, pero se encontraba detrás de la barra, colocando vasos. Aunque se esforzara por relajar los hombros, la rigidez de su mandíbula lo delataba. Un signo claro de contención forzada.

—¿Qué haces aquí? —quise saber.

Señaló la mesa de mis amigos.

—Viernes de hamburguesas.

Nick estaba inclinado hacia delante. A pesar de su cara de agotamiento, reía, seguramente rememorando alguna anécdota. Tenía los antebrazos apoyados en la madera y la jarra a medio beber. Jess, sentado enfrente, escuchaba mientras su hermana pequeña correteaba con Madi por el bar. Nick levantó la vista en mi dirección. No fue casualidad. Sino ese preciso instante, casi físico, en el que algo cambia en el aire cuando compartes espacio con una

persona con la que conectas de manera diferente.

Alzó la mano.

—¡Hey, nena! Ya pensábamos que no venías.

Oí el vaso que Travis estaba colocando chocar un poco más fuerte de lo necesario contra la barra. No se rompió, pero el ruido fue suficiente para que yo lo oyera. Le guiñé un ojo a Nick sin que Travis me viera, evitando caldear más el ambiente. Fui tras la barra y busqué el delantal negro que normalmente me ponía para cocinar.

Travis cogió otro vaso.

—¿Has cenado?

—No.

—Siéntate con ellos.

—Tengo que trabajar.

—Ya lo sé, pero antes quiero que cenes.

—No tengo hambre.

—No has comido nada en la base. Ni siquiera has hecho el descanso.

No fue una acusación, más bien una constatación basada en sus observaciones.

—Sí lo he hecho —mentí.

Siguió ocupándose de los vasos con movimientos mecánicos.

—No intentes engañarme. Sé que te has ido a nadar.

—Empiezo a cansarme de que me espíes.

Bajó los ojos hacia mí. No porque yo fuera bajita, que no lo era, sino porque Travis, al igual que Jess y Nick, medía casi dos metros. No encontré ironía en su expresión, tampoco resentimiento. Solo una atención en mi persona demasiado insistente, que por momentos me agobiaba. Devolvió la atención al vaso, pero ya no hacía nada. Simplemente repetía los movimientos como si necesitara tener ocupadas las manos con algo.

—Me lo ha dicho Bill.

—Bill Davis… Será bocazas. —Me sentí fatal—. Lo siento.

—Quítate el delantal y cena antes de ponerte a trabajar.

—¿Aquí también eres el jefe?

—No, pero podría. ¿Hamburguesa?

No tenía fuerzas para discutir con él. Y aunque las tuviera, no se lo merecía.

—Sí. Lo mismo que ellos. ¿Han pedido ya?

—Hace bastante. ¿Luego vendrás conmigo?

Colgué el delantal en su sitio, obligándome a tener normalidad. Necesitaba espacio, pero también necesitaba que Travis no sospechara nada respecto a lo que había ocurrido en mis días de descanso.

—Sí. Duermo contigo.

Fui con mis amigos.

Nick se apartó igual que esta mañana en el desayuno. No invadió mi espacio. No me tocó. Tan solo retiró la silla con cuidado para dejarme paso. Me fijé en las consumiciones antes de tomar asiento.

—Chicos. ¿Y Vicky?

Nick negó con la cabeza.

—Tenía trabajo.

Me dio pena que no viniera. Me había acostumbrado demasiado rápido a verla aquí, a ella y a esa sonrisa tímida que se permitía poner cuando se relajaba un poco más de la cuenta. Vicky tenía algo que hacía que los demás nos sintiéramos cómodos con ella. A excepción de Jess. Jess se comportaba de manera diferente cuando Vicky estaba cerca.

—Vaya. ¿Os falta algo?

—Cicuta. —Jess señaló a Nick—. No se cansa de contar siempre lo mismo.

Me senté con el cuerpo orientado hacia Nick.

—A ver si adivino. ¿La anécdota de los siete años? Es esa, ¿a que sí? Jess te clavó una grapa en el dedo porque le jodiste el murciélago de plastilina. Y para defenderte se te ocurrió clavarle la punta del lápiz en la mano.

—Te equivocas, nena.

La sonrisita que puso me hizo gracia.

—Entonces la de los nueve, cuando la señorita Figueroa te pilló intentando escapar de clase por la ventana…

—Porque Benny tenía un moco colgando —recordó Jess.

Nick soltó una carcajada y se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

—Ese moco era… Puag. —Siguió riéndose, retomando la historia —. La señorita Figueroa me agarró del cuello de la camiseta cuando ya tenía medio cuerpo fuera y me arrastró de vuelta al pupitre.

Jess también formó parte del relato.

—No viste su cara cuando te vio en la ventana. Creo que le dio miedo que pudieras caerte de cabeza, por si te quedabas tonto del todo.

Intenté no reírme, pero acabé haciéndolo porque compartía la misma opinión que Jess. Nick no era tonto, y a Jess tampoco se lo parecía, pero la señorita Figueroa sí pensaba que lo era porque en clase lo único que hacía eran tonterías.

—Tenía un objetivo claro, cabeza de melón —gruñó Nick a Jess —: huir del moco de Benny. ¿Cómo podía tener siempre tantos?

Fingió una arcada antes de beber más cerveza. Jess acabó la jarra.

—¿Habéis vuelto a saber de él? —me interesé—. Se fue de Ashmoor en cuanto tuvo oportunidad.

—Creo que está en el estado de Maine, trabajando en una granja

—respondió Nick.

—Benny, ¿en una granja? —La expresión de Jess me hizo gracia.

—Eso parece.

Travis apareció con la bandeja. Trajo una jarra para mí, bien fresquita, que no pensaba rechazar.

—Las hamburguesas salen en cinco minutos. ¿Cerveza?

Los chicos asintieron. Travis dio la vuelta sobre sí mismo para ir a por dos nuevas jarras. El papel de camarero se le daba bien. Como todo lo que hacía. Emma apareció corriendo por entre las mesas, perseguida por Madi. Me trepó por la pierna.

—¡Brooke! —gritó—. ¡Madi dice que no puedo sentarme en esa silla!

El contacto de las manos de Emma aferrándose a la pierna me pilló desprevenida. El cuerpo se me tensó tal y como ya me había pasado con Travis y Nick. Madi alzó la voz más que Emma, cruzándose de brazos con una seriedad que me hizo gracia.

—¡Porque es la mía!

Intenté lidiar con ellas.

—Oíd, monstruitos. Podéis sentaros donde queráis, pero no os subáis a las mesas ni molestéis a los clientes.

Lo dije con voz firme, pero, a pesar de eso, a Emma le dio igual. Continuó trepando hasta ponerse de rodillas sobre los muslos y me colocó ambas palmas en los mofletes de la cara para que la mirase a los ojos. Sus manos no dolían, no apretaban. Pero mi cerebro reptiliano, nuestra estructura más primitiva, parecía aún inmerso en un estado de supervivencia.

—¡Pero es que Madi siempre quiere lo mismo que yo! —protestó.

Inspiré despacio, por la nariz. Jess y Nick aguantaron las ganas de reír. Malditos.

Jess extendió los brazos y me quitó a Emma de encima mientras

la mirada de Nick seguía fija en mí. Madi continuó replicando.

—¡Yo llegué antes! ¡Es mía!

Dejó a Emma en su regazo. Cuando el contacto desapareció, el aire me volvió a entrar en el pecho con normalidad. Travis regresó con más cerveza y Jess bebió de la jarra como si no fuera con él la discusión de aquellos monstruitos. Nick, más que acostumbrado a ese tipo de riñas, sonreía mientras Madi correteaba de nuevo por el bar. Y Emma no tardó en bajar de las piernas de su hermano para correr detrás.

—Democracia pura —comentó Nick.

En ese momento, Travis regresaba a la cocina.

—¿Cuál es tu concepto de democracia? —Alcé una mano—. Déjalo. No quiero saberlo.

Sonrió de medio lado, y se me acercó a la oreja.

—Te noto rara. ¿Seguro que está todo bien?

—Perfectamente.

A este paso, acabaría con la nariz como Pinocho. Jess se mantuvo al margen de la conversación, fingiendo que prestaba atención a su hermana y a Madi. Nick no insistió. Esa era su forma de cuidar: quedarse, entender y no exigir nada que la otra persona no estuviera dispuesta a dar. Y por eso me dolía tanto mentirle. Porque Nick jamás tiraba de mí ni me obligaba a hablar. Respetaba mis tiempos, y siempre estaba cuando lo buscaba.

—Vale, nena. Aunque te conozco lo suficiente como para saber que mientes.

—Eso sí es verdad.

No sabía que Travis había vuelto con la cena. Mucho menos que estuviera detrás de mí. Lo supuse por la forma en que el ambiente se volvió opresivo. Nick había crecido conmigo, literalmente. No solo éramos vecinos, compartíamos los años de colegio, demasiados

recuerdos y demasiadas versiones el uno del otro como para no entendernos mejor que la mayoría de la gente.

A veces, nos bastaba una mirada para saber que algo pasaba. Como ahora. Nick seguía observándome con tranquilidad, plenamente consciente de que le mentía. Igual que en el desayuno. Pero a pesar de los engaños, no me miraba con frialdad, sino con una tentadora calidez.

—Las hamburguesas.

Travis no sonó natural. Sonó territorial.

Levanté la vista, comprobando que estaba rígido, con los hombros demasiado tensos. No miraba a Nick, pero tampoco a mí. Lo cual era peor, porque significaba que estaba conteniéndose. Nick notó al instante la tensión. Se recostó, levantando las manos en un gesto conciliador, como diciendo: hey, tranquilo. No funcionó. Los dos eran importantes en mi vida, y Travis lo sabía. Sabía que Nick era casa. Que me había visto crecer. Que me conocía y entendía mejor que muchas personas.

Jess, cogió su hamburguesa con una naturalidad impostada, en un intento de rebajar la tensión.

—Gracias, Travis —dijo—. Nick, ¿por qué no les dices a Emma y Madi que ya está la cena?

Nick aprovechó la oportunidad, odiaba discutir. Se levantó con el único objetivo de apartarse. No llegó lejos. Madi apareció junto a la mesa y, sin pedir permiso, trepó a su silla para alcanzar las patatas. Metió la mano en la bandeja y agarró un buen puñado.

—¡Esas son mías! —protestó Emma al instante, corriendo tras ella, tratando de subirse a la misma silla.

Me recordaban a Nick y Jess cuando eran pequeños. Irrumpieron acabando con parte de aquel silencio pesado, reduciendo el momento a esos dos cuerpos pequeños que forcejeaban

torpemente.

—Monstruitos —intervine—, compartid.

Nick las separó con paciencia.

—Hey. Nos comportamos.

Las niñas protestaron al unísono, cada una defendiendo su versión. Emma y Madi juntas eran un tormento. Peleaban tanto como se querían.

Travis dejó el último plato frente a mí.

—Come. No te gusta cuando la carne se queda fría.

No era una orden, aunque sonara como tal. Era una forma de marcar territorio, evidenciando que él también me conocía. Que había un «nosotros». Aquello no iba de que la hamburguesa se enfriase o no, pero como Nick era el tío más pacífico de la Tierra, devolvió la vista a su hamburguesa, ignoró la pullita de Travis y comenzó a engullir.

—¿Te paso más la carne? —preguntó a Jess.

Estaba prácticamente cruda.

—No. Me gusta así.

En Ashmoor, la mayoría de la gente soportaba una carga. Y Jess, al igual que yo, ocultaba cosas. Una de esas cosas era que su madre llegó aquí con un programa de protección y mucho dinero. Nuestra amistad se basaba en que él no me preguntaba. Y yo tampoco le hacía preguntas. Nick tampoco dijo nada. Ellos dos compartían algo más que una amistad. Algo áspero y profundo. Un vínculo marcado por el sufrimiento y la desgracia. Emma y Madi habían nacido el mismo año. Y ese año, la madre de Jess murió en el parto, dando a luz a Emma. Desde entonces, el dolor había sido un idioma que, aunque de diferente manera, Nick y Jess compartían.

—Travis, la carne está bien —aseguré, evitando cualquier juicio —. Gracias.

No insistió. Volvió a la barra y atendió al resto de clientes.

Cogí mi hamburguesa y le di un mordisco, mientras sentía los ojos de Travis fijos en mí en la distancia. También los de Nick. Dos miradas distintas, que no se parecían en nada. La de Travis era tensa, insegura, como si todo lo que no pudiera controlar fuera para él una amenaza directa. La de Nick, en cambio, era tranquila, cuidadosa, sin urgencia ni reclamo.

Emma se quejó porque Madi le robaba sus patatas.

—¡Es mi patata! —Tiró del pelo a Madi.

Madi le pinchó la mano a Emma con el tenedor.

—¡Mala! ¡No se hace eso!

Nick y Jess separaron a sus hermanas. Yo cogí varias patatas de mi plato y las repartí entre las dos para que dejaran de discutir. Emma me sonrió como si acabara de salvar el mundo. Madi, en cambio, se metió varias en la boca para evitar que su amiga las tocara.

—Eres débil —murmuró Nick, aguantando la risa.

—Estratégica —repliqué, dándole otro mordisco a la hamburguesa—. ¿El resto de monstruitos dónde están?

—En casa. Jack y Noah tienen deberes. Y las mellizas quieren estar todo el día con Lúpulo y Cebada.

—Pobres cerdos —añadió Jess—. Acoso infantil diario. ¿Cómo lo has convencido?

—La persuasión es mi poder secreto —bromeé.

Nick estiró su mano hacia el plato justo cuando me disponía a robarle un par de patatas. Sus dedos rozaron los míos con la naturalidad de siempre para evitar el hurto, pero lo que yo sentí fue piel con piel. Y eso fue suficiente para que mi atención se desviara por completo hacia él. Nick, consciente del contacto, apartó la mano y descansó su brazo junto a mi plato.

—Perdón —se disculpó, inclinándose hacia delante.

La calidez de su aliento casi me rozó la boca.

Travis pasó por detrás con dos platos en la bandeja para otra mesa. Nick bajó la mirada, evitando cualquier contacto visual. Cuando volvió a pasar, levanté la mano para llamar su atención.

—Una jarra para Nick, por favor. Ya no tiene.

Asintió, dándose la vuelta sin decir nada. Me molestaba que Travis fuera tan soberbio cuando le convenía. Había visto perfectamente que su jarra estaba vacía y aun así, no se había parado a preguntarle si quería otra.

—No hacía falta, nena.

—Sí. Claro que hace falta.

Nick desvió la mirada hacia el plato, incómodo.

Travis volvió con la jarra y la dejó delante de Nick.

—Toma.

No fue el qué, fue el cómo. El tono seco. La brusquedad. La pausa innecesaria. La forma en la que me miró a mí, antes de girarse hacia él.

Nick toqueteó el cristal helado antes de responder con lo que Travis no había tenido: educación.

—Gracias.

Travis no contestó. Permaneció allí, plantado con la bandeja bajo el brazo y los hombros en tensión.

—Mira, Nick, yo no soy ni adivino ni una ONG. —Bajó intimidatoriamente la voz—. Si quieres algo, lo pides como hace el resto del mundo.

Jess, que hasta entonces se había mantenido al margen, dejó a Emma en su silla antes de ponerse en pie.

—¿Tienes algún problema con mi amigo?

No alzó la voz. No lo necesitaba. Bastaba una mirada suya para

percibir que aquello no era una pregunta lanzada al aire, sino una advertencia formulada con la educación justa.

—No tengo ningún problema —respondió—. ¿Tú?

Se sostuvieron la mirada. Nick fue el único que bajó la cabeza, no por cobardía, sino porque las peleas no iban con él. Su vida era demasiado dura como para perder energía con esas gilipolleces. Los ojos de Jess se oscurecieron, lo cual significaba que empezaba a enfadarse. No sabía quién daba más miedo de los dos.

—Sí. —Jess se levantó—. Contigo. Así que, por tu bien, piensa muy bien antes de volver a dirigirte así a mi amigo.

Travis se acercó. Jamás retrocedía ante el peligro.

—¿Es una amenaza, Jess?

Me levanté antes de que pudieran llegar a las manos. La silla apenas chirrió al moverla, pero el sonido bastó para que Travis desviara la vista hacia mí.

—Ya —advertí—. Son mis amigos. Creo que estás siendo innecesariamente hostil.

—Estoy siendo claro. Si no tiene dinero para alimentar a sus hermanos, ¿qué hace aquí?

Fue un golpe muy bajo que Nick intentó ignorar, pero la vergüenza se instaló en él lo suficiente para que Jess lo notase. Y eso fue un grave error por parte de Travis.

—Repite eso —alentó Jess—. Repítelo.

Quedaron a menos de un palmo el uno del otro. Aún no se habían tocado y la violencia ya estaba implícita en la forma en que sostuvieron la mirada, también en la certeza de que ninguno iba a apartarse primero. Me coloqué delante de Travis, interfiriendo en el contacto visual que acababa de hacer Jess. No quería por nada del mundo que acabaran a golpes, pero tampoco iba a dejar pasar lo que había dicho sobre Nick.

—No vuelvas a decir eso.

Travis se mantuvo en su posición.

—Brooke, no he dicho nada que…

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. —Le aguanté la mirada—. Y si la tuvieras, te daría vergüenza siquiera pensarlo. No hablemos ya el decirlo en voz alta.

De un manotazo tiró la bandeja al suelo. El golpe hizo que los pocos clientes que se encontraban en el bar se giraran hacia nosotros.

—Estoy harto de que…

—No me importa que estés harto. Me importa que uses sus puntos débiles como arma.

Me agaché, recogí la bandeja y se la lancé al pecho. Travis la atrapó al vuelo.

—¿Y yo? ¿Te importo yo como él?

No iba a permitir que desviase el foco del conflicto.

—Sí, pero has humillado a alguien que se parte la espalda todos los días por su familia. Por favor, discúlpate.

—Siempre lo defiendes.

—Travis, discúlpate.

Se me acercó hasta que su rostro y el mío quedaron uno frente al otro.

—Empieza a cansarme que justifiques todo lo que tiene que ver con él.

Bajé la voz.

—No confundas tu inseguridad con mi lealtad —repuse—. Y no vuelvas a usar su situación para marcar territorio como si fueras un perro. Eso no te hace más fuerte; te hace pequeño.

—No mezcles las cosas.

—Si no quieres que mezcle las cosas, no vuelvas a humillarlo.

Eres muy bueno leyendo a los demás —continué, hablándole bajo para que solo me oyera él—. Pero hoy has usado la psicología como arma. Y eso no me gusta. No vuelvas a hablarle así. Nunca vuelvas a usar su vida, su historia ni su situación para sentirte por encima o justificar tu falta de control.

Abrió la boca.

—Ni una palabra —advertí—. Que defienda a Nick no significa que no te quiera. Significa que no tolero la crueldad, ni siquiera si esta viene de ti.

Travis regresó a la barra. Y Jess se sentó en su sitio a la vez que yo.

—Menudo carácter.

No sabía si hablaba de Travis o de mí. Y en realidad me daba igual.

Poco a poco, la cena recuperó cierta normalidad. Emma y Madi acabaron con la tripa llena y las mejillas manchadas de kétchup. Nick se levantó a por servilletas y las limpió con una paciencia demasiado tierna. Cené despacio, notando la presencia de Travis desde la barra. Aunque no lo mirara directamente, sabía que estaba ahí. Observando. Nick terminó de limpiar a los monstruitos y Jess pidió otra ronda. Travis llegó con las consumiciones y con una actitud diferente a la de antes.

—Siento mi comentario, ha estado fuera de lugar.

Nick parpadeó. Jess también. Yo más.

—Está todo bien —respondió Nick, quitándole hierro—. Acepto la disculpa, pero solo porque traes más cerveza.

Levantó la jarra.

—¿Te he dicho que te quiero, nena?

Habló a la cerveza poniendo los ojos bizcos. Idiota. Siempre hacía el idiota. Acaricié las cabecitas de Emma y Madi mientras me

levantaba.

—Bueno, chicos. Me toca trabajar.

—Nena, ¿te apetecen tortitas mañana? Todavía tengo un poco de harina.

—¿Con chocolate? —preguntó Madi, que no se le escapaba ni media.

—Y nata —añadió Emma, autoinvitándose.

Nick se inclinó hacia atrás en la silla, meciéndose como si se tratara de un columpio. Muy a mi pesar, rechacé la invitación.

—No puedo, monstruitos. Duermo con Travis y pasaré la mañana con él.

—Vaya, sí que avanza la cosa. —Nick dejó de balancearse.

—¿Te molesta?

—¡No! Es solo que… No esperaba que… Da igual, no importa. Lo haremos otro día.

—Sí. Otro día. —Me giré hacia las niñas antes de dirigirme a la barra—. Portaos bien.

Cogí el delantal y entré a la cocina a buscar a Travis.

—Gracias por disculparte.

Lo abracé ignorando la tensión que sentí en el cuerpo ante el contacto. Un latigazo momentáneo en el que aguanté la respiración con los músculos rígidos, obligándome a no apartarme. Él lo notó. Por eso no apretó. No se movió. Tan solo me sostuvo. dejando claro que yo marcaba las reglas y el ritmo. Cuando fui capaz, apoyé la cabeza en su pecho y, muy poco a poco, el nudo cedió.

Me besó y le devolví el beso.

—Siento haber dicho eso.

—Nick me importa —murmuré sobre sus labios—. Pero a veces olvidas que tú también.

Me rodeó con los brazos.

—Me cuesta saber en qué lugar estoy cuando él aparece.

Asentí, esforzándome por empatizar con él.

—Estás conmigo. Nick no es una amenaza, tampoco tu enemigo.

Sus ojos bajaron un instante, arrepentidos.

—No volverá a pasar.

Me apoyé de lado en la encimera y señalé el reloj de la pared.

—Solo nos queda una hora para cerrar y soy tuya.

Me puse de puntillas para besarlo antes de irme a atender la barra mientras Travis acababa en la cocina. Dormir en su piso sería mucho mejor que estar sola en mi habitación.

Atendí a los clientes, limpié la barra y le cobré a Jess lo de la cena cuando Nick fue al servicio. Madi y Emma esperaron a su lado.

—La próxima invita la casa.

Jess no hizo ningún comentario. No hacía falta. Los dos sabíamos cómo funcionaba aquello. Nick salió del servicio, se puso a Madi a hombros, igual que acababa de hacer Jess con Emma, y sacó la cartera.

—Ya está pagado.

—En ese caso, gracias por la cena, nena.

—Ha pagado Jess.

Compartieron una mirada significativa, antes de dirigirse a la puerta. Jess levantó la mano a modo de despedida. Nick se dio la vuelta un segundo.

—Descansa, nena.

Sonrió apenas, sin buscar impresionar ni aparentar. Era el tipo de sonrisa que aparecía cuando llevaba demasiadas horas despierto y, pese a eso, seguía pendiente de todo el mundo antes que de sí mismo. Y de mí.

—Tú también, Nick.

Sus ojos se detuvieron apenas un instante a mi boca. Me

humedecí los labios sin pensar y su mandíbula se tensó antes de que su vista volviera a subir. Lo vi dar media vuelta con Madi sobre los hombros mientras Emma avanzaba pegada a Jess. Seguí mirando a Nick. Con una mano aseguraba las piernas de Madi incluso cansado. Antes de salir, se giró hacia mí, mirándome una última vez.

Jess y Nick se fueron, y otros clientes hicieron lo mismo, mientras bajo mis costillas se instaló un extraño cosquilleo. Seguramente fuese ansiedad. Y si no era eso, gases. Porque si no, no tenía ningún sentido que el cuerpo actuase así. Fin.

Me encargué de las cuentas y cuando terminé, le pedí a Travis que apagara las luces por mí. Me lanzó las llaves del bar antes de entrar en el coche e indicarme que subiera con él. Las atrapé al vuelo y me acomodé en el asiento del copiloto.

Capítulo 20

Brooke

Avanzamos por el camino. Travis conducía con una mano en el volante. A pesar de sentir el cuerpo agotado, me recoloqué en el asiento. En el proceso se me escapó una mueca.

—¿Te duele algo?

Negué. No era del todo cierto, pero tampoco era mentira. El dolor físico era más manejable que el mental. Salimos del tramo sin luz ni cobertura que indirectamente me había provocado un pico alto de tensión. Travis se incorporó a la carretera estatal y giró en la curva.

—No estoy orgulloso de mi comportamiento.

—Lo sé.

No quise ahondar más en el tema.

Al llegar a su edificio, permaneció un segundo más dentro del coche, con la mano sobre el volante. No dijo nada. Salió y subimos en silencio. Travis evitó mirarme directamente, algo que no era usual en él, ya que siempre sostenía la mirada.

—Tú primero. —Sujetó la puerta de casa para que entrara.

Me quité las botas para no ensuciar el suelo de camino a la habitación. Allí, comenzó a desvestirse con movimientos lentos, casi distraídos. Abrió el armario, rebuscó y se acercó con algo entre las manos. Era un pijama de mi talla. De tela suave. Lo dejó sobre la cama sin mirarme.

—El mío te queda enorme. Así estarás más cómoda.

Alargué la mano y lo toqué con la yema de los dedos. Era bonito, de algodón.

—Gracias —dije en voz baja mientras me lo ponía.

Travis se movió hacia la puerta. Lo vi apoyarse un instante en el marco, dudando.

—También te he comprado un cepillo de dientes.

—Es un detalle, no tenías por qué.

Siguió de pie, observándome. No era su mirada habitual, directa o segura. Me pareció más bien precavida. Vulnerable.

—Quería hacerlo —respondió—. Voy a lavarme los dientes.

Esperé a que volviera para ir yo. El cepillo que era para mí estaba colocado meticulosamente junto al lavabo, alineado al lado del suyo. Ese detalle, tan simple, me apretó el pecho de una forma que no esperaba. Cuando volví, apagué la luz principal del dormitorio y le pedí que dejara la lámpara de la mesilla encendida. La petición descolocó a Travis, pero no hizo preguntas.

—Claro.

Me tumbé junto a él, envolviéndome con las sábanas. Anhelaba el calor de su cuerpo, y al mismo tiempo lo evitaba. Por eso permaneció los siguientes minutos en la misma posición, dándome el espacio que sabía que necesitaba. Con tacto, me rozó el brazo con caricias leves, sin demandar nada más. No retiró la mano, pero tampoco avanzó. La dejó allí, con presencia, sin forzar. Y ese respeto

hizo que el muro mental que nos separaba, fruto del trauma, cediera un poco. Me giré, permitiendo que me besara despacio, aunque sin profundizar al principio. Preguntándome con cada roce si podía o no avanzar.

Separó su labio apenas un milímetro del mío.

—Hoy, en el gimnasio…

—Lo sé. Y lo siento.

—Entiendo que no me cuentes todo, pero si algo es operativamente relevante, te ruego que no me dejes fuera.

Volvió a besarme con la misma paciencia de antes. Sus manos recorrieron mi espalda con cuidado, deteniéndose cada vez que mi cuerpo se tensaba. No hizo preguntas, y esperó una vez tras otra a que me relajara. Travis no intentó convencerme, no me sostuvo con fuerza, no me hirió. Y cuando quise darme cuenta, mis dedos estaban alrededor de su camiseta. Los enredé en la tela y me aferré a él. Sus manos me recorrieron la piel, más relajado, hasta que sus yemas se detuvieron sobre las costras de mi costado. Llevé la mano a su muñeca para apartarla antes de que se diera cuenta, pero no retiró la mano. La dejó inmóvil, sobre el ligero relieve de mi piel. Sentí el pulso de su muñeca, constante, contenido. Y la firmeza controlada. La luz de la mesilla marcaba la tensión en su postura, en su gesto, incluso en su forma de mirar. Intenté apartarme, pero tenía la espalda entre el colchón y él. Busqué otra manera de zafarme, girando la muñeca, pero anticipó el movimiento. Me bloqueó sosteniéndome del antebrazo y me empujó contra el colchón, obligándome a quedarme quieta. El aire se me escapó de los pulmones cuando levantó la camisa del pijama, dejando a la vista la cintura, el abdomen, los pechos y el cuello. Me bajó los pantalones y descubrió arañazos en la cadera.

—Suéltame —exigí.

Ignoró mi petición.

—¿Qué te ha pasado?

Negué.

—Nada. Un raspón con la moto.

—No me mientas.

—No estoy mintiendo.

Me revolví bajo su agarre, esta vez con una rabia desesperada. Travis reforzó el bloqueo colocando el antebrazo sobre mis omóplatos. No para herirme, sino para que no huyera.

—Claro que mientes, de hecho, empiezo a pensar que lo haces constantemente. En el tramo sin cobertura —continuó—, tu postura era tensa. Y no solo eso. ¿La luz de la mesilla? ¿Lo que ha ocurrido en el entrenamiento?

Apretó.

—Por tu bien, no quiero una mentira más. Ni una.

—Suéltame.

—No hasta que me digas qué está ocurriendo.

—¡Que me sueltes!

—¿Por qué has tardado tanto en ir al bar?

Aflojó para darme la vuelta, obligándome a permanecer de frente a él.

—Estaba revisando los informes del caso Varok.

Me sostuvo la cara con ambas manos.

—Deja de mentirme.

El contacto fue mi detonante. Esa sensación de estar acorralada, de no tener salida, me hizo girar el cuerpo con una brusquedad descomedida. Rodé hacia un lado de la cama, cayendo de pie. Él reaccionó al instante, interceptándome antes de que alcanzara la puerta. Cuando me agarró del codo, me giré sobre mí misma y le golpeé. No fuerte, pero sí con la suficiente inercia como para que la

presión entre las costillas le hiciera soltarme.

—¡Brooke! —blasfemó.

Volvió a alcanzarme y me empujó contra la pared. Choqué con fuerza y el impacto me sacó un gemido que odié. A pesar de eso, no me quedé quieta. Le planté las manos en el pecho y empujé con todo lo que tenía: antebrazos, codos, piernas. Aproveché para pasar por debajo, pero me atrapó por la cintura y me lanzó directamente sobre la cama.

Los muelles crujieron bajo mi peso.

—¡Para! —ordenó.

—¡Déjame!

Rodé de nuevo. Travis se me echó encima, bloqueándome las piernas con las suyas. Le di un rodillazo, pero giró el torso para proteger sus costillas. Me inmovilizó las muñecas y las aplastó sobre el colchón. Nos quedamos así, respirando fuerte y mirándonos como si por un momento hubiéramos olvidado que nosotros no éramos el enemigo.

—¿A esto te dedicas ahora? —preguntó—. ¿A mentirme? ¿A atacarme?

Apreté los dientes, al borde del colapso. La rabia me subía desde el estómago hasta la garganta. El Káiser había sido muy claro. Tenía que devolverle las armas incautadas.

—No tienes ni idea de…

—¡No tengo ni idea de nada! ¡Claro que no! ¿Sabes por qué? ¡Porque eres hermética!

Me sacudí de una forma violenta, logré soltar el agarre de una de las muñecas y le clavé las uñas en el brazo. Maldijo, ya al límite de su paciencia, y aflojó, dejando un ínfimo margen que aproveché para alejarlo. Pero el maldito era como un bloque de hierro: inamovible.

—¡¿Quieres saberlo?! —grité—. ¡¿De verdad quieres?!

Travis no respondió de inmediato. Antes acarició los relieves rugosos de mi piel, provocados por la caída.

—Siempre que se trate de ti, voy a querer saberlo todo.

Se me quebró la voz.

—Me estaba esperando.

Travis me miró con desconcierto.

—¿Quién, Brooke?

No fui capaz de pronunciar su nombre.

—Sabe todo, Travis. Todo.

—¿Quién, maldita sea? ¿Quién sabe todo? ¿Quién te estaba esperando?

Me reí sin humor, fruto de la desesperación. Cerré los ojos y me tiré a mí misma del pelo, como si ese dolor pudiera opacar al provocado por los recuerdos.

—Me llevó con él. Me encadenó. Me…

Sostuvo mis manos.

—Brooke…

Bajó de la cama para arrodillarse en el suelo, con los puños sobre su cabeza.

—También me…

Intenté seguir, pero lo único que pude hacer fue tragar saliva. Recordar los abusos me dolía más de lo que mi fachada me permitiría admitir.

—El Káiser —revelé. Bajé la vista a mis piernas—. Me torturó de muchas maneras.

No hizo falta entrar en detalles. Travis no reaccionó de inmediato, pero lo entendió todo. No golpeó nada, no rompió cosas. Permaneció en el suelo, completamente quieto hasta que su respiración cambió. Cuando se levantó, yo me senté sobre la cama.

—¿Cuántas veces?

Miré la pared, anclada a un punto fijo. Travis preguntaba por los abusos.

—No lo sé.

La respuesta le dolió tanto como a mí. Cerró los ojos como si necesitara apartar de su mente la verdad. Aproveché para encogerme sobre la cama, rodeándome las rodillas con los brazos.

—Me asfixiaba con una bolsa en la cabeza mientras lo hacía. Con una bolsa —repetí— y tiraba de la cadena que me ató al cuello. Apretaba. Esperaba. Volvía a apretar.

No soporté el silencio, por eso continué.

—Me despertaba en un suelo cubierto por plástico, Travis. Atada. Desnuda. Sangrando. —Me tembló la voz—. No fue…

Travis me envolvió en un abrazo cálido.

—No fue vaginal. —dije al fin, mirándolo de frente—. Me dolía. Me humillaba. Me…

—¿Has tenido algún tipo de atención médica?

Negué.

—Él mismo me limpió con lavados anales. Usó productos para no dejar rastro.

—Hijo de la gran puta.

Me estrechó entre sus brazos. Travis tenía los ojos húmedos, igual que yo. Hundí la cara contra su pecho. Firme. Protector.

—Lo voy a destrozar, Brooke. Te lo prometo. Nadie te hace eso y sigue respirando como si nada.

La rabia le carcomió. Cerró los puños intentando contener el ligero temblor de su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo te ha tenido?

Eso también me costó decirlo en alto.

—Cuatro días.

El contacto de sus brazos a mi alrededor se volvió más sólido. Su respiración cambió a una más profunda, más peligrosa.

—Escúchame —suplicó.

Negué, hundiendo más la cara en su pecho.

—Estoy contigo, ¿de acuerdo? Contigo. —Me besó la frente—. Voy a examinarte. Prometo que no te haré daño.

Me separé lo justo para poner el culo en el borde de la cama. Travis volvió a besarme antes de ir al baño a por una toalla limpia, guantes de látex y el botiquín.

—Necesito que te tumbes de lado, con las piernas flexionadas —indicó—. Dime si en algún momento quieres que pare.

Me tumbé tal y como había indicado. El cuerpo reaccionó tensándose cuando me quitó el pantalón y bajó la ropa interior, anticipando el contacto.

—Tranquila.

Esperó a que mi respiración fuera constante.

—¿Preparada?

—Sí —mentí—. No necesito que sientas pena por mí. Sobreviví. Eso es lo único que importa.

Noté la presión mínima al entrar. Fue cuidadoso, sin invadir más de lo imprescindible. Un examen rápido, suficiente para evaluar el daño. Al principio no dijo nada. Dejó los dedos quietos un momento y luego los retiró con suma lentitud. Se quitó los guantes y los lanzó al suelo antes de caminar por el dormitorio, pasándose ambas manos por la cara, como si deseara arrancarse la piel.

Se apoyó en la cómoda con los puños cerrados, y supe que Travis ya no tenía el control.

—Hay lesiones internas, Brooke. No es solo violencia sexual. Es… ensañamiento. Sadismo. ¡Te ha usado como un objeto para castigarte! ¡Para humillarte!

Ya lo sabía. Sabía que Travis estaba en lo cierto, pero no fui capaz de seguir oyendo nada más. Las palabras salieron de su boca, pero para mí dejaron de tener significado o forma. El sonido se volvió un zumbido insoportable. Me llevé las manos a los oídos.

—Para —susurré, encogiéndome más sobre la cama.

Pero Travis parecía no escuchar. Me balanceé hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre las manos, que seguían presionando sobre los oídos mientras continuaba gritando improperios.

—¡No sigas! —imploré.

Se calló, pero ya no sirvió de nada. Las imágenes ya estaban dentro de mi cabeza. Consciente de su error, Travis golpeó el mueble.

—Brooke, joder. Lo siento. Lo siento mucho, perdóname.

—Haz que salga —rogué—. Que salga de mi cabeza.

Me abracé con mis propios brazos, con el corazón desbocado y los oídos pitándome.

—Me cuesta respirar.

Travis reaccionó rápido. Me cogió las muñecas con cuidado y las separó de los oídos.

—Inhala… Exhala… Vamos.

Me costó seguirlo. El aire entraba descompensado, como si el pecho no recordara cómo debía funcionar.

—Así. Poco a poco. —Me acompañó, arropándome las piernas con la sábana—. Eso es, inhala. Muy bien. Ahora exhala.

Lo hice con él. Una vez. Dos. Tres. El temblor comenzó a ceder, y el aire al final entró con cierta normalidad.

—Eso es.

El zumbido disminuyó de forma gradual. Apreté los dedos contra la sábana.

—Quiere las armas.

—Por eso te ha soltado —entendió.

—Sí.

Las piezas comenzaron a encajar en su cabeza.

—El bien común está por encima del propio, Brooke. Eso es lo que nos enseñaron. Lo que juramos. —Extendió la mano hasta el cajón de la mesilla, consciente de mi inestabilidad—. Lo siento, pero no quiero ser el agente que sacrifica a la persona que quiere por una mala decisión.

En un momento, el metal de unas esposas reglamentarias rozó mi piel. Antes de que pudiera reaccionar, el acero rodeó mis muñecas. Primero la izquierda, con una firmeza precisa. Luego la derecha. No hubo brusquedad, pero tampoco margen para negociar. Travis aprovechó para girarme, colocándose a mi espalda.

—Brooke, no puedo permitir que esas armas vuelvan a circular.

—¿Vas a entregarme?

—No lo sé.

Eso me descolocó. Levanté la cabeza, a pesar de tener las manos atadas a la espalda.

—Entonces ¿qué estás haciendo?

—Te estoy protegiendo. Si te dejo actuar, le devolverás la mercancía.

—Tú no lo entiendes.

—Puede que no, pero no vas a devolverle las armas. Y para asegurarme de eso, voy a apartarte de la cadena operativa del caso.

—¡¿Qué?! Travis, no lo hagas.

El Káiser había sido muy claro. Si no recuperaba las armas, mataría a mi familia, a mis amigos… Y a mí me enterraría.

—¿Olvidas lo que juraste cuando decidiste dedicarte a esto?

—¡¿Y si el precio son las personas que quiero?!

—El Káiser cree que te controla. Piensa que eres su vía para recuperar las armas. A partir de ahora no lo eres.

Se tumbó a mi lado y dejó encendida la luz de la mesilla.

—Duérmete, Brooke. Lo único que estoy pidiendo es que confíes en mí.

—¿Que confíe en ti? ¡¿Y tú en mí?! Me has puesto unas malditas esposas.

—No te he esposado para castigarte.

—No. —Le di la razón—. Lo has hecho para dormir tranquilo.

Giró la cabeza.

—Lo he hecho para mantenerte con vida. En cuanto envíe el informe psicológico y de estado de servicio a tus padres, te soltaré. Tienen la potestad suficiente para sacarte del caso sin hacer apenas ruido.

—¿Lo dices en serio?

—Te permitirán una retirada temporal.

—¡¿Esa es tu forma de protegerme?!, ¡¿declararme temporalmente inestable?!

—Solo te convierto en alguien que no puede ser usada como arma. Ya no podrás acceder a la base, mucho menos al depósito.

Capítulo 21

Brooke

Desperté con los hombros entumecidos por la posición que me obligaba a mantener las esposas. Travis estaba a mi lado, sentado en la cama con el ordenador. Yo tenía la cabeza contra la almohada.

—No lo hagas.

Se lo había pedido como unas mil veces.

—Te preocupa tu familia, y lo entiendo, pero la vida de los civiles no vale menos que la de tus padres. —Tecleó unos segundos más, antes de presionar un panel—. Informe enviado.

Cerró el portátil con precisión y lo dejó a un lado del colchón.

—Acabas de firmar mi sentencia y la de ellos. Quizá la tuya también.

—Acabo de sacarte de la ecuación, deberías darme las gracias.

Rodeó la cama y se colocó frente a mí. Sus ojos estaban rojos por el cansancio. No había dormido. Y yo apenas tampoco.

—A partir de ahora no te vas a mover sola. No vas a contestar llamadas desconocidas si las hubiera. No saldrás si no es

acompañada. Me da igual que vayas con tus padres, con Phoebe, con Jess o con Nick, pero te moverás siempre con alguien. Y, sobre todo, no vuelvas a intentar cargar con algo así sin apoyo. Es una orden directa, Crowley.

Travis tiraba de cargo siempre que lo beneficiaba.

—¡¿Soy un bebé?! —estallé. Estar atada no ayudaba—. ¡Entreno! ¡Trabajo como agente para el SEDS! ¡No voy a bajar la guardia después de lo que ha pasado, pero tampoco pretendas que viva como si fuera incapaz de velar por mi propia seguridad!

—En ningún momento he dicho que seas incapaz de nada.

—Es lo que parece. Y no sabes cuánto me ofende.

—No —corrigió como jefe de equipo, no como pareja—. Lo que digo es que estás herida. Y que el Káiser ha sabido meterse bajo tu piel de la peor forma posible. Eso no te hace débil ni incapaz, Brooke, pero sí vulnerable a nivel táctico y psicológico.

—No tienes derecho a decidir eso por mí.

—Cuando tu vida y la de otros están en riesgo, sí. Es mi responsabilidad como jefe de grupo.

—¿Decidir sobre la vida de otros? ¿Y qué pasa con la de mis padres?

Se presionó el entrecejo.

—El informe te saca de su alcance. Sin acceso a la base, sin acceso a incautaciones y sin capacidad operativa, dejas de ser útil para él. Quedas fuera, Brooke. Para ti es positivo.

Hice equilibrios, flexionando las piernas sobre el colchón para poder sentarme en la cama.

—No tienes idea de lo que es capaz esa persona. Era mi cuerpo el que estaba en sus manos. Mi cabeza. Mi miedo…

—Precisamente por eso, no voy a permitir que vuelva a tener oportunidad de tocarte. Para él estarás fuera, pero desde dentro,

voy a reconstruirte física y mentalmente. Volverás cuando estés lista. No antes.

—Te odio.

No hizo caso a esas palabras. Se acercó a la cama y me acarició una mejilla.

—No te estoy quitando el control. Me voy a asegurar de devolvértelo poco a poco, aunque ahora mismo no puedas verlo.

Dio unos pasos hacia la cómoda, recogió mis prendas y comenzó a vestirme sin dramatismo. Para no quitarme las esposas, puso el abrigo alrededor, envolviéndome como una morcilla.

—Nos vamos.

No pregunté a dónde, porque ya lo sabía. Me ayudó a bajar de la cama sin liberarme de las esposas. Hasta que no estuviéramos donde tenía que estar, para él seguía siendo un riesgo. Quizá incluso para mí misma.

El trayecto fue silencioso. Travis condujo con las manos en el volante y la mirada fija al frente. No puso música ni entabló conversación alguna. Su presencia era un muro impenetrable, impuesta para no ceder. Miré por la ventanilla hasta llegar a la base, donde el control de acceso nos permitió el paso.

—Ya lo saben —avisó sin mirarme directamente—. Todos. Se ha notificado por canal interno.

Aparcó en la zona disponible para cargos superiores, la que usaban los responsables de Operaciones, los jefes de grupo, de unidad y dirección. Bajó primero y rodeó el coche. Abrió mi puerta y, por fin, me liberó de las esposas.

—Compórtate —pidió.

Me froté instintivamente las muñecas.

Primero fuimos al vestuario, donde nos pusimos el uniforme. Luego, me condujo hasta una de las salas de reuniones blindada.

Abrió la puerta y vi a mis padres sentados uno al lado del otro de una forma contenida. Sobre la mesa había informes impresos y el dosier llevaba mi nombre en la portada. Mi madre fue la primera en mirarme. Aunque no se levantó para no perder autoridad, sus ojos me lo dijeron todo. Travis cerró la puerta y entonces, vi a Paul Jefferson, sentado ante el centro de la mesa con las manos entrelazadas. Y a su derecha, Guy Macklean.

Hice el saludo reglamentario.

—Crowley —comenzó Jefferson—. Siéntate.

Obedecí.

Travis permaneció de pie a mi espalda. No como mi novio, sino como jefe de equipo. Lo miré, y mis padres también. Se supone que Travis iba a evaluarme, pero no con un informe oficial.

—Hemos leído el informe completo de Holmgren —continuó Jefferson—. La exploración. El perfil psicológico. También el operativo.

Mi padre habló entonces, dejando claro que había formado parte de la decisión tomada.

—No estás suspendida —explicó—, pero tampoco en condiciones de continuar.

Guy Macklean se levantó para dictar sentencia.

—El informe de Travis Holmgren es claro. Trastorno de estrés agudo con episodios disociativos, hipervigilancia y respuestas defensivas desproporcionadas.

Me entraron ganas de pegar un puñetazo a Travis por haber puesto eso, pero tuve que reprimir el impulso de dárselo porque eso me perjudicaría.

—Con todos los respetos, señor —me defendí—, no estoy en absoluto de acuerdo.

Macklean continuó como si mi palabra no valiera nada. Gilipollas.

—No se te pide que estés de acuerdo. Se te está informando de

una valoración directa emitida por el jefe de grupo dentro de la cadena de mando.

Mamá intentó suavizar la tensión.

—El informe no cuestiona en ningún momento tu competencia ni tu historial. Solo tu estado actual.

—Mi estado actual no invalida mi criterio.

Travis habló por primera vez. Y deseé que no lo hubiera hecho.

—Agente Crowley, el informe no te etiqueta en ningún sitio, te protege. Interprétalo como una medida necesaria para un bien común.

—Me incapacita. Eso hace tu maldito informe.

Jefferson juntó las manos sobre la mesa y carraspeó, molesto por mis palabras. No podía hablar así a Holmgren.

—Esto no es un juicio —me regañó—. Es una medida preventiva. Sigues siendo agente del SEDS, pero con acceso temporalmente restringido.

—¿Temporalmente restringido?

Quise llorar allí mismo. Pero no lo hice porque mostrar debilidad en el SEDS no me beneficiaría.

—Holmgren ha solicitado que se mantenga tu acceso a la zona de entrenamiento y que se incorpore a tu rutina atención psicológica y un examen médico exhaustivo ejecutado por el personal cualificado —continuó Jefferson—. Considera que la actividad física debe formar parte del proceso de estabilización.

—Qué bien. Estados Unidos me va a pagar un sueldo por entrenar.

Fui excesivamente sarcástica, algo por lo que Jefferson podría haberme sancionado.

—Por recuperarte —concluyó Holmgren, evitando que Jefferson hablara primero y me amonestara.

Apreté los puños sobre las rodillas.

—Sigo siendo capaz de pensar, de analizar y de actuar con la cabeza fría.

—Nadie lo cuestiona —intervino mi padre—. Pero primero deberás volver a estar en condiciones aptas.

Travis dejó unos papeles delante de mí.

—El informe no solicita tu retirada definitiva, solo temporal. Un periodo de recomposición con control de estímulos, sin presión operativa e incorporando apoyo psicológico. Nada más.

Guy Mackean juntó lentamente las yemas de los dedos de ambas manos, formando un triángulo estrecho frente al pecho. Frotó las palmas con una parsimonia que me desesperó, mientras su repelente sonrisa se dibujaba en su cara.

—Ahora mismo eres una variable inestable —soltó—, te guste o no. Y en operaciones de alto riesgo, eso es inaceptable.

—¿Variable inestable? —pregunté a Travis, ignorando el protocolo—. ¿Eso también está en el informe?

—No.

Guy continuó.

—La decisión está tomada.

Jefferson concluyó la reunión con la resolución.

—Entrenamiento permitido. Sin acceso a base de datos. Sin participación directa en el caso Varok ni en ningún otro hasta que el informe sea positivo. Restricción total de inteligencia y material clasificado. Retírese, agente —concedió.

Antes de levantarme, hablé por lo bajo a Travis.

—Espero que estés dispuesto a asumir las consecuencias de lo que has hecho.

No esperé a que respondiera. Salí de allí después de llevarme la mano a la frente, como marcaba el protocolo, y fui directamente a la

sala de entrenamiento. Me quité la chaqueta, la camiseta y me quedé con el top deportivo antes de recogerme el pelo y colocar las vendas protectoras. Golpeé el saco, concentrada en descargar toda mi ira en él.

—Crowley.

Era Phoebe. Sentí su mano cerrarse alrededor del antebrazo.

—Hola.

Seguí a lo mío.

—Holmgren ha ordenado que no estés sola. —Habló bajo—. A Larry y Thelma también les ha puesto vigilancia, justificándolo como medio preventivo ante la información confidencial que ha recibido sobre el caso.

—¿A mis padres? No puede hacer eso.

—Puede. Y lo ha hecho. Por eso estoy aquí.

Pateé el saco antes de girarme incómoda hacia ella.

—¿Desde cuándo aceptas órdenes con las que no estás de acuerdo?

—Holmgren lo ha presentado como medida preventiva. Ha ordenado que te reúnas con quien hará el retrato del Káiser, después de que te atienda el médico de la base y la psicóloga.

—No voy a hablar con ninguna psicóloga. Tampoco me va a ver el médico.

—No es opcional.

—He dicho que no.

—Holmgren ha dejado claro que te tratará solo personal interno y de carácter confidencial. Él será el único que reciba los informes.

Descargué en el saco varios golpes más.

—Si no vas —continuó Meyer—, le darás al gilipollas de Guy Macklean exactamente lo que necesita para sacarte de la base.

Eso me detuvo. Guy era un maldito gilipollas al que estaba claro

que mi persona no le agradaba. A mí tampoco me gustaba él.

—¿Qué os ha contado Holmgren? —quise saber.

—Todo. Pero solo a los de arriba y a los de nuestra unidad. Lo siento mucho, tuvo que ser un infierno.

Tragué saliva.

—Lo fue. ¿Tienes lo que te pedí?

—Le di la información a Holmgren. Es lo mejor, tú ya no puedes operar desde la base.

Al final, fui con ella.

Phoebe Meyer abrió la puerta de la sala en la que me esperaban.

—Crowley, te espero aquí.

No hizo gestos forzados ni intentó tocarme. Permaneció a un lado, con la espalda recta y los brazos cruzados, acatando las órdenes. Entré sola. La sala no era un despacho clínico al uso. No había camilla ni diplomas enmarcados. Solo una mesa baja, dos sillones y una luz cálida demasiado estudiada para no ser intencional. La psicóloga se levantó al verme.

—Soy May, psicóloga clínica adscrita al SEDS. Por favor, agente Crowley, tome asiento.

Obedecí de mala gana.

—No he venido a que me analice —dejé claro—. He venido porque, si no lo hacía, me echaban de la base.

No pareció ofenderse. Se sentó frente a mí con una tableta sobre las piernas.

—Está bien. Partimos desde la honestidad.

Llevaba el cabello recogido en una coleta tirante. El traje oscuro que vestía era funcional: chaqueta recta con una placa de identificación y el pantalón liso. Uñas cortas, sin esmalte, aunque cuidadas. Y el rostro afilado de alguien que había escuchado demasiadas barbaridades.

—Holmgren me ha informado de lo ocurrido —continuó—. Y necesito dejar claro algo. No estoy aquí para juzgarla, agente. Ha sobrevivido a un secuestro de cuatro días. Privación, tortura, violencia física, mental y sexual. Esta última reiterada y con ensañamiento.

Apreté los dientes, pero dejé que continuara.

—Durante cuatro días, esa persona decidió cuándo dormía, cuándo sentía dolor y cuándo no. Eso, incluso en las personas mejor entrenadas, deja secuelas. Dígame una cosa, Crowley. Desde que regresó, ¿qué cambios ha percibido en su persona?

Pensé en lo que había dicho Phoebe. Participar y mostrar predisposición era importante para que Guy Macklean no me expulsara de la base.

—No puedo estar a oscuras.

La psicóloga no fingió condescendencia ni hizo gesto alguno.

—¿Algo más?

—El contacto físico. Al principio me genera rechazo.

—Es un reflejo condicionado por el trauma. ¿Ha entrenado más para no pensar?

—Sí.

—Hoy no voy a pedir que hable de lo que le hizo. Primero, me gustaría que el médico le realice un examen completo.

—¿Es necesario?

—Sí. Su cuerpo actúa como si el secuestro no hubiera terminado, lo que significa que no distingue entre «antes» y «ahora» cuando ciertos estímulos aparecen.

—¿Esto también se incluirá en mi informe?

—Constará que ha aceptado el reconocimiento médico en el oficial. El resto es confidencial, solo Holmgren tendrá acceso a la información.

Eso me tranquilizó. May anotó varias cosas en la tableta antes de cambiar ligeramente de postura y me hizo algunas preguntas para establecer el punto de partida.

—¿Duerme?

—Poco.

—¿Pensamientos autolesivos?

—No.

—¿Y suicidas?

Tardé en responder.

—Desde que me liberó, no.

Se levantó y fue hasta una estantería baja, de la que sacó un cuaderno de tapas negras, sin logos ni frases motivacionales de mierda. Lo dejó sobre la mesa.

—Quiero que escriba cómo se siente todos los días. Puede profundizar sobre los sentimientos de ahora o cómo se ha sentido durante el cautiverio.

Lo cogí de mala gana.

—Es ridículo.

—Una vez al día, mínimo. Nos veremos a diario. Sesiones breves, pero constantes. Ahora quiero que vaya al examen médico. Meyer la acompañará.

Salí con el maldito cuaderno en brazos.

—¿Qué tal? —se interesó Meyer.

Señalé el cuaderno.

—Me ha dado esto.

—A mí me dieron uno así cuando volví de Bosnia.

—¿Por qué?

—Fue la primera vez que vi fosas comunes. —Hizo un gesto vago con la mano—. Había cuerpos amontonados unos sobre otros. Juguetes. Zapatos pequeños.

—Qué horror. No lo sabía.

Se encogió de hombros.

—No lo sabías porque nunca he hablado de eso. Al principio, no quería escribir, me parecía una estupidez. Pero lo hice y me fue bastante bien.

—¿Sirvió realmente de algo?

—Imagino. Sigo aquí.

Abrió otra puerta y esperó fuera, igual que había hecho antes. El examen fue difícil, a pesar de que el médico avisó antes de la exploración. El cuerpo se me tensó en varias ocasiones, pero no me permití perder el control. Cuando terminó, me sentí agotada. Sin fuerzas para nada más.

—Ya solo queda el retrato. —Phoebe me llevó a otra sala—. ¿Puedes?

Asentí antes de entrar. Cuanto antes lo hiciera, antes me dejarían en paz.

—Agente Crowley —dijo el hombre que esperaba dentro—. Siéntese aquí. Cuando esté preparada, comenzamos.

Me senté y describí el rostro del Káiser. Rasgos, simetrías y asimetrías. Pómulos. Ojos. Boca.

—¿Nariz?

—Recta. Pero el puente es más ancho en el centro, como si hubiera sufrido fracturas.

—¿Asimetrías?

—El pómulo izquierdo es ligeramente más alto que el derecho.

—Boca.

—Cicatriz mínima en el labio inferior, diagonal. Apenas visible.

—Los ojos.

Tragué saliva. Los ojos del Káiser eran lo más distintivo.

—El izquierdo es verde vítreo. El derecho… lechoso. Blanco

pálido. El verde tiene la pupila más dilatada.

El dibujante siguió trabajando. Tardó horas en crear el retrato, pero valió la pena cada minuto. Después de varios ajustes, logró recrear de forma idéntica su rostro. El Káiser ya no era solo un recuerdo en mi cabeza. Ahora tenía cara para el resto. Además de otro hilo del que tirar: el taller. Y eso, en la base, era dar ochocientos pasos por delante, aunque a mí me hubieran sacado temporalmente del caso.

Capítulo 22

Brooke

Pasaron los días y el tiempo ya no me pertenecía. Mi vida se medía en rutinas impuestas: sesiones de psicología con May, entrenamiento supervisado, desplazamientos acompañados y vigilancia permanente. Nunca estaba sola. Y cuando lo estaba, alguien del equipo me observaba bajo las órdenes directas de Travis.

Las sesiones con May se habían vuelto rutinarias. Me ayudaban a identificar estímulos y reacciones gracias al ejercicio del cuaderno. El entrenamiento seguía siendo mi refugio. Después de mucho trabajo mental, comenzaba a golpear el saco con precisión y técnica, no con rabia. Phoebe, Bill y Mason se turnaban para escoltarme. Travis, desde el informe, había intentado acercarse, pero después de mis rechazos constantes, no había vuelto a probar suerte. Lo veía a veces en los pasillos, en el gimnasio o en los vestuarios. Pero ya no había por su parte más intentos de acercamiento.

Estaba golpeando el saco cuando mi móvil vibró en el banco. Eran las siete de la mañana, lo que indicaba que debía ser

importante. Phoebe, a quien le había tocado custodiarme de nuevo, se acercó al banco para ver quién llamaba.

—Es Jess.

Dejé de golpear y fui a por el teléfono. Descolgué en cuanto lo tuve.

—Jess.

—Necesito ayuda.

No pregunté por qué. Jess era el tipo de persona que no pediría nada a la ligera.

—Donde siempre —respondí—. Dame cuarenta minutos, estoy en mitad de un entrenamiento.

Colgué. Sabía que Jess había tenido problemas. Problemas que había llevado con total discreción en el pueblo. Si recurría a mí era porque algo malo había pasado.

—Meyer, tengo que salir.

—No puedes.

—Te lo estoy diciendo como amiga, no como agente.

Eso la descolocó.

—Tienes movimiento restringido. No puedes hacer desplazamientos no programados ni pasar por puntos ciegos sola.

Tiré las vendas al suelo.

—Cúbreme. No te lo pediría si no fuera importante.

Se pasó la mano por el cabello. Y aunque dudó, acabó cediendo.

—Holmgren me arrancará el pellejo si te pasa algo.

—Él es el primero que se pasa el protocolo por los huevos.

—Dúchate rápido. Voy a notificar un desplazamiento personal sin especificar destino.

De camino al vestuario, me desvié un momento a nuestra sala de investigación. No había nadie, así que abrí mi bolso, dando la espalda a las cámaras y cogí una de las tabletas. Luego corrí a la

ducha, donde no tardé ni dos minutos. Me vestí con la ropa de siempre y cuando salí, Phoebe ya estaba en el pasillo.

—¿Dónde vamos? —quiso saber.

—Ashmoor.

No hizo comentarios.

Me llevó directamente a la cafetería.

—Llámame si necesitas algo —pidió desde el coche.

—Vale.

Entré. Jess no tardó en llegar.

Su rostro estaba demacrado: pómulo hinchado, labio partido y hematomas bajo el ojo derecho, frente y barbilla. Deslicé una botella de agua por la barra y varias pastillas.

—Antiinflamatorios no esteroides. Te aliviarán el dolor.

Pero eso no es lo que más me preocupaba. Dos hombres se habían llevado a Vicky en una furgoneta. Y eso lo estaba destruyendo por dentro. Jess siempre parecía un témpano de hielo, pero como todos, tenía debilidades. Probablemente, Vicky fuera la suya. Exhalé con paciencia cuando dio una patada al taburete. Fue a dar otra, pero no le dejé. Inmovilicé su pierna con una mano, haciéndole girar sobre sí mismo. Jess cayó al suelo, de culo.

Aún no me habían cerrado el acceso a las cámaras de tráfico, así que no dudé. Saqué la tableta que había robado de la base y las pantallas se desplegaron. Tráfico en tiempo pasado y en tiempo real. Encontré un punto rojo que se desplazó por la pantalla, justo lo que buscaba. No pensé en las consecuencias cuando llamé a Travis.

Me alejé buscando algo de privacidad para hablar con él.

—Necesito que me escuches sin que me interrumpas —pedí.

Al otro lado del teléfono se hizo un silencio sepulcral. Eso ya era una mala señal.

—¿Dónde estás? Tienes orden directa de no…

—Te necesito. Vicky está en peligro. Hay una furgoneta interceptada en las cámaras…

—¿Por qué estás viendo cámaras?

—Cogí la tableta.

—Te he sacado del caso para que no estés en peligro. Y lo primero que haces es robar material de la base y salir sin cobertura. ¿Sabes lo que va a pasar como Macklean o Jefferson se enteren?

—Me dan igual Macklean y Jefferson.

—¡No tienes autorización para operar!

—Tengo criterio propio y formación suficiente. Lo mismo que tenía antes de que decidieras encerrarme en una burbuja.

Dio un golpe a algo antes de claudicar.

—Mándame tu ubicación en tiempo real y la información que necesitas. Lo primero es una orden, más te vale obedecer.

Colgué e hice exactamente eso.

—La tengo —dije a Jess, mostrando el punto rojo en pantalla.

—¿A Vicky?

—La furgoneta. Van por la autopista norte.

Mi teléfono sonó. Era Travis, para confirmar la información. Nos llevó quince segundos, luego colgué y devolví mi atención a Jess.

—Travis ya está trabajando con los equipos informáticos. —Jess sabía perfectamente que nuestra fachada de camareros era eso, una fachada—. ¿Has venido en coche?

—Sí. Está en el callejón.

Extendí el brazo para que me diera las llaves. Coloqué el cartel de cerrado en la puerta y corrimos hasta su Cadillac. Pisé el acelerador haciendo que las ruedas chirriaran. Luego giré y avancé. Antes de salir de Ashmoor, Nick apareció en medio de la carretera, agitando los brazos. Frené en seco para no atropellarlo, quedando a escasos centímetros de él.

—¡¿Estáis mal de la cabeza?! —gritó. Sostenía en brazos a Lúpulo y Cebada.

Esperó delante del coche, con la cara desencajada.

—¿A dónde vais? —reparó en el aspecto de Jess—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nick —advertí—, no podemos perder el tiempo. Haznos un favor a todos y sigue con tu paseo matutino.

No hizo ni caso. Abrió la puerta trasera y se acomodó en los asientos con Lúpulo y Cebada. Pisé el acelerador. Nick se pegó contra el respaldo por inercia, mientras Lúpulo le pisaba la entrepierna y Cebada chillaba.

—Se han llevado a Vicky —fui concisa.

Por su salud mental, era mejor no darle detalles.

—¿Qué?

Jess señaló el mapa. Seguí acelerando, esquivé coches y vi por el retrovisor que Nick intentaba ponerse el cinturón, pero en ese momento, tomé una curva demasiado cerrada y terminó con la cara pegada al cristal.

—¡Hostia, nena, no seas tan brusca conduciendo!

Le eché una mirada por el retrovisor.

—Si quieres, amor, te bajas en una floristería y compras un ramo.

Masculló algo mientras se abrochaba el cinturón.

—No hace falta ser tan hostil.

Aceleré más.

—Si no te gusta, también puedes saltar por la ventanilla.

Nick abrazó a Lúpulo y Cebada hasta que llegamos a una casa de campo. Interceptamos a tiempo a dos hombres que huían en un Toyota. Ni siquiera había detenido el coche del todo cuando Jess abrió la puerta y se tiró en marcha.

—Que no se escapen —pidió, cerrando la puerta de una patada.

Jess se dirigió a la casa de campo y yo pisé el acelerador. Los hombres no llegaron muy lejos. Giré el volante en diagonal, cruzando el vehículo. Les corté la huida antes de que alcanzaran la carretera secundaria.

Frenaron para no estrellarse contra nosotros.

—¡Hostia, nena! —gritó Nick desde el asiento trasero.

Bajé desenfundando el arma y disparé a las ruedas. El primero también bajó y disparó hacia mí, vaciando el cargador. Falló todos los tiros y le golpeé en la garganta con el codo. Cayó de rodillas. El segundo rodeó el coche y se lanzó hacia mí con una navaja. El hombre era enorme, pero su tamaño no me intimidó. Mi entrenamiento era muy superior al suyo. Le bloqueé la muñeca y estampé su cara contra el capó del coche.

—Quieto —advertí, antes de golpearlo con la rodilla en la boca del estómago.

Cayó hacia atrás en el mismo momento en que oí la puerta de Nick abrirse.

—¡Nena, cuidado!

Demasiado tarde. El otro hombre me apuntó con la pistola, ahora cargada, a la cabeza. Movió el dedo hacia el gatillo para disparar, pero Nick le lanzó la tableta. El dispositivo electrónico impactó en la cara del tipo, y el golpe me dio los segundos que necesitaba para saltar por encima del capó y de una patada apartar el arma de él. La pistola salió despedida varios metros. No le di tiempo a reaccionar. Le golpeé en el cuello. Desesperado, intentó agarrarme, pero mis reflejos eran mejores que los suyos, por lo que giré sobre su propio agarre y le pateé los huevos.

—¡Quieto! —repetí.

El compañero, todavía de rodillas, intentó incorporarse.

—¡Brooke! —volvió a gritar Nick —¡El otro se mueve!

—Ya lo veo.

Avanzó con torpeza e intentó darme un puñetazo. Lo esquivé sin esfuerzo y le golpeé en la sien. Cayó como un peso muerto, aunque siguiera respirando.

—Ni se te ocurra —le dije al que quedaba consciente—. Nick, las correas de Lúpulo y Cebada, déjamelas.

Se las quitó a los cerdos y las lanzó sin acercarse demasiado. Les retorcí los brazos hacia atrás y pasé las correas alrededor de sus muñecas, antes de encerrarlos en el maletero.

—¿Los vas a dejar ahí?

—Sí. Sube.

Nick montó en el Cadillac, aunque lo hizo con cierta reticencia. Antes de conducir a la casa de campo, envié a Travis la ubicación del Toyota y le informé sobre los detenidos.

—Nick, no bajes. —Detuve el coche frente a la fachada.

—Ni de coña me quedo aquí con esos locos.

—Tú mismo.

Entramos en la casa. El olor a sangre era inconfundible. Nick soltó a Lúpulo y Cebada para taparse la nariz, pasando por encima del primer cadáver.

—Hostia puta.

Revisé la casa, comprobando que había otro cuerpo. Nick también lo vio. Más pálido que antes, salió al pasillo chocando con las paredes, y vomitó.

Continué hasta encontrar a mis amigos.

—Creo que Nick acaba de traumatizarse. —Aparté a Jess para abrazar a Vicky—. Cariño… Me alegro tanto de que estés bien.

Nick volvió con una palidez preocupante.

—Me voy a terapia. —Cogió a Lúpulo y Cebada—. Pero ya.

—No seas dramático, anda, que no es la primera vez que ves un cadáver.

—¡Pero es la primera vez que veo dos seguidos!

Dejé a Vicky con Jess para ir con Nick.

—Bienvenido a la vida real.

Nick se volvió, asomando la cabeza por el marco.

—¡Así no es la vida de la gente normal!

Acariciaba a Lúpulo y Cebada con ansiedad.

—¿No te ibas? —Aguanté la risa, aunque en el fondo entendía su reacción. ¡Pero es que era tan cómico!

—Os juro que necesito vacaciones —continuó—. Y no unas de relax, no. Me iré a un retiro espiritual, me haré monje o pasearé cabras por el Himalaya.

Con cariño, le hice girar sobre sus propios pies y le dirigí fuera de la casa. Cerré la puerta a nuestra espalda y le animé a inspirar hondo.

—¿Mejor?

—¡No! ¡Dos cadáveres, nena! ¡Dos!

Masajeé sus hombros.

—Tranquilízate, venga. Pondremos un bote para que puedas acabar paseando cabras si eso te hace feliz.

—Cabras —repitió. Nick en shock era gracioso—. Sí. Al menos, las cabras no disparan, no secuestran, no matan. —Resopló—. ¿Qué se supone que tengo que responder cuando alguien me pregunte qué tal el día?

—La verdad, bien. Ha ido bien.

—Eres mala persona —dijo en broma. O quizá no.

—Has derribado a un sicario con una tableta. No ha ido tan mal.

Me miró como si no supiera si darme la razón o continuar hiperventilando.

—¿Te das cuenta de que haces bromas con cosas que no tienen gracia?

—Sí —admití—. ¿Me permites un consejo?

—No.

Se lo di igual.

—Piensa en cabras en el Himalaya si eso te relaja.

—Ríete, ríete. Pero si mañana despertara en un monasterio tibetano, qué felicidad.

—No sé si en un monasterio tibetano aceptarían que fueras con dos cerdos.

La postura corporal de Nick se volvió rígida cuando Travis apareció en la furgoneta con Phoebe, Mason y Bill.

—Te dije que no salieras sola.

La voz de Travis fue como un cuchillo cortando el aire. Me giré para mirarlo. Su mandíbula tensa y la postura delataban su descontento. Su mirada pasó de mí a Nick. De Nick a mí.

—¿Por qué no puedes salir sola? —preguntó Nick, mirando el uniforme de Travis sin entender absolutamente nada.

Para Nick, Travis era mi ayudante en el bar. Un camarero. Y ahora estaba frente a nosotros con el uniforme del SEDS. Las armas. Todo.

—No le hagas caso —improvisé—. Ha empezado a trabajar días sueltos como segurata de un supermercado. Esos son sus compañeros.

Travis ignoró la pregunta de Nick y también mi mentira, luego vino directo hacia mí.

—Has incumplido no una —continuó susurrando—, sino varias órdenes directas.

—Hay dos cadáveres dentro. Los hombres están en el maletero. Y yo estoy bien.

Phoebe, Mason y Bill se quedaron atrás, sin intervenir.

—Has incumplido mis órdenes.

Nick miró al cielo y no habló más, como si la cosa no fuera con él. Y hacía bien. Jess salió en ese momento con Vicky.

—¿Estáis bien? —se interesó Travis.

Jess asintió, aunque no se detuvo. Fue directo a su coche.

—Jess —lo llamé—. Espera.

Fui tras él y abrí el maletero. Con una mirada, Mason y Bill entendieron que había que sacar a esos tipos de ahí. Se movieron con eficiencia, sacándolos como si fueran sacos de patatas. Vicky siguió envuelta en los brazos de Jess.

—No volverán a acercarse a ti —prometí.

—Gracias.

Llamé a Nick, pidiéndole que se acercara.

—Ve con ellos —indiqué, rascando las orejas de Lúpulo y Cebada.

No discutió. Se fue con los cerdos al Cadillac, pero antes de cerrar la puerta, asomó la cabeza.

—Oye, Brooke. Lo de las cabras… no era broma del todo. Ojalá algún día.

—Lo sé. Ojalá.

Jess arrancó. El Cadillac desapareció por el camino y el silencio volvió a caer sobre mí como una losa. Con un movimiento de cabeza, Travis indicó a Phoebe, Mason y Bill que se ocuparan de los cadáveres y de la casa.

Cuando estuvimos solos, su expresión se tornó todavía más dura.

—Has cruzado varias líneas rojas, agente. Y no voy a fingir que no ha ocurrido solo porque el resultado haya sido favorable.

—Me necesitaban.

—Yo también te necesito. Y te necesito viva. —Sus ojos me traspasaron—. Así que deja de comportarte como si fueras intocable.

—No soy intocable. Pero sí soy capaz de seguir operando.

—Eso es exactamente lo que me aterra. No hay quien te pare, porque no ves el peligro ni teniéndolo delante.

Acortó el poco espacio que quedaba entre nosotros, contundente.

—No vuelvas a hacer esto. No me obligues a imaginar cómo es el mundo sin ti.

—Travis…

No me dio tiempo a terminar. Me agarró la cara con ambas manos, como si necesitara comprobar que estaba ahí, que era real, que no me había pasado nada más de lo que ya había tenido que soportar. El beso no fue suave ni cuidadoso, fue desesperado. No sé si la terapia con May estaba funcionando, pero por primera vez no me asusté. Le devolví el beso con la misma necesidad y permití que sus manos me bajaran por la espalda, aferrándose a la cadera como si fuera lo único firme en ese momento.

Se separó para hablar a través del dispositivo que incorporaba un micro y un casco en la oreja derecha. Lo activó antes de hablar.

—Aquí Holmgren.

La voz fue firme. Autoritaria.

—Encargaos del traslado de los cuerpos y de la escena. Meyer, te quiero coordinando el trabajo de tus compañeros. Voy a ocuparme personalmente de la agente Crowley. Necesita disciplina. Canal cerrado hasta nuevo aviso.

—Recibido —oí.

Travis cortó la comunicación.

La comisura de su boca se curvó y me agarró de la muñeca.

—Ven.

La furgoneta de la base estaba a unos metros. Sin distintivos, con rotulación falsa. Las puertas traseras estaban cerradas con los detenidos dentro. Travis rodeó el vehículo y abrió la puerta lateral. El interior estaba dividido de la siguiente manera: delante, los asientos; detrás, compartimento para carga. No era una furgoneta normal, aunque desde fuera lo pareciera.

Subí a ese espacio estrecho con él.

—Eres incapaz de obedecer —me regañó.

No contesté porque tenía razón. Volvió a besarme mientras le quitaba la ropa.

—¿Estás segura de que quieres?

Asentí, y yo misma terminé de desnudarme frente a él y le puse el preservativo, pero antes de entrar en mí, se detuvo.

—Si necesitas parar, paramos.

Moví la cabeza en un gesto afirmativo. Travis me besó de nuevo, con urgencia. Pero de cadera para abajo todo era calma, y gestos cuidadosos. Cuando se sentó en el asiento, no había órdenes ni cargos. Solo éramos él y yo.

—Ponte encima —indicó—. Marca los límites y el ritmo.

Me ofreció su erección, ya más que dispuesta, brillante y con la punta empapada a través del plástico. Sin prisa ni exigencia. Solo con una atención absoluta en mí. Eso me transmitió una seguridad íntegra. Subí a horcajadas, deslizándome sobre su erección. No la metí de golpe, pero tampoco me demoré demasiado. En el momento en que abrí paso hasta mi centro, sus brazos me rodearon. Mi humedad permitió que la penetración fuera fácil y placentera. Boté sobre sus muslos, primero despacio, luego más rápido. Su brazo rodeándome la cintura me gustó. Travis me arrancó el top para deleitarse con mis pechos. Y no sé en qué momento empecé a chillar, pero los gemidos me brotaron de la garganta sin ningún tipo

de contención. No estaba reviviendo el trauma ni dándole cabida. Y eso me había satisfecho. Mi respiración se acompasó con la suya y la mente, aquí con él, no hizo ruido.

El Káiser no me había robado el deseo ni la capacidad de elegir. Eso seguía siendo mío. Y Travis me había permitido descubrirlo.

—Si sigues gimiendo así, me correré antes de tiempo.

Lo callé con un beso y estiré la mano hacia sus testículos. Estaban ardiendo e hinchados, preparados para eyacular. Travis Holmgren se tensó más bajo mis caricias, y jadeó conmigo mientras me contorneaba sobre su erección. Los muslos se me empaparon con mi propio flujo y acaricié más rápido sus testículos cuando eyaculó. Se corrió con espasmos, con su boca devorando mis jadeos mientras se me empapaban de una manera salvaje los muslos con mis fluidos. Sacó su erección y esta cayó satisfecha a un lado de su torso.

Me alegré de que el sexo volviera a ser lo que para mí siempre había sido: mi ancla, presencia, un control compartido. Y de que siguiera funcionando así de bien entre nosotros. Pero era el resto lo que comenzaba a asustarme.

Pasé los dedos por su nuca, acariciándolo mientras él activaba el micro.

—Aquí Holmgren. La agente Crowley ha sido amonestada disciplinariamente y está bajo mi absoluta responsabilidad. —Hizo una pausa para jugar con mis labios—. Tenéis diez minutos para terminar.

Ahí fue cuando me pregunté si eso era suficiente. Disfrutaba con Travis, y me planteé que quizá con eso debería bastar.

—Recibido —respondieron, antes de que Travis cortara la comunicación.

Capítulo 23

Brooke

De vuelta a la base, volví a notar el peso de la opresión. No me arrepentía de haber tenido sexo con Travis, pero me seguía molestando el impacto de su informe porque afectaba directamente a mi trabajo.

Entramos por pasillos distintos.

Mis instrucciones eran claras: reunión inmediata con el jefe de grupo. Lo que no sabía era que también estaría Phoebe allí. Cuando abrí la puerta de la sala, los encontré a los dos de pie. Travis con actitud defensiva. Phoebe Meyer, descarada, apoyada en la mesa con una expresión desafiante que no le quitaría nadie. Ni siquiera él. Cerré la puerta tras de mí.

—Lo siento —me disculpé con ella.

Seguramente estaba así por mi culpa.

Phoebe siguió desafiando a Holmgren.

—Crowley es mi amiga.

—Eso no te exime de haber desobedecido una orden directa —

añadió Travis, con ese tono extremadamente duro que usaba cuando quería resaltar su rango.

Phoebe se enfrentó a él.

—¿Olvidas que tú también has desobedecido órdenes directas en otras ocasiones? ¿O el puesto de jefe de grupo te ha provocado pérdidas de memoria?

Travis no entró en si las acusaciones eran ciertas o no. Así que Phoebe continuó.

—El mismo criterio que tú aplicas cuando decides saltarte el protocolo porque «sabes lo que haces» es lo mismo que hoy ha hecho Crowley.

—¡No vuelvas a cuestionar una orden directa! —estalló Travis—. ¡Tenías que custodiar a la agente, no llevarla a Ashmoor!

Escuché sin intervenir. Phoebe era mayor que Travis, aunque el cargo de jefe de equipo fuera un rango superior al suyo. En la unidad todos la respetábamos.

—Estás actuando como un tirano.

—¡Estoy actuando como lo que soy, Meyer! ¡Soy el jefe de esta unidad, maldita sea!

Clavó los ojos en ella, esperando que retrocediera.

No lo hizo.

—Crowley no es una novata ni una civil. Es una agente entrenada que hoy salvó a alguien mientras tú solo gritabas, en la base, como un desquiciado.

Phoebe era la única que se atrevía a hablarle así.

—¡Fuera de mi vista, Meyer! ¡Fuera, ya!

Phoebe arqueó una ceja, pero no discutió. Eso sí, le mantuvo la mirada hasta el último segundo. A mí me lanzó un beso desde su posición.

La puerta se cerró tras ella sin dar golpe, lo que me hizo envidiar

su nivel de autocontrol. Aunque envidié más que saliera del perímetro visual de Travis, cosa que yo no podía hacer.

—Lo que has hecho hoy no puede repetirse. Nos pone en riesgo a todos, incluido el operativo.

—He evitado que Vicky apareciera muerta.

—No me importa. Podía haber sido una trampa, así que, por tu bien, no vuelvas a hacerlo.

—Me pides que permanezca de brazos cruzados, ¿en qué parte de la formación enseñaban eso? Porque no lo recuerdo.

—Somos un equipo, Crowley. Y aunque estés fuera del operativo, sigues formando parte de mi grupo en la unidad. También formas parte de mi vida, fuera y dentro de la base. La próxima vez que necesites algo, ven directamente a mí.

Iba a responder cuando la puerta se abrió.

Guy Macklean entró como un vendaval. Travis mantuvo su posición, aunque hubo un leve cambio en su postura. Ahora más contenida. Macklean, nos gustara o no, tenía un cargo muy superior y le encantaba recordarlo cada vez que tenía ocasión. Avanzó, mirándonos alternativamente a Travis y a mí. Cuando habló, se dirigió directamente a Travis.

—Holmgren, ¿cómo una agente que no está operativa puede desplegar un grupo entero?

—Se activaron recursos mínimos ante una amenaza civil real.

Guy tiró sobre el escritorio imágenes impresas.

—¿Recursos mínimos? Tres agentes. Cinco si cuento su presencia y la de Crowley. Un vehículo propiedad de la base. Acceso a las grabaciones de tráfico. —Inclinó la cabeza—. Curioso el concepto de «mínimos».

Avanzó más.

—La agente Crowley está fuera de cualquier operativo hasta

nueva orden. Y aun así ha salido de la base, ha robado y estropeado material electrónico, ha tomado decisiones tácticas de manera individual y ha provocado un escenario que ahora tengo que justificar ante el director del SEDS.

—Crowley ha detenido a dos sicarios y salvado a una civil de la muerte.

Guy Macklean sonrió.

Y aquella sonrisa me pareció veneno puro.

—El problema, Holmgren, es que confundes liderazgo con implicación emocional. Y eso es un riesgo.

—Mi implicación garantiza que mis agentes vuelvan con vida. Y hoy lo han hecho después de salvar a una civil.

—¿De verdad? Porque, desde arriba, da la impresión de que Crowley y tú actuáis movidos por impulsos y necesidades personales.

Macklean desvió por primera vez la mirada hacia mí. Y me recorrió sin pudor.

—¿Habéis olvidado que en el interior de las furgonetas de la base hay equipos de grabación?

Las cámaras. Mierda. Ese imbécil no solo nos había visto follar, sino que además tenía imágenes impresas. Cogió una de las fotografías que había tirado sobre el escritorio, en la que se me veía a horcajadas sobre Travis. Era explícita, íntima e innegable.

—Agente Crowley —continuó—, ¿necesitabas demostrar que sigues siendo funcional después de lo ocurrido en tu secuestro?

El cambio en Travis fue notorio. Macklean se regodeó, satisfecho por ir un paso por delante del jefe de grupo.

—Los informes clínicos son confidenciales —intervino Travis.

—Holmgren, parece mentira que no sepas que en esta base nadie puede negar una orden directa de arriba. Pedir

confidencialidad a una psicóloga adscrita al SEDS funciona solo hasta que un superior solicita acceso a esa información.

Travis cogió a Macklean del uniforme. La acción fue rápida. Lo levantó unos centímetros del suelo, lo justo para dejarle claro que se había sobrepasado.

—¡Suéltame! —espetó Macklean, seguro de que su cargo le protegía de todo.

Travis no lo hizo.

—Ese informe era confidencial. Tanto el clínico como el psicológico. —Lo zarandeó—. No me importa su cargo cuando ha cruzado una línea que no le corresponde.

—¿Sabes qué pone en ese informe por el que tanto te indignas? Que eres incapaz de separar lo profesional de lo personal. Tu juicio está contaminado.

Travis apretó los puños, levantándolo más del suelo.

—Suéltame —repitió—. O te prometo que no volverás a trabajar para el SEDS.

Acaricié el antebrazo de Travis para que acatara la orden. Apenas fue un roce, pero bastó para que lo soltara. Macklean retrocedió un paso y se colocó el uniforme. Se pasó la mano alrededor del cuello, para alisar la tela que había quedado arrugada. No mostró miedo, sino una absoluta satisfacción. Antes de salir, se volvió hacia nosotros.

—Agente Holmgren, además de por la agresión a un superior, voy a abrirte un expediente disciplinario inmediato por ocultación de información crucial relacionada con el caso Varok. A partir de este momento, todos tus informes pasarán por mi despacho.

—Inténtelo.

Macklean desvió la vista hacia mí.

—Y a ti, Crowley, te recomiendo que dejes de jugar a las

heroínas y te preocupes por seguir con la atención psicológica que el SEDS te brinda.

La puerta se cerró tras él.

—No tenías que haberme defendido —mascullé.

—Nadie va a utilizar tu salud mental para humillarte, ni siquiera Macklean. Me importa una mierda que sea el jefe de Operaciones.

—Va a saberlo toda la base. Incluidos mis padres.

Se mantuvo firme, aunque sabía que así sería. En el informe, Travis incluyó el examen, pero no habló de la exploración ni de los abusos sufridos. Eso era de carácter confidencial, pero ya no.

—Brooke, lo que te ha ocurrido no te invalida. No te define. Y desde luego, no le da derecho a nadie a tratarte como si fueras menos que el resto.

Travis se giró hacia la mesa. Cogió una de las fotografías que había tiradas. La misma que nos había enseñado Macklean. La miró unos segundos y, en lugar de dejarla donde estaba, la dobló con cuidado y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Lo miré incrédula.

—¿Qué haces?

—Confisco pruebas.

—Travis…

Me miró con una calma inesperada en medio de tanto caos.

—Tienes un cuerpo muy sexy, agente Crowley.

Al principio me quedé en silencio. Luego solté una risa breve, que me pilló por sorpresa incluso a mí.

—Eres un depravado.

—Soy práctico. —Me besó.

Dejé caer las manos sobre la mesa. La tensión seguía presidiendo la sala, pero ya no me aplastaba el pecho como antes. Caminó hacia la puerta, ya más sereno, y la abrió.

—Vete a casa —ordenó—. O a donde te dé la gana. Pero no te quedes aquí dándole vueltas a lo que ha dicho Macklean. Todos coincidimos en que es un gilipollas.

—¿Quién me escolta?

—Nadie.

Lo miré confundida.

—¿Cómo nadie?

—Nadie. Seguirás fuera de cualquier operativo hasta que cumpla mi palabra de reconstruirte física y mentalmente. Quiero demostrarte que confío en ti, aunque para eso necesito que tú también confíes en mí.

—Gracias.

Me besó otra vez.

—Somos un equipo, aunque a Macklean le joda. Ahora vete.

Me apoyé en el marco antes de salir.

—Holmgren.

Dije su apellido adrede, otorgándole ese reconocimiento de cargo superior porque se lo merecía aunque no hubiese nadie delante.

—¿Sí?

—Uno de los sujetos abatidos de la casa de campo era familia directa de Vicky. ¿Puedes gestionar el tema de la herencia y los trámites antes del entierro? Es la única heredera legal.

—Puedo.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Seguro que puedo irme? A lo mejor Macklean nos reúne después de…

—Me paso por los huevos lo que quiera ese gilipollas. ¿Algo más?

—Has sido un poco duro con Meyer.

—Me disculparé con ella.

Me fui.

Pero volví.

—Travis —esta vez no le llamé por su apellido—, ¿me harías un favorcito?

Cruzó los brazos, armándose de paciencia.

—¿Qué clase de favor?

Usé mi mejor sonrisa.

—Le quiero comprar una lavadora a Nick. La suya no funciona y tiene los nudillos destrozados de lavar a mano.

—¿Qué tengo que ver yo en eso?

Me encogí de hombros con toda la inocencia del mundo.

—Que solo tengo moto.

—¿Y?

—Y que, hasta donde sé, mi Indian no viene con portaequipajes para electrodomésticos grandes y pesados.

—Vale.

La respuesta fue tan seca que no entendí si me ayudaba o no.

—¿Vale… qué?

Suspiró como si estuviera haciendo mucho trabajo de contención.

—Vale a que la lavadora no la llevas en la moto.

—Gracias.

Corrí a la salida.

—Agente Crowley. —Hizo que me detuviera en el pasillo.

—¿Sí?

—No tienes la moto —me recordó—. Has venido conmigo.

—Mierda.

Cogió las llaves y las hizo girar alrededor del dedo índice.

—Te llevo. Todavía podemos encontrar alguna tienda de electrodomésticos abierta.

—¿Y qué pasa con lo de Vicky?

—Luego me encargo. ¿Conforme, agente?

Me besó.

—Muy conforme.

Travis condujo hasta una tienda de electrodomésticos. Elegí un modelo sencillo que fuera fácil de entender a la hora de usar, de bajo consumo, que no hiciera mucho ruido y con garantía ampliada. Pagué con gusto. Como no era muy grande abatimos los asientos, metimos el electrodoméstico en el maletero y seguimos hasta la casa de Nick.

—No está la furgoneta, espero que haya alguien.

Travis esperó en el coche mientras yo llamaba al timbre. Estaba a punto de irme cuando su madre gritó «¡voy!». La mujer tardó en abrir por la silla de ruedas. Llevaba a las mellizas encima. Lúpulo y Cebada me recibieron moviendo el rabito. Aunque Nick y su padre hacían lo posible por acompañarla, ambos trabajaban y no siempre podían estar en casa.

—Brooke —saludó amablemente—. Nickolas no está.

—¿Sigue repartiendo?

—Sí. No descansa ni para comer. ¿Quieres pasar?

—Pues sí. ¡Travis! —grité, antes de coger en brazos a los monstruitos, para darle a su mamá un momento de paz—. ¿Puedes con la lavadora? Nick sigue trabajando.

Bajó del coche.

—Puedo —contestó.

—¿La lavadora? —preguntó Donna.

—Sí. Lavadora nueva. ¡Te va a encantar!

Alcé a Juliet y Claire, que soltaron una risita idéntica

sincronizada. Donna se movió con la silla para dejar paso a Travis. Y me fijé en que Cebada tenía un lacito rosa en la cabeza. A Lúpulo le habían puesto una pajarita y calcetines.

Parpadeé.

—Qué estilosos.

Donna sonrió de la misma manera en que lo hacía Nick; cansada.

—Han sido Juliet y Claire.

—No me sorprende. Travis —lo llamé cuando terminó de arrastrar la lavadora por el pasillo—. Ella es Donna, la madre de Nick. Y ellas —alcé los brazos y besé sus mofletes redonditos—, Juliet y Claire.

Travis saludó con educación, fijándose con discreción en la silla de ruedas, en el frío que hacía en la casa y en su mala conservación. Las goteras del tejado hacían que la humedad se filtrara desde las paredes.

—Encantado. ¿Dónde está la lavadora vieja? —preguntó.

—En la cocina. Esa puerta de ahí.

Dejé a las mellizas en el suelo, que enseguida corretearon tras Lúpulo y Cebada. Me senté con ellas, sobre la alfombra del salón, hasta que Travis terminó con la instalación.

—Ya está —dijo—. Si la carga vibra demasiado, se puede ajustar. Pero no debería dar problemas.

Donna asintió.

—Muchas gracias.

Donna le invitó a sentarse.

Me observaron jugar con las niñas y con los cerdos durante un rato. Cuando las levanté del suelo como si no pesaran nada, ambas chillaron divertidas, pataleando con suavidad al aire mientras les hacía cosquillas en la tripa. Giré haciendo el helicóptero antes de

dejarlas en el suelo.

—Hasta otro día, monstruitos. —Me agaché para besar a Donna en la mejilla—. ¿Necesitas algo antes de que nos vayamos?

—No. Con la lavadora ya habéis hecho bastante, muchas gracias.

—Nos llevamos la vieja a un punto limpio —ofreció Travis.

Juliet se aferró a mi pierna.

—No te vayas.

Le revolví el pelo.

—Nos vemos otro día, ¿vale?

—¿Otro día? —repitió Claire, con los ojos radiantes.

—Claro.

Eso pareció complacerlas.

Juliet me soltó. Travis puso la lavadora vieja en el maletero y cuando Donna cerró la puerta, se acercó.

—Viven al día. —Entendió por fin a qué se enfrentaba Nick.

—Sí.

—Mañana hablaré con un par de contactos, si te parece bien. Puede que entre todos podamos aliviarles ligeramente la carga.

—¿Qué contactos?

Esbozó una sonrisa mientras subía al coche.

—El SEDS tiene convenios con servicios sociales, fundaciones privadas y programas de apoyo a familias vulnerables.

—A familias vulnerables a raíz de un conflicto gubernamental —especifiqué—. No económico.

—¿Olvidas para qué sirven los testigos no eliminados?

Pensé en eso. En las veces que se habían dado casos en los que en lugar de eliminar al testigo, el SEDS sacaba provecho mediante chantajes.

—No todos acaban en el listado de bajas —concluyó—. Y ahí es donde se piden los favores. Hay técnicos municipales, políticos,

funcionarios…

—Personas que en algún momento colaboraron con el Estado —terminé por él.

—Exacto. Conozco a un perito externo que me debe varios favores. Puede revisar la estructura de la casa y solicitar las obras para su rehabilitación.

—¿Y Macklean? Últimamente siempre lo tenemos soplando en la nuca.

—Macklean controla Operaciones, no informes de vivienda. Está tan cegado con el cargo que su cabeza no le da para nada más.

Pensé en Nick, en sus padres, en sus hermanos. En la humedad de las paredes y en el frío que hacía siempre en esa casa. Me puse de puntillas y le di un beso en los labios, antes de que se marchara.

—Gracias.

Capítulo 24

Brooke

Travis había conseguido que me concedieran unos días de descanso en la base. Y por eso ahora estaba en una iglesia de piedra ennegrecida, con ventanales estrechos y una cruz inclinada. El campanario marcaba la hora con un sonido hueco.

—Nena, no vuelvo a subir a una moto si eres tú la que conduce —protestó Nick, colocándose los mechones que se le habían quedado de punta por el casco—. Te juro que he visto mi vida pasar delante de mis ojos en la última curva.

Subí la cremallera de mi chaqueta.

—Exagerado. Sigues respirando, ¿no?

—Pero por poco.

Nick tenía unas oscuras ojeras. Había dormido mal, o quizá no había dormido. Si con la muerte de Varok se había quedado en shock, presenciar dos cadáveres seguidos seguramente le hubiera terminado de traumatizar. Lo cual significaba que los últimos días no había dormido absolutamente nada. A eso se le sumaba su situación

en casa.

Se quedó callado un momento.

—Nena, lo de la lavadora…

Se pasó una mano por la nuca, incómodo. Y bajó la vista después de meter las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué?

—Gracias.

Quise restarle importancia.

—Solo es una lavadora.

Sacó las manos del bolsillo para mostrarme los nudillos. Tenían mejor aspecto y las heridas estaban menos marcadas. La piel, aún áspera, estaba en proceso de curación. Pasé el pulgar con cuidado, siguiendo el rastro rosado.

—Ya no tengo que frotar las manchas en agua helada.

Nick me acarició la palma casi sin darse cuenta y fue extraño, como si ninguno de los dos tuviéramos prisa por separarnos.

—Me alegro. ¿Escuece?

—No mucho.

Su mayor dolor no era físico. Y los dos lo sabíamos. Dejé los dedos ahí, reconociendo su piel. El tacto. Como si tocar esas heridas fuera parte de la cura. No solté su mano hasta varios segundos después.

—Vamos —propuse—. La misa va a empezar.

Avanzamos hasta los bancos de la iglesia. La luz que entraba por los altos ventanales se filtraba teñida de gris. El interior olía a cera y a flores. Elegimos un banco lateral, cerca de Vicky y Jess. Nick se sentó conmigo, manteniendo la espalda erguida. El sacerdote apareció por una puerta lateral para dar comienzo a la misa antes del funeral. Uno de los cadáveres hallados en la casa de campo, compartía lazo de sangre directo con Vicky.

Nuestra amiga permaneció sentada. Llevaba gafas de sol grandes, para ocultar sus ojos a miradas ajenas.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo — comenzó el sacerdote.

Jess permaneció toda la misa a su lado, con las manos entrelazadas sobre su regazo. Las palabras hicieron eco bajo la bóveda. El sacerdote habló de descanso, de consuelo, de una vida que continuaba más allá de la muerte. Y deseé que esa persona no tuviera cabida en ninguna nueva vida si la hubiera. Pues ya había hecho demasiado daño a Vicky en esta.

Cuando llegó el momento de que leyera unas palabras, Vicky fue concisa y directa. La misa continuó solemne, hasta que seis hombres, entre ellos Jess y Nick, avanzaron hacia el altar. Se colocaron a ambos lados del ataúd y, tras una breve señal, lo alzaron. No como muestra de respeto a la persona que hubiera dentro, sino porque la prensa estaba ahí para inmortalizar cada movimiento y había que aparentar desconsuelo. Vicky era muy conocida en Estados Unidos. Y la persona que yacía en el ataúd, también.

Cargaron el féretro hasta el coche fúnebre que iría hasta el cementerio, a unos ciento cincuenta metros de la iglesia. Nick, Jess, Vicky y yo, caminamos detrás del vehículo sin hablar. No por respeto, sino porque había demasiada gente alrededor.

En el cementerio, el sacerdote recitó las últimas palabras. Un puñado de tierra cayó sobre la madera cuando el ataúd bajó a la fosa. Luego otro. Hasta que todo terminó. Las personas hicieron fila para dar el pésame a Vicky. Travis, y el resto del grupo, nos habíamos encargado de que el escenario que encontrara la policía al llegar pareciera un ajuste de cuentas en el que ni Jess ni Vicky se viesen involucrados.

Nick y yo esperamos a que la gente y la prensa se fueran antes de volver con Vicky y Jess.

—Cariño —dije a Vicky—, recuerda que legalmente ahora todo es tuyo.

Eso había sido mérito de Travis. La herencia. La mansión. El dinero. Todo lo que la persona que yacía en el ataúd le había arrebatado en vida a Vicky, ahora volvía a pertenecerle. Cuando vinieron un par de personas más, Nick y yo nos echamos a un lado.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber Nick, cuando volvimos a estar a solas con ellos.

Vicky fue sincera.

—No me afecta de la manera en que pensaba que lo haría. En realidad, no siento nada por la persona que yace aquí enterrada.

—Es normal, cariño.

Cogió mis manos.

—Brooke, no he tenido la oportunidad de agradecerte que ayudaras a Jess.

Jess se unió a la conversación en ese momento.

—¿Qué? ¿Al final te vas a ir al Himalaya? —preguntó a Nick.

Este dio la vuelta a los bolsillos para mostrar que estaban vacíos.

—Ojalá pudiera, cabeza de melón —contestó—, pero estoy sin blanca.

Vicky, Jess y yo éramos muy conscientes de la situación de Nick. Por eso habíamos decidido hacer algo por él. Vicky buscó en su bolso los billetes y se los dio.

—¡Hostia puta! —exclamó Nick—. ¿No será un billete para…?

Incapaz de creérselo, parpadeó varias veces. Yo, que estaba al tanto de la sorpresa, le di en el hombro con complicidad.

—¿No creerás que vas a ir solo al Himalaya?

—¿Qué?

—Que no vas a irte solo ni con una cabra. —Me reí a carcajadas —. ¡Es una de las regiones más peligrosas del mundo, Nick! Vamos tú y yo, juntos, para que no te mueras por no saber encender una hoguera o devorado por un oso.

Puso los ojos en blanco.

—Claro —protestó—, porque lo primero que haré al llegar será irme a acampar a la montaña.

—Serías capaz. Te encanta hacer el pringado.

Me ignoró para llenar de besos y abrazos a Jess y Vicky antes de entregarme mi billete.

—Solamente espero que, si un oso nos persigue, corras más despacio que yo.

—Ay, cariño —respondí—. Si ves un oso, lo más probable es que te hagas su amigo. Os une la capacidad intelectual.

Nos enzarzamos en una de nuestras tontas discusiones mientras avanzamos hasta la moto, después de despedirnos de Vicky y Jess.

—Mierda. —Nick se detuvo—. No sé si me darán los días en el trabajo. Tampoco sé si con la situación en mi casa…

—Relativiza. Jess y Vicky se han encargado de todo, y mis padres ya han hablado con los tuyos para echarles una mano en tu ausencia.

No era una locura improvisada. Travis había conseguido mi permiso en la base, y lo había logrado con la recomendación explícita de la psicóloga en los últimos informes. Si Guy Macklean quería jugar, jugaríamos. Y le demostraría que conmigo, siempre perdería. May había alegado que el cambio de entorno podía ayudarme. Y por una vez, nadie cuestionó nada. La psicóloga estaba de acuerdo en que salir, moverme y no convivir en el mismo escenario que continuamente me recordaba el trauma, podía ser bueno para mí.

Mis padres también sabían todo, por culpa de Guy Macklean. La palabra violación les destrozó tanto como a mí en su día. Por eso fueron los primeros en apoyar que me fuera unos días. Si ya detestaba a Guy, ahora lo odiaba porque toda la base, incluidos mis padres, sabían lo que el Káiser me había hecho.

Los padres de Nick tampoco pusieron objeciones. Al contrario. Su padre habló con el jefe de Nick para que le concediera los días que necesitaba de descanso, moviendo los hilos necesarios para que eso no fuera un problema. Así que no tendría que preocuparse por nada. El abuelo de Jess ayudaría a sus padres. Los míos también echarían una mano. Todo seguiría en pie, aunque nosotros no estuviéramos.

Y Travis… Bueno. Aceptó el viaje al Himalaya con resignación. Por suerte o por desgracia, Travis era lo suficiente inteligente para saber que hay batallas que es imposible ganar. Y esta hubiera sido una de ellas. Lo mejor de esto era que Travis aprovecharía nuestra ausencia para poner en marcha las obras de mejora en su casa. Eso, y que el Káiser no sería un problema durante esos días. Aunque no hubiera vuelto a por mí, sabía que en algún momento lo haría. No importaba que me hubieran sacado del caso, aunque Travis creyera que al hacerlo me estaba protegiendo. Ese psicópata quería sus armas y en algún momento cumpliría su palabra.

No esperé más. Tenía demasiadas ganas de desaparecer. Arranqué la moto y dejamos atrás el cementerio.

Cuando llegamos a Ashmoor, Nick todavía no era consciente de que el viaje comenzaba ya.

—Prepara el equipaje —indiqué—, tenemos que llegar con tiempo al aeropuerto.

Bajó de la moto ya sin el casco, dejándose otra vez los pelos de punta. Cogió su billete y lo miró como si no se lo creyera.

—Brooke —siguió mirándolo—, ¿el vuelo sale en unas horas?

—Sí. Así no te da tiempo a recular.

Se pasó la mano por el pelo antes de correr a su casa, tan feliz que daba saltos como Heidi en las montañas.

—¡No tardo, nena!

—¡En veinte minutos, Nick! ¡Coge ropa de abrigo!

Lo bueno de ser vecinos es estar tan cerca para todo.

Dejé la moto en la entrada y subí directamente a la habitación para cambiarme. Mi madre fue la primera en aparecer. Me rodeó con los brazos y me ayudó a terminar de preparar el equipaje. Papá también vino. Me apretó contra su pecho, como si así pudiera protegerme de todo. Su abrazo fue firme, y quizá algo desesperado. Los hombros, tensos desde que supo lo que había pasado, se relajaron un instante.

—Disfruta —susurró—. Te lo mereces más que nadie. Nick también.

Mi madre se unió, sosteniéndome unos segundos más de lo habitual.

—Cuidaros.

Metí el cuaderno de May en la mochila, lo llevaría conmigo. Era el único requisito de la psicóloga.

—Ya ha llegado el taxi. —Mamá lo vio desde mi ventana.

Mi padre me arrebató el equipaje y lo bajó él mismo. Mamá me subió la cremallera de la chaqueta de cuero, para que no pasara frío.

—Llevaré ropa térmica debajo —dije para su tranquilidad.

—Desconecta. —Me acarició las mejillas—. Y disfruta, hija.

Salimos de casa. Nick ya me esperaba abajo.

—Cuídala —exigió mi padre, abrazándolo como si también fuera su hijo.

Nick se pasó la mano por el pelo.

—En realidad, es Brooke la que suele cuidar de mí.

Me invitó a subir, mientras papá guardaba el equipaje en el coche. El taxi se puso enseguida en marcha, rumbo al aeropuerto.

Capítulo 25

Brooke

Llegamos con tiempo. En el aeropuerto, todo avanzaba a un ritmo frenético: el ruido de las ruedas de las maletas, avisos por megafonía y conversaciones superpuestas en diferentes idiomas. Localicé nuestra aerolínea, entregamos el equipaje y lo vimos desaparecer por la cinta transportadora. Nick bromeó con el detector cuando pasó el control de seguridad. Yo respiré cuando volví a tener el equipaje conmigo.

Transportar armas de fuego no era sencillo, ni siquiera para una agente del SEDS. Debían ir en un maletín rígido, con un cierre especial reglamentario. Desde el secuestro, necesitaba sentirme protegida en todo momento. Por eso, Travis había movido los hilos necesarios desde la base para que pudiera volar con armas. No era algo excepcional, tampoco sencillo. Pero podía hacerse con autorización federal, notificando correctamente a la seguridad aeroportuaria. Y lo había conseguido.

Ya con mi equipaje, Nick y yo continuamos hacia la puerta de

embarque, mezclándonos con el resto de pasajeros.

—Brooke.

Me giré al oír mi nombre.

Travis llevaba la chaqueta abierta y el cabello rubio peinado hacia atrás. Llegó hasta nosotros, le estrechó la mano a Nick por educación y luego me besó como si no estuviera delante. Me abrazó de una forma extraña, que comprendí en cuanto el roce de algo frío y rectangular se deslizó con precisión dentro del bolsillo interior de mi chaqueta. Un móvil.

—No lo saques aquí —masculló, apenas moviendo los labios—. Mi número nuevo está guardado en contactos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por precaución. Comunícate por ahí, y llévalo siempre encima. Tiene localizador.

—¿Localizador?

Asintió.

—Si presionas el botón lateral varios segundos, activarás una alarma que llega directa a mí. Me enviará tu posición exacta desde donde estés.

Miré con disimulo hacia Nick, antes de seguir la conversación.

—¿El viaje es seguro?

— He codificado la información con ayuda de Phoebe. Vuestros billetes no figuran en ninguna base de datos accesible. Nick y tú deberíais estar fuera de cualquier punto de mira.

Avisaron el vuelo por el altavoz.

—Llévalo siempre encima.

No esperó respuesta. Me besó antes de darse la vuelta y desaparecer entre la gente.

Nick y yo subimos al avión.

Jess y Vicky habían cogido billetes en primera clase. Y

enseguida, Nueva York se convirtió en un entramado de luces cada vez más pequeñas, hasta desaparecer sobre las nubes. Nick se durmió a los diez minutos, con el asiento reclinado por completo. Con lo grande que era, ocupó el suyo y parte del mío, roncando sin ningún tipo de pudor.

La azafata pasó una vez. Luego otra. A la tercera se detuvo, miró a Nick y luego a mí.

—Señorita, ¿le traigo unos tapones?

—Por favor.

Regresó con un pequeño envoltorio de plástico. Antes de dármelo, volvió a mirar a Nick. No fue una mirada descarada, aunque tampoco inocente.

—Gracias —dije, consiguiendo que su atención volviera a mí.

Fingió una sonrisa sin mucho entusiasmo. Nick siguió roncando, con la boca un poco abierta. Lo miré. Era realmente enorme. A veces, también desgarbado. Vulnerable a pesar de su apariencia, porque la vida le apretaba desde demasiados frentes.

Abrí la bolsita y me coloqué los tapones, girándome hacia la ventanilla. Apoyé la cabeza contra el respaldo, y Nick se movió, invadiendo el poco espacio que me quedaba. Suspiré, pero no lo aparté. Volvió a moverse, como si su cuerpo buscara algo a pesar de estar dormido. Levantó el brazo de forma torpe y, sin tener ni idea de lo que hacía, lo dejó caer sobre mis hombros. Su antebrazo me aplastó. Su respiración cambió poco a poco a una más apacible, hasta que el ronquido se deshizo en inhalaciones y exhalaciones relajadas, casi infantiles.

¿Debería despertarlo? Seguramente. Pero no lo hice. Giré el cuerpo hacia él, hasta apoyar la cabeza en su pecho. Dormido, murmuró algo ininteligible, apretó más los brazos y su nariz acabó hundida en mi melena. Cerré los ojos, bajé la guardia y me dormí

así.

Desperté horas después. La luz de la cabina ahora era diferente, más tenue. Nick seguía roncando, con la nariz enterrada en mi pelo y el brazo rodeándome los hombros con torpeza. Me moví para comprobar la hora en la pantalla del asiento. Llevábamos nueve horas de vuelo, lo cual significaba que el Atlántico ya había quedado atrás, reducido a una masa oscura.

—Nick —susurré, con la cabeza pesada por la altura. Y el cuerpo entumecido.

Se removió en el asiento, sin soltarme. Volví a llamarlo, esta vez más alto.

—¡Nick!

Somnoliento, se pasó las manos por la cara. Y se puso rojísimo cuando cayó en la cuenta de que me tenía entre sus brazos.

—Perdón —se disculpó—. Me he quedado dormido y… Te he usado de almohada.

—Tranquilo.

Pasó el dorso por su mentón, limpiando la babilla. Ese gesto me hizo mucha gracia.

—No me digas que también te he babeado.

Apurado, levantó la mano para pedir toallitas a la azafata, que se acercó de inmediato. Era la misma que había traído los tapones. Me los quité y guardé en el bolso para futuras ocasiones.

—¿Qué necesita?

Su uniforme azul marino se apretó alrededor de su figura, mostrando unos esbeltos muslos cuando se inclinó excesivamente cerca de Nick. Desde mi sitio vi su escote —discreto, pero imposible de ignorar—. Y si yo podía verlo, Nick tenía que tener un excelente primer plano.

—¿Toallitas, por favor? —preguntó Nick—. Creo que he babeado

a mi amiga mientras dormía.

La azafata se irguió al fin. Volvió al carrito y se inclinó para alcanzar el compartimento inferior, de donde sacó un par de toallitas individuales. El gesto volvió a ser innecesariamente cercano cuando tendió el brazo.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Apoyé la cabeza contra el respaldo, girándome hacia la ventanilla. La azafata se alejó entre contoneos por el pasillo. Nick, seguramente ajeno a que se le acababa de insinuar, dobló una de las toallitas y, en un gesto hábil, levantó un mechón de mi pelo.

—Creo que aquí también hay babas —observó, antes de limpiarlo—. Ya está.

Colocó las manos sobre sus rodillas, como si temiera volver a invadir mi espacio. Seguí mirando por la ventanilla, hasta que indicaron por los altavoces que, en aproximadamente treinta minutos, se iniciaría el descenso.

Nick me dio unos toques en el hombro.

—Prometo no llenarte de babas en el próximo vuelo.

La escala fue en Doha, capital de Catar.

Bajamos arrastrando las piernas, volvimos a pasar controles, bebimos café en vasos de cartón y cogimos el siguiente avión. Nick no se durmió esta vez. Pulsó el botón del asiento y lo reclinó.

—No rompas nada —advertí, al ver que no dejaba el botoncito en paz.

A los pocos minutos, levantó la mano para llamar la atención de una azafata.

—Disculpa —llamó Nick—, ¿qué incluye exactamente viajar en primera?

Le explicó las opciones que teníamos.

—Perfecto. Entonces quiero eso… Y eso… Y eso otro. —Giró la cabeza hacia mí—. Brooke, ¿para ti?

—Nada.

—Estamos cruzando medio mundo juntos. Come algo. Bebe. ¡Disfruta!

Al final pedí una opción ligera. Cuando llegaron las bandejas, Nick parecía estar en un bufet libre. Probó todo con una felicidad grabada en el rostro. Y no lo juzgué. Pasar hambre tenía que ser horrible.

Sin preguntar, me metió un trozo de carne en la boca.

—Prueba esto, nena. ¿A que está buenísimo?

El trozo era tan grande que me atraganté. Tosí, llevándome una mano al pecho.

—¡Hostia, perdón!

Sin levantarse del asiento, me rodeó por detrás. Dio dos golpes secos entre mis omóplatos. El primero no hizo nada. Con el segundo, consiguió que el trozo de carne abandonara mi tráquea.

—¿Respiras? Dime que respiras.

Levanté el pulgar mientras recuperaba el aliento, llevándome mi botella a los labios para beber agua.

—Pensé que te ahogabas, nena.

—Yo también. La próxima vez, recuerda que mastico trozos normales.

Partió un nuevo trozo, esta vez ridículamente pequeño. Lo sostuvo con el tenedor, a pesar de que me vio poner los ojos en blanco.

—Tamaño homologado para una tía que mata hombres.

Ignoré ese comentario, abrí la boca y degusté el trozo de carne.

—Está bueno —admití.

El resto del vuelo compartimos platos y comentarios absurdos.

Nick me pasaba más cosas para que probara y, a cambio, él me robaba las patatas del plato, recordándome a Emma y Madi en el bar. Al final me animé con la cerveza, lo mismo que estaba bebiendo él. No sé cuántas tomamos, pero lo que empezó con sorbos cortos acabó con nosotros cantando en voz baja, a diez mil pies de altura.

Nick exprimió la primera clase: pidió más cerveza, postres, y de nuevo, cerveza. El altavoz anunció el descenso antes de perder altura con suavidad. Y volvimos a poner pies en tierra. El último avión que nos quedaba por coger era pequeño. Con hélices visibles desde las ventanillas.

—¿Este cacharro vuela de verdad? —preguntó, tambaleándose hacia el asiento.

—Eso espero.

Apoyó el cuello en el respaldo cuando subimos, echando la cabeza hacia atrás.

—Brooke.

—¿Qué?

—Si muero aquí, que conste que he comido muy bien.

—Pondré eso en tu lápida.

El avión despegó. Fuera, las montañas eran picos afilados entre valles, que parecían sacados de una revista de viajes. Las cumbres cortaban el cielo, el sol arrancaba destellos en las laderas y abajo, ríos finísimos serpenteaban, perdiéndose en pendientes abruptas hasta que la roca y la nieve lo ocuparon todo. El avión ya no volaba sobre el Himalaya; se deslizaba a través de él.

Capítulo 26

Brooke

Cuando tocamos tierra firme, estiramos las piernas con torpeza.

—Nena, esto supera al *National Geographic*.

Subí el cuello de mi chaqueta.

—Intenta no morir el primer día.

En la terminal de llegadas, un hombre levantó un cartón con nuestros nombres escritos a mano.

—Hey —dijo Nick—, somos nosotros.

—Bienvenidos —saludó el que supuse sería el guía, recogiendo nuestro equipaje—, mi nombre es Dawa. El coche está listo.

El trayecto fue tranquilo, a pesar de que la carretera serpenteaba entre montañas inmensas y afiladas, cubiertas de nieve. El sol se reflejaba en las cumbres de las laderas. Nick iba pegado a la ventanilla como un niño. Y el hotel apareció entre árboles de troncos oscuros. Una construcción de piedra y madera integrada en el paisaje.

—Voy a llorar —anunció, sin dejar de mirar por la ventanilla.

—Pronto empiezas.

—Insensible.

Dawa bajó del coche y cargó nuestro equipaje antes de guiarnos por el porche de madera e invitarnos al interior. El olor a té humeante y leña ardiendo era tremendamente acogedor. Seguimos a Dawa.

—La habitación.

Nick asomó la cabeza como haría una tortuga. Despacio. Desconfiado.

—Eh… —carraspeó—. ¿La mía o la de Brooke?

Dawa abrió la puerta del todo. Nick dio un paso atrás, chocando conmigo. Lo aparté para comprobar que la habitación era demasiado grande para una sola persona.

—Habitación doble —explicó.

Nick señaló la cama.

—Eso no es doble. Eso es una cama matrimonial para gente que se quiere. O que mínimo se tolera muchísimo.

Le di un codazo, por capullo. Y Dawa revisó la reserva.

—Cama grande para dos personas —sentenció.

—No, no, no —negó Nick, señalándome ahora a mí—. Somos amigos, no pareja. Ella tiene una cama. Yo otra cama. Total: dos camas.

Entré en la habitación.

—Vamos. No es para tanto.

—Sí lo es. Duermo como una estrella de mar. Me muevo. Ronco. ¡Se me cae la baba!

—Sobreviviré.

Siguió con su verborrea.

—Y una vez soñé que luchaba contra una abeja que me quería picar y desperté abrazado a la lámpara de la mesita de noche.

Suspiré. Qué paciencia había que tener a veces con él.

—Pondremos almohadas en medio. Relájate.

Dawa dejó las maletas al lado de la cama.

—Si necesitan algo, estaré abajo.

—Necesitamos otra cama.

—No más camas. El hotel es pequeño, está todo completo.

Dawa salió con una tranquilidad absoluta. Nick fue tras él.

—¿Y una esterilla? ¿O una manta gorda? Puedo doblarla varias veces —le oí decir.

Me quité las botas y las dejé en la entrada. Nick volvió un par de minutos después, con cara de derrota y las mejillas sonrojadas por las cervezas.

—El mundo conspira contra mí.

—No vas a morir por dormir conmigo, Nick.

Fue a sentarse en el borde del colchón, pero calculó mal y cayó de culo en el suelo de la habitación. Sonó un «pum» demasiado cómico como para no reírme. Sobre todo, porque rebotó ligeramente antes de amortiguar la caída del todo.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió desde el suelo—. El Himalaya era para tener un retiro y paz. Esta cama va a pasarme factura psicológica.

—Es enorme. Cabemos de sobra.

Lo miré desde arriba. Nick seguía en el suelo, apoyado contra el colchón con las piernas ligeramente flexionadas y la espalda encorvada, enfurruñado.

—Eso es lo que piensas, Brooke. Pero mido casi dos metros.

—¿Y?

—Que ocupo espacio aunque no quiera.

Se sentó, esta vez en el borde del colchón.

—Encima es blanda —saltó un par de veces—. Demasiado.

Me quité la chaqueta y la dejé sobre la silla. El cansancio del viaje y las cervezas comenzaron a pasarme factura.

—Vamos a ducharnos —propuse—. ¿Te parece si cenamos en la habitación? Mañana salimos temprano.

Nick se agachó para quitarse los zapatos.

—¿Ducharnos? ¿En plural?

—Cada uno en su turno.

—Ah. Claro. —Se pasó una mano por la nuca—. Ya lo sabía, nena.

Entré la primera.

Cuando salí de la ducha, comprobé que Nick seguía sentado en el mismo sitio. Había colocado todas las almohadas en el centro, de una manera un tanto extraña. Opté por no hacer ningún comentario al respecto.

Se duchó después. Y salió del baño con una toalla mal atada alrededor del torso, sujetándola con una mano mientras en la otra llevaba su ropa doblada de cualquier manera. Avanzó dando pasos cortos. La toalla cedió unos centímetros y yo alcé la vista justo a tiempo de ver medio culo de Nick, asomando con descaro. Tiró con torpeza de la toalla, consiguiendo taparse por detrás, pero descubriéndose por delante.

Hice como que me tapaba los ojos, sin taparlos. La visión era demasiado buena como para perdérmela.

—¡Nick!

Colocó de nuevo la toalla, y el culo volvió a ganar terreno. Fue entonces cuando, en su intento desesperado por cubrirse, mis ojos se quedaron ahí unos segundos de más. Parpadeé y reí, notando el calor subiendo a mis mejillas.

—¡Te veo el culo! —Me doblé sobre mí misma por la risa—. ¡Y el pene! ¡Que por cierto, pedazo pe…!

—¡Deja de mirar, marrana!

Soltó por fin la ropa, llevó ambas manos a la toalla y se tapó sus partes.

—Perdón, perdón… —murmuré, muerta de risa—. Pero… es que es bastante grand…

—¡Calla! —Me dio la espalda—. Esto no ha pasado. Bueno, ha pasado. ¡Pero, por favor, finge que no!

Se me llenaron los ojos de lágrimas de tanto reír. Le vi coger la ropa del suelo después de asegurarse la toalla. Enseguida se vistió con unos calzoncillos y con un pantalón grueso de chándal. Las vistas de cintura para arriba también estaban muy bien.

—Tengo hambre —anuncié, obligándome a apartar la mirada de él.

—Yo también.

Cogimos el teléfono del hotel y pedimos la cena. A los pocos minutos nos subieron un carrito con bebida, empanadillas rellenas de carne y sopa de fideos. Engullimos todo, y Nick aprovechó mientras me lavaba los dientes para colocar las almohadas de la cama, otra vez, creando una barrera más elaborada que la anterior. O eso pensaba.

—¿Tenemos que dormir así?

—Sí. Aprecio mi vida. Travis ya me tiene entre ceja y ceja.

No insistí. Me acomodé en mi lado, saqué el cuaderno y escribí un rato. Nick fue al baño a lavarse los dientes. Y al volver, se colocó a un extremo de la cama.

—Buenas noches, nena.

Apagó la luz de su mesilla.

—Buenas noches, Nick. ¿Te importa dormir con mi lámpara encendida?

Hubo un momento de silencio.

—¿Te da miedo la oscuridad?

—Sí —mentí.

—¿Desde cuándo?

Guardé el cuaderno en el cajón.

—Desde que me secuestró un traficante de armas y pasé cuatro días encerrada en una cabaña que yo misma reservé.

Nick parpadeó un par de veces, luego soltó una carcajada gutural.

—Lo has dicho tan seria que casi me lo creo.

—Soy buena, ¿eh?

—Lo eres, nena. Puedes dejar la lámpara encendida, estoy acostumbrado. Madi, Juliet y Claire duermen siempre con una luz quitamiedos en su cuarto.

No pasaron ni cinco minutos cuando Nick comenzó a roncar. No fuerte, pero sí de manera constante. Luego vinieron las vueltas. Se giró a un lado y a otro. La barrera de almohadas desapareció cuando Nick volvió a moverse. Efectivamente, tal y como había advertido, acabó como una estrella de mar. Invadió mi lado de la cama. Tres almohadas se cayeron. Otra quedó sobre mi cara. Algo pesado acabó aplastándome el abdomen: una pierna. Y su cabeza en mi hombro. La confirmación final de que la barrera de almohadas no había servido para nada en una cama de más de tres metros.

Intenté echarle a un lado, pero fue inútil. Nick pesaba como un muerto.

—Oye —susurré.

Nada. Su única respuesta fue otro ronquido y un pequeño movimiento con el que su rodilla terminó contra el muslo. Completamente dormido, me enrolló. Su brazo se cerró alrededor de mi cintura. En el proceso, deslizó la mano por debajo de la tela de mi camiseta. Sus dedos se aferraron a mi costado con suavidad, sin

apretar, con Nick roncándome en el cuello. Hundí los dedos entre los mechones de su pelo unos segundos, sin tener ni idea de por qué. Como si el gesto le relajara, se apretó ligeramente contra mí. Y fue ahí cuando decidí que no pasaría nada por dormir de esta manera. Así que cerré los ojos y me dejé llevar.

Lo que me hizo despertar, ya por la mañana, fue la sensación de estar aplastada bajo su peso y con algo húmedo. Nick seguía a mi lado, abrazándome como si fuera su almohada. A cambio, un hilillo de baba era lo que me regalaba. Seguía roncando, relajado, hasta que moví las piernas y lo noté. ¡Claro que lo noté! Firme. Orgullosa. Su erección rozándome el muslo, con una absoluta falta de pudor. Le di unos toquecitos en el brazo, con el tono más solemne que fui capaz de reunir a esas horas.

—Nick —fui contundente—. Despierta.

Se removió.

—¿Mmm…?

—Oye —insistí.

Abrió los ojos, somnoliento. Y sorbió el hilillo de baba. Nick era un bebé tamaño XXL.

—¿Qué?

—Buenos días, soldado —bromeé—. Qué pronto desenfunda usted el arma. ¿Podrías no apuntarme? Gracias.

Tardó exactamente tres segundos en procesar el significado de esas palabras. Miró hacia abajo. Después a mí. El color abandonó su rostro y se apartó como si la cama estuviera en llamas, llevándose por delante la sábana. Y tropezando en la huida.

—No es lo que piensas —titubeó, tapándose—. Quiero decir, sí lo es, pero no. ¿Me entiendes? Es fisiológico. Biología. Un reflejo como estornudar. ¡No! —se reprendió—. Como estornudar, no. Peor. Es muchísimo peor porque te estaba…

Me dio un ataque de risa que duró varios minutos. Cuando se me pasó, me incorporé en la cama, apoyándome sobre los codos.

—Nick, relájate.

—Quiero que el Himalaya me trague.

—No es para tanto.

Hundió la cara en las manos.

—Nunca más —declaró—. Nunca más duermo en la misma cama que tú. Esto tampoco ha pasado. Finge que no ha ocurrido.

—Imposible —vacilé—. Tu arma se quedará grabada en mi memoria para siempre.

—Muy graciosa.

Se dirigió al baño, asegurando la sábana alrededor de su cintura.

—Voy a por toallitas —explicó, consciente de las babas que me había echado.

Las limpió con delicadeza, evitando en todo momento mirarme. Luego nos cambiamos y Nick siguió igual de esquivo, evitando cualquier contacto visual, incluso cuando bajamos a desayunar al comedor.

—Prométeme algo —pidió, con su tacita de té entre las manos.

—¿El qué?

—Nunca hablarás de mi arma.

Levanté la mano en un gesto de lealtad exagerado.

—Jamás, soldado.

La normalidad volvió poco a poco. Después del desayuno, salimos al exterior. Si en Ashmoor nos parecía que hacía frío, aquí, el clima glacial nos limpió los pulmones. El paisaje, hermosamente solemne, se abrió ante nosotros. Las montañas ni siquiera parecían reales; paredes de roca oscura y nieve, picos blancos que cortaban las nubes y un azul profundo que coronaba el cielo. Dawa se reunió con nosotros para guiarnos por los valles, con ríos formados por el

deshielo. Caminamos durante horas por senderos estrechos que se abrían entre las montañas, por caminos tan estrechos que para avanzar teníamos que colocar los pies con sumo cuidado, uno delante de otro. A nuestra izquierda, la pared rocosa se alzaba en vertical. A la derecha, el valle se abría bajo nuestros pies, con un descenso considerable de cientos de metros, sin barandillas ni cuerdas de seguridad. Si alguien resbalaba, la caída sería mortal antes de que cualquier equipo de rescate pudiera desplegarse.

—Dawa —lo llamó Nick—. ¿No hay un camino más normal? Acabo de descubrir que soy sensible a las alturas.

A Nick su tamaño le dificultaba avanzar, pero Dawa no aminoró la marcha.

—Nickolas, el miedo existe en la mente primero. Luego en el cuerpo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pues que la montaña no va a matarte —aclaré—. Tu mente puede que sí.

Nick se quedó pálido.

—Dawa, con todo el respeto, ¿tienes alguna frase budista que evite que me cague en los pantalones?

—El juicio también está en la mente. Igual que el equilibrio.

Nick miró hacia abajo. Error.

—Mi equilibrio ahora mismo está firmando su testamento.

—Cuanto más miras al vacío, el vacío más te devuelve la mirada.

—Pues que deje de mirarme. Que no le he hecho nada.

Tuve que morderme el labio para aguantar la risa.

Seguimos durante una hora más, hasta que Dawa le indicó a Nick que ya podía mirar tranquilo abajo y a los lados. Mi amigo reparó en el sendero, ahora ensanchado.

—Suelo, amigo —confirmó Dawa, dándole unas palmaditas en la

espalda.

Nick exhaló con exageración.

—Quiero dejar constancia de que he envejecido diez años en ese tramo.

—Exagerado.

—No exagero, nena.

Seguimos a Dawa hasta una zona abierta protegida del viento por grandes rocas.

—Aquí podemos comer —anunció.

Me senté sobre una de las piedras. En la de al lado, Nick se dejó caer con dramatismo, estirando las piernas y los brazos como si hubiera dado la vuelta al mundo andando.

—Gracias —dijo al cielo—. Gracias por no matarme hoy.

Dawa dejó su mochila, sacó un mantel y lo tendió para colocar los alimentos.

—Mucho peso hace lento al cuerpo —razonó.

El viento silbaba a nuestro alrededor, junto a un tintineo. Tres cabras aparecieron entre las rocas. Dawa no levantó la vista de los alimentos. Nick se quedó muy quieto, con los carrillos llenos y el pan suspendido en la mano, a medio camino.

—No se les mira a los ojos —continuó Dawa, calmado como si las cabras no estuvieran a su lado—. Mirar significa desafiar.

—Vale. —Nick cerró los ojos—. No quiero líos con un animal que puede empujarme por una montaña.

Una de las cabras se le acercó, olisqueando el pan. Dawa siguió hablando.

—No les des comida. Si alimentas a las cabras, te persiguen por avaricia.

La cabra inclinó la cabeza hacia su mano.

—Nick —advertí—, el pan.

Medio abrió un ojo para ver a una de las cabras olisqueando su mano. Si antes estaba rígido, ahora parecía el palo de un cepillo.

—Dawa —suplicó—, no estaría mal una ayudita. Mucho respetar, pero… ¡Hostia puta, la cabra!

El animal mordió el aire. El aire, porque Nick apartó la mano a tiempo, lanzando el pan por los aires. Las tres cabras miraron el trozo antes de abalanzarse, no sobre Nick, sino sobre el alimento. Una empujó a la otra. Y la tercera fue la más violenta de todas. Se giró hacia Nick, bajó la cabeza y…

—No, no, no… —maldijo.

Nick corrió, pero no llegó muy lejos. La cabra le dio un cabezazo en el culo, haciéndolo rodar por una pendiente, hasta detenerse varios metros más abajo, boca arriba, con una pierna torcida y el orgullo completamente inhabilitado. Las cabras se fueron después de eso. Dawa bajó por la pendiente sin alterarse y yo no tardé ni medio segundo en doblarme por la mitad, con las manos en la tripa, incapaz de mantenerme en pie por culpa de la risa.

La mirada de Nick fue detonadora.

—No puedo… —logré decir, doblándome más—. Lo siento, Nick… De verdad que lo siento…

Me apoyé en la roca para incorporarme, con los ojos llenos de lágrimas. Él seguía en el suelo, con la pierna en una posición rarísima.

—¿Te parece gracioso?

Asentí. No tenía sentido negar lo evidente.

—Me ha empujado una cabra —aceptó la mano de Dawa para levantarse—. Una cabra del Himalaya. Al menos disimula la maldita risa.

Dawa lo ayudó a subir.

—La risa es medicina.

Nick cojeó un poco, pero enseguida se le pasó.

—La mente también aprende cuando el cuerpo cae.

Miró a Dawa con escepticismo.

—Mi mente acaba de aprender que no le gustan las cabras.

—Son buenas maestras. El ego es frágil.

—El mío ha rodado cuesta abajo, delante de todos.

Reanudamos el camino de regreso por un sendero diferente. Este descendía con más suavidad y era más ancho que el primero. Cuando llegamos al hotel, el sol ya empezaba a retirarse, tiñendo las montañas de tonos dorados. Intenté comportarme como una persona adulta. Respiré hondo para no reírme, incluso me mordí los labios.

—¿Te sigues riendo?

Dawa abrió la puerta para que pasáramos primero.

—Lo siento —contesté, dejando escapar la carcajada—. Es que… tu cara cuando la cabra te ha…

No pude terminar. La risa me sacudió otra vez, mientras subía las escaleras de camino a nuestra habitación. Nick vino detrás, arrastrando los pies.

—No me hace gracia.

Se quitó la ropa cuando entramos, quedándose en calzoncillos antes de sentarse en el borde de la cama.

—No pienso salir nunca más de esta habitación. Nuuunca.

Hice lo mismo. Después de todo el día caminando, la ropa estaba sucia. Me quedé en bragas y con una camiseta de tirantes. Sin que Nick me viera, saqué la pistola que llevaba siempre asegurada en la cintura y la guardé en el fondo del cajón.

—Nick, ¿te duchas tú primero?

—No. —Se dejó caer sobre la cama—. Necesito descansar.

Reprimí la risa, pero solo hasta el baño.

Capítulo 27

Nick

El culo me dolía como si una cabra me hubiera embestido. Ah, claro. Es que era justo eso lo que había ocurrido. Maldito bicho. Llevaba unos minutos sobre la cama, boca arriba, con los brazos abiertos mirando el techo cuando oí la ducha cerrarse.

—¡¿Tienes algo para los moratones?! —grité.

Brooke abrió la puerta del baño y asomó la cabeza. Tenía el pelo enrollado en una toalla.

—¿Qué has dicho?

—Pomada para el culo, ¿tienes?

—¿Lubricante? —bromeó.

—Muy graciosa. En serio, ¿tienes o no? Me duele.

—No sé. Mira en el neceser.

—¿Y dónde está el neceser?

—En el cajón de la mesilla.

Cerró la puerta y encendió el secador.

Me dolía el cuerpo entero. Y ya no hablemos del tipo de

agotamiento que tenía después de todo el día caminando a una altitud totalmente diferente a la de Ashmoor. Estaba reventado. Pero Brooke, no. A ella no le costaba andar una ingente cantidad de kilómetros por caminos acojonantes como los de esta mañana.

Apoyé los codos en las rodillas antes de sentarme en su lado de la cama y abrir el cajón. Esperaba encontrar un neceser lleno de potingues, maquillaje y cosas que las chicas de su edad solían llevar. Pero Brooke no era cualquier chica. Su neceser era un botiquín básico de primeros auxilios en formato viaje: analgésicos, vendas, gasas, antiséptico, incluso unas tijeras pequeñas. Muy práctico. Volqué todo en el mismo cajón. Los analgésicos aparecieron primero. Luego las gasas. Algo rodó al fondo y metí la mano para cogerlo, pero lo que toqué fue un objeto sólido. Me quedé un momento con las yemas apoyadas sobre aquella base fría, compacta. Aparté lo del neceser, abrí del todo el cajón y vi una pistola. ¿Me extrañó que Brooke tuviera una? Para nada. Pero sí el hecho de que aquello estuviera ahí. No tenía ni idea de si esa cosa estaba o no cargada, ni de si tenía el seguro puesto. Y seguramente por eso no debería estar tocándola. La sostuve con torpeza, sin saber muy bien dónde poner los dedos, evitando acercarme al gatillo. Después de pensarlo un par de veces, fui hasta el baño y llamé a la puerta con los dedos.

—Brooke.

Paró el secador antes de abrir.

—¿Qué?

—¿Puedo saber por qué tienes una pistola en el cajón?

Mostré su arma, y actuó como si acabara de enseñarle un paquete de pañuelos.

—Nick, no la cojas así.

Con solo una toalla alrededor de su cuerpo, se acercó. La apartó

de mis manos y la dejó de nuevo en el cajón.

—Tranquilo, no se va a disparar si no la tocas.

—Estamos en el Himalaya. Pensaba que el mayor peligro serían las cabras.

—Solo es una pistola. No pasa nada.

Fui tras ella.

—Por eso mismo. *Es* una pistola.

Me ignoró, volviendo al baño. No pensaba conformarme con eso, así que abrí la puerta y apagué el secador.

—No te pregunto por qué sabes usar armas porque no me lo vas a decir. Pero sí deberías contarme por qué has traído una pistola al Himalaya.

—Es mía. La llevo siempre por si necesito usarla.

Suspiré, devolviéndole el secador.

—Este viaje es para desconectar. Para relajarme.

—Pues desconecta y relájate.

—Dormir con un arma me pone nervioso.

—Imagina que no la guardo en el cajón.

Volví a la cama. Cuando terminó de secarse el pelo, le di la espalda para que se vistiera.

—¿Quieres aprender a usarla?

Aseguró la pistola en una especie de cinto que rodeaba su cintura.

—No.

Se encogió de hombros, como si la respuesta le diera igual. Ya vestida, se sentó a mi lado y la apoyó sobre la colcha.

—Mira —enseñó igualmente—. Esto es el seguro manual.

—Que no quiero aprender. Solo necesito pomada para el culo.

—Ya. Bueno. Tú mira. —Incidió en esa parte—. Si está así, no dispara. —Pasó el dedo por otro sitio—. Aquí va el cargador

extraíble. Si está fuera o vacío, tampoco funciona.

—Maravilloso. Me encanta todo lo que sea no disparar.

Apuntó al suelo.

—Y ahora, hipotéticamente —enfatizó en la última palabra—, si quieres disparar…

—Que no querré nunca…

—Apuntas a una diana imaginaria.

—Imaginaria, que no existe, como mi interés en disparar.

—Nick, atiende. Aquí viene la parte que la gente cree que es fácil, pero no lo es. No se trata solo de imaginar una diana y apuntar al centro. —Señaló la parte superior del arma—. Tienes que alinear esto con esto otro, para no fallar.

—Entendido. ¿Me das ya la pomada?

—No. Apuntas y alineas —continuó—. Y antes de disparar, exhalas despacio para mantener el arma en su sitio.

—¿Puedes guardar eso ya? Todo lo que me estás diciendo confirma que yo jamás debería disparar a nadie ni a nada.

Brooke aseguró el arma en el cinturón, rebuscó entre sus cosas y me lanzó la pomada.

—Clase terminada. Deberías ducharte antes de darte esto.

Se acomodó en la cama con un cuaderno negro y un boli.

—¿Qué apuntas ahí? —pregunté, de camino al baño.

—Cosas mías.

—Siempre tan reservada. ¿Qué eres, contable de la CIA o algo así?

—Agente del Servicio Especial de Defensa y Seguridad.

Permanecí un momento en el umbral del baño. Dirigí la mirada a ella; seguía escribiendo, tan tranquila. Brooke mentía tan bien que casi me lo creí.

—Ja. —Solté una risa corta.

Esperé, pero no dijo nada.

—Muy bien —añadí—. Esa ha sido buena, deberías dedicarte a la comedia.

Me encerré en el baño, pero volví a salir. ¿Y si no estaba bromeando?

—Brooke.

—¿Qué?

—Si fueras algo así, no me lo dirías, ¿verdad? Porque si lo hicieras me tendrías que borrar la memoria o algo así.

—Claro —respondió, sin dejar de escribir—. Le diré a Dawa que prepare un té tibetano que sepa a calcetín mojado para disimular el sabor del medicamento que borra los recuerdos.

Asomé más la cabeza.

—Vale. Te estás riendo de mí. Es eso o que intentas despistarme.

Levantó la cabeza del cuaderno.

—Nick, ¿te puedes duchar? Me muero de hambre.

—Voy, voy.

Me metí en la ducha mientras llegaba a la conclusión de que se estaba riendo de mí. No era la primera vez que me vacilaba, y tampoco sería la última. Además, si eso fuera verdad, no me lo diría.

Salí del baño con la toalla asegurada en mi cintura, para evitar hacer más veces el ridículo. Brooke había dejado el cuaderno en la mesilla y se había puesto sus pantalones de cuero, las botas y un jersey. Me intenté aplicar la pomada en el culo, pero mi brazo, siendo de complexión tan amplia, no llegaba a repartir la pomada sobre todo el moratón.

—Trae, anda.

Me quitó el bote.

—¿Qué haces?

—Echarte la dichosa pomada.

Intenté impedirlo por dignidad, pero hizo una especie de pinza, reteniéndome para aplicar la crema. Luego me vestí con un vaquero normal, una térmica que me había prestado mi padre y un forro polar que tenía más años que yo.

—Fingiré demencia si lo cuentas, nena.

—No hace falta que finjas.

Ignoré la vacilada.

—¿No te quedas fría con eso? —Señalé sus pantalones negros.

—No. He reservado en el restaurante del hotel, no en el monte Everest.

—Me alegro. Porque no siento los pies de tanto andar.

Cogió sus cosas y salí tras ella. Bajar las escaleras me provocó latigazos en el culo, pero apreté los dientes para caminar con dignidad. Dawa nos esperaba en la recepción. Ese hombre siempre estaba disponible, receptivo y predispuesto. Y esa noche parecía sacado de una postal de viajes. Pantalones amplios, cómodos, chaqueta gruesa de lana y botas anchas.

Se inclinó para recibirnos.

—Buenas noches. Pasad conmigo.

Brooke le imitó.

—Buenas noches, Dawa.

—Buenas para vosotros —me quejé—, que no os ha embestido una cabra.

El restaurante del hotel estaba decorado con troncos oscuros. El calor provenía de una estufa baja situada en una esquina. Las mesas eran robustas, sin manteles y con comida en cuencos de barro.

—Podéis sentaros aquí para cenar. La bebida se pide allí.

Señaló la barra. Brooke se quitó la chaqueta antes de sentarse.

—Gracias, Dawa.

El guía hizo un gesto educado con la cabeza a la camarera, para

que nos atendiera.

—Si me necesitáis —dijo antes de irse—, estoy cerca.

Se alejó con pasos lentos y la camarera dejó dos vasos frente a nosotros y sacó la libreta para tomar nota. Volvió con dos botellas de agua y un plato llamado «Dal Bhat», que consistía en una especialidad elaborada con legumbres, arroz y curry.

Devoré el cuenco antes de levantarme.

—Voy al baño —informé.

—¿Te haces caca?

—No. Me hago pis.

Brooke aguantó la risa, escondiéndose tras la cuchara.

—Entonces deja de apretar el culo.

—No aprieto por gusto. Me duele.

—¿Pido postre?

—Por favor.

No di dos pasos cuando me volvió a vacilar.

—Si no vuelves en cinco minutos, voy a pensar que sí era caca.

—¡Pis! —protesté—. ¡Es pis!

Fui al baño, y me gustó que su risa se oyera desde el pasillo. En Ashmoor había tenido días mucho peores. Más duros. En los que no podía con mi vida, y en los que nadie se reía conmigo después. Y aunque Brooke me vacilase, estaba más feliz de estar con ella aquí. Me gustaba estar con ella aunque me dolieran los pies y el culo.

Cuando regresé, Brooke ya tenía los postres. Parecían buñuelos con miel y yogur.

—Pues sí era pis.

—Qué graciosa.

Retiré la silla para sentarme.

—Necesito otra servilleta, ¿me das la tuya?

—Tómala —ofrecí—. Voy a por más.

Me acerqué a la barra para coger varias.

—El mundo es un pañuelo.

Me quedé con la servilleta en la mano. Conocía esa voz. No porque la hubiera oído muchas veces, sino porque tenía algo particular. Giré hacia el hombre que estaba apoyado en la barra.

—Hey —saludé—. Menuda coincidencia.

El camionero pagó su consumición y guardó la vuelta antes de hablar.

—No existen las coincidencias. ¿Qué tal la estancia?

—Bien. ¿Recuerdas a mi amiga? ¿La que te dije que hacía las mejores hamburguesas?

Señalé a Brooke, estaba sentada de espaldas a la barra. El hombre miró en esa dirección.

—La de las hamburguesas.

—Esa, sí. ¿Estás solo? Si quieres puedes sentarte con nosotros.

—Tengo otros planes. Disfruta el tiempo que te queda con ella.

—¿Que disfrute de…?

Salió del comedor antes de que terminara.

Volví a la mesa con la servilleta, dando vueltas a lo último que había dicho. La gente decía cosas demasiado raras.

Dejé las servilletas en la mesa.

—Aquí tienes.

—Gracias. Nick. —Me miró extrañada—. ¿Todo bien?

—Sí.

Señaló mi silla.

—¿Y por qué no te sientas?

Me di cuenta de que seguía de pie.

—Ah, sí. Perdón. —Tomé asiento y procedí a engullir también el postre. Comer todos los días era un lujo—. Me he encontrado con un conocido. Bueno, no era conocido, pero le vi una vez y fue majo.

—¿Aquí?

—Sí. Estaba en la barra.

Se giró para mirar en esa dirección, pero el hombre ya no estaba.

—Se ha ido ya —expliqué—. Va a ser verdad que el mundo es un pañuelo.

Brooke no le dio la menor importancia. Estaba demasiado concentrada en degustar el postre. Y no la culpo, yo también lo hice.

—Mañana madrugamos. —Se limpió los labios con la servilleta—. Dawa se ha acercado cuando estabas en el baño, para proponer otra actividad.

La forma en que se pasó la servilleta por los labios fue lenta, distraída, apenas un roce. Después, sin darse cuenta, humedeció el labio inferior con la punta de la lengua, como si comprobara que no quedaran restos de azúcar. Me quedé mirándola.

—Nick. ¿Me estás oyendo?

—Sí. —Respondí demasiado rápido—. Más montaña, no. Me niego. Ya me ha atacado una cabra. Lo siguiente será un oso.

Dejó la servilleta en la mesa.

—Porfi, venga… Nos llevará al monasterio y a un mirador. Después bajaremos por un sendero entre praderas.

—No quiero. Me duele el culo y tengo ampollas en los pies.

—Dawa dice que veremos a pastores con yaks.

—¿Con qué?

—Con yaks —repitió—. Son como vacas peludas, gigantes y con cuernos.

—¿Cómo de gigantes?

—Son animales tranquilos. Pero si quieres saber su tamaño, digamos que pesan unos seiscientos kilos.

—No voy.

Aparté lo que quedaba de mi postre. Se me había quitado el apetito.

—¿No te lo comes?

—No.

Brooke se lo terminó encantada.

—Nick, vamos. Son seiscientos kilos de pura paz interior.

La miré de reojo.

—Si mañana un yak me pone la pezuña encima, quedará en tu conciencia.

Se chupó el labio otra vez.

—Yo no tengo conciencia. Venga. —Se levantó—. Mañana madrugamos.

—¿No hay que pagar?

—Venimos con todo incluido.

Fui tras ella con un suspiro de resignación que no me molesté en disimular, notando cómo las agujetas empezaban a amargarme la existencia. Las escaleras hasta la habitación no mejoraron mi dolor.

—Quiero que conste por escrito que me obligas a ir a ver vacas gigantes.

Entramos en la habitación.

—Constará, ¿lo grabo también en tu epitafio?

La miré agotado, dolorido y con la poca dignidad que me quedaba colgando de un hilo. Si es que quedaba algo.

—Sí, grábalo. Algo sencillo.

—Nick, si murieras de repente, ¿qué querrías que constara en tu epitafio?

—¿Por qué haces preguntas tan escabrosas?

Me quedé en calzoncillos y coloqué las almohadas mejor que la noche anterior, luego procedí a tumbarme bocarriba mientras pensaba una respuesta.

—Te guardo el sitio —decidí.

Brooke terminó de ponerse el pijama.

—¿Te guardo el sitio? —repitió sin entender.

—A ti —bromeé—. Para cuando mueras tú también, seguir juntitos.

Me dormí antes de que Brooke respondiera.

Capítulo 28

Brooke

Me desperté antes que Nick. No porque hubiera dormido bien, sino porque el cuerpo sabía que era eso lo que había que hacer. Nick seguía dormido, de lado, con un brazo colgando por mi extremo de la cama y el otro bajo mi espalda. Las almohadas, otra vez, no habían servido para nada.

—Buenos días —susurré—. ¿Te importaría dejar de aplastarme? Tu brazo es un peso muerto sobre mi estómago.

Se apartó somnoliento mientras se esforzaba por abrir un ojo.

—No siento el cuerpo. Y no te haces una idea de lo que me duele el culo.

Se incorporó, contuvo a medias un gemido y se fue al baño. Aproveché para vestirme con ropa térmica antes de ponerme lo demás. Rápidamente, cogí el móvil que me había dado Travis en el aeropuerto y marqué el número que tenía en contactos. Aunque hubiera una grandísima diferencia horaria, en Nueva York aún no eran las nueve de la noche.

Respondió al segundo tono.

—¿Brooke?

—Solo llamo para saber si hay novedades.

Travis tardó demasiado en contestar.

—Sé que ha salido información confidencial, pero no sé cómo ni con quién.

—¿Nivel de riesgo?

—Actualmente indeterminado.

Miré la puerta del baño. Nick todavía tardaría un par de minutos en salir.

—¿Mis padres están bien?

—Sí. No les llames ni escribas, ni siquiera con este número, por seguridad.

No hice más preguntas.

—Diles que los quiero.

No dijo nada al respecto.

—Cuando vuelvas tendrás seguridad reforzada. Quiero a todo el equipo contigo, tus compañeros están de acuerdo.

—¿Motivo?

—Sospecho que los archivos que han salido del sistema son los del caso Varok. Quizá también tus informes.

El pulso se me disparó.

—¿Los informes completos?

—Puede.

Miré otra vez la puerta. Nick tarareaba algo, desafinando como un gallo.

—En los informes aparece el permiso de descanso. También dónde estoy ahora y cuándo vuelvo —concluí.

—Tomaremos las medidas necesarias para que tu vuelta sea segura.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, disfruta sin bajar la guardia. No puedes hacer nada desde allí.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Que no respondiera ya era una respuesta.

—No debería haber venido —sentencié—. Tendrías que habérmelo contado en el aeropuerto, no ahora.

—Brooke —cortó—, ¿confías en mí?

Nick cerró el grifo.

—¿Confías? —repitió.

—Sí.

—Entonces obedece y lleva contigo siempre el teléfono.

Colgué cuando Nick apareció caminando raro.

—Tengo nuevas ampollas en los pies. —Se sentó en el borde de la cama.

—Lloras más que un bebé.

Esperé a que se vistiera y bajamos a desayunar cuando el sol alumbró las cumbres de las montañas. En el comedor nos juntamos con personas que también venían a la excursión. Un grupo pequeño de turistas, vestidos con gorros de lana, bufandas gruesas, botas de nieve y gafas de sol. A algunos no se les veía más que la nariz.

Nick se quedó mirando.

—¿La actividad es grupal?

—Parece.

Siguió con la vista en ellos.

—¿Y de dónde vienen, de los Balcanes?

Reparé en lo que decía. Eran muy grandes.

—Pregúntaselo —bromeé.

—Déjate. Tienen pinta de haber nacido en una montaña. O por lo menos, de haber enterrado a alguien en una.

Lo guie hasta nuestra mesa. El desayuno fue un rico pan de obrador, con mermelada, fruta y un té negro con mantequilla al que le echaban sal del Himalaya. Dawa nos reunió fuera poco después. Avanzamos con los turistas y con Dawa por el sendero ancho que salía del valle, hasta que llegamos a otros más estrechos. Esa gente iba abrigada hasta las orejas, además de cargar con mochilas técnicas, preparadas por el hotel, en las que habían metido agua y comida.

—Nena, no puedo andar más.

Me giré hacia Nick. Pese al frío, tenía la frente ligeramente perlada de sudor. Caminaba encorvado, como si no pudiera con el peso de su propio cuerpo.

—Sí puedes. No llevamos ni cuatro horas de ruta.

—No, no. No puedo.

Se quitó la mochila antes de tumbarse en el suelo. El grupo seguía avanzando con Dawa, unos metros por delante.

—Me duele todo. Los pies, las piernas, el culo…

Saqué la cantimplora.

—Bebe.

Agarró el frasco y dio varios tragos. Extendí mi mano para ayudarle a incorporarse y aceptó a regañadientes. Avanzamos ganando altura. Una hora después, las rocas se volvieron más oscuras. Solemnes.

—El monasterio —mostró Dawa.

Observé la construcción tallada entre madera oscurecida y piedra, arrancada del mismísimo acantilado. Las vigas gruesas, teñidas de rojo y oro sobresalían como costillas bajo la piel de aquella estructura. Los muros, de cal blanquecina, recogían la mortecina luz del cielo. Por encima, la roca caía en vertical, marcada por vetas negras de humedad que descendían como lágrimas. Y las

banderas de oración, descoloridas por el tiempo, colgaban de los tejados de madera. El aire allí olía a resina, a piedra mojada, a incienso y a las lámparas de aceite.

—¿Está abandonado? —quiso saber Nick.

—Aquí residen los monjes budistas —explicó Dawa, respondiendo a la pregunta—. Viven en voto de silencio.

—¿No hablan nada?

—El ruido distrae la mente. El silencio sirve para conocer nuestros pensamientos.

—¿Eso es que no hablan o que sí?

—Rezan.

—¿En silencio?

—No.

Dawa avanzó.

Lo seguimos por el patio interior, donde pudimos ver a los monjes vestidos con túnicas, caminando con la vista fija en el suelo y las manos juntas. Solo se oía el roce de las telas con sus pasos, el ruido de alguna oración en una sala que había más al fondo y nuestras botas sobre la piedra gastada.

—Pueden ver el monasterio —dijo Dawa, antes de desaparecer.

El grupo de turistas se dispersó con lentitud en un orden sospechoso. Cualquier otra persona lo habría pasado por alto, y seguramente no hubiera reparado en ese detalle, pero yo no. Mi intuición me hizo desconfiar. Agarré a Nick del brazo y me moví con discreción al lado contrario, comprobando que todo el grupo se movía en nuestra dirección con una postura demasiado erguida. Conté rápido. Uno. Dos. Tres… Seguí contando. Nick, ajeno a todo, observaba el altar central. Una estatua de Buda se alzaba gigantesca, bañada en oro. Las llamas de cientos de lámparas de aceite rodeaban la figura y el humo del incienso ascendía en oscuras

espirales.

—Nick —susurré.

—Qué pasada —me ignoró, absorto en lo que veía.

Al fondo, varios budistas oraban con cánticos, mientras los turistas se aproximaban cada vez más a nosotros. En un punto casi ciego, vi a Dawa retirarse por un pasillo interior.

—Nick.

Apreté más fuerte su brazo.

—¡Au! —se quejó—. ¿Qué?

El más alto de los integrantes apareció desde el lado opuesto. Se quitó el gorro primero. Luego, con una lentitud intencionada, se apartó las gafas de sol. No necesité ver nada más. Ni la cicatriz. Ni el pómulo asimétrico. Ni la nariz mal soldada. Me bastó con los ojos de diferentes colores y esa pupila más dilatada para reconocerlo. Reviví el sonido de la cadena, el metal en la garganta, las violaciones, los diferentes tipos de tortura y abusos. Mi cerebro recreó la cabaña, la oscuridad, el foco, su mano tirando de la cadena…

El Káiser se acercó a nosotros, ahora con la cara descubierta.

—Hey —saludó Nick—, hola de nuevo.

La confusión enmarcó mi rostro.

—Brooke —continuó Nick, con entusiasmo—. Es el hombre del que te hablé ayer.

El Káiser dio un paso más.

—¿Me echabas de menos, pequeña ladrona?

No respondí. Estábamos en completa desventaja y el tiempo era oro.

Su mano avanzó de golpe hacia el cuello. No se lo permití. Giré el cuerpo un segundo antes de que pudiera alcanzarme, desviando su agarre con el antebrazo y retrocediendo para ganar margen. No esperé el siguiente movimiento. Moví a Nick detrás de mí para

protegerlo y ataqué con un golpe contundente. Puñetazo directo al pómulo y una patada baja a su rodilla. No cayó, pero sí se dobló. Y eso bastó para que sus secuaces actuaran.

—¡Oye, nena! ¿Qué cojones…?

Uno de ellos avanzó directo hacia Nick. Giré para cubrirlo, golpeando al hombre con rapidez, pero los demás aprovecharon para cerrar el perímetro. El monasterio dejó de ser un lugar sagrado para convertirse en una trampa. Todos se abalanzaron sobre nosotros, y lo único que pude hacer fue lanzar golpes a diestro y siniestro. Nick también respondió con puñetazos y patadas torpes, aunque alguna fue certera. Le abrió el labio a uno de los secuaces. Y a otro le dio un rodillazo en los huevos. Dos más fueron a por él, mientras el Káiser y el resto intentaban reducirme. Uno de ellos intentó inmovilizarme el brazo, pero acabé lanzándolo contra la columna de piedra. Los monjes no gritaron, pero actuaron. Una campana sonó desde el interior, vibrando entre los muros del templo. El Káiser aprovechó para sujetarme por la espalda. Esquivé su agarre, golpeé su antebrazo y le hundí el codo en el esternón. El que estaba a su derecha, sacó una pistola. Le asesté una patada en la muñeca, consiguiendo que el arma saliera volando mientras Nick recibía un golpe fuerte en el estómago, seguido de un codazo en la espalda.

—¡Nick!

Intenté llegar a él, pero más hombres vinieron a por mí. Se me echaron encima, y aunque bloqueé a tres de ellos, el cuarto me tiró del pelo, reteniéndome. Le di una patada hacia atrás, clavándole el talón en el ligamento para obligarle a aflojar el agarre lo justo para que pudiera esquivar al resto y correr hasta Nick. Saqué la pistola y disparé a matar a quienes lo estaban golpeando, provocando dos bajas inmediatas. Agarré a Nick y tiré de él.

—¡Corre!

No discutió. Atravesamos el altar central esquivando balas y las llamas de las lámparas de aceite que nos lanzaron. El aceite se extendió y las llamas prendieron al instante, arrasando telas, alfombras y paredes. La campana sonó con más insistencia. Algunos monjes aparecieron con cubos de tierra y agua para contener el fuego.

Tiré de Nick hacia una puerta lateral. Antes de girar, apunté con mi arma al Káiser. Disparé, pero fallé.

—¡Nena, vamos! —Nick me arrastró hacia dentro—. ¡Por ahí!

Nos adentramos en otro pasillo mal iluminado que terminaba en el claustro interior. El frío entraba a ráfagas por los arcos abiertos, arrastrando copos de nieve y humo.

—¡¿Brooke, qué está pasando?!

—¡Ya te lo dije! ¡Te dije que me había secuestrado un traficante de armas y que soy agente del SEDS! —jadeé mientras corría—. ¿Adivinas quién es el que me secuestró?

Un disparo impactó contra la piedra, pasando muy cerca de Nick.

—¡Hostia puta! ¡¿Lo dijiste en serio?!

Otro tiro pasó todavía más cerca.

—¡Sí!

—¡La próxima vez que me invites de viaje, recuérdame que te pregunte cuántos delincuentes vienen incluidos en la experiencia!

—Ja. ¡No es momento de que te hagas el gracioso!

Me miró como si algo no terminara de encajar.

—¡¿Por qué trabajas sirviendo cafés?!

—¡Es mi tapadera habitual! ¡Y la de mis padres!

—¡¿Tus padres también son agentes?!

Seguimos corriendo hasta cruzar el patio. Los siguientes tiros fueron al aire; una advertencia. Pero parar no era una opción.

Estábamos a punto de llegar a la salida.

—¡Casi estamos, Nick!

—¡No me has contestado! —gritó, casi sin aliento.

—¡Son responsables de Operaciones Estratégicas y Análisis Inteligente!

—¡Y yo desayunando con ellos un día de diario! —Un tiro le rozó el brazo, haciéndole chillar aún más—. ¡No quiero morir todavía!

Por suerte, la bala solo había atravesado la tela.

Dos hombres nos sorprendieron por la izquierda. El primero de ellos se lanzó a por Nick. Lo embistió, haciendo que se golpeara la cabeza contra las rocas, con un sonido seco que me atravesó el pecho. Intentó incorporarse, pero el segundo ya lo estaba moliendo a golpes mientras el otro le presionaba la espalda con la rodilla. Miré la salida. Estaba ahí, a mi alcance. Correr en la nieve requería de una resistencia física que seguramente ellos no tenían. Yo, sí. Si me iba, podría salvarme. Si me quedaba… Era muy probable que no pudiera con todos. Pero Nick tampoco podría. Hizo lo posible por defenderse, golpeando ya sin fuerza, intentando quitarse el peso de aquellos hombres de encima. Apunté con la pistola, pero si fallaba, podría dar a Nick.

—¡Vete, Brooke! —gritó, tirado en el suelo—. ¡Corre!

Seguí apuntando. Mis piernas no obedecieron su orden, y no lo harían nunca. La sangre de su cara manchó la nieve.

Eché a correr hacia él, y disparé a uno cuando estuve sobre ellos. Cayó al suelo, muerto. Tercera baja. Sujeté por la espalda al otro, dándole con la pistola un golpe seco en la sien. Cayó de lado, aturdido. Pero otro apareció por mi espalda e intentó agarrarme. El arma cayó a la nieve, pero le clavé la rodilla en la boca del estómago, antes de reventarlo de una patada en la cara.

Me agaché, tirando de Nick. No podíamos perder ni un segundo

más.

—¡Levanta!

Pero lo habían machacado a golpes. El Káiser y sus hombres nos rodearon.

—¡Nick, arriba! ¡Vamos!

Le pasé su brazo por mi espalda para servirle de apoyo, pero no pudo sostenerse. Pesaba más del doble que yo y, aun así, no lo solté. Palpé en la gruesa capa de nieve hasta encontrar mi pistola. Disparé contra los que pude antes de que me arrebataran el arma. Conseguí abatir a otro. Total de bajas: Cuatro. Uno de ellos levantó su arma y apuntó directamente a mi cabeza, pero bastó una mirada del Káiser para que volviera a bajar el arma. No entendí por qué hasta que tres hombres me sujetaron por los brazos, arrancándome de Nick con tal violencia que casi me sacan los hombros. Pataleé como pude mientras me arrastraban por la nieve, alejándome de él mientras mis botas dejaban surcos desesperados en el suelo.

—¡Soltadme, hijos de puta! ¡Soltadme!

Nick intentó arrastrarse hacia mí, pero uno de los hombres le propinó una patada en las costillas que lo devolvió al suelo con un gemido roto. Y entonces, todo empeoró. Los que quedaban lo rodearon. Primero fueron patadas en las costillas, el abdomen, la espalda. Nick se encogió sobre sí mismo intentando protegerse con los brazos.

—¡Parad!—supliqué—. ¡Dejadlo!

Uno le agarró del pelo con saña y lo obligó a alzar la cara mientras otros dos le propinaron puñetazos hasta romperle la nariz y el labio.

—¡Por favor, basta! ¡Él no tiene nada que ver en esto!

Forcejeé como una bestia hasta acabar cara a cara frente al Káiser. Me arrodille ante él, sumisa, con las manos en forma de cruz

porque sus hombres me seguían agarrando.

—¡Es a mí a quien quieres! ¡A mí!

Bajó la cabeza con premeditada lentitud, disfrutando de mi desesperación. Segundos después alzó una mano al aire y los golpes a Nick cesaron.

—Soltadla. —Sacó una pistola y me apuntó con ella.

—Haré lo que quieras —prometí—. Lo que quieras, pero no le hagáis más daño.

Me arrastré por la nieve hasta Nick. Estaba tirado boca abajo. Me costó darle la vuelta, pero lo hice. Sujeté con manos temblorosas su cara entre las manos.

—Nick… —susurré—. Estoy aquí, Nick.

Intentó sonreír, pero solo consiguió toser, atragantándose con su propia sangre. Lo habían reventado.

—Ya no me gusta el Himalaya —bromeó, a pesar de la gravedad de su estado.

Le limpié parte de la sangre con mi ropa y apoyé su cabeza contra mi pecho.

—Prométeme que aguantarás hasta que lleguen.

Hablé en susurros para que solo él me oyera. Sus ojos me buscaron con esa calma suya que demostraba cuando las cosas no podían cambiar.

—¿Hasta que… lleguen?

Le cubrí el rostro con mi cuerpo. Aproveché ese ángulo muerto y, con tanto disimulo como pude, metí la mano en el bolsillo de la chaqueta. Apreté el botón lateral del móvil como había indicado Travis en caso de haber una amenaza real. Luego deslicé la mano directamente entre nuestros cuerpos, pegada a su costado, como si solo le estuviera sosteniendo. Escondí el aparato en el bolsillo lateral de su pantalón, empujándolo con los dedos hasta asegurarme de

que quedaba oculto bajo la tela del abrigo.

Desde fuera, solo parecía que lo abrazaba.

Nick levantó el brazo, y pasó un mechón de mi pelo por detrás de la oreja. Fue una caricia demasiado bonita que lamenté no haber valorado tiempo atrás.

—Nena. —Siguió acariciándome—. No arrugues así el ceño, me gusta más cuando sonríes.

Me acerqué más a él.

—No hables como si te fueras a morir. Travis vendrá a por ti, te lo prometo.

Intentó sonreír. Y lo consiguió, aunque le dolió la vida hacerlo. No perdió tiempo haciendo preguntas sobre Travis. Era evidente que no se había creído que fuera guardia de seguridad de ningún local.

—¿Sabes lo que más admiro de ti, nena?

Negué. Sus ojos me recorrieron el rostro como si lo único importante fuera memorizarme. Grabarme en su retina a fuego.

—Nick…

—Que no te callas.

Lloré y me reí a la vez, abrazándolo.

—Tremendo cumplido. Gracias.

—Siempre dices lo que piensas —continuó—. Y me gusta tu carácter… incluso cuando te enfadas.

Sus dedos rozaron los míos. Débiles.

—Me gusta… como caminas.

Limpió la lágrima que me resbalaba por la punta de la nariz.

—¿Cómo camino?

Sus ojos se humedecieron también.

—Como si nadie pudiera detenerte. Y me encanta como me miras cuando crees que no me doy cuenta. Lo haces de la misma forma en la que yo te veo a ti.

Apoyé mi frente contra la suya.

—Me van a llevar con ellos, Nick, y no sé si volveré —admití, consciente de que mi vida ya no dependía de mí—. Necesito que sepas que lo siento. Que siento muchísimo haberte metido en esto.

Su expresión cambió cuando lo entendió. Lo más probable es que esa fuera la última vez que me viese con vida. Intentó incorporarse, pero su cuerpo no respondió.

—No —murmuró contra mi boca—. Eso no va a pasar.

—El móvil —susurré, palpando el bolsillo—. Es un rastreador. Te encontrará.

La sombra del Káiser se cernió sobre nosotros y, por un momento, creí que iba a matarme allí mismo, delante de él. Su bota crujió bajo la sangre y no vi la navaja que sacó hasta que fue demasiado tarde. El metal, directo y preciso, atravesó a Nick.

—¡NO! —Me desgarré las cuerdas vocales.

Intenté cubrirlo con mi propio cuerpo, pero la navaja ya estaba anclada bajo sus costillas. La hoja se hundió hasta la empuñadura en el abdomen con un sonido húmedo. Nick jadeó. Su cuerpo se arqueó y buscó con la mano instintivamente la herida. Le sujeté la muñeca antes de que pudiera tocar la empuñadura. Brotó entre mis dedos su sangre caliente, espesa, imposible de contener.

—¡Nick! —Mi voz ya no era voz, era algo roto—. ¡Nick, mírame!

Sus ojos tardaron en enfocarme.

—Nena… —se lamentó, apenas sin aire.

—Por favor, aguanta. ¡Ayuda! —grité, girándome hacia los hombres, a pesar de saber que ninguno haría nada por él.

El Káiser disfrutó con esto.

—No cierres los ojos, por favor. Lo siento —repetí una y otra vez —. Lo siento, lo siento, lo siento…

Su mano tembló sobre la mía.

—Nena, ¿te acuerdas… de lo que dijimos del epitafio? —murmuró, en un tono apenas audible.

Intentó sonreír, pero el gesto se quedó a medias.

—No hables de epitafios. No vas a morir…

Tosió más sangre y le sujeté la cara entre las manos, desesperada.

—Nick, no, por favor —rogué—. ¡No, Nick!

Sus ojos encontraron los míos una última vez.

—Si muero…

—No lo digas —negué—. No hables del puto epitafio, porque no vas a morirte.

Pero continuó, reuniendo el poco aliento que le quedaba.

—Pon esto… —Su pulgar me rozó el labio—: Te quiero, nena. Perdón por no decírtelo.

El que estaba perdiendo la vida era él. Pero yo era la que no sabía respirar, ni pensar, ni entender lo que acababa de oír. Como si mi vida se fuera con la de él. Intenté hablar, pero lo único que me salieron fueron más lágrimas. Y entonces, Nick se inclinó. Lento. Inseguro. Como si incluso ahora dudara de si lo que hacía era correcto o no. Sus labios rozaron los míos, apenas en un breve contacto, humedecido por la saliva que se mezclaba con la sangre. Pero a pesar de todo, cálido. Y sumamente desgarrador.

Capítulo 29

Nick

Su boca me supo a sangre. A la mía. Tibia al deslizarse entre nuestros labios y, pese a todo, fue el mejor beso de mi vida. No porque fuera perfecto ni dulce, sino porque era con Brooke. Porque incluso con la muerte respirándome en la nuca, encontré alivio en sus labios hasta que llegó el dolor. Fue como si una puerta se me hubiera abierto en mitad del pecho y el invierno hubiera decidido clavarse hasta dentro. Sus dedos me acariciaron el rostro mientras mantenía la otra mano firme sobre mi hemorragia. Brooke apretó más fuerte, negándose a aceptar lo evidente cuando un tirón la sacudió, arrancándome de su boca. Tenía todavía su aliento en los labios cuando otro par de manos enguantadas la sujetaron con violencia, echando su cabeza hacia atrás.

—¡No! —chilló, con los ojos inundados de lágrimas.

Jamás había visto a Brooke llorar. Ni siquiera cuando éramos niños y se abría las rodillas trepando por donde nadie más se atrevía. Ella siempre había tenido esa forma suya de sostener el

mundo sobre sus hombros, como si el dolor fuera algo que pudiera doblegarse a su voluntad. Pero ahora, no. Ahora, su rostro estaba deshecho. Y deseé no haberla visto llorar nunca, porque comprobé que lo hacía como si le arrancaran algo desde dentro; el alma.

Intenté moverme, pero la presión contra las costillas me lo impidió. El frío del metal se había extendido por todo el cuerpo.

—¡Nick! —Mi nombre salió de su boca como un ruego—. ¡Mantente despierto! ¡Por favor, Nick!

Quise bromear para que el recuerdo que le quedara de mí fuera uno bueno, quise decirle que siempre daba órdenes, incluso en los peores momentos, pero lo único que hice fue mirarla una vez más a sus ojos marrón ébano. No era un color que pudiera explicarse con palabras. Había en ellos vetas más oscuras que me recordaban a la madera vieja. Pero eso no era lo más impactante de ellos, sino que no pedían permiso. Que desafiaban. Que desde que éramos unos renacuajos que jugábamos en el jardín del colegio cubiertos de barro, aquellos ojos sostenían la mirada incluso cuando el resto del mundo la habría bajado. Una mirada que siempre había sido valiente. Y ahora, por primera vez, estaba llena de miedo.

Su melena cayó sobre su rostro mientras aquellos hombres la arrastraban hacia la salida. Quise apartar los mechones como había hecho otras veces, pero ni siquiera fui capaz de mover un dedo. Así que memoricé. Memoricé la espesa curva de sus pestañas, el brillo de sus pupilas y la forma en que mi nombre salía de su boca.

—Nena —fue lo único que conseguí pedir—, no llores. Nada de esto es culpa tuya.

No sé si me oyó, pero deseé que sí. Las palabras salieron rotas, arrastradas, porque cada una de ellas me atravesaba el torso un poco más. Quise sonreírle, pero el frío trepaba dentro de mí. La verdad había llegado impuesta. Y no fue una revelación poética, más

bien una certeza que se había abierto paso entre la sangre y la evidencia. Una constatación. Siempre había estado enamorado de Brooke, desde mucho antes de saber ponerle nombre a mis sentimientos.

Tosí más sangre. Y el miedo en sus ojos me atravesó con más profundidad que la navaja. Brooke podía pelear, sangrar, romper huesos, incluso matar. Podía incendiar el mundo entero si hacía falta, y lo haría sin vacilar. Pero el miedo que mostró no era algo que yo hubiera visto jamás. A pesar de eso, se enfrentó con uñas y dientes a esos hombres, clavando las botas en la nieve y gritando mi nombre con tanta fuerza que reverberó en las bóvedas de piedra.

—¡NICK! ¡NICK!

Quise decirle de nuevo que la quería, pero solo conseguí mover la cabeza lo suficiente para verla retorcerse mientras dos de los hombres la arrastraban fuera del monasterio. Fue entonces cuando oí disparos. Un monje cayó de rodillas a pocos metros de mí. Otros se desplomaron tras recibir tiros en la cabeza o en el corazón. Mi visión tembló bajo las manchas de sangre de los cuerpos que yacían inertes, mientras los tiros se mezclaban con el estallido de los cristales rotos de las lámparas de aceite. El sonido se deformó en los oídos y la nieve vibró bajo la espalda. El fuego comenzó a extenderse. Y los hombres se fueron antes de que las llamas treparan por la estructura. Todos menos uno; el que me había apuñalado. Sentí su mirada recorrer la herida, la sangre, la rigidez de mis manos sobre el puñal. Comprobó que mi pecho se movía ya solo lo mínimo. Y llegué a la conclusión de que mi piel ya debía tener ese tono que anuncia el final, porque me dio un leve golpe en el costado. No para hacer más daño, sino para verificar que por parte del cuerpo ya no había reacción posible. Me sujetó la mandíbula con brusquedad y giró mi cara a un lado. Pasaron dos segundos. Tres.

—No le hagas daño a Brooke —supliqué por ella.

No por mí ni por mi vida. Solo por la suya. Porque si algo tenía claro era que podía morir tranquilo si Brooke vivía. Pero no al revés.

Me soltó con desdén.

—Tu vida pende de un hilo y aún te crees con el derecho de exigir.

Mi cabeza cayó de lado sobre la nieve, rebotando con dureza. Noté entonces lo que Brooke me había dado. La idea nació del amor más puro.

—¿Sabes… qué es lo peor de ti? —dije, en un susurro moribundo, consiguiendo que se acercara más a mí.

Mis labios se curvaron, manchados de rojo cuando se inclinó sobre mi rostro.

—Que necesitas espectadores —provoqué—. Sin tu gente mirando no eres nadie.

Su mano sujetó mi mandíbula otra vez, justo lo que quería. Me clavó los dedos en la carne, aproximándose lo suficiente para que su abrigo me rozara el torso, dándome lo que necesitaba.

—Te demostraré que no necesito a nadie, ya que ni muriéndote sabes callarte.

Mientras hablaba, cogí el aparato y lo oculté bajo la palma. Esperé a que me mirase a los ojos para mover la mano bajo el pliegue de su abrigo. Me soltó con desprecio, haciendo que la cabeza cayera otra vez con dureza. Pensé que ya se marcharía, pero sus botas no se movieron. Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura de la navaja, aún anclada bajo mis costillas, y sentí el dolor antes incluso de que tirara. La sangre brotó de inmediato, más caliente y abundante ahora que la herida quedaba expuesta. Tiró de mi cazadora, levantó la ropa térmica y me descubrió el pecho. El frío quemó mi torso desnudo al instante. Apoyó la navaja sobre el pecho,

justo encima del esternón. No tuve fuerza para apartarme, aunque sí para gritar. La primera incisión fue lenta. Deliberada. La hoja abrió la piel, trazando una línea vertical mientras la sangre brotaba como tinta acompañando mis gritos. Después en diagonal. Una K.

Guardó la navaja, satisfecho con la marca que ya me deformaba el pecho. Debí parecer ya un cadáver, porque se incorporó sin prisa y me dio la espalda. Pasó sobre los cuerpos de los monjes sin dedicarles una sola mirada, como si para él no tuvieran ninguna relevancia.

Abandonó el monasterio y entonces oí unos motores. Desde mi sitio, pude ver las motos de nieve ocultas entre los árboles y las lonas blancas que simulaban la nieve. Empezaron a montar en ellas, viendo cómo subían a Brooke a la parte trasera con ese hombre. Forcejeó, pero no sirvió de nada. La nieve formó una estela blanca cuando arrancaron con Brooke atada.

El silencio regresó y solo quedamos el fuego, la sangre derramada y yo, sobre la nieve, con la K ardiendo en el pecho.

Capítulo 30

Brooke

Intenté girarme para golpear al que conducía la moto de nieve, pero las muñecas no me respondieron como quería. La cuerda que me habían puesto por delante del torso era demasiado gruesa como para romperla con los dientes. El Káiser me retenía por la cintura mientras llevaba la moto ladera abajo a una velocidad suicida. Intenté clavarle el codo, pero la posición era mala, y el equilibrio, peor. Si forcejeaba lo único que conseguiría sería una muerte segura tras caer al vacío.

Apreté los dientes. Mis botas resbalaron contra los laterales de la moto cada vez que intentaba apoyarme para cambiar la posición de mi cuerpo. No era falta de voluntad. Sino falta de ventaja y que las condiciones climáticas no ayudaban. Aun así, no me quedé quieta. Probé la tensión de la cuerda una y otra vez, buscando la forma de deshacer alguno de los nudos. No estaban mal hechos, pero tampoco eran infalibles. Giré las manos concentrada, a pesar de los botes que mi cuerpo daba en la moto debido a la velocidad y a la

nieve. Uno de los nudos cedió ligeramente y volví a tensar la cuerda. Esta se aflojó lo suficiente como para meter el meñique. Clavé la uña y tiré hacia fuera apretando los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula. Antes de rendirme conseguí dar un tirón más, con el que la cuerda raspó la piel del dedo al ceder. Introduje también el anular, forzando el ángulo límite de la muñeca. El dolor me subió hasta el codo, pero no aflojé. La cuerda terminó de ceder cuando el rugido de unas aspas rompió el cielo.

Alcé la vista.

Luces blancas.

Un helicóptero.

El agarre del Káiser sobre mi cintura se endureció tanto que me hizo daño. Pero yo ya no estaba pensando en él ni en la moto, ni siquiera en mi situación. Pensaba en Nick. En el móvil. Se lo había puesto yo. Lo había activado para que lo encontraran a él, pero no era posible que estuvieran en el Himalaya en cuestión de minutos. De Nueva York al Himalaya había entre veinte y treinta horas, o más, incluyendo escalas. Mi respiración se descompuso bajo la ventisca. ¿Y si Travis llevaba todo este tiempo aquí? Giré la vista en dirección a la cima, como si eso pudiera darme la respuesta. Como si el helicóptero fuera a pasar de largo, cambiar de rumbo y dirigirse al monasterio. Pero no. Quienes estaban en el helicóptero iniciaron el descenso y el Káiser levantó la mano. Las motos aceleraron, dispersándose como un abanico para dificultar el fuego desde el aire. Comprobé que el helicóptero bajó más.

Varios disparos impactaron delante de las motos. La nieve explotó en columnas blancas, pero el Káiser no se detuvo. Volvió a levantar el brazo y aceleraron más incluso, intentando dispersarse entre la vegetación, pero entonces el sonido cambió. Ya no era una ráfaga corta, sino un golpe seco, más grave, más pesado. Un

proyectil de mayor calibre que salió desde el lateral de la aeronave. Lo vi como un destello y después vino el impacto. Una de las motos del flanco izquierdo voló por los aires. Explotó a pocos metros de nosotros, en una onda que levantó nieve, cuerpos y trozos de metal.

Dos hombres menos.

Total de bajas: seis.

La estela apenas duró unos segundos antes de apagarse bajo la nieve. Las motos no se detuvieron y el helicóptero siguió descendiendo. El viento de las aspas cada vez era más violento. Otra detonación nos sacudió. El impacto levantó una nube espesa de fuego y humo antes de que otra moto se desintegrase y cayera contra la ladera, tragándose a dos hombres más.

Actualización de bajas: ocho. Ya solo quedaban tres. Cuatro contando al Káiser.

El piloto siguió bajando. Maniobró en vertical y se adelantó a nuestra posición, cortando la trayectoria. La aeronave descendió hasta casi tocar tierra, atravesándose en el claro. El Káiser tiró del manillar para huir por una ruta alternativa, sin embargo, el espacio era demasiado estrecho.

Ese segundo de duda antes de que accionara el freno era lo que estaba esperando desde que la cuerda de las muñecas había comenzado a ceder.

Tiré con violencia. La fricción me quemó la piel, pero la cuerda se deslizó dejándome las manos libres. Me impulsé hacia él y le golpeé la nariz con mi propia frente. El crujido fue seco bajo el impacto. La sangre brotó de inmediato, manchándole la ropa. En respuesta, me golpeó la cara con el puño, tratando de agarrarme mientras giraba el manillar con brusquedad. Con una mano, el Káiser intentó sacar el arma, pero le retorcí la muñeca. Maldijo con una mueca y volvió a golpearme la cara. Unas figuras negras saltaron

desde el helicóptero a la nieve en ese momento, acompañados de ráfagas de disparos que cruzaron el aire. Los hombres del Káiser que quedaban respondieron de inmediato, cambiando de dirección como su líder, mientras lanzaban balas contra mi grupo. Reconocí a Travis, Phoebe, Bill y Mason.

Rodaron para cubrirse tras pequeñas elevaciones de la propia montaña, buscando troncos caídos. Phoebe se arrodilló tras una cresta de nieve compacta, apoyó la ametralladora ligera sobre el borde y abrió fuego.

«¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!».

Disparó directamente a las cintas de tracción de las motos, inutilizando los vehículos. Uno de los hombres del Káiser intentó girar para cubrirse, pero la ráfaga atravesó su cuerpo, dejándole como un colador. Bill avanzó con Mason en paralelo, mientras Travis cubría el campo de tiro de Phoebe. La moto, ahora sin conductor, chocó contra un árbol, lanzando al acompañante a varios metros de distancia antes de que el vehículo cayera ladera abajo. Phoebe puso la mira en otra. Apuntó y disparó hasta que el metal saltó en pedazos y el vehículo volcó, aplastando al último hombre del Káiser.

—Te has quedado solo, K.

Me golpeó para poder sacar el arma, pero antes de que disparara, le devolví el puñetazo. Volvió a pegarme, esta vez con la culata, pero no me importó. Su bala se había perdido en el aire. Y solo quedábamos él y yo.

Me agarró del abrigo e intentó usarme de escudo mientras giraba hacia una garganta estrecha. Travis lo tenía a tiro, pero no movió el dedo en el gatillo porque si fallaba, yo estaba en la línea de fuego. El Káiser aceleró en dirección a esa salida irregular donde el helicóptero no tendría margen para descender sin estrellarse contra los árboles. Las aspas rugieron detrás de nosotros, pero el piloto ya

estaba elevando la altura. Miré hacia atrás. Phoebe intentó avanzar unos metros cargando la ametralladora, pero a pie era imposible alcanzarnos. La pendiente era traicionera y la moto ya había ganado distancia. Bill y Mason se desplegaron por los laterales, buscando un punto seguro para disparar.

—¡No disparéis! —Travis ordenó bajar las armas.

Disparar seguía sin ser seguro, y ya no podían seguirnos. El Káiser lo sabía. Yo también. Mi única oportunidad era arriesgada, pero, o saltaba antes de que cruzáramos ese límite o volvería a llevarme con él. Calculé la pendiente, el ángulo y la velocidad. El Káiser volvió a golpearme con la culata en la cabeza, antes de apretarme más contra su cuerpo y girar el manillar. No dudé. Su error fue subestimarme, pensar que el golpe me había desorientado, pero para su sorpresa, saqué una pierna de mi único apoyo lateral, le di un codazo en el costado y aproveché que aflojó el agarre para deslizarme hacia un lado. Su mano se cerró más fuerte sobre mi abrigo cuando entendió lo que intentaba.

Quiso retenerme. Arrastrarme de nuevo contra su cuerpo mientras aumentaba la velocidad. La tela se tensó al límite y tuve que morder la mano con la que sostenía la pistola para que me soltara y poder tirarme de la moto. Lo hice en marcha e impacté contra la pendiente. La nieve, al ser compacta no amortiguó nada, por lo que sentí el impacto primero en el hombro, luego en la cadera, y después en la cabeza. Rodé varios metros ladera abajo, incapaz de frenar hasta que choqué con un montículo de rocas.

—¡Ahora! —oí a Travis—. ¡Disparad a matar!

Las balas rasgaron el aire. Le disparaban a él, y eso fue lo que me salvó de que detuviera la moto y volviera a por mí. Su única ventaja era la velocidad.

«Pam. Pam. Pam. Pam. Pam». Más disparos. Esperé boca arriba,

con el cielo girando sobre mí mientras el sonido de la moto se volvía cada vez más lejano.

Travis fue el primero en llegar hasta mí, deslizándose los últimos metros de rodillas por la pendiente. Phoebe vino detrás, mientras Mason y Bill aseguraron el perímetro.

—Estás herida —afirmó, sujetando mi rostro.

Aunque sabía que lo estaba, negué. El helicóptero rugía sobre nuestras cabezas, buscando una base segura sobre la que detenerse. Pero yo solo podía mirar hacia la cima. Hacia donde había dejado a Nick. La realidad me llegaba fragmentada: el móvil, el rastreador activado… Miré a Travis. A Phoebe. Luego al helicóptero. Y otra vez a la cima. No entendí nada.

—¡¿Por qué estáis aquí?!

Travis, aún sin aliento por la carrera, me respondió sin demorarse.

—Seguimos tu ubicación.

Intentó abrazarme, pero no le dejé.

—¡No! —Lo aparté—. El rastreador se lo puse a Nick. —Señalé hacia la cima—. ¡Se va a morir si es que no lo ha hecho ya! ¡¿Por qué estáis aquí?! ¡¿Por qué?!

La última imagen de Nick me atravesó de una forma demasiado dolorosa. Me llevé las manos a la cabeza y Phoebe tuvo que apartar a Travis de mi lado cuando comencé a temblar. No de frío, de pánico.

—Crowley, vamos a ayudarte.

Se arrodilló conmigo, incapaz de contener mi temblor ni mi llanto.

—¡Le he fallado! —Me desgarré la garganta—. ¡Le prometí que iríais a por él! ¡Se lo prometí, Phoebe!

En ese momento no me importaron el protocolo ni los cargos.

Las imágenes no paraban de superponerse. Nick sonriendo a pesar de su estado. La navaja. La sangre. Mi mano metiendo el móvil en su bolsillo.

Phoebe no me soltó.

—Respira conmigo —rogó.

Aparté sus manos con brusquedad.

—¡No quiero respirar! ¡Quiero que subáis a por Nick!

Travis activó la ubicación del rastreador en la pantalla de su reloj.

—Crowley —puso la esfera ante mis ojos—, la señal nos ha traído hasta ti, y ahora se sigue moviendo, pero no hacia arriba.

Eso no podía ser. Phoebe observó la esfera.

—Nick no puede tener el móvil, lo que dice Holmgren es cierto. La señal nos ha traído hasta ti —sentenció, cruzando una mirada con él—. Mira la velocidad que marca el rastreador.

Observé la esfera y comprobé que el punto rojo descendía a muchísima velocidad. A una imposible para una persona herida que como mucho podría arrastrarse por la nieve. Phoebe me preguntó lo que yo ya temía:

—¿Puede que registraran a Nick antes de iros? Quizá encontraron el móvil, pensaron que era de él y se lo llevaron para que no pudiera alertar a las autoridades.

—No lo sé. Yo se lo di, pero… —me esforcé por recordar cada detalle—. Me sacaron del monasterio sin él.

—Hay que ir tras la señal —decidió Travis—. El Káiser es el único superviviente y debe llevar el rastreador encima. Es nuestra mejor oportunidad para detenerlo.

Me incorporé a pesar de que me dolía todo el cuerpo.

—No.

—Te recuerdo que estás fuera de cualquier operativo hasta

nueva orden.

—Nick está arriba. —Lo desafié.

—Sabes las reglas. No puedes anteponer…

—¡No me hables de reglas! —estallé—. ¡Te lo pregunté en el aeropuerto! ¡Te pregunté si era peligroso el viaje! ¿Y qué dijiste?

—Sé lo que dije y por qué lo dije.

—¡Claro que lo sabes! ¡Porque solo te importa el protocolo y las estúpidas reglas cuando la cosa no va contigo!

Travis tensó la mandíbula.

—Escúchame.

Pero el que me iba a escuchar era él.

—¡No! —Di un paso atrás—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Desde cuándo sabes que el Káiser vendría?

No respondió. Phoebe lo miró con una decepción contenida que no pasó desapercibida para nadie.

—Holmgren, ¿no se lo dijiste?

El silencio fue respuesta suficiente. Y algo dentro de mí hizo clic.

—Contesta —exigí.

Fue Phoebe la que respondió.

—Llevamos en la zona desde el mismo día que vosotros. Hemos estado en una base de apoyo internacional en el valle.

Eso explicaba su pronta llegada. Las armas. El helicóptero.

Lo miré a él. Solo a él.

—¡¿Y no me lo dijiste?! ¡Al menos explícame por qué!

Travis siguió callado.

—Desplegó al equipo por prevención, tras confirmar que alguien había vendido información —admitió Phoebe—. ¿Recuerdas el taller del que sospechabas?

—Lo recuerdo.

—Tus sospechas eran correctas. Funcionaba como tapadera para

el contrabando de armas. Era uno de sus puntos de tránsito. Actuamos durante el entierro.

Empujé a Travis.

—¿Actuaste sin mí? ¡¿Por qué?!

—¡Porque el Káiser te quiere a ti!

La decepción fue demasiado grande.

—Las sesiones… Los permisos… Toda la información sobre mí está en los informes, Holmgren. ¿Por eso me concediste permiso para el entierro y para venir aquí?

No era una pregunta. Era un hecho. Una acusación directa. Me había utilizado.

—Alguien desde dentro extrajo copias de los archivos —intentó mediar Mason—. Todavía estamos investigando.

Me mantuve cara a cara con Travis.

—Tus alegatos en el aeropuerto eran una farsa —lo acusé—. La conversación que hemos tenido esta mañana, también. Lo sabías todo, y a pesar de ello, me dejaste venir aquí.

Ahí estaba la herida de verdad. El daño.

—Si me dejaras hablar…

No le dejé, porque acababa de encajar la última pieza.

—Fuiste al taller que investigó Meyer para presionar al Káiser. Querías obligarlo a moverse, pero… ¿Cómo supiste que alguien le pasó la información desde dentro?

Esta vez respondió con la verdad. Ya no tenía sentido mentir.

—Meyer identificó en el ordenador la copia creada del expediente Varok, completa, también la de tus sesiones con la psicóloga. Además de los permisos.

Me dolía la cabeza, había algo que se me escapaba.

—Eso no asegura nada. Guy Macklean podría haberlos extraído, te dejó clarísimo que todos mis informes pasarían por él.

Su mirada no vaciló.

—Si Guy hubiera extraído los informes no habría intentado borrar ese movimiento en la base interna del sistema.

Phoebe procedió a explicar lo del taller.

—Fuimos al taller con los agentes Bill Davis y Mason Smith, sin notificar el operativo por los canales habituales para confirmar las sospechas. Antes de actuar, notificamos a la base.

—Un minuto —dijo Travis—. Eso es lo que tardaron los del taller en recibir el soplo.

—¿Pudisteis detener a alguno?

Bill apartó la mirada. Mason metió la mano en el bolsillo. Phoebe respondió, ya que Travis parecía haberse quedado sin lengua.

—No.

—¿Se escaparon todos?

No me lo podía creer.

—No.

Travis confirmó mis sospechas.

—¡Entonces, explícate, porque Nick se está muriendo ahí arriba si es que no está muerto ya!

—Les dejamos ir —confesó.

—¿Por qué?

—El Káiser no estaba con ellos. Solo necesitábamos comprobar que, efectivamente, había un topo en el SEDS.

—Viniste al aeropuerto —repetí—. Me diste el móvil rastreador. El arma.

Me interrumpió.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo. Sin el Káiser, todo seguirá igual.

—¡Nada seguirá igual! ¿Es que no entiendes que ahora mismo el único que puede estar a punto de morir por tus decisiones es Nick?

—Lo demás había dejado de importar—. Me has usado de cebo para dar caza a un criminal, pero no has pensado ni en Nick ni en mí.

—¡Lo tenemos, Crowley! —estalló Travis, mostrando el punto rojo que todavía se movía en la esfera—. Tenemos al Káiser. Solo tenemos que ir a por él y…

La decepción fue dolorosa. Pesada. Como cuando algo que llevas tiempo sin querer ver se pone, de repente, delante de tus narices. Travis, la misma persona que hacía horas me pedía que confiara, ahora estaba anteponiendo dar caza a un criminal a salvar la vida de Nick.

—¡¿Estás de broma?!—Me entraron ganas de dispararle. Suerte que no tenía arma—. ¿Es que no me escuchas cuando te hablo? ¡Hay que ir a por Nick! No podemos perder más tiempo.

Tragué saliva.

—Casi muere —continué—. Nick casi muere delante de mí, y ni siquiera sé si ahora respira. ¡Y tú sigues mirando ese maldito reloj como si su vida no importara!

—El rastreador va con él —insistió—. Entiendo que Nick es tu amigo, pero esta es la mejor oportunidad que vamos a tener.

Negué. Solo había un helicóptero. Era o el Káiser o Nick. Y yo siempre elegiría a Nick.

—Podemos capturarlo —insistió—. Somos agentes del Estado, y como tales, debemos anteponer el bien común al beneficio propio.

Me moví antes de que nadie pudiera hacer nada. Mi mano fue directa a la funda de Phoebe. Cuando Travis quiso reaccionar, la pistola ya estaba en mi mano, apuntando hacia su cabeza. Quité el seguro.

«Clac».

Bill, Mason y Phoebe cruzaron miradas. El viento del helicóptero me llegaba con fuerza, pero resistí a pesar de mi estado.

—Vamos a subir a por Nick —advertí—. Y vamos a subir ahora.

La mirada de Travis me dio miedo, pero no lo suficiente como para ceder.

—Baja el arma —ordenó.

—No.

—Crowley —lo intentó otra vez—, baja el arma y dame la pistola.

Hubo un silencio tenso, irrespirable, en el que lo único que se oyó fueron las aspas del helicóptero.

—¡Estás poniendo en riesgo el operativo! —gritó.

—A la mierda el operativo. —Rocé el gatillo, dispuesta a apretarlo—. Déjame pasar.

No se apartó.

—¡Piensa como agente, Crowley! ¡Eres del SEDS, demuéstralo!

—Estoy pensando como persona. Deberías probarlo alguna vez.

Phoebe se interpuso entre los dos.

—Crowley tiene razón. Nick es un civil, y si sigue vivo, cada segundo cuenta. El Káiser lleva el rastreador, no lo hemos perdido.

Mason miró de reojo a Travis, antes de posicionarse a mi lado.

—Estoy con ellas.

Bill hizo lo mismo.

—Yo también.

Ahora, Travis estaba completamente solo. Su mirada volvió a mí.

—Acabas de romper la cadena de mando, además de entorpecer el operativo.

Seguí apuntándole.

—Entonces denúnciame cuando volvamos a Nueva York —avancé apoyándome en Phoebe hasta la aeronave—, porque ahora vamos a subir a ese helicóptero para rescatar a Nick.

El helicóptero terminó de descender, provocando que la nieve empezara a levantarse formando remolinos. Cuando todos subimos,

Travis se dirigió al piloto por el comunicador.

—Ascenso inmediato al punto inicial del rastreador; el monasterio. —Luego, su voz llegó baja, solo para mí—. Esto va a constar en tu expediente. Es un incidente disciplinario que no puedo pasar por alto.

—Salva a Nick —contesté sin mirarlo—. Luego haz lo que consideres.

Capítulo 31

Brooke

Phoebe sacó del compartimento lateral del helicóptero mi uniforme.

—Póntelo.

El cuerpo me tembló al quitarme la ropa y meter los brazos. Phoebe lo vio y se inclinó sobre mí, ayudándome a vestirme. Cuando terminé, el piloto habló por el comunicador del equipo general.

—Treinta segundos para descender.

Vi las llamas. Las vi antes incluso de que acabara el descenso. El monasterio ardía por los cuatro costados.

Saltamos cuando se acercó al borde del camino, ya que en esa zona aterrizar era imposible. El fuego trepaba por la estructura, generando espesas nubes de humo negro. Algo en mi pecho dolió.

No. No. No. El fuego lo arrasaba todo, y Nick estaba ahí.

La compuerta se abrió.

—¡Todos fuera! —ordenó Travis.

La nieve crujió cuando amortigüé el salto bajo mis botas. Y el

calor me golpeó entera a pesar del equipo ignífugo.

—¡Crowley! —oí a Travis detrás de mí.

Corrí sin detenerme hacia las llamas, pero me interceptó desde atrás, reteniéndome entre sus brazos. Alzó uno de ellos para señalar la estructura.

—¡¿Has perdido la cabeza?! ¡No puedes entrar!

—¡Tengo que hacerlo!

Intenté zafarme, pero estaba mucho más débil que cualquiera de ellos. Me clavó los dedos en el brazo como si así pudiera anclarme al suelo y me sostuvo la cara por debajo del casco, para que lo mirara.

—¡El fuego ha arrasado con todo, Crowley! Si Nick estaba ahí, no creo que…

—¡No lo digas! —La frase me salió desgarradora—. ¡Vivo o muerto, Nick está ahí!

Travis me zarandeó, ahora aferrado a mis hombros.

—¡Ya no puedes hacer nada por él! ¡Lo que pretendes es un suicidio!

El calor del fuego cada vez era mayor.

—¡Entonces apártate!

Su agarre vaciló un segundo, pero no me soltó. Phoebe apareció a mi lado.

—Déjala —exigió.

—¿También has perdido la cabeza? —Giró el rostro hacia ella.

Phoebe revisó que su casco estuviera bien ajustado.

—Tiene un equipo ignífugo. Yo también. —Se oyó el clic del cierre del casco—. Entramos, cogemos a Nick y salimos.

—No voy a autorizar que dos agentes de mi grupo entren ahí. Es demasiado peligroso.

Phoebe me agarró del brazo, obligando a Travis a soltarme.

—No estamos pidiendo permiso.

Corrí con ella hasta la entrada. Detrás de nosotras, oí maldecir a Travis, también las botas de Bill y Mason. Travis acabó siguiéndonos, no porque quisiera, sino porque un jefe de grupo no podía, bajo ninguna circunstancia, abandonar su unidad en situación de riesgo. El calor nos abrasó cuando cruzamos el umbral, y nuestra visión se tornó roja. El traje, en esas condiciones, nos daría como mucho uno o dos minutos. No más.

—¡Nick! —grité.

Los demás hicieron lo mismo. Avanzamos por el patio, esquivando los cuerpos de los monjes. El aire era irrespirable y las vigas gemían como si fueran a partirse en cualquier momento, mientras el humo bajaba en capas densas que arañaban la garganta a pesar del equipo.

—¡Un minuto! —indicó Phoebe.

Continué hacia el lugar exacto en el que lo había dejado. Las botas chapotearon y mis ojos permanecieron fijos en ese punto. Los cuerpos de los monjes, o más bien lo que quedaba de ellos, seguían allí. Los que estaban más cerca de la estructura ya habían sido alcanzados por las llamas. Las túnicas ardían pegadas a la carne, encogidas sobre huesos que comenzaban a asomar. Una de las vigas cedió en ese momento, haciendo que el fuego adquiriera más terreno. Miré el centro del patio, donde la mancha de sangre formaba un rastro abstracto sobre la nieve. Phoebe y Bill tiraron de mí.

—¡Crowley —dijo Phoebe—, tenemos que salir!

No me moví.

—Nick… Nick estaba ahí.

Avancé, a pesar de que tiraban de mí, hasta el lugar exacto donde recordaba haber dejado su cuerpo. Las rodillas me fallaron. El charco espeso, a pesar de que la nieve se había derretido, mostraba

marcas irregulares y emborronadas por el deshielo.

—¡Crowley! —repitió Phoebe.

Tiró de nuevo, esta vez con la ayuda de Bill, Travis y Mason. Avancé a pesar de que tirasen de mí, a pesar de que el calor me quemase cada vez que respiraba los pulmones y la excesiva temperatura ya atravesara la protección del traje. Me tiré sobre el charco, de rodillas.

Ahí. Lo había dejado ahí.

La mano me tembló cuando acaricié con los dedos la mancha.

—¡Tenemos que salir ya!

—¡No puedes pedirme que lo abandone!

—¡No puedes abandonar a alguien que ya no está! ¡Fuera! ¡Es una maldita orden!

Me sacaron a rastras. Dos vigas se desplomaron cerca de nosotros, provocando la caída masiva de gran parte de la estructura. Lo poco que quedaba del techo y de las paredes crujió. Me agarraron más fuerte.

—¿Dónde está? —sollocé—. Lo dejé ahí. ¡Ahí!

Siguieron tirando de mí.

—Nick no está. No está. —Phoebe me miró directamente a los ojos, a través del visor—. Tenemos que salir ya. Por favor, muévete.

Mis ojos volvieron una última vez al charco de sangre. La nieve de alrededor estaba removida, pero no solo por pisadas humanas. Había hendiduras difusas más profundas.

—¡Esperad! —rogué, señalando hacia ahí—. ¡Mirad!

Phoebe miró la primera, luego el resto. Aunque la nieve que había comenzado a derretirse había deformado las huellas, el rastro estaba ahí.

—Mierda —oí maldecir a Travis—. Con el olor a sangre…

—Basta —lo cortó Phoebe, para que no siguiera hablando.

Todos me miraron mientras me arrastraban hacia la salida.

—Lo siento muchísimo —susurró mi compañero—, pero tenemos que salir.

La otra parte del techo colapsó. Me sacaron prácticamente a rastras mientras el monasterio terminaba de venirse abajo.

Caímos en la nieve, agotados, cuando llegamos a una zona segura. Phoebe me quitó el casco.

—Estoy segura de que hiciste por él todo lo que estaba en tu mano. No te condenes a vivir con esa culpa, Brooke. Te lo pido como amiga.

Travis también intentó consolarme. ¿Pero qué consuelo había? Las marcas y signos de arrastre seguramente fueran de un depredador. Lo más probable era que un oso se hubiera sentido atraído por el olor.

Las imágenes seguían en mi mente: Nick herido, Nick sonriendo a pesar de su estado, Nick regalándome sus últimas palabras. Daba igual lo que dijeran, siempre viviría con esa culpa sobre los hombros.

Phoebe me acarició con una suavidad que contrastaba con la tormenta que llevaba dentro.

—Sé que has peleado hasta el último segundo. Y si yo lo sé, Nick también.

Lloré, con la culpa enraizada. Me aferré a Phoebe, de rodillas para suplicarle justicia, porque después de esto, para mí, el Káiser no tenía derecho a ningún juicio. Los desgraciados como él podían presentarse ante el tribunal y salir indemnes a base de sobornos, coacciones o extorsiones. No sería el primer delincuente —ni el último— que salía por la puerta sin cargos federales.

—Mátalo —rogué entre sollozos desconsolados—. Por favor, si tienes oportunidad, mátalo.

Negó con la cabeza.

—No voy a quitarte ese privilegio. Si el Káiser vuelve a ponerse a tiro, tú misma lo harás.

Apreté los dedos contra su chaqueta, mientras algo oscuro y desconocido se asentó dentro de mí. El helicóptero se acercó todo lo que pudo para que subiéramos de forma segura sin caer por la pendiente. Creo que me ayudaron entre todos, porque ni siquiera recuerdo haber sido capaz de mover las piernas. Después creo que me sentaron en el asiento lateral, y también me pareció que me ajustaron el arnés. Alguien —probablemente Mason—, me retiró los guantes y el casco. Juraría que Bill me dio agua, y que fue Phoebe la que sostuvo la botella mientras me enjugaba las lágrimas. No fui capaz de mirar a nada ni a nadie. Solo me miraba las manos. Aunque me había quitado los guantes ignífugos, comprobé que todavía tenía sangre de Nick bajo las uñas.

El monasterio quedó atrás, convertido en una masa de fuego y humo. Yo lo había dejado ahí. Y ahí había quedado su último aliento.

Durante el resto del vuelo, lo único que se oyó fueron mis lamentos. El helicóptero vibró bajo mis botas y ni siquiera lo sentía. Lo sabía por el leve temblor que la suela ejercía sobre la superficie. Tampoco sentía las lágrimas que me resbalaban por el rostro, pero sabía, por las gotitas que caían en mi pantalón, que estaba llorando.

—¿Qué pasa? —preguntó Phoebe a Travis.

El jefe de grupo se había quitado el reloj de la muñeca y estuvo a punto de reventarlo contra el suelo. Si no lo hizo fue porque Bill lo impidió. La esfera parpadeaba como si sufriera interferencias, algo muy poco probable en un dispositivo como aquel.

—Pon rumbo a la Base Internacional —indicó al piloto por el comunicador.

Levanté la vista hacia él.

—No —negué—. ¡Hay que seguir buscando a Nick!

—Brooke.

Me llamó por mi nombre.

—¡No puedes parar ahora!

Travis me empujó.

—Solicitaré que un equipo de rastreo limpie el perímetro —sentenció, antes de dirigirse a al resto del grupo—. Pero necesitamos acceso inmediato al servidor central, porque el reloj está fallando.

—¡Entonces déjame aquí! —exigí—. ¡Detén este maldito helicóptero y bájame para poder buscar a Nick!

—¡No vas a bajar!

Enloquecí.

—¡No puedes llevarme por la fuerza, como tampoco puedes tomar decisiones por mí!

—¡Puedo y lo haré! —aseguró—. ¡Si te dejara aquí, lo único que conseguirías sería que tuviera que rescatar a dos personas en vez de a una, joder!

Sentí sus palabras como una bofetada.

—¡No entiendes nada!

—¡Lo entiendo perfectamente, pero no voy a perderte por una decisión estúpida!

El resto del vuelo fue una agonía.

La Base Internacional estaba en el valle y era invisible desde el aire hasta que prácticamente estabas encima. Cuando sobrevolamos la zona, el helicóptero inició el descenso. Phoebe me llevó directamente a la sala médica, donde me quitaron el traje, las botas y la ropa. Después de que el médico me examinara y tratara, Phoebe me bañó. La sangre empezó a colarse por el desagüe. La vi desaparecer con la sensación de que me estaba quitando la última prueba física de que Nick había estado conmigo.

—¿Necesitas que te deje sola un rato?

Negué. La mente seguía en modo de alerta máxima. Después de una pérdida violenta, la cabeza se protege como puede, y la mía se había refugiado en lo único tangible que tenía cerca: la presencia humana. Me aferré a la pastilla de jabón, evitando mirar más la sangre. Phoebe terminó y me vistió con un uniforme limpio. Más tarde, me senté en una camilla y me ofreció agua, pero no bebí. Solo pensaba en que Nick ya no estaba. En sus padres. En sus hermanos y hermanas. ¿Cómo se comunica algo así?

La voz de Travis llegó desde la puerta.

—Brooke.

Volvía a ser Brooke, no Crowley.

No me levanté de la camilla. Y tampoco consideré que tuviese nada que decirle.

Permaneció en el umbral, sin entrar del todo, como si la línea de la puerta fuera un límite que no quisiera cruzar.

—Brooke —repitió.

Phoebe no se movió de mi lado.

—El equipo de rastreo ya ha peinado casi toda la zona del perímetro del monasterio —informó—. Están haciendo todo lo posible por encontrar los restos.

Los restos.

Se acercó y me envolvió en un abrazo que no intentaba contenerme, tampoco reprimirme ni frenar mis convulsiones. No me apretó para que dejara de llorar. No me susurró que me calmara. Simplemente se quedó. Phoebe, desde su asiento, me acarició la mano con cierta fragilidad. Sosteniéndome también. Y entonces, me doblé hacia delante. Busqué deprisa una papelera y estiré el brazo para cogerla a tiempo. Metí la cabeza dentro, mientras mi estómago se contraía al imaginar lo que había quedado de Nick. Ropa y carne desgarrada. Restos. Otra arcada me recorrió el cuerpo. Seguí

imaginándolo allí solo, vulnerable incluso después de muerto, y el estómago siguió castigándome. El cuerpo insistió en vaciarme las siguientes horas.

Mason y Bill entraron en la habitación.

—Meyer —dijo Bill Davis—, acaban de aprobar el acceso al centro de comunicaciones. Si vas a intentar recuperar la ubicación, hay que hacerlo ahora.

—Smith, Davis, quedaros con Brooke —ordenó Travis, indicando a Phoebe que saliera con él.

Antes de irse, el jefe de grupo me cogió por la nuca y me besó sin importarle el sabor ácido del vómito, ni que los demás nos vieran. Fue un beso brusco, desesperado. Justo lo que necesitaba.

—Quédate aquí —pidió, más calmado—. Si haces estupideces que ponen tu vida en peligro, no puedo concentrarme.

—Una cosa más —interrumpió Mason Smith, con todo el tacto posible—. El equipo de rastreo acaba de confirmar que traen los restos de Nick.

Mi mundo se hundió en un pozo negro, y ni siquiera fui consciente de que Phoebe se había acercado a mí hasta que sus brazos me envolvieron.

Capítulo 32

Brooke

Bill y Mason no se habían separado de mí desde que Travis y Phoebe se fueron a la sala de comunicaciones. Bill se tensó a mi derecha, y Mason, sentado a mi izquierda, dejó de moverse cuando un golpe contundente sonó en la puerta.

Dos mujeres vestidas con uniforme de montaña entraron con perros sujetos por correas. Vestían con cremalleras selladas hasta la garganta, botas rígidas, aún con restos de nieve adheridos a la suela. Rastreadoras. Tenían los rasgos típicos de la zona: pómulos altos, piel curtida por el frío, ojos oscuros, rasgados. Llevaban el cabello negro, grueso, recogido en trenzas bajo los gorros, donde aún cristalizaban pequeñas escamas de escarcha. Dos pastores belgas malinois cruzaron el umbral cuando las rastreadoras aflojaron la correa.

Se acercaron con el hocico bajo y los arneses ajustados al pecho. Y sus patas dejaron huellas húmedas sobre el suelo. Uno de los malinois alzó la cabeza para olisquearme.

—Agente Crowley —dijo una de ellas, con respeto—. Hemos localizado varios cuerpos en el perímetro marcado alrededor del monasterio. Uno de ellos coincide claramente con las descripciones que nos dio Holmgren. Lo sentimos mucho.

La otra mujer permaneció un paso por detrás, observándome con una compasión considerada, casi contenida.

—El equipo forense lo tiene en la sala de autopsias —continuó ante mi silencio—. Necesitamos que lo identifique.

—No.

Bill apoyó la palma en mi hombro.

—Es necesario.

Negué otra vez.

—He dicho que no.

Las rastreadoras intercambiaron una mirada entre ellas.

—Agente Crowley —insistió la misma que había hablado antes—, comprendemos que es un momento muy difícil. Pero la identificación es necesaria para que los familiares puedan enterrar el cuerpo en Nueva York.

Bill no me retiró la mano del hombro. Cuando otra arcada subió por mi garganta, me sujetó el pelo mientras Mason sostenía la papelera.

—¿Pueden esperar fuera? —pidió Bill.

—El equipo forense está listo. Es importante que se confirme la identidad del sujeto cuanto antes.

Sentí la mirada de Mason sobre mí. La de Bill. Incluso la de los perros, quietos ahora, como si comprendieran un ápice del caos emocional que me devoraba por dentro. Y la realidad era que lo comprendían. Aquellos animales puede que no entendieran mi dolor como lo hacía yo, pero sí la tormenta lacerante que arrastraba por dentro. Uno de ellos se acercó para rozarme los nudillos con el

hocico, antes de lamerme el dorso. Una de las rastreadoras llamó al perro.

—Dos minutos —pidió Mason.

Cerraron la puerta tras de sí.

—No puedo hacerlo —aseguré—. No me pidáis que vea lo que queda de él.

Bill apartó la mano, moviéndose hasta quedar delante de mí.

—No vas a estar sola. Hazlo por su familia, por sus amigos, incluso por Nick —añadió—. Merece algo más que quedarse aquí.

Clavé la mirada en el suelo, ahogando el llanto.

—No puedo —repetí.

Bill me limpió una lágrima de la mejilla, antes de hablar.

—No tienes que poder con todo, solo con el siguiente paso. —Me limpió el otro lado—. Si no lo haces por ti, hazlo por él.

Mason cogió la papelera y la colocó bajo su brazo.

—Entramos contigo —señaló el cubo—. Esto también.

Se lo agradecí. Seguramente necesitaría tenerlo cerca.

Bajé de la camilla y salí con ellos. El pasillo se me hizo interminable mientras seguíamos a las rastreadoras con los perros. Mason caminaba medio paso por delante. Bill, a mi lado. Las mujeres abrieron la puerta con un clic amortiguado. La temperatura en esa sala era mucho más baja que en otras áreas.

La mesa de acero estaba dispuesta bajo una potente luz blanca. El equipo había cubierto el cuerpo con cuidado. El forense retiró el plástico poco a poco y Mason acercó la papelera justo a tiempo. Vomité otra vez, antes de ser capaz de mirar las partes del cuerpo abiertas, desgarradas como si unos dientes enormes hubieran mordido y tirado con fiereza. Tragué la arcada y bajé la mirada, comprobando que faltaban partes. Donde debería estar el hombro izquierdo, la forma se interrumpía con un borde irregular, dando

lugar a la ausencia de esa extremidad. El torso estaba prácticamente arrancado. El animal se había dado un festín no solo con el cuerpo, también con las vísceras. El resto de carne visible estaba oscurecida por la exposición al frío. Y la cabeza… Dios. No estaba. Había sido arrancada del resto del cuerpo.

Mason acercó la papelera a tiempo y Bill me sujetó el pelo para que no se manchara. Tragué otra arcada y me obligué a volver la vista al cadáver. Recorrí la piel por los bordes deformados, evidenciando la violencia en cada desgarro. La suavidad de algunas zonas no encajaba con la carnicería que tenía delante. La mayoría estaba fría. Anómala. Los dedos de la mano me temblaron, pero a pesar de eso, continué acariciando a Nick.

—Lo siento —susurré como si pudiera oírme—. Lo siento muchísimo.

Caí al suelo de rodillas, incapaz de sostener mi propio peso. Durante los siguientes segundos ni siquiera fui capaz de respirar. Permanecí así minutos, lamentando su pérdida entre sollozos interminables hasta que pude continuar. Me puse en pie con movimientos torpes, desganados, y me limpié la cara con el dorso de la mano antes de moverme alrededor de la mesa. Pasé los dedos por las partes que quedaban del antebrazo y bajé hacia la muñeca, donde vi una pequeña águila tatuada. Me detuve ahí. Forcé el enfoque a través del escozor de las lágrimas. A pesar del desgarro, se veía claramente la tinta negra, definida. Me incliné un poco más y me tomé la libertad de alzar aquella mano. Observé los dedos, las uñas, el dorso. Eran grandes como las de Nick, pero no tanto. Los dedos de Nick eran más anchos. Curtidos.

—No es —dije, recomponiéndome.

—¿Estás segura? —preguntó el forense.

Asentí con vehemencia.

—No son sus manos. Ni su cuerpo. —Les mostré el águila—. Nick no tiene tatuajes, ni siquiera pequeños.

Callé, pensando en dónde estaría entonces su cuerpo.

Me giré hacia la rastreadora que había entrado sin el perro.

—No puedo volver sin él. Buscadlo de nuevo.

—Agente Crowley, ya hemos rastreado el perímetro.

—Hacedlo otra vez.

Parecía sorprendida por la fuerza en mi voz.

—El equipo de rastreo ya ha…

—Otra vez. —corté—. Estuve allí. Vi la sangre. Las marcas. Su cuerpo no puede simplemente desaparecer.

Mantuvo su posición.

—El operativo ya ha cubierto los protocolos establecidos.

—Me dan igual los protocolos, a Nick se lo han llevado y yo no me voy de aquí sin él. Ampliad el perímetro y repetid la búsqueda.

—Con todos mis respetos, no…

Ni siquiera dejé que terminara.

—Si no amplían el perímetro y repiten la búsqueda, filtraré de inmediato a los informativos de mi país que un ciudadano estadounidense ha desaparecido bajo su jurisdicción.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Repetís la búsqueda? —insistí, sin sentir vergüenza por mis formas.

—Ampliaremos el perímetro y llevaremos a cabo una última búsqueda. Pero escúcheme bien, agente Crowley —finalizó tajante —: este será el último rastreo.

—En ese caso, encuéntrelo.

Se dio la vuelta hacia la salida. Cuando abrió la puerta, los malinois levantaron la cabeza. Ambas mujeres desaparecieron por el pasillo y la sala quedó sumida en el silencio. Nosotros íbamos a irnos

también cuando Travis y Phoebe entraron con muy mala cara.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bill.

Travis levantó el reloj. Seguía parpadeando.

—No hay forma de acceder a ninguna señal —explicó Phoebe.

Mason se cruzó de brazos, claramente cansado.

—¿Entonces?

—Volvemos a Nueva York —indicó Travis—. Desde aquí no hay nada que hacer.

—Yo no vuelvo sin Nick.

Me aguantó la mirada.

—Crowley —dijo, haciendo uso de su cargo—, volvemos todos a Nueva York.

—Yo, no —repetí.

Hasta el forense nos miró.

—Estás implicada emocionalmente, y puedo entenderte…

—Si me entendieras estarías ahí fuera buscándolo, no aquí.

Me tiró del brazo.

—¡Nos vamos todos! ¡No voy a dejarte aquí!

Me quité sus manos de encima de un tirón.

—¡Quieras o no, yo no me voy sin él!

Pasé por delante de todos y atravesé el pasillo, dispuesta a buscarlo yo misma. La mano de Travis se me cerró sobre el brazo y me arrastró a una sala vacía. Abrió la puerta de una patada y me empujó adentro.

—¿Qué haces? —maldije—. ¡No me agarres así!

Se pasó una mano por la cara, perdiendo la paciencia.

—Me preocupas —soltó pegado a mi boca—. Entiendo que lo de Nick es…

—¡No entiendes nada!

—¡Claro que lo entiendo! ¡Siento que tu amigo sea un daño

colateral, pero no puedes quedarte aquí!

«Daño colateral». Travis había reducido a Nick a eso.

Apreté los dientes hasta hacerme daño, mientras subía la mirada hasta él. El silencio entre nosotros me pareció peligroso. Éramos como dinamita. Los dos estábamos dispuestos a hacer estallar la mecha, aunque todo acabase volando por los aires.

—Vuelve a llamarlo así y te juro que me olvidaré tu cargo. Y a partir de ahí, esta conversación dejará de ser profesional.

Su mano volvió a cernirse sobre el brazo. Más fuerte esta vez. Intenté soltarme, pero sus dedos apretaron demasiado fuerte alrededor, dejando claro que, si quería, podía inmovilizarme en menos de un segundo. Jugaba con ventaja gracias a mi estado.

—Suéltame. Empiezo a cansarme de que te tomes ciertas libertades.

—Entonces compórtate para que te trate como lo que eres; una agente del SEDS.

—Sabías que vendría a por mí, ¿no es así? Pensaste que nadie saldría herido, que lo tendrías todo bajo control y que así ganarías otra condecoración en tu expediente. ¿Pero al final, qué? Tú sigues sin nada, y por tu culpa, yo he perdido a Nick.

Duró menos de un segundo, pero estuvo ahí: la tensión, ese parpadeo mínimo, la incómoda rigidez cuando alguien toca donde duele.

—Ten mucho cuidado con lo que estás insinuando.

Me mantuve en mi sitio. No pensaba retroceder.

—No estoy insinuando nada. Usaste mi viaje para atraer al Káiser —continué—. Usaste mis permisos para ponerme de cebo. Me usaste a mí, pero el que ha muerto ha sido Nick. ¡Así que no me digas que me calme cuando tú respiras y él no!

Mi tono bajó a uno más frío. Contundente. Un antes y un

después.

—Estás aquí, considerando volver a Nueva York mientras su cuerpo está tirado como un despojo a saber en qué parte de la montaña.

Los ojos de Travis se clavaron en los míos, volviendo el aire irrespirable.

—Ya han peinado el perímetro. No hay rastro de…

—¡Que lo vuelvan a peinar! ¡Que dupliquen los perros, los agentes, los rastreadores!

—¡No estás usando el cerebro, maldita sea!

—¡Tampoco lo usaste tú al dejarnos venir aquí! ¡Encuentra a Nick, encuéntralo porque si él no vuelve, yo tampoco!

La amenaza fue cruda. Irrevocable. Soberbio, Travis se acercó más a mis labios.

—¿Has terminado?

Negué, tragándome las ganas de llorar porque no quería hacerlo delante de él.

—Confié en ti. Y no sabes cuánto me arrepiento.

Con ambas manos, me sostuvo el rostro. La distancia entre nosotros era mínima ahora. Boca contra boca. Mirada al frente. Sus labios rozaron los míos al hablar.

—Estás tan cegada por el dolor que no ves que cada decisión que he tomado ha sido porque confiaba en que era lo mejor para ti.

Su pulgar se detuvo sobre mi pómulo con cierta contención.

—Déjame participar en su búsqueda.

—No debería acceder a esto, pero sé que tampoco podré detenerte. Conseguiré uniformes de rastreo para todo el equipo. Quizá también perros.

Asentí una sola vez.

—Gracias.

—Participarás en la búsqueda —continuó—. Pero bajo mis órdenes.

Acepté.

—Necesitaré mi chaqueta. Quizá los perros puedan identificar en ella el olor de Nick.

Capítulo 33

Brooke

Aparecí por la rampa metálica ya con el equipo de rastreo de alta montaña puesto. Travis, Bill y Mason esperaban en el helipuerto de la base. Me reuní con ellos al mismo tiempo que Phoebe apareció con dos malinois. Tendió una de las correas hacia mí y el perro se quedó mirándome con las orejas altas y el cuerpo en tensión, mientras me olisqueaba como parte del reconocimiento. Bajé a su altura y, tal y como nos habían instruido en formaciones, giré ligeramente el cuerpo para no encararlo de frente.

Mano abierta. Palma hacia abajo. El malinois se acercó, olfateó el aire y luego mi guante. Subió el hocico hasta mi muñeca, donde inhaló en profundidad. Su cola hizo un movimiento corto; aceptación.

—Buen chico.

Deslicé los dedos por el lateral de su cuello, justo donde el arnés rozaba su pelaje. Phoebe metió la mano en la mochila que colgaba de su hombro, de donde sacó una bolsa transparente y sellada. Me

la tendió. Era mi chaqueta.

—Será mejor que no lo abras hasta que lleguemos. El olor se conservará mejor.

El plástico crujió bajo mis dedos. Dentro, la tela estaba rígida por la sangre, lo que me provocó otra arcada. Tragué saliva y guardé la bolsa en la mochila. El malinois, a mi lado, acercó el hocico.

—¿Cómo se llama? —quise saber.

Phoebe no le tocó. Mantuvo las manos deliberadamente neutras, igual que hice yo con el suyo.

—Norbu. Significa joya.

—Me gusta.

No tuvo que decirme que solo yo interactuaba con él, porque ya lo sabía. Cuando habíamos realizado operaciones con perros guía, el vínculo tenía que ser limpio. De un solo referente.

Miré al perro que llevaba Phoebe.

—Kalsang —dijo—. Buena fortuna.

—Ojalá sea así.

Subimos al helicóptero.

Norbu entró pegado a mi pierna sin necesidad de que tirara de la correa. Al lado, Kalsang y Phoebe. Dentro, el aire olía a combustible y metal. Y Bill se encargó de cerrar la compuerta antes de despegar.

Me senté en el lateral, aseguré el mosquetón y apoyé una mano firme sobre el lomo de Norbu. El perro se sentó al lado de mi pierna. Cuando ganamos más altura, miré por la escotilla. La montaña se extendía implacable, hasta que apareció lo que quedaba del monasterio. Donde antes había muros, banderas y tejados, ahora solo había una estructura derruida sobre sus propios cimientos, con columnas de humo gris que escapaban aún entre las vigas caídas.

El helicóptero descendió en una espiral controlada, sin llegar a posarse del todo.

—¡Todos fuera! —ordenó Travis.

Salté con Norbu. La nieve crujió bajo mis botas. Phoebe cayó a mi izquierda con Kalsang. Bill y Mason saltaron a la vez, cubriendo nuestra posición desde los laterales. Y Travis hizo un rápido análisis del terreno. En cuanto se estabilizaron los pies, me dirigí a la entrada del monasterio con Phoebe. Delante de nosotros ya solo quedaban ruinas y cenizas.

—Vamos, Norbu.

Toqué instintivamente la pistola que me habían dado con el uniforme de rastreo, asegurada en el cinturón. Entrar al monasterio no era una opción. Tampoco tenía sentido hacerlo. Si a Nick se lo había llevado un oso, o el depredador que fuese, estábamos ante la única salida.

Tensé la correa de Norbu y bajé la mochila de mi hombro. Saqué la bolsa sellada, la abrí y busqué la zona que más próxima pudiera haber estado a Nick antes de que me arrancasen de sus brazos. Los malinois cambiaron la posición de las orejas en el mismo instante en el que coloqué la prenda frente a sus hocicos. Reconocieron mi olor primero. Luego el de Nick. Incidí en su rastro hasta que Kalsang y Norbu se tensaron bajo el arnés.

Rastro identificado.

—Ya lo tienen —observó Phoebe.

La respiración nasal de los caninos se volvió rítmica durante el rastreo. Los minutos pasaron dolorosamente lentos hasta que Norbu dio un pequeño giro hacia un lateral, en dirección al mismo camino por el que Dawa nos había guiado esa mañana. Kalsang se unió a Norbu con la nariz adherida a la nieve.

Bill, Mason y Travis nos siguieron. Avanzamos por el sendero, confiando en el olfato de los perros hasta que Phoebe señaló unas marcas en el suelo. También había pisadas.

—Mira esto.

Eran hundimientos profundos. Demasiado grandes para ser de cabras. Demasiado limpias para un oso. Phoebe se agachó sin tocar el suelo, recorriendo con los ojos aquellas huellas extrañas. Norbu tiró con más insistencia, trazando un semicírculo con el hocico. Lo hizo donde la nieve estaba más pisada. Mi desconcierto iba en aumento. Pero entonces, Phoebe y yo lo vimos. Pequeñas gotas oscuras salpicaban la nieve, parcialmente cristalizadas por el frío. Limpias. Espaciadas. Saqué otra vez la chaqueta y volví a acercarla a los perros. Los hocicos pasaron de la prenda a las gotas de sangre.

—Meyer —llamé a Phoebe—, ¿es de Nick?

Mi compañera observó el comportamiento de los perros antes de responder. Norbu había vuelto a tensarse. Su nariz se movía en ráfagas cortas, pasando de la chaqueta a la sangre, y de nuevo a la chaqueta. Kalsang hizo lo mismo. Travis, Bill y Mason esperaron detrás, sin interponerse en el rastro. Norbu comenzó a tirar hacia delante. Quería seguir. Kalsang se alineó con él; nariz baja, cola firme.

—Por sus reacciones, podría ser —respondió Phoebe.

Vi que en esa zona no había signos de arrastre. Tampoco restos. Solo huellas profundas de un animal que no conseguía identificar y al lado, pisadas de una persona. Era imposible que Nick, en su estado, hubiese podido caminar.

—¿Teorías? —pedí.

Bill se acercó a nosotras.

—Parecen de un animal grande, quizá uno de carga. ¿Podría tratarse de yaks?

—Es una posibilidad. —Travis se unió a la hipótesis—. En esta zona siguen usándolos como animales de carga. Incluso dentro de áreas protegidas.

Mason recorrió la ladera que ascendía entre árboles, rocas y nieve.

—¿Qué áreas protegidas?

Travis le dio la respuesta.

—Algunas áreas protegidas albergan aldeas autorizadas bajo regulación. Usan los yaks como transporte de heridos, mercancía, incluso en evacuaciones.

Bill también aportó su grano de arena.

—Si alguien de una aldea cercana lo encontró, quizá pudo sacarlo del monasterio antes de que llegáramos.

Norbu tiró con fuerza, arañando la nieve, lo cual significaba que ya no estaba buscando un rastro, sino siguiéndolo. Kalsang hizo lo mismo, mientras Phoebe estudiaba las gotas parcialmente cristalizadas.

—Son de hace cinco o seis horas como mucho.

Cinco o seis horas, con la cantidad de sangre que había perdido Nick, significaban una muerte segura.

—Vamos —pidió Phoebe—. Hay que seguir a los perros.

Los seguimos por las cumbres heladas hasta que el terreno comenzó a cambiar a uno menos rocoso, con montículos de piedras apiladas en vertical. Los perros aceleraron la marcha, tirando hacia una pequeña aldea encajada en la ladera con tejados bajos, humo saliendo de chimeneas de piedra y una hilera irregular de rocas que limitaban el terreno. Los malinois tiraron hacia la entrada, pero antes de continuar, Travis informó de nuestra ubicación al otro equipo de rastreo por el comunicador.

—Habla Holmgren. Ubicación enviada, confirmad jurisdicción del área.

La voz de una de las rastreadoras se oyó por el manos libres.

—Negativo. Es una aldea protegida, no se autoriza la entrada.

Lo miré suplicante. No era posible que hubiésemos hecho todo este recorrido para ahora no poder continuar. Estaba agotada, golpeada y con signos de deshidratación porque en la base, las últimas horas las había pasado vomitando. Norbu y Kalsang siguieron. Travis vio a los perros, la línea de rastro, mis manos temblorosas sujetando la correa. Su mandíbula se tensó antes de volver al comunicador.

—Solicito excepción por emergencia vital de ciudadano estadounidense herido de gravedad.

—Acceso denegado —repitió—. No se puede entrar sin autorización del consejo local.

Norbu y Kalsang volvieron a arañar la nieve. Travis se llevó una mano al entrecejo, sopesando sus siguientes palabras. Cuando por fin habló, lo hizo con todo el peso de la ley.

—Bajo la normativa internacional de búsqueda y rescate en montaña, si existe probabilidad de que el sujeto sobreviva, es prioridad absoluta la preservación de su vida. Lo cual prevalece sobre cualquier restricción.

—Holmgren, no hay probabilidad de que sobreviva un muerto.

—Eso ya no es una certeza —replicó Travis—. ¿Va a impedirnos el acceso habiendo una posible vida en riesgo?

Hubo un silencio demasiado largo, pero cedió.

—Queda prohibido el uso de armas de fuego salvo amenaza directa e inminente contra la vida. Prohibida cualquier actuación coercitiva sobre los aldeanos. Y prohibido dañar estructuras, ganado o símbolos religiosos. ¿Entendido?

—Entendido.

—Entrada autorizada, Holmgren. Cualquier incidente diplomático recaerá sobre su mando.

Travis me miró antes de responder por el comunicador.

—Queda claro.

Lo apagó y se apartó para que Norbu y Kalsang siguieran avanzando.

Capítulo 34

Nick

El fuego del monasterio, antes de que Dawa apareciera, había sido sustituido por el olor a hierbas y a manteca. El techo que ahora se cernía sobre mí era bajo, de vigas oscurecidas por los años. La luz se filtraba desde un lateral, traspasando telas de colores que colgaban como banderas. Tardé unos segundos en recordar dónde estaba y cómo había llegado a esta aldea. Recordé a Dawa, soltando una maldición no sé si en nepalí o en tibetano, de la cual no entendí nada. Sus manos, callosas, presionaron mi costado al ver la herida abierta cuando me encontró en el monasterio, después de que esos hombres se llevaran a Brooke y me dejaran allí tirado.

Dawa había dicho que el dolor había caído sobre mí como la nieve sobre la montaña. Y que fue él quien guio a los hombres hasta el monasterio por miedo, después de que lo amenazaron con quemar las aldeas. Jamás olvidaría el terror en sus ojos cuando me vio la K sangrante en el pecho, el fuego y los cadáveres de los monjes. Dawa había tirado con fuerza de mí, logrando arrastrarme

por el patio apenas unos centímetros. Luego se alejó hacia la puerta e hizo unos sonidos extraños. De entre los árboles, un animal que supuse que era un yak —por las descripciones de Brooke— emergió entre el humo. Era una masa oscura, con el lomo cubierto de escarcha y una campanilla atada a su cuello. Sus pezuñas se hundían a medida que avanzaban hacia el interior del patio.

Dawa le hablaba en voz baja, en una lengua que yo no comprendía. Fue irreal ver cómo apoyó su cabeza contra la del animal mientras lo acariciaba como haría yo con Lúpulo y Cebada. El yak se había arrodillado después de eso con docilidad. Las manos de Dawa se movieron con agilidad, sacando de su mochila vendas gruesas, telas, sal y hierbas. Supuse que era lo que llevaba en las excursiones por si alguien se lesionaba. Cuando las hierbas entraron en contacto con mi carne, sentí que la piel ardía. Pero no se apartó. Añadió más presión antes de rodear mi torso en vendas.

El guía trató de levantarme, pero mi peso muerto resbalaba entre sus manos. Volvió a intentarlo, cambiando de posición, y lo consiguió cuando las llamas comenzaron a avanzar peligrosamente hacia nosotros. Apoyó la palma sobre mi hombro antes de dar unas palmadas al yak para que avanzara.

—La montaña aún no ha decidido llevarte, Nickolas. —Eso fue lo que dijo.

Ató cuerdas a mi alrededor, para que no me cayera del animal y nos alejamos del monasterio. Dawa caminó a mi lado. Entonces, recordé que también había oído un sonido distinto. Al principio pensé que era otro delirio del dolor, pero el ritmo se repitió. Era mecánico, como aspas. Tumbado sobre el animal, había alzado la vista al cielo. Las campanillas de los yaks siguieron sonando y luces blancas aparecieron sobre la ladera.

Un helicóptero.

A partir de ahí, los recuerdos me llegaban en fragmentos. Sé que Dawa gritó, intentando llamar su atención, pero las aspas siguieron golpeando el aire mientras se alejaban a toda velocidad. El sonido tardó unos segundos en desaparecer entre los picos. No redujo la altura. No buscó tierra. El helicóptero se alejó, y mi conciencia me abandonó antes de que se convirtiera en un punto lejano en el cielo.

Los recuerdos se deshicieron como humo. Eso era lo último que recordaba, y ahora ni siquiera sabía dónde me había traído Dawa. Miré, sin moverme, la camilla improvisada en la que yacía tumbado. Era de madera y cuerdas, con pieles gruesas por debajo de mi espalda para aislar el frío del suelo. Otro recuerdo vino a mi memoria: Brooke. Respirar dolió. Y no era un dolor limpio, sino uno profundo. Cada inspiración llegaba corta, insuficiente, y soltar el aire era aún peor. Tenía vendados el torso y parte del pecho. Intenté mover una mano, pero no lo conseguí. De hecho, los dedos apenas se tensaron sobre la piel. Delante de mí, un anciano encorvado machacaba algo con movimientos rápidos en un cuenco de madera. Debí hacer algún ruido, porque se acercó y apoyó los dedos en mi cuello, comprobando mi pulso. La vista se me estrechó por los bordes, volviéndose negra. Y a pesar de las pieles, tuve frío. Uno que empezaba en el centro del cuerpo y se extendía despacio hacia las extremidades.

El anciano se inclinó más. Sus ojos buscaron los míos con urgencia, moviéndome la cabeza para obligarme a fijar la mirada mientras decía palabras que no entendía. Luego, sus dedos me golpearon suavemente las mejillas. Una vez. Otra. Intenté enfocar su rostro, pero no pude, porque Brooke apareció como si alguien la hubiera dibujado a base de pinceladas sobre el aire. Sabía que ella no estaba conmigo, pero la mente había conseguido recrearla hasta que mis mejillas fueron golpeadas de nuevo por el anciano, borrando

aquella ilusión. Seguí sin entender ni una palabra de lo que decía, pero comprendí que estaba más cerca de la muerte que de la vida cuando salió corriendo con torpeza, a pesar de su edad, gritando el nombre de Dawa.

Aproveché para buscar consuelo, desesperado por encontrar un último refugio en mi memoria. Por eso volvió su imagen, aunque supe que no era real. Lo supe en algún rincón muy profundo de mi ser, pero la mente reconstruyó a Brooke igualmente. Nítida. Bella. Su cabello oscuro rozando su mejilla. Y esa mirada intensa que siempre parecía desafiar al maldito mundo. Un último refugio. Un último lugar donde no me dolería tanto respirar.

El anciano volvió con Dawa.

—¡Nickolas! —exclamó el guía.

Noté otra vez aquellas manos en las mejillas, pero esta vez, no dejé que la imagen de Brooke se resquebrajara. Me centré en su rostro, ignorando los ladridos de los perros que se oían de fondo, aunque eso no tuviera ningún sentido. Al fin y al cabo, yo no tenía perros, solo a Lúpulo y Cebada. Y Lúpulo y Cebada eran cerdos.

Cerré los ojos y dejé que la mente regresara donde se sentía a salvo, porque tenerlos abiertos ya me dolía demasiado. Así que me rendí a la ilusión de Brooke. Si aquello era la antesala de la muerte, al menos me iría en paz pensando en ella.

Capítulo 35

Brooke

El arnés vibró bajo el cuerpo de Norbu mientras avanzaba entre pequeñas casas de piedra. Las campanillas de unos yaks sonaron a unos metros de nosotros y varias figuras salieron de aquellas viviendas al vernos irrumpir en la aldea. Ancianos. Mujeres. Niños.

Las construcciones eran simples, levantadas con bloques irregulares. De poca altura, compactas. Los aldeanos nos observaban temerosos. Sus rostros, curtidos por el frío y la altitud, lucían una piel más tostada. Vestían ropas gruesas de pieles y lana. Las mujeres llevaban pañuelos de colores sobre la cabeza. Y los niños, envueltos en prendas demasiado grandes para sus cuerpos, se escondieron detrás de los adultos cuando pasamos por delante de ellos. Los perros tiraron de la correa en dirección a los yaks, que permanecían agrupados junto a un cercado. Eran enormes. Mucho más grandes de lo que imaginaba. Sus lomos se alzaban casi a la altura de mi pecho, algunos, me atrevería a decir que podían llegarme por la cabeza. Su pelaje espeso colgaba en mechones

largos, algunos rozando la nieve. Alzaron las cabezas al acercarnos.

Norbu llegó el primero, y tiró hacia uno de los yaks. El más grande. Me acerqué al animal, y entonces, vi las manchas oscuras sobre su pelaje; sangre.

—¿Es de Nick?

Nadie dijo nada.

—Vamos. —Phoebe me animó a seguir.

Bill, Mason y Travis vinieron con nosotras. Los perros nos llevaron hacia una casa de piedra separada de las demás, de la que salía una franja de humo por una pequeña abertura del tejado. Olía diferente. Norbu y Kalsang ladraron con una urgencia histérica. Y en ese momento, cuando nos acercamos, la cortina que hacía de puerta se abrió desde dentro. Vimos a un anciano y… a Dawa.

La sangre me subió a la cabeza en un segundo. Di mi correa a Phoebe, enfundé la pistola y fui directamente a por el guía.

—¡Tú!

Retrocedió al reconocerme y la aldea se llenó de gritos cuando apunté con el arma directamente a la cabeza.

—¡Tú nos tendiste la trampa en el monasterio!

Sus ojos se abrieron con miedo. Y mi dedo ya estaba moviéndose hacia el gatillo cuando…

—Crowley, no. —Travis impidió que disparara.

Me quitó el arma. Y por un segundo lo odié.

—¡Nos vendió! ¡Fue él!

Dawa se arrodilló ante mí. Detrás de él, el anciano nos miró con una angustia evidente. Travis me sostuvo, logrando contenerme.

—Estás en una aldea protegida —murmuró en mi oído—. Tierra sagrada.

—¡No me importa! ¡Ayudó al Káiser!

Intenté arañar, golpear, morder. No quería oírlo, quería justicia.

—Me obligaron —confesó arrepentido, aún de rodillas—. Me amenazaron con arrasar la aldea si no os llevaba al monasterio. No sabía qué querían, ni todo lo que harían.

Los perros tiraron hacia la caseta. Y Dawa señaló hacia el mismo sitio.

—Lo saqué antes de que el fuego lo alcanzara. —Su voz tembló —. Lo traje aquí. Hemos hecho lo que hemos podido.

—¿Nick está aquí?

Asintió. Travis aflojó su agarre, permitiéndome correr hacia el interior de la construcción.

Nick estaba allí, con las vendas que cubrían su piel empapada de sangre. Las piernas me fallaron en ese momento, haciendo que cayera de rodillas a su lado.

—Nick…

Mi voz apenas fue un hilo roto.

—¡Nick…! —repetí más fuerte.

El anciano entró con Travis, cogió un cuenco con hierbas y comenzó a recitar cánticos en una lengua que no entendí.

—El helicóptero estará aquí en tres minutos.

Moví la cabeza en un gesto afirmativo. El anciano intentó acercarse a Nick, pero no quise que lo tocara.

—¡No! —Mi cuerpo hizo de escudo—. ¡Déjalo!

Le acaricié la barbilla con manos temblorosas. Las lágrimas me empaparon las mejillas, mientras el anciano seguía con los cánticos y el cuenco entre las manos. Dawa entró acompañado de Bill y Mason.

—Meyer se ha quedado fuera con los perros —explicó Mason—. El teléfono de Nick está roto, Dawa nos lo ha entregado.

Ninguno apartó los ojos del cuerpo.

Ni siquiera Bill cuando habló.

—Dice que en la aldea nadie tiene móviles, tampoco red. Por eso lo trajo aquí a lomos de un yak.

Las explicaciones ya no me servían de nada. A Nick tampoco. Seguí deslizando los dedos por su barbilla como si soltarlos significara aceptar que se estaba apagando. El anciano se arrodilló al otro lado, con aquella pasta de hierbas ahora en la mano.

Empujé su muñeca antes de que pudiera tocarlo.

—Son medicinales —intervino Dawa.

Lo miré como si estuviera loco.

—¡¿Para qué quiere hierbas un muerto?! —grité—. No quiero que nadie lo toque. ¡Nadie!

Dawa señaló al anciano.

—Es curandero. Las hierbas ayudan a detener la hemorragia y evitan que la infección entre en la sangre. Nickolas aún está aquí.

El anciano habló otra vez, y Dawa tradujo.

—Dice que su alma está ahora entre dos mundos. Cree que es bueno hacerle otra cura antes de que os lo llevéis.

Las vendas viejas, empapadas en sangre, eran la prueba de que las heridas eran demasiado graves. Llevé la mano a su pulso, comprobando que decía la verdad; Nick no había muerto. Y eso era un milagro.

—Sálvalo —supliqué, sin separarme de él.

Le besé las manos, acaricié su cabello y le hablé como si pudiera oírme mientras dejé que le cambiaran las vendas. Vi la piel abierta y oscurecida por la sangre seca. En su pecho, justo encima del esternón, reconocí las desgarradoras incisiones; líneas claras y profundas que formaban una K. La letra, tallada en su carne, había acumulado sangre seca en los bordes de la herida. El Káiser lo había marcado como si fuera ganado, pero nada de eso importó cuando el cuerpo de Nick se sacudió en un espasmo violento. El aire salió de

sus pulmones en un jadeo que sonó húmedo, haciendo que la sangre traspasara las vendas nuevas.

Travis se arrodilló para examinar a Nick.

—¡Está entrando en colapso!

El anciano retomó los cánticos, y Dawa le acompañó. Nick tosió un hilo de sangre oscura, que se quedó pegada en la comisura de sus labios. Le sujeté su rostro entre las manos, mientras oía las aspas del helicóptero.

—¡¿Nick?! ¡¿Nick?!

Le di unas palmadas en la cara, buscando una reacción, la que fuera. Pero no pasó nada.

—¡Maldita sea, Nick!

Phoebe entró corriendo con los perros, alarmada por mis gritos. Norbu entró primero, tirando con fuerza del arnés. Kalsang detrás de él. En cuanto vieron el cuerpo en el suelo, los animales emitieron gemidos inquietos. Phoebe tiró de la correa cuando Norbu intentó acercarse más. Bill, Mason y Travis consiguieron hacer tapón con las vendas. Y el helicóptero hizo vibrar la tierra y las paredes.

—¡Hay que subirlo! —indicó Travis—. Coged cada uno de un extremo de la camilla. Ahora.

Vi su pecho hundirse con otro jadeo, y durante un segundo horrible pensé que había sido el último.

—¿Nick…?

Lo sacudí con desesperación mientras se lo llevaban.

—¡Nick!

Phoebe aseguró las correas de los perros en su brazo, para ayudar en el traslado.

—¡Con cuidado! —pidió a los compañeros.

Salimos al exterior. El helicóptero ya había descendido sobre un claro de la aldea, obligando a los aldeanos a apartarse.

—¡Más rápido! —exigió Travis.

Entre los cuatro, avanzaron con él hasta la aeronave. No me separé de Nick ni un segundo. Ni siquiera cuando lo subieron.

—Base, aquí Holmgren —dijo a través del comunicador—. Necesitamos inmediatamente un equipo médico, atención en pista. —Puso dos dedos sobre el cuello de Nick—. Superviviente en estado crítico.

Bill y Mason aseguraron los palos de la camilla con unas correas de anclaje cuando el helicóptero se puso en marcha. Travis abrió el botiquín, del cual sacó con ayuda de Phoebe los guantes, gasas, suero y otras cosas. Phoebe me cogió las manos y me obligó a ponerlas sobre la herida más profunda de Nick.

—Presión constante aquí.

Presioné por inercia, con las lágrimas nublándome la visión. Mientras, Travis colocó un monitor en su dedo. La pantalla tardó en reaccionar, pero acabó apareciendo una línea irregular.

—¡Pulso muy débil! ¡Todos aquí, se nos muere!

Bill logró canalizar una vía en el brazo. Con ayuda de Mason, conectó el suero. El líquido transparente empezó a descender lentamente por el tubo mientras el helicóptero atravesaba las cumbres. El monitor emitió un sonido irregular y todos miramos la pantalla.

La expresión de Travis se endureció.

—Está entrando en shock hemorrágico.

Percibí que el pecho de Nick apenas se movía ya bajo mis manos. La sangre seguía filtrándose por las vendas a pesar de la presión. Phoebe revisó el botiquín, en busca de alguna opción.

—¡No llevamos bolsas de sangre! —lamentó—. Pierde demasiada. ¡El suero no es suficiente!

El monitor volvió a pitar. Y la mirada de Phoebe me lo dijo todo.

El cerebro comenzó a funcionarme a una rapidez vertiginosa. Miré el brazo de Nick. El tubo de suero. La sangre que empapaba las vendas.

—Soy O negativo —recordé, aunque Phoebe ya lo sabía—. Compatible.

—No, Crowley —descartó Travis—. No tenemos equipo de transfusión direc…

Antes de que acabara la frase, yo ya estaba revisando el contenido del botiquín. Es verdad que no había un equipo de transfusión directo completo, pero había lo suficiente como para improvisar. Así que cogí la jeringa de mayor capacidad y un conector.

—Ahora mismo me dan igual los protocolos y los mandos —advertí a todos—. Voy a hacerlo.

Travis intentó que entrara en razón.

—¡Estás demasiado débil! ¡Con signos de deshidratación!

—¡No me importa!

Di las cosas a Phoebe.

—Hazlo —pedí.

—Davis —llamó Phoebe a Bill, ignorando la mirada de Travis—, presiona la herida.

Me quité la parte superior del uniforme de rastreo y extendí el brazo.

—Podemos probar de brazo a brazo —sugirió Phoebe, aunque no parecía segura.

Colocó el torniquete con manos rápidas y la aguja entró directamente en mi vena. Phoebe apretó más, con la aguja ya dentro y conectó el tubo transparente. Mi sangre recorrió el conducto. Antes de que llegara al final, Phoebe unió el otro extremo a Nick, con un pequeño conector del equipo del suero. Ahora, el tubo unía nuestros brazos y mi sangre empezó a avanzar por él,

impulsada por la presión de mis propias venas hasta entrar lentamente en su vía. Elevé el brazo para que la sangre avanzara más rápido.

—Phoebe —observé—. Se va a coagular. Ponme heparina.

Enseguida cogió una jeringa.

—Anticoagulante. —Pinchó—. Ya está.

Aguanté los minutos como pude, ignorando el primer síntoma de mareo. Hice lo mismo con el segundo. Antes de que llegara el tercero, acaricié la mano de Nick, llevándomela a la mejilla.

—¿Estás bien?—oí que me preguntaba Bill.

Asentí. Últimamente decía muchas mentiras, pero esta merecería la pena por encima de todas.

—Estoy bien.

Aguanté hasta que las voces comenzaron a sonar lejanas.

—¿Crowley? —Era Phoebe.

—¿Cuánto falta? —pregunté, haciendo un gran esfuerzo por seguir consciente.

—Medio minuto —confirmó Mason.

El helicóptero descendió. A través de la escotilla, vi gente con batas blancas corriendo hacia nosotros. Médicos. Camillas. El mareo me golpeó con más fuerza.

—Mírame —pidió Phoebe—. No puedes seguir con la transfusión.

—Sí puedo. Nick me necesita, y yo lo necesito a él.

Me desmayé sin soltar la mano de Nick, en el mismo momento en que el helicóptero tocó suelo y la compuerta se abrió de inmediato. Lo último que percibí fue el aire helado y las voces de los sanitarios antes de que todo se desvaneciera.

Capítulo 36

Brooke

Me despertó un pitido constante. Abrí los ojos, pero los volví a cerrar porque la luz blanca del techo me molestaba. Tardé unos segundos en volver a intentarlo. Esta vez, entrecerrando los párpados para acostumbrarme poco a poco a la claridad. A mi lado había un monitor. En la pantalla se veía una línea irregular que subía y bajaba acompañada del pitido que me había despertado. Seguí el cable que iba hasta la mano con varias vías conectadas a las muñecas. Me fijé en la estancia, parecía un hospital. Mi último recuerdo fue en el helicóptero, en el Himalaya, después de encontrar a Nick. Pero esta sala pertenecía a la unidad médica de la base del SEDS de Nueva York.

Traté de incorporarme, pero una mano firme, que apareció desde el otro lado, me empujó de vuelta a la camilla.

—No hagas eso —exigió Travis.

Lo miré. Estaba sentado a mi lado, en una silla. Tenía el cabello despeinado y el uniforme arrugado. Volví a mirar la habitación,

reafirmando mis sospechas: no estaba en un hospital civil, sino en el SEDS.

—¿Qué hago aquí? —pregunté—. ¿Cómo he llegado? ¿Cuándo? ¿Y Nick? ¡¿Dónde está Nick?!

Se inclinó desde su asiento.

—Llegamos hace dos días. Yo mismo le sugerí al equipo médico que te sedaran para que pudieras descansar.

Arranqué las vías conectadas a mi cuerpo.

—¡Responde a lo demás!

—Aterrizamos en el helipuerto de la base del Himalaya. Nick fue trasladado directamente a quirófano.

—¡¿A quirófano?!

Me tomó la mano.

—Tenía una hemorragia interna, la navaja había entrado por debajo de las costillas y atravesado el diafragma. Los médicos lograron detenerla, drenaron el pulmón y consiguieron estabilizarlo para el traslado a Nueva York. Meyer se ocupó con Dawa de recuperar vuestras pertenencias antes de que iniciáramos el vuelo.

El equipaje no me importaba.

—¿Ha sobrevivido? —pregunté sin rodeos.

—Sí.

Sentí cómo el pecho se me abría en canal al inspirar por primera vez sin tanto peso. Intenté bajar de la camilla, mientras la oscuridad se disipaba, pero las piernas me fallaron al tocar el suelo. Travis reaccionó rápido y me sujetó antes de que me cayera. La oscuridad regresó por los bordes de mi visión.

—Tienes que descansar.

Presionó ligeramente con sus dedos en el brazo.

—Quiero verlo.

—Apenas puedes mantenerte en pie. Sigues bajo los efectos de

los sedantes.

—Entonces tráeme una silla de ruedas.

Travis me aseguró en la cama, antes de salir al pasillo. Llamó a uno de los sanitarios e intercambió con él unas palabras en voz baja. El médico me observó desde la puerta, antes de asentir. No pasaron ni dos minutos cuando apareció con una silla de ruedas. Travis la empujó hasta mí, y me cogió en brazos para sentarme en ella. Mis manos se cerraron sobre los reposabrazos mientras me llevaba por el hospital.

Se detuvo frente a una puerta de cristal. Desde fuera, se veía un panel electrónico que marcaba las constantes vitales de Nick. Nick permanecía tumbado, conectado a más cables de los que podía imaginar. La pantalla marcaba su pulso, lento, pero constante. Tenía un tubo de oxígeno bajo la nariz, vendajes gruesos y apósitos cubriendo casi todo su torso. A pesar de la debilidad provocada por los sedantes, me levanté de la silla. Esta vez, Travis no me detuvo. Cuando pasé junto a él, puso su huella en el lector para abrir la puerta y esperó a que yo entrara. Sus ojos recorrieron la estancia, pero cuando me detuve frente a la cama de Nick, Travis salió. La puerta se cerró tras él.

Avancé hasta la cama y me senté en el borde. Nick tenía hematomas en todas partes. Miré la zona exacta en la que la navaja había entrado bajo sus costillas. Nick había estado a punto de morir. Y yo había descubierto lo que dolía haber estado a punto de perderlo. Le cogí las manos y las besé. Sus dedos permanecieron inmóviles con los míos, pero el calor de su piel estaba ahí. Siempre me habían gustado los contrastes, sobre todo los de temperatura, porque eran el privilegio de los vivos. Y Nick lo estaba.

—Cabeza de chorlito… —murmuré, acariciando sus dedos.

El monitor siguió marcando el pulso.

—Te di el rastreador para que te encontraran, y te desprendiste de él.

Mis ojos se detuvieron en las vendas de su torso. Bajo ellas, estaban las suturas y todo lo que la navaja había destrozado. Recordé el momento exacto, aquel sonido húmedo cuando la hoja se hundió en él.

—Pensé que te había perdido —continué en un susurro, apoyando la frente contra sus dedos—. Pensé que habías muerto.

Las palabras se quedaron en el aire, suspendidas apenas en un hilo de voz.

—Lo último que me dijiste fue que me querías.

El recuerdo seguía clavado en mi mente. Su pulgar rozándome el labio. La voz quebrada. El beso.

—Siempre tienes que hacer las cosas al revés, ¿verdad?

Apoyé la espalda con cuidado contra el borde de la cama, sin soltarlo. Y me tomé la libertad de colocar mi cabeza sobre su hombro, con mucho cuidado.

—Yo también quiero decirte algo.

Volví a llevar sus dedos a mi frente. Después me los apoyé sobre la mejilla, como si fuera él el que me acariciaba.

—Yo también te quiero, cabeza de chorlito.

El silencio volvió a llenar la habitación, aunque esta vez, no era un silencio vacío. Era el de dos personas que seguían respirando. Y entonces, lo sentí. Un roce suave en la mejilla. Los dedos de Nick acababan de moverse, aunque mi cerebro tardó unos segundos en procesarlo. Levanté la cabeza hacia él.

—¿Nick?

Abrió los ojos. Durante un instante permaneció en silencio, mirándome como si estuviera comprobando que mi presencia y la suya no fueran fruto de un sueño. Sus labios se movieron y aunque

su voz salió débil, fue inconfundible.

—Nena, estás bien —se emocionó.

Yo también.

—Y tú —lo abracé.

Las lágrimas me nublaron la vista antes de que pudiera evitarlo, pero esta vez de felicidad. Nick movió el brazo, y el gesto le costó. Cuando su mano me acarició la espalda, me atrajo más hacia él.

—¡Nick! —repetí sin creérmelo.

Me incliné sobre él y rodeé su cuello, abrazándolo con todas mis fuerzas y con un extremo cuidado a la vez. ¡Nick estaba vivo! ¡Vivo! Él soltó una risa cansada, manteniendo la mano fija en mi espalda.

—Nena… Tal vez… ¿Podrías no ahogarme?

Mierda. Aflojé el abrazo, recordando su estado.

—Me han apuñalado recientemente —bromeó, señalando las vendas—. Por si no lo recuerdas.

Y, en ese momento, estallé. Una risa me brotó del pecho sin ningún tipo de contención. Me llevé una mano a la boca, intentando contenerla, pero fue imposible. Las lágrimas me siguieron cayendo por las mejillas mientras reía como si acabara de soltar el peso más grande del universo. No era una risa elegante, sino la de alguien que había estado al borde del abismo.

Le di un puñetazo leve en el hombro.

—¡Au! ¿Eso a qué ha venido?

Lo señalé con el dedo índice.

—¡Por tonto del culo!

Parpadeó. Y le di otra vez.

—¡Por el rastreador! ¡Te lo tenías que quedar para que fueran a por ti!

—Ah… Eso.

—¿Ah… Eso? Podrías haber muerto.

—Nena, ya estaba muriéndome —murmuró—. ¿Sabes? Si sé que vas a regañarme y pegarme, a lo mejor me hubiera quedado en el convento a riesgo de que otra cabra me reventara el culo.

Le di otra vez.

—Era un monasterio, no un convento.

Sus dedos buscaron las costillas, haciéndome cosquillas.

—¡Ni se te ocurra! —advertí.

No sé de dónde sacó fuerzas para sujetarme, pero sus dedos se movieron rápido sobre mi costado.

—¡Nick! ¡Estás herido, no deberías…!

Aunque apenas podía moverse, consiguió hacerlo otra vez.

—Nena, conozco tus puntos débiles.

Reí sin poder evitarlo, doblándome con cuidado a su lado. Y aunque podría haberme apartado, no lo hice.

—¡Para! ¡Para, Nick!

Arqueó ligeramente las cejas.

—¿Qué pasa? ¿La agente especial Brooke Crowley tiene cosquillas?

Le sostuve la muñeca.

—Eres tonto del culo.

—Sí, nena —asumió—. Soy tonto del culo, un cabeza de chorlito, y lo que quieras. Después de que una cabra me embistiera, ya no hay nada que me dé vergüenza.

La chispa seguía en sus ojos, pero, debajo, pude ver algo más profundo.

—¿Y sabes qué? —preguntó—. Que todo lo que dije allí era cierto.

Su pulgar me rozó los nudillos.

—Te quiero. Y después de sobrevivir a una puñalada, a un monasterio en llamas y a un grupo de dementes que nos querían

matar —puntualizó—, creo que puedo sobrevivir a quererte.

Los ojos se me humedecieron ligeramente.

—¿Aunque mi trabajo consista en correr hacia el peligro?

—Jamás querré que dejes de correr hacia el peligro. Porque si lo hicieras, dejarías de ser tú.

Lo dijo sin dramatismo.

—Lo digo en serio, nena. Tu trabajo siempre va a ser una locura, pero eso no cambia lo que siento por ti desde que éramos dos críos jugando a hacer guerras de almohadas.

Una sonrisa se me dibujó en los labios.

—Siempre te ganaba.

Fue una frase infantil. Exactamente el tipo de frase que se decía cuando la persona no sabe qué hacer con todo lo que está sintiendo. Sus dedos siguieron moviéndose sobre los míos, como si necesitara asegurarse de que los dos estábamos bien. Yo, por mi parte, me quedé mirándolo sin saber cómo gestionar ya no solo las emociones, sino el calor que me subía por el cuerpo.

—Nena.

—¿Qué?

—Travis te quiere. No sé en qué punto estáis, pero no quiero ser el tipo de persona que destroza una relación.

Su pulgar volvió a rozarme los dedos antes de seguir.

—Te quiero de muchas maneras. Eso no ha cambiado ni creo que pudiera cambiar jamás, pero tampoco quiero hacer daño a nadie.

Sus ojos se detuvieron en mis labios. Y entonces, muy despacio, me tiró de la mano.

—Si quieres seguir con él, lo entenderé. Ante todo, eres y serás mi mejor amiga. Mi apoyo incondicional. Y, en ocasiones, también un grano en el culo bastante persistente.

El movimiento fue pequeño, torpe por la debilidad. Nick no

parecía haber pensado en lo que estaba haciendo. Simplemente hizo lo que yo no me había atrevido a hacer. Su mano subió hasta la nuca con una lentitud cuidadosa, como si esperara que me apartara. No lo hice. Ni siquiera cuando su frente rozó la mía. Después de haber estado a punto de perderlo, verlo respirar me parecía un milagro.

Los tubos de oxígeno descansaban bajo su nariz. Sus dedos tiraron suavemente de mí, acercándome a su boca. Fue un beso lento, casi tímido. Como si ambos estuviéramos comprobando que aquello era real. Al separarnos, mi mirada se desvió un instante hacia el cristal. Había olvidado que Travis estaba allí, observándonos desde el otro lado. Podía vernos, y antes eso habría bastado para apartarme, pero había creído que Nick estaba muerto. Había sentido el verdadero terror, que es muy diferente al miedo. Así que no pensé. Volví la vista a Nick y me incliné sobre él. Esta vez el beso fue más firme. Deslicé los dedos por su nuca con cuidado de no llevarme ninguna vía. Exhaló contra mis labios mientras los suyos se movían con más seguridad que antes.

—¿Sabes, Brooke? —Acarició mi mejilla—. Soy un cabeza de chorlito con suerte.

Lo miré con curiosidad.

—Ah, ¿sí?

Llevó una mano a las vendas del pecho.

—Sí. Después de todo, estas cicatrices van a ser el recuerdo más bonito de mi vida.

Deslicé los dedos suavemente por su pecho.

—¿Por qué?

—Porque, aunque las lleve yo en la piel, son nuestras.

Parpadeé.

—No entiendo.

—La mayoría de la gente odia las cicatrices como si fueran lo

peor que pudiera pasarles. ¿Pero sabes? No lo son. —Me apoyó la mano en la nuca—. Lo peor habría sido morirme sin decirte que te quiero.

Sentí la magnitud de sus palabras cayendo despacio sobre mí, asentándose en algún lugar muy profundo del pecho. Sus labios rozaron los míos cuando alcé la vista hacia él. Nick estaba tranquilo, como si lo que acababa de decir fuera tan evidente que no necesitara ni siquiera contestación.

—Odian las cicatrices porque les recuerdan algo que no quieren recordar. Porque significan dolor —le expliqué—. Por eso las odian.

Acarició mi nuca.

—A mí me gustan porque significan que sigues aquí.

Me dio un beso cálido en la frente. Su brazo se ajustó por debajo de mí cuando volví a apoyar la cabeza sobre su hombro.

—Respetaré tu decisión —insistió, cerrando los ojos—. Sea la que sea.

Nick no tardó en dormirse. El monitor marcaba un pulso constante, y entendí lo que había querido decir de las cicatrices. El mundo las veía como heridas. Errores. Un sufrimiento que preferían olvidar. Pero no siempre eran eso. No siempre significaban el final.

Capítulo 37

Brooke

Me quedé un rato junto a Nick, después de que se durmiera. Estaba bien, y eso era lo único que importaba. Le acomodé la sábana sobre el pecho y sonreí cuando lo besé con suavidad en la barbilla.

Bajé de la cama. No tenía las piernas firmes del todo, pero ya iba disminuyendo el efecto de los sedantes. Caminé mucho mejor hasta la puerta, que se abrió antes de que la tocara. Travis la sujetó para que pasara.

—¿Cómo está?

—Mejor de lo que esperaba.

—Ha tenido suerte. Parece que tenga más resistencia que sentido común. La puñalada atravesó parte del diafragma —añadió —. Va a tardar semanas en recuperarse del todo. Quizá meses.

—Lo importante es que está bien. —Crucé los brazos—. ¿Vas a denunciarme?

Acercó la silla de ruedas, pero negué con un movimiento de cabeza, indicando que no la necesitaba. Travis se apoyó en la

puerta, dejando la silla a un lado antes de cruzarse de brazos.

—No, pero si vuelves a apuntarme con un arma, quizá sí lo haga. Las facturas médicas de Nick están cubiertas. —El cambio de tema me pilló desprevenida—. También la casa y las reformas.

—¿Qué?

Me había olvidado por completo de lo de la casa.

—Te dije que me encargaría. Mañana van a revisar la estructura de la vivienda, pero lo mejor no es eso.

Fruncí el ceño, y esperé a que continuara.

—El banco que concedió los créditos a su padre participa en un programa estatal de rehabilitación de viviendas para personas con movilidad reducida. Ese programa absorbe la deuda y cubre el resto.

Seguimos mirando a Nick a través del cristal.

—¿Cómo lo has conseguido? Aunque se solicite de manera confidencial desde el SEDS, es un proceso que puede tardar meses.

—Digamos que, la persona que tenía que revisar el informe, y aprobarlo, me debía varios favores. Las facturas médicas son compensación directa del SEDS por asistencia vital en una operación clasificada a una agente estadounidense.

Estaba muy feliz por Nick y por su familia, ya que todo esto les cambiaría la vida, pero ni Robin ni Donna eran idiotas. Iban a hacer preguntas.

—Pero… El SEDS no existe para los civiles.

—Pública y mediáticamente, Nick ha resultado herido en el Himalaya, ayudando durante una evacuación civil tras un incendio en un monasterio. Tú también.

Sacó el móvil del pantalón y me mostró la pantalla: una imagen hecha con inteligencia artificial en la que Nick y yo salíamos en camillas con un equipo médico, a las puertas del monasterio. La foto era falsa, un montaje demasiado realista.

—Ya es noticia internacional.

—¿Qué?

Amplió la pantalla con el dedo, mostrando el titular en grande.

Leí las primeras líneas:

DOS RESIDENTES DE ASHMOOR AYUDAN EN EL RESCATE DE VARIAS PERSONAS TRAS UN INCENDIO EN UN MONASTERIO DEL HIMALAYA.

Seguí con la letra pequeña, donde se habían inventado una historia bastante heroica y creíble para los civiles. Los padres de Nick estarían más orgullosos todavía de él cuando creyeran lo que decía el boletín.

El final del artículo era el siguiente:

> *Los dos residentes de Ashmoor (Nueva York), lograron colaborar en la evacuación de varias personas durante el incendio. Uno de ellos, varón, resultó gravemente herido tras la caída de una viga durante el derrumbe del edificio. Fue inmediatamente trasladado de urgencia y posteriormente hospitalizado.*

Eso bastaría para que ni Robin, ni Donna, ni ninguna otra persona del pueblo hiciera preguntas.

—Gracias.

—Te ha salvado la vida, se lo debemos desde el SEDS.

Asentí. Travis continuó.

—Permanecerá aquí hasta mañana, luego lo trasladarán a un hospital civil.

En un hospital civil, Nick podía recibir visitas de sus amigos y familiares, por lo que comprendía que no convenía dejarle aquí.

—Entiendo.

—Podrás explicárselo todo cuando te permitan verlo.

Travis siguió mirando hacia la habitación, pero no exactamente hacia Nick. Aunque estuviera calmado, su incomodidad era tangible, aunque no dijo nada respecto al beso. Se limitó a cruzar los brazos como yo y a apartarse de la puerta.

—Deberías descansar, Crowley. —Desvió la mirada hacia la silla —. Agradecería que por una vez dejaras de ser tan orgullosa y me permitieras cuidarte.

No quería usar la silla, pero accedí por complacerle.

—Solo hasta la habitación.

Satisfecho, esperó a que me sentara. Cuando lo hice, me llevó por el pasillo.

—Brooke —dijo cuando llegamos.

Giré ligeramente la cabeza hacia él, y esperé a que continuara, extrañada porque ahora me llamase por mi nombre.

—Creías que Nick estaba muerto —se agachó—. O a punto de estarlo. Y por eso no voy a juzgarte.

A pesar de no haber reproche en su voz, volví la mirada al frente, porque no supe qué responder a eso.

Travis cerró la puerta tras él.

—Cuando creemos que vamos a perder a una persona importante, el cerebro deja de funcionar de forma racional. —Avanzó hasta quedar delante de la silla—. La gente se aferra a quien tiene delante como si fuera lo último que les queda.

Hablaba de mi cerebro, pero no se daba cuenta de que el suyo intentaba tapar el dolor otorgándole un sentido diferente al beso que había presenciado.

—Creías que Nick estaba muerto —repitió—. Por eso no voy a juzgar lo que acabo de ver. Pero eso no significa que me haya dado igual, solo que lo entiendo.

No supe qué responder. La cabeza aún me daba vueltas. Todo había ocurrido demasiado rápido, y aunque Nick estaba fuera de peligro, Travis seguía delante de mí, esperando una respuesta. El silencio entre nosotros se alargó más de lo normal. Travis se pasó una mano por el pelo y empezó a caminar por la habitación antes de volver a mí. Golpeó el reposabrazos de la silla lo bastante fuerte como para hacer vibrar el metal.

—He visto cómo otro te besa —su contención desapareció, golpeando el del otro lado, hablando inquietantemente bajo—. Necesito, al menos, saber de tu boca que lo que he visto ha sido solo eso.

La calma que había intentado mantener hasta ese momento se quebró.

—Júrame que solo ha sido eso.

Lo miré, pero no juré nada. Travis siempre había sido el tipo de persona que controlaba todo. El que mayor capacidad tenía a la hora de mantener la cabeza fría cuando todo el mundo la perdía. Analizaba, calculaba y decidía. Pero ahora parecía diferente, desesperado. Me incliné en la silla, pero las palabras siguieron sin salir. Él exhaló demasiado fuerte, con las manos ahora en ambos reposabrazos.

Una a cada lado de mí.

—¿Por qué eres incapaz de decirme que Nick no significa nada más?

Silencio.

Algo en él cambió. Esa mezcla de miedo y celos que explosiona cuando las inseguridades te carcomen. Se alejó un paso de la silla, sin dejar quietas las manos, pasándolas por la cara y el pelo con una frustración de la que me sentí demasiado responsable.

Volvió a acercarse.

—Dime que estoy equivocado.

Su mirada cayó hacia el suelo, en picado, como si estuviera luchando contra algo que no quería decir en voz alta, hasta que finalmente lo soltó.

—¿Te has acostado con él en el Himalaya? ¿Es eso?

Negué enseguida, pero él siguió confabulando. Sus manos volvieron a caer sobre los reposabrazos.

—¿Estás mintiendo, Brooke?

Me analizó.

—No te miento.

—¡Siempre está contigo! —explotó—. ¡¿Cómo no vas a haberte acostado con él?!

Alzó la voz. Y en consecuencia, yo también.

—¡Nunca me he acostado con Nick!

—¡¿Entonces por qué no puedes darme una maldita respuesta?!

—¡Porque no lo sé! ¡Ni yo misma lo sé!

—¡¿No lo sabes?! ¡¿Te estás riendo de mí?!

—¡No! —admití—. ¡No lo sé! ¡No sé nada ahora mismo!

Esa era la única verdad.

Se acercó hasta que su cara quedó a la altura de la mía.

—Yo sí sé lo que siento por ti.

Su pulgar me rozó la parte interior del muslo. La bata del hospital se había abierto al sentarme en la silla y el aire frío del cuarto me recorrió las piernas. Me tensé ante el contacto.

—Puede que tú estés confundida, pero tu cuerpo siempre demanda lo mismo cada vez que la adrenalina te consume como un veneno.

Sus dedos apretaron ligeramente mi muslo, abriéndome las piernas. Sus labios me rozaron la boca, primero con cuidado, como si temiera que fuera a rechazarlo. La diferencia entre ellos era brutal.

Con Nick había sido más íntimo. Travis calmaba mi sistema nervioso. Sus labios incidieron en los míos con urgencia. Mi cuerpo reaccionó por inercia, porque lo que íbamos a hacer era lo que siempre habíamos hecho, solo que esta vez, no fue suficiente. Le puse la mano en el pecho para apartarlo de los labios.

—No puedo.

Su mano seguía en mi muslo. La retiró de inmediato.

—No voy a competir con nadie —declaró con gravedad—. No soy ese tipo de persona, pero tampoco voy a arrastrarme para que me elijas.

Avanzó hasta la salida.

—Duerme un poco, Crowley. A lo mejor así te aclaras de una maldita vez.

Comprendía su enfado, aunque no me gustaran las formas.

—¿Mis padres saben que estoy aquí? —pregunté, antes de que se marchara.

Se detuvo con la mano en el pomo.

—Sí. Pero no pueden verte todavía.

—¿Por qué?

—Órdenes de arriba. No tendrás contacto con nadie del SEDS hasta que Paul Jefferson lo autorice. Quiere tu informe médico y el psicológico —añadió—. May vendrá ahora para hacerte unas preguntas. Ya sabes cómo funciona esto.

Sí. Lo sabía. Informes. Evaluaciones…

Antes de salir, añadió:

—Tengo a todo el equipo buscando cualquier rastro posible del Káiser. También estamos investigando la extracción de información.

—Dijiste que Meyer había traído mis cosas. También las de Nick. Y mi cuaderno era una de las condiciones de May para aprobar la salida al Himalaya.

—Preguntaré a Meyer.

Fue una respuesta breve, casi automática. Travis permaneció un segundo más sosteniendo el pomo de la puerta.

—Adiós, Crowley.

Cerró tras él y el silencio volvió a llenar la habitación. Tiré de la bata para cubrirme los muslos antes de abandonar la silla y subir a la cama. El cuerpo estaba exageradamente magullado y deduje que el rostro estaba todavía peor, porque al apoyar la mejilla en la almohada, me dolió como si me arrancara ese trozo de la piel. Me tumbé mirando al techo para no rozar las magulladuras y poder dormir.

Capítulo 38

Brooke

Cuando la puerta se abrió, no sabía cuánto tiempo había estado dormida, pero supuse que bastante, porque al lado de la cama había una bandeja con comida.

—Hola —saludó May.

La psicóloga se sentó en la silla.

—¿Cómo se encuentra, Crowley? —Miré hacia la bandeja que habían traído—. ¿Le apetece algo?

Asentí, sentándome en la cama. May me acercó un caldo de verduras con proteínas, arroz y una pieza de fruta ya cortada. Lo que el SEDS consideraba nutrición óptima para una recuperación. Reprimí la mueca por respeto a la psicóloga, cogí el cubierto y me llevé la primera cucharada a la boca. Supo mejor de lo que esperaba. May fue haciendo preguntas, interesándose, en especial, en cómo me encontraba física, mental y anímicamente. Respondí con la mayor precisión posible. May no intervino mientras hablaba. Solo levantó la mirada de vez en cuando, para estudiar mis

expresiones y los movimientos involuntarios.

Cuando terminamos, se levantó de la silla.

—No veo señales de alerta fuera de lo previsible, después de lo que han pasado. Revisaré el informe y se lo enviaré a Jefferson para que pueda recibir visitas. —Recogió la bandeja antes de avanzar hacia la salida—. Intente estar tranquila, su cuerpo lo necesita.

—May, ¿Nick tiene atención psicológica?

Me preocupaba más la cabeza de Nick que la mía. Mi cerebro sabía cómo digerir ciertas situaciones porque llevaba años de entrenamiento. Pero Nick, no.

—Sí.

No dio más información. Después del monosílabo, cerró tras ella.

No pasaron muchas horas hasta que la puerta volvió a abrirse.

—Hija —susurró.

Mi madre entró la primera. Se detuvo a medio camino, observándome un instante más antes de envolverme en sus brazos. Mi padre apareció detrás. Me apoyó con suavidad una mano en el hombro y me atrajo hacia él. Lloró al separarse.

—Tu cara.

Observó con pesar los moratones.

—Estoy bien. Nick también —añadí—. Eso es lo único que importa.

Tomaron asiento en el borde de la cama.

—Hemos hablado con Jefferson para sacarte del SEDS —comenzó mamá—, Travis está de acuerdo, siempre y cuando tú también lo estés.

Levanté la vista hacia papá, buscando un apoyo que no encontré.

—Por ahora es lo mejor. Travis está seguro de que alguien pasa información desde dentro.

Mi madre me sostuvo la mano.

—Casi te perdemos. Y Robin y Donna casi tienen que enterrar a Nick.

Papá me apoyó la palma en el hombro, antes de besarme la cabeza.

—Piénsalo, Brooke. Ni tu madre ni yo estamos preparados para meter en una urna a nuestra única hija.

Entendía lo que me pedían porque hablaban desde el miedo, pero los dos sabían mejor que nadie lo que significaba para la familia Crowley nuestro trabajo. Lo sentí por ellos, pero no tenía nada que pensar.

—No voy a dejar el SEDS.

Mamá me apretó la mano con un gesto maternal.

—No te estamos pidiendo que lo dejes para siempre, solo que te apartes un tiempo.

—Casi te matan —intervino mi padre—. Casi matan a Nick.

Los miré a ambos.

—Y por eso mismo no pienso irme. Alguien ha filtrado información desde dentro, y eso no es un peligro solo para mí. Lo es para todos.

Mi madre suspiró, arrastrando el aire con cansancio.

—Brooke, por favor.

Habló tranquila, sin levantar la voz, pero con esa firmeza suya tan característica.

—No pienso irme.

Aceptaron mi decisión, aunque no les gustara.

Estuvieron conmigo hasta la hora de la cena. Phoebe les dejó irse antes de que ella entrara con una nueva bandeja que dejó sobre la cama.

—Según el cocinero, es pasta. Según yo, es un crimen contra

cualquier papila gustativa que funcione correctamente.

Solté una risa. Phoebe miró hacia la puerta. Luego volvió la vista y con cierto aire conspirador, metió la mano en el bolsillo del pantalón del uniforme.

—Pero no te preocupes. —Sacó una chocolatina y la dejó caer sobre la bandeja—. He conseguido esto.

—Eres terrible. Te quiero.

—Lo sé. —Me besó en la mejilla—. Pero alguien tiene que consentirte.

La dejé para el final y comí pasta mientras arropaba mis piernas con las sábanas. Vio los moratones.

—¿Te duelen mucho? Están por todo el cuerpo.

Tragué lo que tenía en la boca antes de responder.

—No tanto como parece. Duelen más los de la cara.

—Te han dejado como un cuadro, pero estás guapísima de todas formas. Por cierto, Travis me ha preguntado por el cuaderno.

—¿Lo tienes?

—No. ¿Estás segura de que lo llevaste? En la habitación no había ninguno.

—Sí. Estoy segura.

Phoebe encogió los hombros antes de seguir hablando.

—He estado con Nick. ¿Y sabes qué?

Se hizo la interesante.

—¿Qué?

—Desde que se ha despertado…

Alargó la «o», generando suspense.

—Habla —gruñí—. Me estás empezando a poner nerviosa.

Dejó escapar una sonrisilla.

—Nick pregunta a todo el personal médico por ti cada cinco minutos.

No pude evitar sonreír.

—¿Sabes cuándo lo trasladan al hospital civil?

—Mañana a primera hora.

Hice amago de levantarme, pero Phoebe adquirió el papel de madre por un momento. Me puso una mano en el hombro y me mandó de vuelta al colchón sin apenas esfuerzo, igual que había hecho Travis.

—Quieta aquí.

—Solo quiero verlo un momento.

—Sé que quieres decirle lo de la casa, la deuda saldada y todo eso, pero no puedes verlo hasta mañana.

—¿Y por qué no ahora?

—Está con la psicóloga. Y luego irá Macklean.

—¿Macklean? ¿Para qué?

—Para dejarle claro la parte más aburrida de todo esto.

—¿Qué parte?

Quité el envoltorio de la chocolatina y di el primer mordisco.

—La versión oficial y el contrato de confidencialidad. Es un civil que acaba de sobrevivir a un ataque directo al SEDS. Antes del traslado, tiene que firmar unos cuantos papeles y entender muy bien qué puede y qué no puede decir.

Cogió el envoltorio y lo tiró a la papelera.

—Lo verás mañana —concluyó, arropándome de nuevo antes de irse.

Me dormí pensando que mañana podría verlo. Y seguramente por eso, el sueño llegó rápido. Cuando desperté, tardé unos segundos en recordar dónde me encontraba. Mis costillas protestaron al incorporarme y los hematomas de la cara seguían doliéndome bastante. Un sanitario entró a la habitación.

—Buenos días.

—¿Ya tengo el alta? ¿Puedo irme?

Me miró como si estuviera loca, y lo cierto es que a estas alturas, puede que lo estuviera.

Encendió una pequeña linterna y se inclinó hacia mí.

—¿Tiene prisa por marcharse?

—No me gustan los hospitales.

Apagó la luz y sacó una pomada que aplicó en los hematomas. Después me tendió un vaso con dos pastillas.

—Para el dolor.

Las tomé con un sorbo de agua.

—Enseguida le traerán el desayuno. El médico vendrá a lo largo de la mañana.

La puerta se cerró tras él. Poco después, trajeron la bandeja con el desayuno. El café estaba flojo para mi gusto, pero se podía beber. Le di varios mordiscos rápidos al pan después de comerme los huevos revueltos, casi sin masticar.

No pensaba esperar más. Me puse las zapatillas del hospital, até bien la bata por la espalda y salí al pasillo. La habitación de Nick estaba al fondo. Me detuve frente a la puerta de cristal. Al ser un civil, Nick se encontraba en una habitación protegida, con cristales antibalas igual que las salas de las reuniones de altos cargos. A un lado de la puerta, estaba el panel que permitía el acceso. Vi que se disponía a salir una de las enfermeras. Esperé a que se acercara y, cuando abrió desde dentro, me puse en el centro para bloquear su salida.

—Agente Crowley, del SEDS. —Enseñé la pulsera de la muñeca del hospital, donde estaba mi identificación—. Tengo permiso para ver al civil antes de su traslado.

La mujer que tenía delante trabajaba en un hospital de la base, por lo que no se intimidó con mi presencia. Mucho menos con mi

cargo.

—Tendré que notificar su visita.

—Notifíquela.

Se echó a un lado, dejándome pasar.

Capítulo 39

Brooke

Corrí hasta la cama y me senté en el borde.

—Nena.

Su voz seguía sonando débil, pero Nick sonreía como si todo estuviera bien.

—Te van a trasladar hoy.

Asintió, entrelazando sus dedos con los míos.

—¿A ti también?

Negué, esperando a que me mirara de verdad, prestándome atención.

—¿Entiendes que no puedes hablar de la versión oficial con nadie, verdad? Es muy importante.

—Con nadie. Lo entiendo, nena.

—No es solo burocracia —insistí—. Es seguridad.

Me besó el dorso de la mano.

—Me gusta la versión oficial.

Nick siempre veía el lado bueno de las cosas.

—Oye, antes de irte, tengo que contarte algo.

—¿Bueno o malo?

—Bueno. Muy bueno, Nick. Tu situación familiar ha sido complicada.

Su expresión cambió en un instante, pero fue paciente y esperó.

—Tu padre y tú os habéis desvivido por sostener a vuestra familia.

Lo reconoció con un leve movimiento de cabeza.

—He visto a tu padre subir al tejado e ingeniárselas con lo que tenía para arreglar las goteras. Te he visto a ti, rechazando el desayuno para que tus hermanos pudieran comer más. Y os he visto a los dos, haciendo sacrificios todos los días para aligerar el peso que soporta Donna.

Los ojos de Nick se humedecieron ligeramente y me tomé la libertad de poner la otra mano sobre las vendas que cubrían la inicial en su pecho.

—No solo has sobrevivido a estas cicatrices, sino que has superado muchas peores. La mayoría invisibles: cuidados constantes, la depresión de tu madre, los gastos médicos, la deuda que os dejó la obra para hacer las rampas, reformar el baño y todo lo que tuvisteis que adaptar.

Su mano seguía adherida a la mía, pero no lo hacía con ligereza. Ahora, sus dedos entrelazaban los míos con fuerza, como si mis palabras estuvieran tocando algo que durante años Nick había ignorado o dado por sentado.

—Sé lo que significó para ti dejar los estudios. Y sé lo duro que está siendo sobrevivir mes a mes con menos de lo que tu familia y tú necesitáis.

La voz se me perdió, atrapada en una nostalgia que Nick percibió enseguida.

—Nunca te has quejado, Nick. Ni una sola vez.

Ante ese reconocimiento, sostuvo la mirada. Yo la bajé, porque aunque él pensara de él mismo que no era valiente, la realidad era que yo jamás había conocido a nadie con tanta entereza como él.

Aparté la mano de las vendas, para ponerla sobre los mechones de su pelo. Metí los dedos entre su cabello.

—Travis ha movido algunos contactos y la deuda de la casa ya no existe.

Nick se quedó absorto. En completo silencio, como si no hubiera entendido lo que acababa de decir. Eso me provocó ternura, y una pequeña sonrisa. Se merecía más que nadie una oportunidad en la vida.

—El mismo banco ha absorbido el crédito dentro de un programa estatal de rehabilitación de viviendas adaptadas. —Seguí hundiendo con suavidad los dedos entre los mechones—. Eso significa que además van a arreglar todo lo que se ha ido deteriorando.

Cerró los ojos un momento, como si necesitara asegurarse de que aquello no era algún tipo de alucinación provocada por los medicamentos.

—Tus gastos médicos también están cubiertos.

—¿Los del hospital?

—Todos.

Me llevó la mano hasta sus labios y me besó el dorso infinidad de veces. Nick siguió abriendo y cerrando los ojos sin parar, seguramente para asegurarse de que mis palabras eran reales. Me fijé en que sus iris irradiaban un brillo sereno, como si por fin se hubiera permitido creer que la vida, para él y su familia, podía empezar a darles cosas bonitas.

—¿Sabes cuál ha sido mi mayor miedo desde hace años? —preguntó.

—¿Cuál?

—Que mis hermanos crecieran lo suficiente como para mirar alrededor y darse cuenta de lo mal que estaban las cosas.

Nick soltó una pequeña risa y dos lágrimas rodaron desde sus pómulos hasta la barbilla.

—Siempre tuve miedo de convertirme en un fracaso para ellos, Brooke. Miedo de que todo el esfuerzo de mi padre y el mío no fuera suficiente.

Sus dedos sostuvieron los míos con más entereza.

—Y también tenía miedo de otra cosa.

No aparté la mirada.

—¿De qué?

—De que la depresión de mi madre… fuera más fuerte que ella. Con todo lo que le ha tocado, sé que se ha preguntado infinidad de veces si merecía la pena o no seguir viviendo.

El silencio entre nosotros se volvió intensamente doloroso. Y a la vez, esperanzador. Nick miró algún punto perdido en la habitación, antes de que sus ojos volvieran a mí.

—Siempre tuve miedo de llegar a casa y que mi madre hubiera decidido dejar de luchar. —Se detuvo un momento—. Siempre va a estar en silla de ruedas. Eso no va a cambiar. Pero estoy seguro de que, al menos, a partir de ahora sentirá menos peso.

—Yo también lo creo.

Su pulgar me acarició los nudillos.

—Tendré más tiempo para estar con mi familia sin sentir que cada día es una lucha perdida. —Sacudió la cabeza como si aún no lo creyera—. Dios —miró al techo—, mis hermanos ya no van a crecer en una casa decadente, que se cae a pedazos.

Su mirada reflejaba el alivio más absoluto. Brillaba por la emoción contenida, por todo el sufrimiento acumulado y el

cansancio.

—Van a poder estudiar, nena. Mis hermanos van a poder estudiar. Y ya no tendrán que pasar hambre ni un día más.

Se rompió de felicidad, y yo con él. Fue el tipo de llanto que brota cuando el cuerpo lleva demasiados años sosteniendo más de lo que puede.

—Te mereces todo lo bueno que te pase, Nick.

Durante los siguientes segundos no dijimos nada. Solo lloramos y sonreímos alternativamente hasta que se oyó el pitido del código que daba acceso a esta sala. La misma mujer que me había permitido entrar, esperaba ahora en el umbral.

—Agente Crowley, tenemos que preparar al paciente para su traslado al hospital civil.

Solté su mano con cierta reticencia. No quería separarme de él, pero sabía que era lo correcto en este momento.

—Nos vemos pronto, nena.

—Nos vemos pronto, cabeza de chorlito.

Capítulo 40

Brooke

Tardaron dos días en darme el alta, porque en el SEDS querían observar cómo respondía mi cuerpo. No había nada grave, tan solo alguna costilla magullada, hematomas y una conmoción leve debido a los golpes. Cuando por fin me dejaron salir de la planta, subí al ascensor y marqué el piso que me correspondía de la base, dejando atrás el corredor subterráneo que conectaba con el hospital. Una vez en el vestuario, me puse el uniforme. Recorrí los pasillos con paso firme hasta que…

—Brooke —susurró Phoebe.

En el SEDS no podía llamarme por mi nombre.

Vino corriendo con una carpeta bajo el brazo.

—Jefferson quiere verte. Te está esperando.

Me acompañó hasta la sala blindada.

—Buena suerte —me deseó cuando abrí la puerta.

Encontré a todos ya sentados. Paul Jefferson en el centro. Guy Macklean a su derecha. Travis a la izquierda. Mi padre y mi madre,

en uno de los extremos.

Adopté la posición reglamentaria: espalda recta, hombros alineados y talones firmes. Llevé la mano derecha a la sien, haciendo el saludo reglamentario.

—Señor —saludé a Jefferson.

El director del SEDS movió levemente la mano, señalando la silla.

—Agente Crowley, toma asiento.

Entrelazó ambas manos sobre la mesa, con autoridad, y elevó la barbilla para dejar claro su cargo. Guy Macklean aprovechó para deslizar el dosier hacia delante.

—El Káiser sabía exactamente dónde ibas a estar —añadió Macklean—. Tuvo acceso a información confidencial del SEDS. Cualquiera de nosotros podría ser el topo.

Cogí el informe, en el que aparecían las pruebas de que alguien, desde dentro, había intentado borrar sus movimientos en el sistema inteligente.

—¿No podemos mirar las cámaras?

Jefferson apretó el botón del mando que sostenía. El proyector mostró en el panel de la pared miniaturas de absolutamente todas las cámaras de la base.

—Las cámaras, por seguridad en caso de intrusión, están colocadas de modo que el ángulo no enfoque directamente la pantalla de los equipos. Quien haya sido lo sabía y, aunque no pudo borrar todas las pruebas, consiguió eliminar el día y la hora a la que se accedió a esa información.

Guy Macklean se sumó a la conversación.

—Lo que significa que es alguien con suficiente conocimiento del sistema como para manipular los registros. Quienquiera que sea, sigue aquí.

Jefferson apretó otro botón del mando y las imágenes de las

cámaras fueron sustituidas por un archivo de audio.

—Hace unas horas recibimos esto de forma simultánea en varios servidores internos.

Jefferson pulsó el botón de reproducción. Al principio solo oí una respiración controlada. Pero luego llegó su voz.

—Pequeña ladrona. —Se me tensó todo el cuerpo—. Debo reconocer que eres una oponente interesante. —Pausa—. Sabes exactamente lo que quiero que hagas, pero continúas comportándote como si no comprendieras lo que puedo llegar a hacerte.

Su frívola risa me taladró la sien.

—Puedo jugar contigo todo el tiempo que quiera. Puedo enterrarte viva como ya te expliqué, pero recuerda algo más importante: también puedo ir a por los tuyos. Soy un hombre de palabra.

Más carcajadas.

—Volverás a tener noticias mías. Tic, tac, pequeña ladrona.

El audio terminó. Jefferson apagó la pantalla y habló después de dejar el mando sobre la mesa.

—Agente Crowley, quedas temporalmente fuera de cualquier operativo.

Miré a mis padres. A Travis. ¡¿Es que ninguno pensaba salir en mi defensa?!

—El médico me ha dado el alta —me defendí yo misma—. Estoy en condiciones óptimas. La evaluación psicológica con May ha sido positiva. No hay razón para apartarme.

—La hay —intervino Macklean.

—No —insistí—. El Káiser ya me había señalado antes como objetivo.

Jefferson entrelazó ambas manos.

—Esta vez es diferente, Crowley. Ahora tenemos la certeza de que alguien, desde dentro del SEDS, colabora con él.

Papá intentó que lo entendiera.

—El problema no eres tú —aclaró—. Es el topo.

—Puede ser cualquiera. —Lo apoyó mamá.

—¡Eso no cambia nada! Este trabajo es mi vida, ¿no os dais cuenta?

Guy se apoyó en el respaldo de la silla con cierta condescendencia.

—Veo que la recuperación no ha afectado a tu capacidad para discutir.

No entré en su provocación, aun así, continuó.

—Mientras no sepamos quién es el topo, tu presencia aquí es un riesgo. Volverás al bar, que es tu tapadera, y lo harás con Holmgren, por seguridad.

—¿Porque es mi tapadera o porque quiere que sea el cebo fuera de la base?

Jefferson negó inmediatamente.

—Eres una agente temporalmente inhabilitada, te guste o no. Holmgren seguirá contigo como hasta ahora, mientras el SEDS continúa investigando.

Me pareció que algo no terminaba de encajar. Así que me quedé observando a Jefferson.

—El Káiser ha venido dos veces a por mí. ¿Qué le hace pensar que no volverá a intentarlo?

—Precisamente, eso es lo que esperamos.

Me entraron ganas de salir corriendo.

—¿Perdón? —Miré a mis padres, sin entender que esto les pareciera bien—. ¿Quieren que venga a por mí? ¿Otra vez?

Jefferson no lo negó, pero sí matizó.

—Queremos que crea que puede hacerlo. Que piense que puede acceder a ti. Y que siga fantaseando con que, de alguna manera, tú puedas acceder a la zona de incautaciones.

—¿Y qué les hace pensar que va a creer eso?

Mi madre se dirigió a mí.

—Porque todo el mundo lo creerá, incluidos tus compañeros de grupo.

Crucé miradas con todos antes de volver la vista a mi madre.

—¿Meyer? ¿Desconfiáis de Meyer o de los demás?

Jefferson dio por finalizada la reunión.

—A partir de hoy, tu acceso a la base queda completamente suspendido. Holmgren, de cara a otros agentes, seguirá trabajando con normalidad y te cubrirá en el bar. Ya lo ha hecho antes, nadie sospechará.

—El plan —intervino Macklean— es que piense que eres vulnerable. Accesible. Una presa fácil.

Jefferson volvió a tomar la palabra.

—Pero no lo serás. Estarás armada en todo momento. Holmgren también. Y nadie más, dentro del SEDS, debe saberlo.

Entendí que era una trampa, pero no estaba segura de que su plan fuera a funcionar.

—Dejarás en el vestuario tu uniforme —ordenó Jefferson— y todo lo demás. Travis te dará lo que necesites ahora, para no levantar sospechas. Las cámaras ya se han movido para que no enfoquen durante los siguientes quince minutos vuestras taquillas.

Asentí sin discutir, porque tampoco tenía otra opción.

—Permiso para retirarme —solicité, haciendo de nuevo el saludo reglamentario.

—Concedido.

—Gracias, señor.

Jefferson hizo un movimiento con la mano.

—Retírese, Crowley.

Abandoné la sala, cerrando la puerta a mi espalda, pero enseguida se volvió a abrir. No hizo falta que me diera la vuelta para saber que Travis venía detrás. Seguí avanzando por los pasillos hasta el vestuario, abrí mi taquilla y comencé a quitarme todo lo que llevaba. Miré el uniforme antes de guardarlo en la que había sido mi taquilla, con una sensación extraña.

Oí la puerta abrirse en ese momento. Y a Travis apoyarse en la pared, justo detrás de mí.

—Entiendo tu enfado, pero estoy con ellos. Es lo mejor.

Solté una pequeña risa, sin ningún tipo de humor.

El silencio que se formó entre nosotros fue como una descarga. Dio un paso hacia mí y me besó, colocándome las manos alrededor de la cintura. No me lo esperaba, así que mi espalda chocó contra las taquillas, pero ni siquiera me importó. Volvió a besarme y recordé el alivio que me proporcionaba su cuerpo después de situaciones límite. Todo era conocido, y ahí estaba el problema. A mi cerebro le gustaba lo conocido, pero ya no de la manera que antes.

Apoyé la mano en su pecho, rompiendo el beso.

—Sigues siendo importante para mí, pero no puedo.

Guardó silencio. Esta vez no hubo golpes ni gritos. Me puse mi ropa. Los pantalones de cuero, el jersey y las botas. Travis abrió su taquilla, y sacó de ella una chaqueta negra muy parecida a la que yo llevaba siempre. Fue un gesto bonito, la mía se había roto en el Himalaya.

—Ten.

—Gracias. Es un detalle.

—Fue Smith quien buscó una como la tuya en cuanto pusimos un pie aquí.

—Ah. Vale.

Cogió un maletín del interior, del que sacó una pistola más pequeña que la mía. La comprobó con rapidez antes de dármela junto a un cinturón para asegurarla bajo el jersey. También me dio una navaja, que guardé en el interior de la bota. Travis volvió a rebuscar en el maletín.

—Una cosa más.

Sacó una horquilla.

—¿Para qué se supone que quiero esto?

—Acero reforzado. Punta biselada —indicó—. Si te desarman puede salvarte la vida.

—¿Puedo preguntar cómo?

—Puede atravesar tejido blando sin esfuerzo. Presión en nervios. Garganta. Base del cráneo —añadió—. También sirve para abrir cerraduras o cortar cuerdas.

Me desenredé el pelo con los dedos antes de coger dos mechones finos de la parte delantera y llevarlos hacia atrás. Los sujeté con la horquilla.

—Me gusta —admití.

Travis cerró el maletín.

—Vamos.

Salimos del vestuario y atravesamos el control de acceso. Las puertas se cerraron a nuestra espalda. Oficialmente, estaba de forma temporal fuera del SEDS.

Capítulo 41

Brooke

Los siguientes dos meses pasaron con cierta tirantez. Travis intentaba estar normal cuando me acompañaba en el bar, pero la realidad era que ya nada era igual, ni siquiera nuestra relación. Era tan obvio que ya ni siquiera lo hablábamos. Seguíamos funcionando de cara a los demás, pero no era lo mismo. Yo tampoco era la misma. Intentaba estar tranquila, pero no podía ignorar mi pulso irregular, la tensión corporal que me acompañaba a todas partes, el insomnio ni la falta de apetito. El tiempo pasaba en modo supervivencia.

Desde mi vuelta al pueblo, el bar había estado más transitado debido a que la historia inventada por el SEDS acerca del incendio del monasterio había salido en todas las noticias, maquillando la realidad con dos palabras: rescate y héroe. Nick, de cara a nuestros vecinos, ahora se había convertido en eso, un héroe. Había clientes nuevos que pasaban por Ashmoor solo para preguntar, otros aseguraban conocer detalles que nunca habían ocurrido. Lo bueno

era que la noticia ya estaba perdiendo protagonismo, sustituida por otras de la actualidad. Era cuestión de tiempo que Nick dejara de ser «el del Himalaya» para volver a ser simplemente Nick.

—Pronto ni se acordarán.

La voz de Travis me llegó desde la barra. Ni siquiera era consciente de que me había quedado mirando con mala cara a un grupo de chavales de mi edad, que habían venido de la ciudad solo por el morbo de hacer preguntas escabrosas sobre el tema.

Fui a la barra.

—Eso espero, porque empiezo a cansarme de escuchar estupideces.

—Dicen que ha perdido un ojo por el fuego —oí decir—. Y que su economía es tan mala que va a estar endeudado de por vida para pagar la atención médica.

Mi paciencia llegó a su fin. No por lo que inventaban, sino por la superioridad con la que hablaban. Dejé la bandeja sobre la barra, sin apartar la mirada del que decía semejantes estupideces.

—¿Brooke?

Travis me llamó, pero para cuando quiso salir de la barra, yo ya estaba frente al chico.

—¿Puedes repetir eso que has dicho?

Me miró de una forma que me sacó de quicio.

—Que ha perdido un ojo por el…

No le dejé terminar.

—Haznos un favor a todos y cierra la boca —sugerí, aunque sonó más como una orden.

—Tranquila, chica. —Uno de los amigos intentó suavizar la tensión—. Solo estamos hablando.

«Chica». Lo que me faltaba.

—Estáis difamando, y lo estáis haciendo en su pueblo. —Se

quedaron cortadísimos, pero me dio igual—. Pagáis y os vais.

El más chulo, que era el que estaba diciendo lo del ojo, se puso en pie. Su postura, que intentaba ser intimidatoria, no le sirvió de nada cuando me quité el delantal y levanté el jersey para que vieran la pistola. Todos los del grupo dejaron varios billetes sobre la mesa, antes de salir corriendo. Walter y Jess, sentados a una mesa del fondo, vieron perfectamente la pistola. Walter dio un sorbo al café, e hizo como si no hubiera visto nada. Y Jess igual, centrando toda su atención en Emma.

—Podías haberlo gestionado de otra forma —me regañó Travis.

—Tienes razón, esos chavales ya tienen pelos en los huevos. A lo mejor debería haberlo gestionado metiéndoles una bala en el escroto.

Travis cambió el barril de cerveza.

—Acabas de amenazar a un grupo de civiles, en este tugurio de mierda, con un arma de fuego que se supone que no tienes. Tu reacción es de todo menos coherente.

—Es tu opinión.

—Solo te pido que seas cauta.

Volví a las tareas del bar, fingiendo normalidad, pero por dentro estaba echando humo. No por esos chavales ni por lo que habían dicho, sino porque echaba demasiado de menos la privacidad de Ashmoor. Mi trabajo en el SEDS. Y a Nick. Me marché a la cocina y volqué mi rabia en la carne, aplastándola contra la plancha solo para desquitarme. Como si Travis pudiera leerme la mente —que no era el caso, pero casi—, se colocó detrás de mí. Sus brazos me rodearon la cintura mientras daba la vuelta a la carne otra vez, para cocinarla por ambos lados.

—Ashmoor volverá a ser lo que era.

Su voz me rozó el oído. Baja. Cercana. Apoyé parte de mi

espalda en él, permitiéndome relajar la tensión del cuerpo, aunque fuera solo por un momento.

—Ashmoor nunca ha sido tranquilo —admití—, pero al menos era un pueblo poco concurrido.

No entré en detalles. Había secretos, de personas a las que quería demasiado, que no podía compartir ni siquiera con Travis. Personas como Jess y Vicky. Y por nada del mundo iba a exponerlas. La carne chisporroteó haciendo que el olor a grasa y pan tostado llenase la cocina. Sus brazos seguían rodeándome y mi espalda continuaba apoyando gran parte de mi peso en él. Abrí las cajas de comida, y coloqué en el interior los panes y la carne.

—Necesito que se acabe ya esto.

—Lo sé.

—¿A qué espera para venir a por mí? ¿A qué?

Por un momento, lo único que se oyó fue el extractor de la cocina. El pecho de Travis se expandió contra mi espalda, con una respiración más profunda de lo habitual.

—No lo sé —admitió sin apartarse.

—¿Phoebe sigue estando en el punto de mira?

Asintió.

—Todos lo están. Puede haber sido cualquiera.

—Phoebe, no.

—No lo sabes.

Me giré parcialmente hacia él.

—Sí lo sé. Es mi amiga.

—En esto no hay amigos ni amigas, Brooke.

—Eso crees. Confío más en ella que en ti.

Era la realidad. Sus manos, que hasta ese momento habían permanecido sólidas sobre mi cintura, ahora se tensaron.

—¿Más que en mí?

No hubo vacilación en mi respuesta.

—Sí.

Lo vi procesarlo. Noté la ligera marcación de la mandíbula y cómo evitó parpadear.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Porque a diferencia de ti, ella nunca me ha mentido.

—Que tú sepas.

Sus manos terminaron de soltarme la cintura, cayendo a los lados, como si estuviera encajando mis palabras. Se separó rompiendo el contacto, pero sin brusquedad. Travis se apoyó en la encimera, con las palmas a ambos lados. El extractor volvió a llenar el silencio. Luego, como si nada hubiera pasado, alargó la mano hacia una de las cajas abiertas y siguió ayudándome.

—Pásame otra —pidió.

Deslicé más cajas. Colocó el pan y la carne dentro. Las patatas en otro apartado. Cerró una tapa y siguió con la siguiente. Aunque el espacio entre nosotros ya no era el mismo, seguimos trabajando. Sin roces, sin sus manos en la cintura, sin mi espalda en su pecho. Solo coordinación. A pesar de todo, Travis y yo funcionábamos muy bien juntos.

Saqué unas cajas más pequeñas y un par de cuchillos.

—Son para la familia de Nick. He hecho dos más por si están mis padres, y estas son las de las mellizas.

Travis asintió. No hacía falta explicarle nada, porque ya sabía cómo hacerlo. Cogió una tabla limpia, colocó las piezas de carne que eran distintas al resto y cortó primero en tiras, para luego hacer dados más pequeños. Yo me encargué de las zanahorias que ya había cocido. Las corté asegurándome de que ningún trozo fuera demasiado grande antes de repartir las porciones y saqué la última caja.

—Para Madi.

Travis hizo lo mismo que con la carne de las mellizas, solo que ahora, los trozos eran un poco más grandes. Deslicé las zanahorias cortadas dentro y mezclé ligeramente todo. Travis cerró las tres tapas antes de meterlas en la bolsa. Eché un vistazo rápido al reloj de la pared antes de quitarme el delantal y colgarlo en su sitio.

—Voy a llevarles la cena antes de ir al hospital a ver a Nick.

—¿Quieres que te acerque?

Cogí las bolsas.

—No hace falta. —Comprobé que Jess, Walter y Emma aún seguían en la mesa—. ¿Te importa cerrar cuando se vayan?

Asintió.

—Gracias.

Salí sin añadir nada más, metí la comida en la maleta de la moto y conduje hasta la casa de Robin y Donna. Aparqué frente a la puerta, bajé de la moto y llamé con el codo porque llevaba ambas manos ocupadas con las bolsas. Los andamios cubrían buena parte de la fachada y una lona protegía el tejado.

—Brooke, pasa —me invitó Robin—. Tus padres están dentro.

Tendí las bolsas hacia él, que las cogió al instante.

—No puedo. —Agradecía la invitación—. Voy a cenar con Nick.

—¿Brooke?

Donna apareció por el pasillo, cuya silla de ruedas empujaba mi madre. Llevaba a Juliet y Claire en brazos. Al abrir más la puerta, oí la risa de mi padre mezclada con los gritos de Madi, Jack y Noah.

—Buenas noches, mamá. Buenas noches, Donna. —Me agaché para besar a las niñas—. Hola, monstruitos.

Percibí un leve olor a yeso y a los productos impermeabilizantes. En el pasillo había infinidad de herramientas, plásticos y cintas de los albañiles. Las mellizas bajaron al suelo con rapidez y corrieron al

salón con sus hermanos. Me quedé mirando a Donna un momento. Parecía tener una expresión más relajada, como si se sintiera un poco mejor.

Donna me estrechó la mano.

—Doy gracias a Dios todos los días por haberos salvado de aquel terrible incendio.

Crucé una breve mirada con mi madre.

—Tuvimos mucha suerte. —Aunque ni Donna ni Robin conocieran la versión real, eso sí era verdad—. He traído la cena.

Señalé las bolsas.

—Tan amable y generosa como siempre—agradeció.

Le di un abrazo antes de dirigirme a mi madre.

—La de papá está al punto. La tuya, al punto más. —Señalé la bolsa que tenía de las más pequeñas—. Para las niñas, zanahorias de guarnición, están cocidas y cortadas.

—Muchísimas gracias.

Eché un último vistazo al interior. Vi a Jack, Noah y Emma corriendo de un lado a otro con cubos de plástico en la cabeza como si fueran soldados, huyendo entre carcajadas de mi padre. Lúpulo y Cebada iban tras ellos de manera graciosa. Y ahora, Juliet y Claire intentaban alcanzar a Lúpulo y Cebada. Seguían siendo una familia caótica. Una familia en la que el ruido no era caos, sino vida. Los niños corrían a cualquier parte de la casa con confianza, porque sabían que siempre había alguien que iba tras ellos. Y mi padre fingía perseguirlos exagerando cada paso, igual que había visto hacer millones de veces a Nick, solo para arrancarles otra carcajada.

Era ruido, sí. Pero ese ruido era hogar.

—Tengo que irme —dije al fin.

Mi madre asintió sin soltar la silla de Donna.

—¡Adiós, papá! —grité desde la puerta.

Papá miró hacia mí, moviendo la mano enérgicamente antes de volver a meterse en el papel que estuviese interpretando con los niños. Donna y Robin dieron las gracias otra vez por la cena. Y mamá me lanzó un beso antes de que Robin cerrase del todo la puerta.

Capítulo 42

Brooke

Conduje hasta el hospital y dejé la moto en la zona de visitas. Las puertas automáticas se abrieron cuando entré. Avancé hasta recepción, y ni siquiera tuve que dar el nombre. Iba casi todas las noches desde que me habían inhabilitado temporalmente en la base. Byng, el recepcionista, me acercó el registro.

—Brooke, buenas noches.

Cogí la tableta táctil y firmé.

—Muy buenas, Byng.

—¿Te quedas a dormir? —Miró la hora—. El horario de visitas termina en cincuenta y cinco minutos.

Dejé el boli en el mostrador.

—Sí, pasaré la noche con él. Gracias.

A menos que el acompañante se quedara a dormir, el horario de visitas era el mismo para todos. Robin, Jess y yo nos turnábamos para que Nick no estuviera solo. Mi padre también se había quedado alguna vez. Incluso mi madre. Byng se inclinó cómplice sobre el

mostrador. Era un hombre de cincuenta y siete años, de cejas gruesas y nariz ancha. Tenía un rostro rechoncho, barba incipiente y unas gafas de pasta en tono naranja pastel.

—Te he dejado una almohada en la butaca.

Le gustaba su trabajo. Lo supe desde el primer día por cómo era su atención de cara al público.

—Mis cervicales te lo agradecerán.

Entré en el ascensor y subí hasta la planta correspondiente. Me extrañó que la puerta de la habitación de Nick estuviera entreabierta, por lo que apresuré mis pasos de manera inconsciente. Miré a ambos lados del pasillo, comprobando que no había nadie más en la planta, lo que me hizo mover los pies más rápido todavía. Abrí con brusquedad y comprobé que la cama estaba vacía. Removí las sábanas con el miedo en la garganta.

—¿Nick? —Miré a mi alrededor—. ¡¿Nick?!

Salí al pasillo, por si había ido a alguna otra sala, pero no lo vi. Y cuando volví a la habitación, pensé en lo peor, hasta que la puerta del baño se abrió.

—Hey, nena.

Me senté en la butaca, colocando el cojín de Byng tras mi espalda, dejando las bolsas sobre mis muslos. Me consideraba inteligente, pero los nervios comenzaban a pasarme factura.

—¿Brooke?

—Estoy bien.

Era mentira, y Nick lo sabía.

Nick ya casi podía hacer vida normal. Ya no tenía las vías de oxígeno en la nariz, ni el pecho cubierto de vendas. Me incliné hacia delante, apoyando los codos en las hamburguesas. Me dio completamente igual aplastarlas.

—Nena, ¿qué pasa?

—Me he asustado —admití—. La puerta estaba abierta y no estabas.

—Te pido disculpas por ser humano y tener que ir al baño varias veces al día —bromeó—. Huele rico, ¿hamburguesas?

—Hamburguesas aplastadas —corregí, apartando los codos de la bolsa.

Quité el nudo de las asas de la bolsa y coloqué la cena en la mesilla que había al lado de la cama. Nick cogió la suya y la olió.

—Mi favorita.

Comenzó a morder los bordes y acabó con los carrillos llenos. Físicamente se le notaba que llevaba varias semanas comiendo en condiciones. Aunque siempre había sido muy alto, de hombros y espalda anchos, su complexión había sido en los últimos años más delgada de lo que correspondía. Ahora, no. La clavícula ya no se le marcaba tanto y la piel de la cara, brazos y hombros, tampoco estaba tan tirante. Incluso el cuello, visualmente, era más ancho a raíz del ingreso.

—Esto es lo mejor que he cenado desde que estoy aquí.

Le di con suavidad en el hombro.

—La competencia tampoco es que sea muy dura.

Dio otro bocado, esta vez en el centro. La salsa le chorreó por la barbilla y me tomé la libertad de limpiarlo con el dedo. Me chupé la yema delante de él, sin ningún pudor, y tuve el descaro de mantener el contacto visual. Nick dejó de masticar. Tragó lo que tenía en la boca casi entero, absorto en cómo mis labios envolvían la yema. El silencio lo fue todo: estaba cargado de algo que llevábamos demasiado tiempo postergando. Algo que ya no se podía ignorar porque iba mucho más allá de la tensión. Nick intentaba mantener los hombros en una posición relajada, pero lo cierto era que no lo estaban. Su mirada se desvió de los labios a los ojos, alternando

entre ambos, debatiéndose entre el deseo y el conflicto interno. Lo único que no le permitía avanzar era su cabeza. Sus prejuicios. Y yo los conocía demasiado bien. Nick era como de la familia, prácticamente habíamos crecido juntos. Eso hacía que cada vez que me miraba, no me veía solo a mí, sino todo lo que teníamos. Y la familia que compartíamos. Los amigos. Incluso Ashmoor. Él lo supo. Y yo también. Pero el Himalaya lo había cambiado todo y ya no estábamos dispuestos a fingir. Debajo de las dudas, de los límites, de las excusas que nosotros mismos nos habíamos impuesto, estábamos él y yo. Nosotros. Nick siempre había alabado mi valentía, pero ignoraba por completo que yo no conocía a otra persona con más coraje que él. Ni siquiera yo.

Dejó la hamburguesa sobre la mesilla en un gesto nervioso, aunque a la vez bastante decidido. Sus ojos abandonaron los míos para detenerse en mis labios. Me saqué el dedo de la boca y parpadeé sin saber muy bien cuál sería su próximo movimiento, hasta que me sorprendió. Sentado en la camilla, me quitó la hamburguesa de las manos, la dejó al lado de la suya y posó su mano sobre mi cintura, tirando de mí. Me besó abriéndose paso entre mis labios. Y en ese momento fui inmensamente feliz. Feliz porque Nick devoraba mi boca con un hambre voraz. Con deseo. Con una intensidad que me desarmó por completo, porque supo exactamente cómo besarme. Su boca reclamó mi lengua y acabé anclada a él.

Dejé la butaca y me subió a la cama. No pensamos. No nos contuvimos. Mis dedos arrancaron su ropa del hospital. Arrugué la tela blanca sin tacto, apartándola de su piel y mis manos repasaron la «K» que ocupaba casi todo su pecho. Acaricié el relieve, de una manera demasiado íntima, mientras Nick continuaba devorándome, como si temiera que el momento se pudiera desvanecer. O peor

incluso, como si yo misma pudiera hacerlo. Su mano, me sujetó la espalda por debajo del jersey, provocando que otro estremecimiento me recorriera el cuerpo. Nick me estaba tocando, y lo estaba haciendo de verdad por primera vez. Acarició mi abdomen con cierta inseguridad, antes de atreverse a continuar hasta mis pechos. Los tocó dibujando círculos más lentos y conscientes, llevándose por delante sus propios límites. Mi aliento se quebró contra su boca cuando la erección comenzó a presionarme entre las piernas. Fue entonces cuando se apartó un instante, como si necesitara verme. Como si necesitara asegurarse de que estaba aquí con él antes de besarme otra vez.

Atrapó mi barbilla con una de las manos y separó los labios solo para hablar.

—Si seguimos, todo cambiará para siempre.

Ni siquiera tuve que pensar la respuesta. Me quité la chaqueta y la tiré sobre la mesilla con cuidado de no dar a las hamburguesas. Su pulgar me rozó el labio inferior con una lentitud agónica.

—No quiero equivocarme contigo —admitió—. Y esto hará que no volvamos a vernos como antes.

Bajé los dedos con los que acariciaba la cicatriz a su erección y comencé a mover la mano arriba y abajo, con movimientos lentos.

—Es que ya no quiero que me mires como antes —confesé—. Quiero que lo hagas como cuando pensabas que te morías. O como lo estás haciendo ahora.

Me acarició la mejilla, atrayéndome hacia él mientras su espalda se arqueaba cada vez que yo subía y bajaba la mano.

—Siempre has estado en mi vida, nena —murmuró—. Pero después de esto querré que estés de otra forma.

Y ahí estaba, el punto de no retorno. Seguí moviendo la mano y me permití atrapar sus labios antes de darle una respuesta.

—Siempre estaré en tu vida. Da igual la manera.

—Prométemelo —rogó—. Prométemelo porque, si no nos detenemos, no voy a ser capaz de dejarte ir.

Hizo una pausa. Supe lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Nena, no quiero mirarte y pensar que hay alguien más. Necesito saber que tú tampoco quieres eso.

—No habrá nadie más —aseguré—. Nadie más, Nick. Solo tú y yo.

Su respiración cayó con alivio sobre mi aliento.

Nick dejó de contenerse en ese momento. Atrapó mi boca como un experto, mientras sus palmas me recorrían de nuevo la piel, rozando mis pezones con los dedos antes de apartar las manos de los pechos para arrancarme las botas y lanzarlas al suelo. Los pantalones y mi ropa interior tuvieron la misma suerte. Luego me tomó de la cintura y me dio la vuelta sobre él, dejando mi cuerpo boca arriba, tumbado sobre el suyo. Su erección se deslizó desde atrás por mis muslos mientras, con la cabeza a un lado, nuestros labios permanecieron unidos. Me ofrecí a él, abriendo las piernas con cierto pudor cuando su miembro se deslizó por los pliegues de mi centro, antes de detenerse.

—Mierda —lamentó—. No tengo preservativos.

Señalé mi chaqueta.

—Yo sí.

Nick estiró el brazo, sacó la cartera pequeña donde llevaba mi identificación y cogió un condón. Lo rasgó con los dientes. El látex envolvió su miembro antes de que entrara en mí. Al principio embistió con cierta contención, encontrando el equilibrio perfecto entre el deseo y el cuidado. Nick siempre cuidaba, aunque para cuidar tuviera que anteponer su integridad al deseo. Su respiración

se rompió contra mi boca, soltando pequeños gruñidos. Sus dedos se aferraron a mis pechos, sin dejar de ser cuidadoso. Su miembro se contrajo y expandió repetidas veces, mientras mis propios fluidos me empapaban los muslos. Su aliento, irregular, chocó con el mío.

—Nena —murmuró, estrechándome más fuerte contra él.

—¿Mmm?

—Te quiero. —Sus brazos se tensaron a mi alrededor cuando terminamos—. No tienes que decírmelo si no quieres —añadió con rapidez—. Solo quería que lo supieras.

—¿Nick?

—¿Sí?

Acomodé la cabeza sobre su pecho.

—Te quiero.

Cerró los brazos sobre mí y me acarició la espalda hasta dormirse.

Capítulo 43

Nick

Desperté antes que Brooke. Respiraba demasiado deprisa, como si dormida estuviera alerta. Durante un rato, solo observé cómo dormía con la cabeza apoyada sobre mi pecho. El cabello caía espeso y desordenado por su cara. Aparté los mechones de su rostro con cuidado de no despertarla. Llevábamos toda la vida reprimiéndonos sin ser ni siquiera conscientes de ello. Mis ojos bajaron a sus labios, y recordé lo bien que se habían entendido con los míos antes de deslizar el pulgar por su hombro. Brooke había dicho que no habría nadie más, pero no era verdad. Travis estaba con ella en la base, y desde hacía meses, también en el bar. Y el otro, bueno. Lo tenía presente cada vez que veía la enorme letra en mi pecho.

Brooke se despertó. Enredó los dedos en la sábana y bostezó. Quise decirle lo que pasaba por mi cabeza, pero alguien llamó a la puerta. Brooke, consciente de que estábamos en un hospital civil, salió de la cama enseguida, alcanzó su ropa y se vistió. Yo no era tan rápido como ella, así que hice lo único que me dio tiempo:

taparme con la sábana cuando la puerta se abrió.

La enfermera avanzó hasta la cama, dirigiendo la vista por un momento hacia Brooke.

—Buenos días. Toca revisión, Nickolas.

Brooke ya estaba de pie frente a la ventana, colocándose el jersey de forma que no se viera la pistola. No me miró mientras la enfermera hacía su trabajo, siguió con los ojos en un punto fijo, como si no tuviera claro cómo actuar antes de volverse para coger el resto de sus cosas.

—Voy a la cafetería. ¿Quieres algo?

Miré el reloj de la pared.

—No. Después de la revisión traen el desayuno.

Dudó un momento, como si no supiera si era mejor irse o quedarse.

—Voy a desayunar y subo a despedirme —concluyó—. Travis cerró anoche, hoy me encargo de abrir el bar.

No añadió nada más. Salió mientras la enfermera terminaba su trabajo.

—No tardarán en darte el alta —anunció.

Apoyé con alivio la cabeza contra la almohada y exhalé.

—Ojalá. No veo el momento de volver a casa.

Salió de la habitación minutos después y apoyé más la cabeza sobre la almohada. El desayuno llegó enseguida. Me senté en la misma cama y acomodé la almohada en mi espalda para desayunar, pero algo puntiagudo se me clavó en el costado. Algo que había debajo. Deslicé la mano y saqué un cuaderno. Reconocí que era el de Brooke por las tapas negras. Lo giré entre los dedos, sin comprender qué hacía ahí. Lo abrí por curiosidad, pero lo que descubrí dentro fue difícil de procesar. No eran pensamientos aleatorios, tampoco un diario. Se trataba de anotaciones, un registro

de sus emociones. Al principio frases cortas:

Otra vez necesito dejar la luz de la mesilla encendida para dormir.
No soporto el contacto físico.
Cualquier ruido me atormenta, incluso las pisadas de los clientes en el bar.
Mi frecuencia cardíaca se eleva demasiado con cualquier estímulo.
Las heridas que más duelen no se ven.
No he vuelto a tener sexo desde que el Káiser me tuvo en aislamiento.

Me costó entender lo que estaba leyendo. Luego comenzaron los textos más detallados. Crudos, hasta llegar a pasar las páginas apretando las tapas.

No he contado a nadie que Nick estaba allí, ni siquiera a Travis. Paseaba con Lúpulo y Cebada el día que el Káiser me metió en el camión. Oí la voz de Nick desde el interior, pero guardé silencio para protegerlo.

Leí eso varias veces, y al final lo comprendí: el conductor del camión. ¿Brooke iba dentro? Pasé las páginas, con una necesidad desesperada de entender qué había ocurrido, pero la realidad era algo para lo que no estaba preparado. Los hechos no estaban contados en orden cronológico. Eran fragmentos aleatorios, recuerdos rotos que unidos formaron una evidencia aterradora.

Le debo varios contenedores de armas. Seis. No va a parar hasta que se los devuelva, lo cual me hace vivir en estado de alerta. Da igual que pase el tiempo. Mi mente no olvida. Aún puedo sentir la

cadena en el cuello y la bolsa de plástico en la cabeza mientras me penetraba por detrás. Al Káiser no le gustan las cosas usadas, por muy limpias que estén. Pienso con frecuencia en la falta de oxígeno y en cómo dolía en lo más profundo del pecho.

Lloré de rabia.

No quería morir. Y se aprovechaba de eso, recordando constantemente que estaba en su mano, y no en la mía, el poder de decidir.

Estuve tentado de tirar el cuaderno, pero me contuve porque eso no serviría de nada. Necesitaba saber, pero saber implicaba imaginarla sola, encerrada y muerta de miedo.

He estado días bajo constantes agresiones psicológicas, físicas y sexuales, y eso es algo que no puedo arrancar de mi cabeza. El viaje con Nick al Himalaya me vendrá bien. Con él puedo bajar la guardia.

Hasta hoy nunca había deseado el mal a nadie.

Nick no es consciente de lo mucho que me está ayudando a volver a ser yo misma.

Me detuve en esa declaración y la releí muchas veces antes de pasar a la siguiente página. Ahí la letra había cambiado ligeramente, como si lo hubiera escrito más sosegada que en las declaraciones anteriores.

El Káiser abandona mis pensamientos cuando estoy con Nick.

Seguí leyendo.

Nick me ve como si nada de lo que ha pasado definiera lo que

soy ahora, y eso me gusta. Me gusta que no tenga conocimiento de toda mi realidad, eso hace que el ruido de la cabeza disminuya. Pero en algún momento tendré que volver, y sé que vendrá a por mí. Quizá también a por él. Y eso no lo puedo permitir.

El chirriar de las bisagras me hizo girar el rostro hacia la puerta. Brooke estaba completamente inmóvil en el umbral, con los ojos fijos en el cuaderno.

—¿De dónde lo has sacado?

Su voz sonó dolorosamente lejana.

Abrí la boca, pero no me dio tiempo a decir nada. Entró cerrando la puerta de un portazo y me arrancó el cuaderno. Lo solté sin oponer resistencia porque no tenía ningún derecho sobre aquellas páginas.

—¿Lo has leído?

Lo apretó contra su pecho como si necesitara protegerse de mí.

—Lo siento, nena. No sabía que…

—¡¿Que qué?! —cortó—. ¡¿Qué es lo que no sabías, el significado de la palabra privacidad?!

Bajé de la cama y me quedé frente a ella. Intenté abrazarla, pero me empujó hacia atrás, haciéndome chocar contra la cama.

—¡Dime de dónde lo has sacado!

Me aferré a su cintura antes de que me empujara otra vez.

—Brooke, cálmate.

—¡Responde! ¡¿Por qué lo tienes tú?!

Se arrodilló y comenzó a romper una a una las hojas. Me arrodillé con ella.

—Nena —insistí, intentando sostener sus manos—, no te hagas esto. No te castigues por algo que…

—¡No se te ocurra decirme qué tengo o no que hacer, Nick! ¡Te

lo advierto!

Retorció las tapas hasta partirlas.

—¡Nena, para! —Jamás había gritado a Brooke, y me dolió en el alma hacerlo—. ¡PARA! —repetí—. ¡No te avergüences de ti por lo que ha hecho él, tú lo único que has hecho es sobrevivir!

Se quedó muy quieta. Su cuerpo seguía en tensión, pero las manos cedieron.

—Mírame a los ojos.

Intentó apartar la cara.

—Brooke, mírame.

Esperé a que lo hiciera. Mirarla me dolió más que nunca, porque ahora sabía todo lo que había sufrido. Señalé los pedazos de papel.

—Eres tan valiente que ni los días de aislamiento con ese hijo de la gran puta han logrado destruirte.

—No…

—Sí. —Llevé su mano a mi cicatriz del pecho.

Cerró los ojos, como si todo fuera demasiado ahora mismo para ella.

—Entiendo que no me lo hayas contado —continué—. Y te pido perdón por haber leído tu cuaderno.

Apartó la mirada cuando su respiración se quebró. Intentó soltarse otra vez, pero no la dejé.

—Y siento muchísimo no haberme dado cuenta de que ibas dentro de ese maldito camión.

Sus ojos contuvieron las lágrimas. Había tocado un punto delicado, pero necesario para que lo que estábamos construyendo no se desmoronase antes de empezar. La solté y fui yo mismo el que arrancó lo que quedaba de las tapas del cuaderno, antes de tirarlo a la basura. Luego volví a arrodillarme a su lado, apoyé mi frente sobre la suya y la retuve cuando intentó alejarse.

—Eres la persona más fuerte que he conocido en mi vida.

Negó. Negó. Negó. Y yo tiré de ella hacia mí.

—Sí, nena. Sí. Y si crees que después de leer eso voy a avergonzarme de ti, es que no eres consciente de cuánto te quiero.

Intentó apartarse otra vez, pero no permití que huyera.

—Te ha hecho muchísimo daño. Ahora lo sé. Te ha arrebatado cosas que nadie debería poder tocar, pero no ha podido contigo.

Sujeté su barbilla para que no apartara la mirada, porque ella siempre la sostenía. Sus labios se entreabrieron con un ligero temblor cuando me acerqué con mi boca a la suya.

—Lo mataría.

Nunca había dicho algo así, pero no me arrepentí.

—Sí, nena —seguí—. Sería capaz.

— No digas eso.

—Lo haría.

Por primera vez vi miedo en sus ojos. Miedo de mí.

—No vuelvas a decir algo así.

—¿Por qué?

—Porque no quiero eso de ti —confesó—. Lo mejor que le puede pasar al mundo es que sigan existiendo personas como tú, Nick. Personas buenas.

Comprendí su punto de vista antes de agarrarla por la nuca y besarla con suavidad. Brooke respondió con movimientos lentos de sus labios, mientras sus manos subían hasta la inicial. Su respiración chocó contra mi boca cuando deslicé la mano por su espalda.

—Alguien dejó el cuaderno bajo la almohada. —No paré de rozar sus labios.

—Ha tenido que ser el topo. El topo o él, y desde fuera no puedo hacer nada.

—¿Cómo desde fuera?

—Estoy temporalmente fuera de la base.

—¿Por qué?

En todo el tiempo que llevaba ingresado en el hospital, Brooke no me lo había contado.

—Soy el cebo.

Me costó procesar lo que acababa de decir. Que fuese el cebo significaba que estaba bastante más expuesta que antes.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

—No es cuestión de estar de acuerdo o no. No tengo elección.

Seguí rozando sus labios con los míos.

—Eso no cambia nada entre nosotros, nena. —Dirigí la mirada a la papelera—. El cuaderno tampoco.

Capítulo 44

Brooke

Nick acababa de entrar al baño. Aproveché que se iba a duchar y que yo ya estaba más calmada para llamar a Travis. Le conté lo del cuaderno y le pedí que me consiguiera acceso a las cámaras del hospital.

—No puedo hacer eso, estás temporalmente fuera de cualquier operativo.

Me pegué el micro del móvil a la boca.

—Necesito ver las cámaras del hospital.

—No.

—Por favor.

Colgó. Me quedé varios minutos con el móvil en la mano, hasta que vibró al recibir un mensaje de Travis, diciendo que en cuanto pudiera iría al bar. Guardé el móvil cuando Nick salió del servicio, envuelto en una nube de vapor, con la toalla atada al torso. Carraspeé antes de obligarme a hablar.

—Tengo que abrir el bar.

Siguió avanzando con total naturalidad. Una de las cosas que más me gustaban de él.

—Claro, nena.

Cogí la chaqueta evitando mirarlo demasiado, porque sabía que si seguía haciéndolo, irme sería complicado.

—Volveré esta noche, ¿qué te apetece de cena?

Mi boca se aferró a la suya más de lo que debería, teniendo en cuenta que pensaba irme.

—¿Formas parte del menú?

—Para ti puede que sí. —Salí—. Te veo luego.

Lancé un beso al aire antes de irme.

Conduje por las calles de Nueva York, dándole vueltas al hecho de que alguien había estado en la habitación de Nick mientras dormíamos. Apreté el acelerador más de lo necesario, hasta que entré en Ashmoor y aparqué frente al bar.

Las horas pasaron sin mucha afluencia de gente. Walter, Jess, Vicky, algún señor del pueblo y uno o dos camioneros morbosos fueron los únicos clientes. Por eso Ashmoor era una buena tapadera. Ignoré las indicaciones de Travis y eché a los camioneros a la calle igual que había hecho el día anterior con el grupo de chavales.

Jess se acercó a la barra.

—No deberías ir enseñando eso por ahí. —Se apoyó en la madera y dirigió su mirada a la pistola—. La gente tiene la boca muy grande.

—No me digas.

Me coloqué correctamente el jersey.

Jess era mi amigo. Muy buen amigo. También lo era de Nick.

—Deberías tener más cuidado.

Limpié la máquina de café.

—¿Ahora eres mi padre? —Me arrepentí al momento—. Perdón.

No me lo tuvo en cuenta.

—¿Puedo ayudarte de alguna forma?

Podía confiar en él, y lo sabía. Pero meterle en esto solo complicaría más las cosas.

—No, pero gracias igualmente.

Jess no insistió. Dejó el dinero sobre la barra antes de volver con su abuelo y con Vicky. Continué con la máquina de café, no porque estuviera sucia, sino por mantener la mente ocupada. Al cabo de unos minutos, se levantaron. Jess ayudó a Walter a incorporarse. Mientras tanto, Vicky vino a la barra y se apoyó con delicadeza en el borde.

—Estás rara.

Me hice la sorda, pero no funcionó. Siguió mirándome de esa forma que claramente significaba: sé que me has oído.

—Estoy cansada.

No se lo creyó, pero al igual que Jess, tampoco presionó. Su mirada se suavizó cuando comenzó a jugar con un mechón dorado.

—Tengo ganas de que Nick vuelva. Se le echa de menos.

Le di la razón con un ligero asentimiento.

—Yo también. Ashmoor no es lo mismo sin él.

Aunque viésemos a Nick en el hospital, no era lo mismo que cuando estaba en el pueblo.

Vicky ladeó el rostro, sabiendo que había algo que pensaba aunque no lo dijese. Al final sonrió, y añadió una última cosa antes de que Jess y Walter llegaran a la barra.

—Bueno, ya me contarás cuando creas oportuno.

La puerta se abrió en ese momento.

—Travis —saludó Vicky—. ¿Cómo estás?

Pasó por detrás de ella, sin detenerse. No dijo hola. No preguntó a Vicky cómo estaba ella, ni a Jess, ni a Walter. Y eso hizo que Vicky

volviera a mirarme de esa forma. Cuando Travis entró a la cocina a dejar sus cosas y ponerse el delantal, Vicky se inclinó sobre la barra.

—¿Estáis mal?

Encogí los hombros, volviendo a esconderme tras la máquina de café.

—Vale —murmuró al final—. Nos vamos. Si quieres hablar, ya sabes.

—Sí. Ya sé.

Se despidió con una sonrisa radiante y salió acompañada de Jess y Walter.

Cuando se fueron, solté el paño con el que limpiaba la cafetera y entré en la cocina. Travis estaba de espaldas. Por lo visto, no era la única a la que limpiar le ayudaba. Solo que él frotaba las sartenes que ya estaban limpias.

—¿Quieres sacarles brillo o hacerles un agujero? —pregunté desde el umbral. No respondió, así que me acerqué—. ¿Te pasa algo?

Ni siquiera se giró. Siguió frotando la superficie ya limpia.

—¿Se han ido?

—Sí.

Dejó el estropajo a un lado y se aclaró las manos.

—Cierra el bar.

—¿Qué?

—Que cierres este puto tugurio de mierda —repitió—. He visto las imágenes del hospital.

El plan era que las viese yo, no él.

—Vale.

Cerré con llave desde dentro, mientras él salía de la cocina y se sentaba a una de las mesas con una tableta de la base. Se pasó una mano por la nuca cuando tomé asiento a su lado.

—Las cámaras de los pasillos están manipuladas. Solo hay esto.

«Esto» éramos Nick y yo, durmiendo en la cama del hospital. No aparté la vista de la imagen, y no lo hice por una razón: mirar a otro lado sería alargar lo evidente. El vídeo avanzó unos segundos a cámara rápida, en los que se nos veía durmiendo con una respiración acompasada. Nick, estirado como una estrella de mar. Yo, con la cabeza sobre él. Mi cuerpo pegado al suyo, su brazo rodeándome. Era una escena demasiado íntima, demasiado evidente.

—¿Vas a seguir diciéndome que no te has acostado con él?

No sé cómo tuve valor para mirarlo, quizá porque en algún lugar de la mente me estaba diciendo a mí misma que en esas imágenes no había nada malo. Deslizó el dedo por la pantalla sin esperar que respondiera. La grabación retrocedió hasta que aparecí desnuda sobre Nick, de espaldas. El vídeo no tenía audio, pero mostraba dos cuerpos desnudos, teniendo relaciones sexuales de manera consensuada. Los dedos de Travis se quedaron en el borde de la pantalla. Finalmente apartó la mano, retiró la silla y fue hasta la barra para coger una botella de agua a la que le robó un par de tragos. Entendí que necesitaba espacio, por lo que permanecí sentada, sin mirar a nada en concreto, esperando hasta que la botella impactó contra un conjunto de vasos colocados sobre el escurreplatos. Varios de ellos se reventaron al caer al suelo.

—¡¿Cuántas veces, Brooke?! —estalló—. ¡Si eres valiente para engañarme, sé valiente para dar la cara de una vez!

Me mantuve en mi sitio incluso cuando avanzó hasta la mesa. La lanzó por los aires, reventando la tableta.

—¡¿Cuánto tiempo lleváis viéndome la cara de imbécil?! Su vida está cambiando gracias a mí, ¿y así me lo agradeces?

Eso me tocó demasiado hondo. Independientemente de mi

relación, Nick merecía que su vida cambiara.

—¡¿Es que no piensas decir nada?! ¡Di algo de una vez!

Me levanté de la silla.

—¡No te estoy engañando! ¡Y no te atrevas a hablar de la situación de Nick como si él te debiera algo, porque si quieres que hablemos de deudas, hablamos de las de todos! ¡Incluidas las tuyas con el gobierno!

—¡Eso no tiene nada que ver con esto!

—¿¡Y qué?! ¡Usaste mi viaje! ¡Lo usaste igual que mis permisos, para ponerme de cebo, igual que ha acabado haciendo el SEDS! ¡Jugaste con mi vida y con la suya!

Me dirigí a la puerta para abrir, dando por finalizada la conversación, pero me agarró del brazo, obligándome a dar la vuelta.

—¡Para ayudarte! ¡Quería atraparlo! ¡¿No lo entiendes?!

Me solté, girando su muñeca hacia dentro, encajando el pulgar contra el punto débil de su agarre. Cuando presioné ahí, desvié el peso del cuerpo a la cadera hasta liberarme.

—¡No vuelvas a tocarme así!

Me miró como si no me conociera, pero no me importó, porque con todo lo que habíamos vivido, yo tenía la misma sensación. Travis fue el primero en bajar la voz.

—¿En qué momento hemos llegado a este punto, Brooke?

Me llevé las manos a la cara, agotada.

—En el momento en que piensas que puedes exigirme cosas que no te corresponden. —Me senté en la silla, intentando calmarme—. Seguimos actuando como si nada hubiera cambiado, cuando la realidad es que ya nada es igual.

Colocó la mesa y recogió la tableta antes de sentarse.

—Solo quiero saber cuánto tiempo os habéis reído de mí.

Me desesperé.

—Sigues sin entenderlo.

—¿Te has acostado con él estando conmigo?

—No. —Señalé la tableta, aunque estuviera reventada—. Esa ha sido nuestra primera vez.

—Era tu amigo.

Ahí me tuve que callar, porque yo misma le había dicho que Nick era eso. Y lo era, claro que sí, pero ahora sabía que también podía ser mucho más.

—Sigue siendo mi amigo.

—Sí —determinó—. Solo que ahora también folla contigo.

—Follar, follar, follar —repetí como un loro—. ¿No comprendes que el sexo es lo de menos? Te dije que no sabía lo que quería, y era verdad. Para mí tampoco ha sido fácil.

—Yo creo que sí lo ha sido. Te lo advertí, Brooke. No voy a competir con nadie.

—Bien, porque tampoco quiero que lo hagas.

Travis fue hasta la salida y giró las llaves para abrir.

—Ojalá se hubiera muerto en el puto Himalaya.

No pude creer que hubiera dicho semejante barbaridad. Lo miré esperando que se retractara, pero no lo hizo, así que me levanté y fui hasta él.

—No digas cosas de las que te puedas arrepentir.

—Ojalá se hubiera muerto allí.

Le di un tortazo. El impacto hizo que mi palma sintiera un ligero cosquilleo.

—Que Nick siga respirando es un milagro —lo regañé—. Y no está vivo gracias a ti. Tú casi lo matas por llevarte otra condecoración.

Contuvo su respiración.

—Puedes estar enfadado conmigo —continué—. Puedes odiarme si quieres. Puedes intentar joderme como jefe de equipo. Lo que quieras, pero no vuelvas a decir eso delante de mí porque soy capaz de pegarte un maldito tiro en la cabeza.

Sacó del bolsillo su cartera, y de ahí, la foto que había guardado de nosotros follando en la camioneta. La rompió delante de mí, en trozos diminutos que tiró al suelo antes de salir. Lo vi montarse hecho una furia en su coche. Sin girarse. Sin mirarme. Antes de pisar el acelerador como un maldito energúmeno. Recogí los trozos de la foto antes de que mi móvil vibrase. Era un número oculto.

No debería descolgar, pero eso fue lo que hice, porque en mi familia mirábamos los problemas de frente.

—Elige uno, pequeña ladrona.

Su voz siempre generaba una reacción terrible en mí.

—¿Qué…?

—Elige a quién voy a matar. ¿Nick o Travis? Tic, tac.

Di un paso hacia atrás para apoyarme en la barra. Pero no era el cuerpo lo que fallaba, era la cabeza. Era todo lo que arrastraba detrás. Y él lo sabía.

—No voy a repetirlo.

Mi propio pulso sonaba tan fuerte que estaba a punto de reventarme los oídos. Nick o Travis. Los nombres se me repetían en la cabeza. ¿Cómo iba a darle una respuesta? Elegir significaba participar, y no hacerlo, condenar a los dos.

—Cinco segundos, pequeña ladrona. Cinco… Cuatro…

¿Por qué contaba? Me llevé la mano al pecho, a punto de colapsar.

—Tres…

Empecé a marearme.

—Dos…

Me bloqueé. Me llegaron al cerebro imágenes superpuestas de Travis y de Nick. Representaciones nítidas de recuerdos que en algún momento de mi vida me habían hecho muy feliz. A Travis lo quería, a pesar de todo, pero no de la misma manera que a Nick.

—Uno…

Me aferré a ese pensamiento como si dentro de mí fuera posible hallar una salida, cuando la realidad era que no. Tensé los dedos alrededor del móvil.

—¡Travis! —sentencié antes de que la cuenta regresiva llegase a cero.

—Siempre tan predecible. Lástima.

Oí un clic, como si el Káiser hubiese activado un detonador antes de colgar. Los labios me temblaron y las lágrimas no me dejaron ver. Abrí la boca en busca de aire, pero no entró nada. El móvil me tembló entre los dedos. Llamé a Phoebe, corriendo hacia mi moto.

—¡Necesito la ubicación de Holmgren! —grité cuando descolgó.

—¿La ubicación? Estás fuera de…

—¡La ubicación! ¡Ya! ¡No hay tiempo!

Arranqué la moto y el móvil se conectó automáticamente al equipo de comunicación del casco.

—Antes dime qué pasa. Sabes que no puedo…

—¡MEYER, LA MALDITA UBICACIÓN!

Oí que tecleaba algo en el ordenador.

—No consigo acceder a la del móvil.

—¿Y a la del coche?

Oí el ruido que hicieron sus dedos al presionar las teclas.

—Tampoco.

—¡Entonces busca la del reloj!

Los segundos se me hicieron eternos.

—Lo tengo.

—Estoy en la moto.

En menos de cinco segundos apareció la ubicación en la pantalla UHD.

—¡Manda atención médica urgente, ya! —exigí, acelerando casi a fondo antes de colgar.

Aumenté la velocidad y en una curva casi pierdo el control. Enderecé la moto por los pelos y seguí hasta que lo vi a lo lejos. El coche atravesado. Las llamas. La moto derrapó cuando frené, la tiré al suelo y salté para correr hasta allí.

—¡Travis!

El coche estaba ardiendo. Ningún ser humano podría sobrevivir a eso. Aun así intenté acercarme, pero el humo y el calor me obligaron a retroceder, protegiéndome la cara con la chaqueta y el jersey.

—¡Travis! —repetí.

Rodeé su coche, incapaz de ver el interior.

—Brooke.

Me volví hacia su voz y me quité el casco. Lo encontré en el suelo, a varios metros del incendio. Travis tenía varias heridas, sangre por el brazo y rasguños en la camiseta. Me lancé sobre él, mirando el coche sin comprender nada.

—¡No te muevas!, ¿vale?

Señaló la pequeña tienda veinticuatro horas que teníamos enfrente. Había aparcado en la parte trasera que daba al almacén.

—Paré a por…

Calló como si le diera vergüenza.

—¿A por qué?

Señaló los cristales del suelo, donde pude apreciar el cuello de una botella.

—¿Whisky?

Asintió. Y yo solo pude estrecharlo entre mis brazos.

—Necesitaba que doliera menos.

—Perdóname —rogué—. Perdóname por todo.

—Perdóname tú a mí, no debí mentirte ni desear la muerte a Nick. —Hizo una mueca de dolor—. Es buena persona, aunque me joda que lo prefieras a él.

Bajé la mirada al suelo.

—Tenía que… Tenía que darle un nombre.

El fuego crepitó frente a nosotros, iluminándonos a ráfagas que nos dividían entre luces y sombras.

—¿Un nombre a quién?

—K. Dijo que eligiera a quién…

Miró el coche, entendiendo.

—Joder.

—Y te elegí —confesé—. No tenía opción, Travis.

—Puto psicópata. —Me apretó la mano—. Tenías que elegir. No te martirices, eso es justo lo que quiere. Estoy vivo gracias a una botella de whisky.

—Eso no cambia que elegí condenarte.

—No elegiste condenarme, Brooke. Elegiste lo que eras capaz de soportar perder.

Capítulo 45

Brooke

Los destellos de las sirenas, azules y rojos, fueron lo único capaz de apagar un instante el ruido de mi cabeza. El equipo médico del SEDS irrumpió con rapidez, bajando del vehículo para subir a Travis a una camilla y trasladarlo al hospital de la base.

—¿Agente Crowley? —preguntó una de las enfermeras, confirmando mi identidad.

—Sí, soy yo.

—Voy a examinarla.

—No estoy herida.

El camión de bomberos llegó. Desvié la vista a Travis. Le habían cortado la camiseta a la altura del pecho. Había sangre, pero no parecía grave. Abrasiones por la explosión, algún cristal clavado y probablemente contusiones.

—El Káiser le había puesto un explosivo en el coche. Por suerte, Holmgren estaba fuera cuando se activó el detonante.

—Posible politraumatismo leve —dijo alguien—. Iniciamos el

traslado.

Travis cruzó una mirada conmigo antes de que se lo llevaran.

—Lo siento. —Me acerqué—. Perdóname.

Extendió el brazo para coger mi mano.

—No le des lo que quiere. Está jugando contigo.

Me aparté para que se lo llevaran. Una vez sola, saqué el móvil. Tenía que asegurarme de que Nick estuviera bien. La llamada emitió el primer tono. Dos. Tres.

—Vamos, Nick… —murmuré.

Cuatro. Se cortó y volví a marcar hasta que contestó.

—Hey, nena.

—¿Estás bien?

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Le conté lo sucedido.

—Te veo luego. —Me despedí.

—Creo que eso no va a ser posible.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Que me veas luego. Al menos en el hospital. Me dan el alta a las once.

Miré la hora en el móvil.

—Jess está de camino —añadió—. Quería darte una sorpresa. ¿Tortitas en mi casa esta tarde? Puede que te venga bien para despejarte.

—Buena idea. Me encargo de la compra.

—Bien.

—Oye, Nick. No deberías estar tranquilo después de lo que ha pasado. No quiero alarmarte, pero…

—No estoy tranquilo —cortó—. Estoy intentando que tú lo estés.

—Hablo en serio.

—Y yo. Si quiere hacer daño, lo va a hacer independientemente de dónde estés y con quién. Nos vemos luego, nena.

En eso tenía razón.

—Nos vemos.

Subí a la moto y conduje en piloto automático hasta casa. Cuando llegué, me quité la chaqueta y apoyé ambas manos en la encimera. A la hora de comer, seguía con el estómago cerrado. Cogí un vaso de agua, pero apenas di un par de tragos cuando el móvil vibró otra vez. Me asusté hasta que vi de quién se trataba.

—¿Papá?

—Escúchame —pidió con voz severa—. Travis está bien, pero no te llamo para eso. Se ha convocado una reunión urgente.

—¿Por qué?

—Ha habido un intento de acceso no autorizado al sistema del área subterránea del hospital.

—¿Qué? ¿Han conseguido acceder al hospital de la base?

—No. Todo está controlado, pero quiero que estés alerta. Cuidado en quién confías.

—Vale.

—Te seguiré informando.

—Te quiero, papá. A mamá también.

—Se lo diré.

—Vale.

—Come algo. Sé cómo te afecta esto, pero no rendir bien es la diferencia entre que mates o te maten. No lo olvides.

—No lo olvido.

—Te quiero.

Papá colgó y llamé a Vicky. La tienda de ultramarinos permanecía cerrada desde que Camila ya no estaba en Ashmoor. De los que habíamos estudiado juntos en el colegio del pueblo, solo

quedábamos Nick, Jess y yo. Y la tienda más cercana era en la que había explotado el coche de Travis.

—¿Me vas a contar qué os pasa a Travis y a ti? —preguntó Vicky al descolgar.

—No hay nada que contar. ¿Dónde compras *online*?

—¿El qué? ¿Libros, ropa, zapatos…?

—Comida.

—Ah. Uso una app, te lo mando ahora.

—¿Cuánto tarda la entrega?

—Depende. Si haces el pedido antes de las tres, puedes tenerlo en una o dos horas.

—Bien.

—Oye, oye, oye. —Vicky hizo una pausa—. ¿Me he perdido algo importante? ¿Desde cuándo compras *online*?

—Vicky, yo te quiero, pero la etapa de cotillear recomiendo que te la saltes.

—Vale, pero dime al menos qué vas a comprar.

—Harina, leche… ¿Por qué haces preguntas tan raras?

—Ingredientes para el postre favorito de Nick —observó—. Mmm… ¿Has quedado con él? Hoy le han dado el alta.

Era demasiado inteligente.

—Ajá —admití sin entrar en detalles.

—Ahora entiendo el drama con Travis.

Me pasé una mano por la frente.

—No hay ningún drama.

Al menos, ese no era el principal.

—Claro, claro. —Era evidente que no se lo creía—. Pide pronto si quieres que te llegue a tiempo.

Colgué y me metí en la aplicación de compra. Añadí todo lo que necesitaba al carrito junto con otras cosas para los monstruitos.

Confirmé el pedido y lo recibí en hora y media. Después de que el repartidor lo trajera, subí a mi habitación, donde todo estaba en orden menos mi cabeza. Me quité las botas, el pantalón y el jersey antes de meterme en la cama. Me tumbé boca arriba, mirando al techo e intenté relajar el cuerpo. No lo conseguí. Giré la cabeza hacia la puerta, luego hacia la ventana, mientras mi oído buscaba cualquier ruido que delatara su presencia. Al final, acabé como siempre; con la mano sobre el pecho, notando el pulso disparado bajo la piel. Sobrevivir en estado de alerta ya no era una reacción puntual, se había convertido en mi estado habitual.

Me levanté puntual para ir a casa de Nick. Comprobé el arma, el cargador, el seguro. Bajé a la cocina a por la compra y cerré con llave. Desde fuera se veían las luces encendidas de su casa. Los andamios seguían cubriendo parte de la fachada con la estructura metálica. Avancé hasta la puerta, esquivando una tabla apoyada contra la pared y llamé. Nick apareció con una sudadera vieja, pero limpia. Tenía buena cara. Y antes de que pudiéramos saludarnos, Lúpulo se coló entre sus piernas y acabó chocando contra mis botas.

Me agaché a por el cerdo, dándole las bolsas a Nick.

—¡Eh, bolita!

Cebada apareció también, olisqueándome los pantalones.

—Te han echado de menos.

Cogí en brazos a los dos. Antes de invitarme a entrar, Nick me dio un rápido beso en los labios. Esquivé las herramientas de obra e intenté no llevarme por delante ninguno de los plásticos que cubrían las estancias.

—¡Brooke! —gritó Madi al verme—. ¿Has traído comida?

—Claro.

Me eché a un lado para que pudiera meter las manos en las bolsas.

—¡Jack, Noah! —gritó a sus hermanos—. ¡Hay cereales y galletas!

Los chicos recorrieron el pasillo, chocando entre sí.

—¡El que llegue primero elige! —Jack embistió a Noah.

—¡Eres un tramposo! —se quejó Noah, quitándole a su hermano el paquete de galletas.

—¿Es que no tenéis modales? —los regañó Nick—. Se pide permiso antes de meter las manazas, maleducados.

—Brooke, ¿podemos coger galletas? —preguntó Madi, ya con la boca llena.

—Lo que queráis, pero nada de peleas.

Jack pilló el bote de nata.

—¡Nata! —Se llenó la boca.

—¡Eh! —Noah se lo quitó—. Comparte.

Dejé a Lúpulo y Cebada en el suelo.

—Nada de dulces a los cerdos —advertí, como siempre, metiendo la mano en la bolsa para sacar las hojas de espinacas—. Dadles esto.

Lúpulo y Cebada arrasaron con la comida. Nick los cogió en brazos, apartó a sus hermanos y cargó con todo hasta la cocina, incluidos los cerdos.

—Voy a saludar a tus padres.

—Sí, ve. Estás en tu casa.

No lo era, pero como si lo fuera.

Fui a la sala de estar. Allí encontré a Donna, junto a la chimenea, tumbada en el sofá en vez de en la silla. Robin, a su lado, le masajeaba las manos. Las mellizas jugaban con los bloques sobre la alfombra. Y el calor llenaba la estancia. Vi varios troncos de leña apilados sobre un estante nuevo. El olor a humedad había disminuido bastante en el ambiente.

Me acerqué al sofá y apoyé la mano en el hombro de Donna.

—Hola, Robin. Donna —saludé—, ¿cómo estás?

—Mejor —respondió, más alegre—. Nick ya se queda en casa, le han dado el alta.

—Eso me ha contado.

Claire, en ese momento, le quitó una pieza a Juliet.

—¡No tuya!

—¡Sí mía! —replicó Claire.

Y como siempre ocurría, Juliet acabó mordiendo a su hermana.

Fui a separarlas reprimiendo la risa, porque Claire gritó más fuerte. No porque le doliera, sino por llamar la atención para que sus padres vieran que Juliet le había mordido. Mientras tanto, Juliet miraba a Claire, más que dispuesta a volver a hacerlo.

—Venid aquí. —Las levanté con cuidado, cargando con una en cada brazo—. Vamos a la cocina antes de que os transforméis como los gremlins mojados.

Robin y Donna se mostraron conformes mientras me las llevaba.

—Nick, traigo refuerzos.

Acercó las tronas, conservando una distancia prudencial entre una y otra. Madi, Nick y Noah repartieron galletas a sus hermanas. Me quité la chaqueta y la colgué en una de las sillas.

—¿Qué hago? —pregunté, dejando el móvil en la mesa.

Nick me acercó un bol. Comencé a cascar los huevos mientras él añadía la harina tamizada.

—¿Dónde has dejado el azúcar? —pregunté.

—Aquí.

Por primera vez en lo que iba de día, me relajé.

—¿Y la leche?

Nick me pasó el brik. Al cogerlo, nuestros dedos se rozaron, provocando varias miradas cómplices a nuestro alrededor. Una de

ellas me hizo reír a carcajadas. Nick, en cambio, fingió estar muy serio para, en el momento menos esperado, mancharme la nariz con harina. Se acercó con intención de volver a ensuciarme.

—No te atrevas —reí.

Sus dedos me dejaron un rastro blanco en la frente y la barbilla. Me limpié con el dorso, metí la mano en la bolsa y fui tras él.

—Acabas de firmar tu sentencia.

Le puse la mano en el pelo, dejándole varios mechones blancos. Me miró boquiabierto.

—Ahora estamos en paz.

—¿En paz? —repitió, señalando su cabeza antes de atraparme contra la encimera.

Me manchó con el pulgar los agujeros de la nariz, haciéndome estornudar. Madi, Noah, Jack, Claire y Juliet estallaron en carcajadas cuando una nube blanca de harina se formó en el aire por el estornudo.

—Eres imbécil.

Nick me rodeó con suavidad la cintura.

—Pero te hago reír.

Aparté la vista, carraspeando porque teníamos diez ojos sobre nosotros. Catorce si teníamos en consideración los de Lúpulo y Cebada.

—Vale —seguí, recomponiéndome—. Leche, harina, huevos… ¿La mantequilla?

Nick estudió la encimera, antes de revisar las bolsas ya vacías.

—No has traído.

Me puse la chaqueta.

—La habré dejado en la nevera. Voy a casa a por ella.

Le di un beso en la mejilla y señalé a los monstruitos saqueadores con el dedo.

—Más os vale dejarme al menos una galleta.

Avancé varios metros por el jardín, en dirección a mi casa. Llevaba las llaves en la mano cuando algo frío y metálico se cerró alrededor de mi cuello. Reconocí al instante los eslabones de acero cuando el metal se me clavó en la piel. Intenté huir, pero fue un error, porque la presión aumentó al instante, cortándome el aire. Volvió a tirar hacia atrás, con violencia, haciendo que mi espalda chocara contra su cuerpo. Me desarmó en cuestión de segundos, aprovechando que la cadena no me permitía respirar. Intenté gritar, pero me tapó la boca con una cinta adhesiva de las gruesas. Las llaves se me cayeron entre la maleza.

—Pequeña ladrona, ¿me has echado de menos?

Capítulo 46

Nick

Harina por los aires, diez manos intentando agarrar cualquier cosa que hubiera en la mesa y los gruñidos de Lúpulo y Cebada como banda sonora de fondo eran justo lo que necesitaba. Miré la puerta de la cocina, esperando ver a Brooke entrar por ella, pero fue mi padre el que apareció en su lugar. ¿Cómo podía tardar tanto en coger la mantequilla? Mi padre volvió al salón y miré el reloj de la pared. Había pasado demasiado tiempo.

—Voy a ver si Brooke se ha perdido por el camino —bromeé con mis hermanos.

Salí a la calle y pisé algo en el jardín. Me agaché para apartar las malas hierbas, encontrando el manojo de llaves de Brooke. Lo crucé dando grandes zancadas hasta llegar a su puerta.

—¿Brooke?

Nadie contestó, así que insistí.

—¡¿Brooke?!

Usé las llaves para entrar. Recorrí cada habitación gritando su

nombre, pero en casa no había nadie. Corrí hasta la mía.

—Nick —susurró Madi cuando entré en la cocina—, ¿cuándo viene Brooke?

— Le duele la tripa —mentí—. Vendrá otro día.

—Jo… Pero yo quería…

Madi siguió hablando, pero ya no la oía. Estaba demasiado nervioso llamando a los padres de Brooke, pero ninguno respondió. Colgué y volví a llamar, sin obtener respuesta de ninguno.

—Hostia puta —mascullé.

—Hostia puta, hostia puta, hostia puta…

Las mellizas comenzaron a repetir esas dos palabras, mientras Jack y Noah seguían llenándose la boca de nata. Madi, pegada a mi pierna, tiraba del pantalón mientras repetía que quería hacer tortitas con Brooke.

—Te he dicho que otro día, Madi.

La cogí en brazos y la senté en la silla con sus otros hermanos. Al dejarla vi el móvil de Brooke sobre la mesa. Me lo llevé con la esperanza de poder hablar con Travis, pero la pantalla estaba bloqueada con un pin de seis números.

Pensé en lo que Brooke decía cuando aprendió criptografía: que no sea obvio pero que tenga sentido. Y recordé los mensajes que nos enviábamos cuando éramos pequeños, con nuestro propio abecedario numérico. El truco para que nadie entendiera lo que escribíamos era usar uno propio, en vez de genérico. Porque entonces todo el mundo sabría que 1 es A, que 2 es B, que 3 es C… Guardé los móviles en el bolsillo y pedí a mi padre que echara un ojo en la cocina. Fui directo al estante de mi habitación donde tenía todas las carpetas y los apuntes de mi breve época de estudiante. Encontré papeles sueltos, cuadernos, sobres…

—Vamos, hostia.

Volqué todo y busqué hasta que encontré el folio con nuestro código. Reconocí los garabatos a pesar de que la tinta estaba demasiado desgastada. Me llevé las manos a la cabeza.

A = 1.
E = 2.
I = 3.
O = 4.
U = 5.
B = 7.
C = 9.
D = 20.
F = 22.
G = 13.
H = 21.
J = 19.
K = 12.
L = 14.
M = 23.
N = 16.
Ñ = 17.
P = 25.
Q = 15.
R = 27.
S = 26.
T = 18.
V = 11.
W = 6.
X = 10.
Y = 24
Z = 8.

…

No tenía ninguna lógica la numeración, y eso es lo que hacía que nadie más entendiera nuestras cartas de la infancia. Volví a coger su móvil y desbloqueé la pantalla. Tenía que ser algo corto, importante para ella, pero no demasiado obvio. Probé algo que encajara en un margen de seis dígitos.

Ashmoor.

A = 1.

S = 26.

H = 21.

M = 23.

…

Demasiados. Borré y lo intenté con su nombre.

B = 7.

R = 27.

Lo dejé en la segunda letra. «Brooke» tenía seis. Si la segunda ya era un número de dos dígitos, era imposible que fuera la contraseña.

Mantuve la calma, no por mí, por ella.

—Piensa, Nick. Piensa.

Cerré los ojos y recordé: «Que no sea obvio pero que tenga sentido». Pensé opciones de cosas, lugares o nombres que solo nosotros usaríamos.

—Por favor…

Probé con: 16. 3. 9. 12.

La pantalla se desbloqueó con mi nombre.

Marqué el número de Travis.

—Cógelo… —rogué.

—Crowley.

Sabía que iba a ser incómodo que oyera mi voz, pero no podía

acudir a nadie más.

—Soy Nick.

Colgó. Apreté el móvil contra mi oreja y volví a llamar.

—¿Qué quieres?

—Brooke no aparece. Estábamos haciendo torti…

—No me interesa lo que estuvieseis haciendo.

Vale, no estaba de humor y lo entendía. El Káiser le había quemado el coche.

—Salió a por mantequilla —resumí—. Tardaba en volver, así que salí a busc…

—Ahórrate lo que no aporte a su búsqueda —volvió a interrumpir.

—Sus llaves estaban en mi jardín. No está.

—¿Por qué tienes su móvil?

—Lo dejó en mi casa.

—¿Señales de forcejeo? ¿Algo que llame tu atención?

Me asomé por la ventana para revisar esa zona del jardín.

—No. Solo las llaves.

—¿Quiénes han estado con vosotros? ¿Jess? ¿Vicky?

—Mi familia.

Oí voces de fondo, como si Travis hablara con alguien.

—No les cuentes nada.

—Les he dicho que se encuentra mal.

—Bien.

Oí nuevas voces de fondo y a alguien decirle que no podía abandonar todavía el hospital.

—¡¿Te atreves a cuestionar las decisiones de uno de los jefes de equipo del SEDS?! —gritó, antes de retomar la conversación conmigo—. Ten el teléfono a mano.

—¿El teléfono a mano? Oye, no pretendas que espere de brazos

cruzados.

—No te he dicho que esperes, me estoy asegurando de que no hagas el imbécil.

Le hice una peineta aunque no pudiera verme.

—Lo mejor que puedes hacer por Brooke es quedarte en casa, no vaya a ser que te pongas a correr por el jardín con los cerdos, borréis posibles pruebas y me jodáis el trabajo.

Creo que nunca me había caído nadie así de mal. Me aparté el teléfono de la oreja, creyendo que había colgado.

—Gilipollas engreído.

—Te he oído.

Me disculpé porque lo único que importaba ahora era Brooke.

—Perdón. Pensaba que habías colgado.

—Va a ser verdad que el amor es ciego —vaciló—, no sé qué ve en ti.

—Suerte la mía.

—No puedes salir, Holmgren —se oyó al otro lado de la línea.

—Apártate.

—Son órdenes de arriba. Las entradas y salidas no son seguras.

Presté atención a la conversación. Por la voz, creo que se trataba de Mason. Lo había conocido, igual que al resto del grupo de Brooke, en mi ingreso en la base del hospital del SEDS.

—¿Por qué?

—Ha habido nuevos intentos de accesos no autorizados al sistema del área subterránea y al de la base.

—¿Qué?

Seguí con la oreja puesta.

—No tenemos más información, Holmgren. Pero nadie entra ni sale hasta nuevo aviso.

—Escúchame bien. O estás con tu equipo o estás contra él.

—Contigo, jefe.

Oí voces de otras personas. No sé si se le cayó el teléfono o si se lo quitaron, pero la llamada se cortó. Volví a llamar, pero nadie respondió. Observé el manojo de llaves y el teléfono. Ubicaciones. Eso es. Me metí en el teléfono de Brooke hasta dar con el historial de sus movimientos.

—¡Papá, mamá! —grité—. ¡Haced vosotros el postre, tengo que irme!

—¡Saca a los cerdos! —respondió mi padre.

—¡Luego!

—¿Luego cuándo?

—¡Papá, luego!

Le vi aparecer por el pasillo, entrar en la cocina y salir con Lúpulo y Cebada.

—¿En serio?

—Te los llevas. No quiero que tus hermanos les den tortitas ni que caguen o meen dentro.

Resoplé.

—Genial. Perfecto.

Salí con ellos en brazos y fui directo a la furgoneta. El indicador del depósito marcó que estaba casi vacío.

—Mierda. ¿Qué más va a pasar hoy?

Miré las llaves de Brooke. No era una buena idea coger su moto, pero era mejor que pedir el coche a mi padre y tener que dar explicaciones en caso de destrozo. Corrí a su casa. Al lado del casco, estaban las llaves de la moto, pero no las de la maleta trasera.

—Vale —dije a Lúpulo y Cebada—, necesitáis algo.

Subí a la habitación de Brooke y rebusqué entre sus cosas. En el armario encontré varias cajas en las que guardaba juguetes de hacía años, entre ellas, una cesta de las que se ponían delante en las

bicis, amarilla y con pompones. Tendría que bastar. También encontré gafas de natación. Bajé corriendo a la moto y metí a los cerdos en la cesta. Les puse las gafas para proteger su vista del aire y metí la cabeza a presión en el casco. Al arrancar, en la pantalla del casco aparecieron mapas y un montón de cosas raras.

—Hostia puta.

No entendía nada, así que empecé a tocar la pantalla.

Perfecto. No tenía ni puñetera idea de lo que estaba haciendo.

Capítulo 47

Nick

Mi teléfono sonó. Ah, no. Era el de Brooke. Acepté la llamada entrante de Travis metiendo el móvil por dentro del casco.

—¡Nick! —Su voz era urgente, descontrolada, y sonó por algún altavoz interno del propio casco.

Travis sonaba jodidamente cabreado.

—¡Escúchame, Nick! ¡Nos han encerrado, han bloqueado el sistema de acceso! —Hubo un silencio que me acojonó—. ¡Eres la única persona que puede ayudar a Brooke, aquí dentro no sé en quién puedo confiar y en quién no!

Reprimí las ganas de recordarle que hacía un momento había dicho que lo mejor que podía hacer por Brooke era quedarme en casa. Si no se lo dije fue porque la situación no era la adecuada para hacer reproches.

—Nick, no sé quién es el maldito topo.

Lo de ser adulto no me gustaba, pero, ¿qué más daba? Llevaba siéndolo los últimos años.

—¿Qué hago?

—Vas a tener que venir a la base.

Me llevé las manos a la cabeza.

—No tengo ni idea de dónde está eso. —Seguí viendo mapas en el panel—. Oye, Travis, he cogido la moto de Brooke. Y su casco.

—¿Tienes carné de moto?

—Sé montar en bici. Además, mi furgo está sin gasolina.

—Joder. —Apartó el teléfono un momento—. ¡Meyer!

¿Meyer quién era? Ah, sí. Phoebe. Con tanto nombre y apellido todavía me liaba. Me dejó solo uno o dos minutos. Después, un mapa diferente se extendió sobre la visera del casco.

—Ya tienes las ubicaciones.

—¿Cómo que las ubicaciones?

—La primera te llevará a mi piso. Pídele las llaves a Pétula —supuse que se refería a la vecina—. Tiene una copia.

—Entendido.

—No he acabado —me regañó—. En el armario del dormitorio hay un compartimento oculto.

Fruncí el ceño mientras el punto inicial del mapa parpadeaba.

—¿Y qué hay ahí?

—Equipo básico, pero suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para que entres a por nosotros. Encontrarás una tarjeta de acceso antigua, cargas de humo y algún arma.

—¿Y qué pretendes que haga yo con eso?

—Entrar por los accesos subterráneos del hospital a la base. Desde ahí conecta un ascensor con todos los niveles.

—¿Y las bombas de humo?

—Cógelas por si hacen falta. Lo más importante es la tarjeta —recalcó—. Las actuales están monitorizadas.

—No entiendo.

Resopló.

—Es una tarjeta fantasma.

—¿Por qué tienes una tarjeta fantasma? Es raro de cojones.

—No es el mejor momento para hacer preguntas irrelevantes —me cortó.

Avancé con la moto con miedo de caerme, pero conseguí mantener el equilibrio y a los cerdos tranquilos en la cesta, aunque no sabía cómo lo había conseguido.

—Travis, ¿cómo quieres que entre en los pasillos subterráneos de una maldita base secreta del gobierno sin que me vean?

—Será fácil. Llámame cuando estés en la segunda ubicación.

—¡Hey, no! Necesito un plan. Un plan para entrar ahí sin que me peguen un tiro —grité—. ¡Muerto no ayudo a nadie!

—Cálmate y actúa como un hombre. No es tan difícil.

Colgó. Así que no me quedó más remedio que seguir sus órdenes.

Pétula era una señora mayor que me contó media vida antes de darme la puñetera copia. Y me dio las llaves solo porque Travis la había llamado antes. En su armario, aunque no en el compartimento secreto, vi una mochila tipo arnés. La cogí por si en algún momento tenía que dejar la moto y cargar con Lúpulo y Cebada. Otra cosa que tomé prestada fue una chaqueta negra, bastante gruesa. Abrí el compartimento secreto, que me costó bastante identificar, y saqué la tarjeta fantasma, lo del humo, un spray que parecía de pimienta y una pistola. Lúpulo y Cebada se mearon en la alfombra del dormitorio.

—Muy bien. —Rasqué sus orejas—. Se lo dejaremos de regalo.

Bajé las escaleras corriendo, aseguré a los cerdos en la cesta con sus gafas de natación y me colgué la mochila tipo arnés con todo lo

que había cogido del compartimento secreto. Conduje la moto hasta la segunda ubicación y llamé a Travis cuando llegué al punto marcado.

—Solo veo un edificio de oficinas de recaudación.

—Lo mismo esperabas un letrero luminoso anunciando la entrada.

Apreté el manillar, armándome de paciencia.

—A ver, Nick —siguió—. Hay un nivel subterráneo que conecta con el hospital. Entra en el edificio y baja a la última planta. A la izquierda del vestíbulo verás el pasillo que lleva a la zona de mantenimiento.

—¿Me lo puedes mandar al móvil? Mi memoria bajo presión no funciona muy bien que digamos.

—Ya lo tienes. No te quites el casco y saluda como si supieras a dónde vas. Aunque a estas horas estará prácticamente vacío.

Aparqué la moto en el primer sitio que encontré. Entré en el edificio intentando ocultar a Lúpulo y Cebada bajo la chaqueta, asegurados en el arnés y bajé las escaleras. Giré a la izquierda, y vi el cartel del vestíbulo. Levanté una de las manos para saludar a una señora de la limpieza antes de entrar. La sala estaba llena de tuberías y olía ligeramente a lejía.

—Travis, estoy dentro.

—En el suelo hay una reja metálica. Parece un conducto para el agua, ¿lo ves?

—Sí.

—Levántalo y métete dentro. Bajarás por una escalera vertical.

—No me jodas…

—Asegúrate de colocar bien la reja antes de descender.

Hice exactamente eso antes de bajar por el estrecho conducto que daba a un pasadizo subterráneo. Ahí abajo el olor a humedad

era muy fuerte.

—Sigue andando y no bajes la guardia, por si hay alguien cubriendo el perímetro. —Comenzó con las indicaciones de los pasillos—. Recto. Ahora derecha, Nick. Ve a tu izquierda.

Caminé durante más de veinte minutos. Por comodidad, desabroché la chaqueta de Travis y revisé a Lúpulo y Cebada en el arnés, pero esta vez, colocándolos hacia delante. El túnel comenzó a estrecharse. Después, una luz blanca marcó el paso a una zona con paredes limpias y suelo de hormigón.

—Ve hacia tu derecha. Al final hay una puerta.

—Sí. Parece un ascensor.

—Espera tres minutos y luego usa la tarjeta. Tira una bomba de humo cuando se abra.

—¿Qué? ¿Cómo voy a…?

—Tres minutos.

Oí un disparo y varias voces superpuestas, sin tener ni idea de qué estaba pasando.

—Me he disparado en el brazo para poder bajar a la planta del hospital —explicó.

—¿Que te has qué?

—La bala solo me ha rozado la piel, es superficial.

—No estás bien de la cabeza.

—Minuto y medio para llegar a la planta baja —indicó.

Esperé el tiempo exacto, coloqué la tarjeta en el lector y me guie por la intuición para activar la bomba de humo, quitando lo que parecía el seguro en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

—¿La lanzo dentro?

No sabía si Travis iba a contestarme o no, porque seguía oyendo voces a su alrededor. Ahora también ruedas, como de camillas de hospital.

—Sí. Tírala. ¡Ahora!

Antes de soltarla, el aparato vibró en mi mano.

—Oye —observé—, esto no suelta humo.

—Ya. Es una bomba, deberías correr.

—¡¿Qué?! ¡¿Me has engañado para que vuele un ascensor del SEDS?!

—¡¿Eres sordo además de imbécil?! ¡Que corras!

Me alejé todo lo que pude. En menos de quince segundos, una onda explosiva me hizo volar por los aires. Mi espalda amortiguó la caída, por lo que Lúpulo y Cebada siguieron intactos gracias a que los había colocado hacia delante. Cuando me puse de pie, vi el enorme agujero en la pared. Oí gritos, movimiento, sombras corriendo hacia mí.

—¡Muévete!

Travis me agarró del brazo para que corriera tras él. Pero no vino solo. Lo hizo con Phoebe, Mason, Bill, Larry y Thelma. Me quité el casco y salté sobre los trozos del ascensor.

—¿Nick? —Larry no daba crédito—. ¿Qué haces aquí?

Thelma miró de reojo a los cerdos, pero se ahorró los comentarios.

—Según Travis, sacaros de la base.

—¡Vamos! —gritó Phoebe—. Nos quedan veinticinco minutos para llegar a la zona de incautaciones por los pasillos subterráneos.

—¡¿A la zona de qué?!

No llevaba ni dos minutos corriendo y ya sentía que se me iba a salir el corazón por la garganta. Travis mostró el reloj digital que llevaba en la muñeca. En él veía mapas de los túneles subterráneos, y en una zona —la que había dicho Phoebe—, se veían figuras moviéndose.

—¿Eso qué es?

—Son sensores térmicos. El Káiser nos ha encerrado aquí por una razón —concluyó Travis sin detenerse—, y el motivo no somos nosotros.

Capítulo 48

Brooke

Sabía que estaba en los túneles subterráneos por el olor. Cuando el Káiser me quitó la venda de los ojos, parpadeé en varias ocasiones hasta conseguir enfocar las paredes de hormigón y el techo bajo. Tres vigilantes estaban atados en sillas, igual que cuando encontré a Varok. Con las mismas heridas, la misma K rasgada en la piel. Estaban muertos. El olor a sangre, mezclado con el del metal, me confirmó que me había traído a la zona de incautaciones. Intenté incorporarme y correr, pero tiró de la cadena, haciendo que los eslabones me ahogasen otra vez. Me obligó a girar la cabeza hacia los seis contenedores negros, alineados y sellados. Listos para ser sustraídos.

—Míralos bien. —Me clavó los dientes en la oreja, haciéndome sangre.

Intenté zafarme, pero volvió a tirar de la cadena.

—¿Pensaste que podías quitármelos sin pagar por ello?

Noté cómo me soltaba con desprecio, antes de empujarme hacia

atrás. Cogió un mando, presionó el botón y la puerta metálica de un séptimo contenedor se abrió.

—Te advertí que te enterraría viva, ¿recuerdas?

Se inclinó sobre mí, mirándome desde una posición más alta, y arrancó la cinta que cubría mi boca.

—¡¿Cómo has entrado?! —Necesitaba saber quién le había ayudado—. ¡¿Quién te ha facilitado el acceso?!

—Ya te lo dije en su día. Eres demasiado predecible.

Tiró de la cadena, arrastrándome hasta el ataúd que escondía dentro el contenedor. Forcejeé para evitarlo, pero fue inútil porque la cadena no solo me asfixiaba, sino que también el Káiser la había enredado alrededor de las muñecas, además de asegurarla después con un candado.

—¡No! —grité—. ¡Nooo!

Antes de cerrar el ataúd conmigo dentro, me agarró del pelo y me obligó a mirarlo una última vez. Sus ojos estaban aterradoramente vacíos.

—Recuerda, el cuerpo siempre convence a la cabeza, pequeña ladrona. Todos, ante una situación de amenaza, actuamos de una manera determinada. —Hizo una pausa, dándome tiempo a encajar las piezas—. El cuaderno te hizo bajar la guardia, aunque creyeras lo contrario.

—¡¿Quién es?! ¡¿Quién es el topo?!

No lo dijo.

—Estás donde quiero. He seguido tus pasos todo este tiempo.

—¡Dame un maldito nombre!

Ignoró mi petición.

—Fue demasiado fácil colocar los explosivos en el coche de Travis Holmgren mientras discutíais en el bar.

—Hijo de puta.

—Lo más divertido ha sido acceder al sistema interno del SEDS y jugar con toda la base a mi antojo.

Miré a nuestro alrededor. Eso explicaba que no hubiese nadie aquí.

—Sé todo, Crowley. Los cambios de turno, el funcionamiento interno, los protocolos… Llevo dentro mucho tiempo, ¿y sabes qué? —Me tiró brutalmente del pelo—. Que cuando vengan a por ti, te encontrarán enterrada en un mísero ataúd. Muerrrrrrta.

Lo peor se lo guardó para el final.

—Lamento que no puedas hacer nada por ellos. Tendrán el mismo final que tú, en cuanto recupere esto.

Señaló los contenedores y cerró el ataúd a pesar de mis gritos. La oscuridad fue inmediata, y la claustrofobia, aterradora. La ansiedad me pudo cuando oí caer la tierra encima.

—¡No! —Golpeé la tapa—. ¡Sácame! ¡Sácame de aquí!

Oí ruidos mecánicos, como si la tierra fuera vertida desde arriba con una máquina.

—¡Por favor!

La tierra siguió llenando el contenedor y empezó a costarme respirar. El ataúd crujió levemente por el peso que acumulaba encima. La arena siguió cayendo, hasta que la tierra cesó. Oí otro tipo de ruidos, lo cual significaba que estaba enterrada a una profundidad de unos dos metros. Parecían motores. Chirridos metálicos con los que supe que estaba usando algo para arrastrar los contenedores.

La cadena tiraba de mi cuello al intentar moverme, y empeoró cuando me esforcé por alcanzar la horquilla. Conseguí cogerla, aunque casi me ahogo en el intento, porque los eslabones se tensaron sobre mi piel hasta casi estrangularme. La sostuve contra la cerradura del candado, pero fallé y la punta se clavó en mi piel

haciéndome sangrar. Volví a intentarlo hasta que encontré la hendidura. Con mucho cuidado, giré la muñeca en un ángulo doloroso, pero necesario, con el que conseguí liberarme las manos.

—Sí, sí, sí.

El candado se abrió. La oscuridad seguía siendo absoluta, y el espacio mínimo. Apoyé las manos contra la madera, con los brazos temblando. Cuanto más rápido respirara, antes me quedaría sin oxígeno. Pero el pánico es biológico. Un impulso primario. Intenté relajarme, controlar las inhalaciones, pero el aire que llegaba no me parecía suficiente. Desesperada, arañé la madera primero con los dedos, luego con las uñas, hasta arrancarlas de la carne. El espacio era el mismo, pero la claustrofobia estaba adherida en mi maldito cerebro. La mente se fragmentó en escenarios dispersos hasta encontrar en algún recóndito lugar la frase célebre de mi padre:

«No rendir bien es la diferencia entre que mates o te maten».

Noté la sangre de las uñas resbalar hacia las muñecas. Mi pulso estaba disparado. Inspiraciones demasiado rápidas. El pánico se apoderó de mí y la presión de mi pecho aumentó.

—¡JODER!

Me desgarré la garganta para nada, porque mi voz rebotó contra la madera. Doblé las rodillas lo que pude, ignorando la presión, y pataleé. Asesté varias patadas con las punteras de las botas hasta que un crujido formó varias fisuras en la zona de los pies. Noté el primer hilo de arena caer sobre mis piernas. Después, otro sobre la rodilla. Había hecho rajas en el ataúd y la arena se estaba filtrando dentro de la caja.

—¡No, no, no!

Los huecos aumentaron por la presión, provocando que la arena se compactara a mi alrededor, ya a la altura de las caderas,

empujándome hacia abajo y reduciendo aún más el espacio. Lo peor fue cuando llegó a las costillas. Mi aliento se transformó en jadeos angustiosos porque apenas podía expandir el pecho para coger aire. Cuando los granos se deslizaron por la cara, sentí el verdadero terror. Un sonido devastador salió de mi interior. Fue parecido a un grito, pero en realidad era un intento fallido de regulación. Escupí la arena cuando esta comenzó a cubrirme los labios. Tosí en un intento de expulsarla, pero eso fue peor, porque después me entró directamente en la boca.

Capítulo 49

Nick

La cara de Travis activó todas mis alarmas. Miraba el reloj de una forma inquietante. Phoebe puso la misma expresión cuando su jefe giró la esfera hacia ella. Aumenté el ritmo para colocarme entre ambos, con Lúpulo y Cebada colgando del arnés. Ya íbamos muy rápido, pero ahora habíamos aumentado considerablemente el ritmo.

—¿Qué estáis mirando? —quise saber.

—No lo entenderías —respondió Travis, con frialdad.

Agarré su muñeca y la giré yo mismo para ver la maldita esfera. Como bien había dicho, no entendí nada. Había puntos, uno de ellos en movimiento, pero también vi diferentes colores.

—¿Os cuesta mucho explicármelo?

Phoebe señaló diversos puntos con el dedo.

—Esto es un sensor térmico —resumió—. Detecta calor, pero no atraviesa superficies densas. Deberíamos ver dos figuras limpias y definidas, no esto.

Señaló el punto que se alejaba de la dirección a la que íbamos.

Pero lo que me confundió fue que su otro dedo se detuvo en una zona concreta, en una en la que el color era diferente. No se movía, y marcaba una superficie con una temperatura alterna al resto del suelo. Lúpulo intentó morder la esfera.

—¿Qué es?

Cruzaron miradas.

—O una anomalía térmica o…

—No lo digas, Holmgren.

—Meyer, tiene diferente temperatura que el resto del suelo. El audio…

—¿Qué audio?

Por lo visto, estaban demasiado tensos aguantándose la mirada como para responderme.

—Meyer —cortó Travis—, no podemos perder ni un segundo más.

La esfera del reloj volvió a cambiar mientras corríamos a la sala de incautaciones. Un golpe metálico, como el de unas puertas de acero cerrándose, hizo vibrar el suelo bajo nuestros pies.

—¿Qué ha sido eso?

—Parece que viene de un pasillo lateral —observó Bill.

Phoebe y Travis volvieron a mirar la esfera.

—¿Puede ser que haya puesto inhibidores y esté llevándose los contenedores? —planteó Phoebe.

—Es probable. —Travis corrió más—. Aislamiento térmico, revestimiento o inhibidores activos. Está ahí, pero no lo vemos.

Otro golpe acompañado de un fuerte temblor.

—Se los va a llevar —confirmó Thelma, angustiada por su hija.

Lúpulo se agitó contra mi espalda y Cebada soltó pequeños chillidos que se juntaron con los gritos de Larry. No lo juzgué. Para ellos, su hija lo era todo en el mundo, y nada ni nadie —

absolutamente nada ni nadie— estaban por encima de ella.

—¡¿Y si la lleva con él?! —Larry se descompuso en voces ahogadas—. ¡¿Y si lo del reloj es otra de sus trampas?!

Travis señaló la esfera sin detenerse.

—¡¿Y si no lo es?! ¡Dijo que la enterraría viva! ¡Viva!

Thelma también estalló entre jadeos, sin apartar la vista del túnel. La tensión era insoportable.

—¡No hay manera de saber si está en la sala o en los contenedores, la única certeza que tenemos es que, si se la lleva, no volveremos a verla!

Larry asintió, de acuerdo con su mujer.

—Nosotros vamos por ahí —decidió.

No era una pregunta, y por eso mismo, los demás no perdieron el tiempo. Echaron a correr por el otro pasillo, todos a excepción de Mason, que se ofreció a ir con ellos para que el grupo estuviera más igualado.

—¡Vamos! —instó Travis.

Seguí corriendo, aunque con el alta recién dada, mi condición física no era la mejor. Cuando llegamos, la zona de incautaciones estaba abierta, y, amarrados en sillas, vi tres cuerpos de vigilantes, agentes, o lo que fuesen, muertos. Lo sentí por ellos, pero me alegré de que ninguno de esos cadáveres fuera el de Brooke.

—Todo ha sido una trampa. —Travis soltó una maldición—. Han accedido al sistema y manipulado los accesos para desviar la atención y poder llegar aquí.

Phoebe, Travis y Bill gritaron el nombre de Brooke mientras buscaban el punto exacto de la esfera que mantenía una temperatura diferente al resto.

—Tiene que estar aquí —aseguró Phoebe.

—¡Brooke! —grité yo también—. ¡Brooke!

Bill señaló un punto concreto: un contenedor lleno de arena.

—Creo que es ahí, aunque ojalá me equivoque.

Travis corrió hacia allí. Lo seguí con Bill y Phoebe. El suelo irregular tenía marcas de arrastre. Me agarré al borde con las manos para impulsarme hacia arriba. El metal estaba frío, pero no me importó. Desde arriba, vi la arena compacta y una «K» dibujada sobre la tierra. Al lado, una pistola.

—¿Es de…?

No me salieron las palabras, y a ellos tampoco. Sus caras, mientras miraban la letra en la arena junto al arma, hicieron que me echara a temblar.

—¡Hijo de puta! —escupió Travis.

Phoebe no dijo nada. Bill tampoco. Todos, y yo con ellos, comenzamos a escarbar con nuestras propias manos. Los cerdos se revolvieron en el arnés, inquietos.

—Está aquí —logró decir Phoebe—. La ha…

No pudo continuar. La arena cedió al principio, pero cuanto más intentábamos escarbar, más pesada se volvía.

—¡Más rápido! —rogué, desesperado.

La arena se me metió bajo las uñas, llegando a la piel. Pero el problema no era ese, sino que cada puñado que echamos atrás, en algún momento volvía a caer.

—Es imposible.

Travis perdió la calma, y por un momento dejó de cavar.

—¡No pares! —exigí. Lúpulo y Cebada dieron un brinco en el arnés—. ¡No puedes rendirte tan rápido y abandonarla así!

Me apartó de un empujón y ordenó a Phoebe y Bill que parasen también. Los cerdos chillaron incómodos.

—¡No! —volví a encararlo—. ¡No les digas que paren!

Travis abrió la mochila que yo cargaba y sacó otro explosivo.

—Cállate de una puta vez, Nick.

Me empujó otra vez, para quitarme del medio. Yo a él también.

—¿Qué vas a hacer con eso, asegurarte de matarla?

No contestó, y yo no pensaba rendirme.

—¡¿He dicho que qué vas a hacer con eso?!

—¡Apártate, joder! ¡Fuera todos!

Activó la carga a pesar de que intenté evitarlo.

—¡¿Has perdido la cabeza?! ¡La matarás!

Me empujó con tanta fuerza que choqué contra Bill, haciéndole trastabillar.

—¡Si no la sacamos de ahí morirá igual! —se defendió—. ¡Fuera todos! ¡YA!

Travis lanzó la bomba. Phoebe y Bill me arrastraron hasta un punto seguro. Antes de que explotara. Reventó formando una nube densa de arena que se nos metió en la boca y en los ojos. Tosí sin ver nada y me arrastré hasta el punto inicial comprobando que la arena había cedido de manera diferente a la que pensaba. El lateral se había hundido, arrastrando parte de ese montón hacia abajo. Ahora, el hueco era muchísimo mayor. Me tiré dentro, de rodillas, y metí las manos, desesperado por encontrarla. Bill, Travis y Phoebe hicieron lo mismo, hasta que nuestros dedos chocaron contra algo duro. Madera. Sentí un miedo aterrador bajo la piel. Aparté más arena e intenté abrir la maldita tapa cuando el ataúd apareció con claridad bajo nuestras manos. No estaba intacto, tenía pequeñas fisuras que recorrían la parte inferior.

—¡Nick, espera! —gritó Phoebe.

Metí los dedos en la fisura hasta desgarrarme la piel y conseguir arrancar un ridículo trozo de madera. Lúpulo y Cebada no paraban de moverse en el arnés. Un puñado de arena salió del interior. Todo dentro de mí lo sentí vacío, como si el mundo hubiera perdido parte

de su sentido.

—¡Sacadla! —supliqué—. ¡Sacadla, por favor!

Tiré otra vez de la tapa, pero no sirvió de nada. Incluso metí los dedos en la rendija, intentando hacer palanca aunque me los destrozara más. Solo logré introducir las manos en la zona inferior, y ahí todo estaba cubierto de arena.

—Tiene un cierre —observó Bill.

—¡Pues rómpelo!

—Nick —pidió Phoebe, con un hilo de voz—. Apártate, por favor.

Me moví ligeramente sin sacar la mano del ataúd. Phoebe apuntó a la cerradura y disparó. Levantaron la tapa y hundí las manos sin pensar, sacando arena a puñados. Buscándola hasta palpar su cara. Hice una especie de garra con los dedos para sacarla con ayuda de los demás. Travis enloqueció, Bill se dio la vuelta para no seguir viendo a Brooke cubierta de arena. Phoebe, a mi lado, me apretó el hombro mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Seguí tirando de ella, pero la arena atrapaba sus piernas, incluso después de haberla encontrado. Limpié la arena de su boca con manos torpes e hice lo mismo con la de la nariz.

—Nena. No me hagas esto.

Tiré otra vez de ella, de nuevo con la ayuda de Travis, Bill y Phoebe. Dejaron su cuerpo en mis brazos. Los cerdos chillaron como si comprendieran lo que le pasaba, pero yo solo pude seguir apartando granos de arena de su piel. Una cadena de acero estrangulaba su cuello. El dolor fue tan intenso que me dobló por la mitad.

—¿Qué te ha hecho?

Phoebe, Travis y Bill apartaron la cadena de su cuello, dejando a la vista las atroces marcas en su piel.

—No me dejes, nena —supliqué.

Besé sus labios sin importarme que la arena se adhiriera a los míos. Travis me agarró por los hombros para apartarme, pero no lo consiguió. Permanecí con Brooke entre mis brazos y a Phoebe no le quedó más remedio que examinarla en esa posición.

—Sujétale la cabeza —indicó Phoebe a Bill.

Bill obedeció.

Phoebe inclinó la barbilla de Brooke hacia arriba, tapó su nariz y selló los labios con los suyos, antes de soplar repetidas veces. La abracé más fuerte.

—Nada —maldijo Phoebe.

—Otra vez —ordenó Travis—. Si tiene pulso puede tratarse de una hipoxia. La falta de oxígeno suele derivar en una pérdida de conciencia.

Phoebe lo repitió.

—Brooke —susurré, besando su frente—. Por favor.

Phoebe se apartó al no conseguir ninguna reacción, lo cual me hizo entrar en pánico.

—¡Otra vez, Phoebe! ¡Por favor!

Cedió obteniendo el mismo resultado.

—¡Inténtalo más! ¡Tiene pulso!

Phoebe apretó mi hombro con la cara descompuesta.

—Nick…

Zarandeé el cuerpo de Brooke antes de aferrarme a ella y hundir mi rostro en su pelo.

—Por favor, no me obligues a vivir con tu ausencia —Extendí la mano hacia Phoebe; que aún la mantenía sobre el hombro—. Por favor, una última vez.

Travis se acercó, arrodillándose también a mi lado.

—Una vez más —ordenó con los ojos descompuestos, fijos en Brooke.

Phoebe volvió a sellar sus labios con los de Brooke para pasarle oxígeno. Y entonces… Brooke se sacudió entre mis brazos antes de escupir arena y toser.

—Muy bien, Crowley. Eso es, eso es. —La felicitó Phoebe—. Tranquila.

Escupió una última vez y le aparté el pelo de la cara. Mis dedos, ensangrentados como los suyos, temblaron al tocarla. Sostuve su rostro y apoyé la frente contra la suya antes de depositar cientos de besos por sus mejillas, en su nariz, sobre las cejas y en los labios.

—Nena…

Travis miró a otro lado, y lo agradecí. Brooke escupió más arena.

—Eso es. —Seguí dándole besos en la cara—. Suéltalo. Suéltalo todo menos a mí.

Me miró directamente a los ojos y sonrió ligeramente antes de rascar las orejas a Lúpulo y Cebada.

—Te quiero, nena. Pero no vuelvas a hacerme pasar por esto porque me muero.

—Siento interrumpir. —Travis se interpuso para abrazar a Brooke —. Crowley, me alegro de que sigas con nosotros. —Luego giró el rostro hacia mí—. ¿Sabes disparar?

—¿Yo? ¿Por qué quieres saber eso?

—Necesitamos que te quedes con ella —explicó Phoebe con rapidez.

Bill buscó en las paredes hasta encontrar una palanca manual. La bajó y una alarma ensordecedora acompañada de luces rojas comenzó a sonar por la sala y por los pasillos.

—Salidas y entradas cerradas —confirmó Bill, estudiando ahora la esfera del reloj de Travis—. Vamos a por él.

Travis me dejó en la palma de la mano la pistola que el Káiser había colocado sobre la K en la arena.

—Ante cualquier amenaza, dispara.

Cogí el arma por inercia, casi sin mirarla. La idea de matar no me agradaba. Pero la de morir tampoco.

—No quiero perder a una de mis mejores agentes del SEDS —advirtió Travis con dureza—. Crowley no está en condiciones de empuñar un arma.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí puedo disparar?

—Que la quieres. Y si tienes que elegir entre ella o el resto del mundo, sé cuál será tu decisión.

No pude replicar. Aunque Travis fuera un gilipollas engreído, en eso tenía razón. Él fue el primero en moverse hacia los pasillos subterráneos. Bill y Phoebe lo siguieron. Y yo bajé la vista hacia Brooke cuando oí disparos.

—Nena, no. —Impedí que se levantara—. No estás en condiciones de pelear.

Se oyeron más tiros, luego una explosión. Cogí el arma y recordé la clase que me dio sobre cómo disparar correctamente un arma.

Mason corrió sofocado hasta mí, con sangre salpicada en el rostro y en el uniforme. Miró a Brooke, después dirigió la mirada hacia mí.

—¡La palanca! —exigió apresurado— ¡Tenemos al Káiser!

—¿Dónde están los demás? —preguntó Brooke, desconfiada.

Mason evadió la pregunta.

—¡Hay que salir de aquí!

—¿De quién es esa sangre?

Brooke me apretó la pierna. Lo bueno de conocernos desde pequeños, es que bastaba un gesto para entendernos. Algo no cuadraba, así que me levanté cuando Mason se acercó a la pared, dejando a Brooke la pistola. Si Travis creía que en estas condiciones no podía empuñar un arma, es que no la conocía tanto como yo.

Cubrí con mi propio cuerpo la palanca.

—¡Nick! —maldijo Mason cuando intentó apartarme—. ¿Qué haces?

—¿Qué estás haciendo tú? —inquirió Brooke.

Mason intentó apartarme de nuevo.

—Apártate.

—¿Dónde están los demás? —insistió Brooke.

Mason desenfundó su arma.

—Quítate de en medio, Nick.

Brooke empuñó la suya a la vez. Y le apuntó sin vacilar.

—Eres el topo —lo acusó Brooke—. Por eso los demás no están aquí. ¿De quién es esa sangre?

Mason sonrió con malicia, llevando su dedo al gatillo, pero Brooke disparó antes. Su brazo se sacudió con violencia cuando apretó el detonador. La bala salió disparada hacia el cuello de Mason y su sonrisa se quebró. El impacto hizo que retrocediera unos pasos, en los que Brooke le disparó dos veces más. La pistola cayó al suelo con él. Mason no volvió a moverse.

Capítulo 50

Brooke

El último disparo hizo que Mason quedara inerte sobre la arena. No perdí tiempo. Le pedí a Nick que sacara la navaja de mi bota para rasgar el cuero de la chaqueta, recordando que Mason me la había regalado después de que la mía quedara inutilizable en el Himalaya.

—¿Nena, qué haces?

Agarré la empuñadura con ambas manos, apenas sin fuerza, hasta encontrar lo que sospechaba: un micro diminuto, casi imperceptible, y un chip de rastreo más pequeño que un garbanzo, ambos ocultos en el forro interior. Los arranqué consciente de que, desde mi llegada, el Káiser y Mason habían tenido constancia de cada paso que daba. Y eso explicaba todo.

—Nick, siempre han ido un paso por delante.

Habían usado a Varok como distracción, convirtiéndolo en el cebo. Extendí las manos hacia Lúpulo y Cebada. Necesitaba explorarlos a ellos también.

—Dámelos. —Tosí.

Nick miró la navaja en mi mano, y dudó.

—¿Para qué?

—Nick, dame a los cerdos.

Lo hizo a regañadientes. Sacó del arnés a Lúpulo y Cebada y los dejó en mis brazos sin soltarlos del todo. Bajo la piel del cuello, noté un bulto en cada uno. Mis dedos incidieron sobre esa ligera elevación cutánea. Acerqué la navaja. Podría hacer un corte limpio y rápido para extraer los chips.

—¿Nena? —preguntó, asustado.

Acerqué la navaja. Cebada hizo: oink, oink, oink. Lúpulo se removió ligeramente, apoyando el hocico contra mi brazo. Besé sus cabezas antes de colocarlos de nuevo en el arnés de Nick.

—Tienen chips subcutáneos. —Guardé la navaja en la bota, girándome para toser—. Cuando volvamos a Ashmoor tendremos que quitárselos.

No quería hacerles daño, la extirpación tendría que posponerse para poder administrarles previamente una anestesia.

—¿Los cerdos llevan chip?

Parecía que el Káiser lo había previsto todo, todo menos que Travis me diera el dispositivo de rastreo antes de subir al avión, algo que al principio solo supieron él y Phoebe. Seguí atando cabos y entendiendo cada jugada: el cuaderno del hospital, la manipulación de las cámaras. Metí la mano en el ataúd y rebusqué entre la arena hasta encontrar la horquilla, colocándola en mi pelo.

—Nick, tengo un plan.

—¿Cuál?

Me ayudó a ponerme en pie y a no pisar el cadáver de Mason. Bajé del contenedor con su ayuda sin poder dejar de toser y cogí el spray de pimienta por si lo necesitaba.

—¿Tienes hora?

—Sí, espera.

Buscó hasta encontrar los móviles. Me tendió el mío antes de explicarme cómo lo había desbloqueado para llamar a Travis. También confesó que mis padres estaban en los pasillos subterráneos, lo cual me inquietó porque los disparos no cesaban.

—Ven conmigo.

Nick me ayudó a caminar. Busqué un pasillo alternativo, que conectara con la salida exterior. Cuando lo encontré, me quedé con mi pistola y a Nick le entregué la que llevaba en la mochila. Cogí los explosivos antes de pedirle que volviera a la zona de incautaciones y activara la palanca.

—No voy a dejarte aquí sola.

—Nick, ve.

—Nena, ni de coña.

Se oyó otra ráfaga de disparos.

—¡Ve! ¡Esta es la única salida! ¡Si el Káiser quiere huir, tendrá que hacerlo por aquí!

—¡No!

—¡Nick, sí!

—¡¿Y tú?!

—¡Yo estaré bien! Sube la palanca, y en un minuto como mucho, la bajas —señalé la puerta metálica que cortaba el paso detrás de mí —. Mi plan va a funcionar, pero necesito tu ayuda.

—¡Vale! ¡Pero que no te maten!

Me besó antes de correr a la sala de incautaciones, con los cerdos botando en el arnés. Si salíamos de esta, Lúpulo y Cebada tendrían que ser recompensados de alguna manera.

Controlé el tiempo desde que Nick activó la palanca. La puerta ascendió y apenas treinta segundos después, oí el ruido del motor. Me pegué a la pared. La puerta empezó a bajar cuando las luces

iluminaron el conducto subterráneo, tal y como le había pedido a Nick; subir la palanca y bajarla después de un minuto exacto. Cuando el metal descendió, apareció en el túnel el camión con la caja cerrada, lo cual significaba que los contenedores estaban dentro. Me aparté antes de que el Káiser me arrollara con el camión.

Derrapó al pisar el freno, a centímetros de la puerta.

—¿Sorprendido de verme? —Le sonreí desafiante en cuanto intentó bajar.

Uno de los dos iba a morir hoy. Y no pensaba ser yo. Levanté el brazo para dispararle, pero cerró la puerta antes de que la bala lo alcanzara. Le vi bajar por el otro lado y volví a disparar, esta vez por debajo del vehículo, pero solo le rocé la punta del zapato. Rodé por debajo y enfundé el arma, pero el brazo me tembló. Con los dientes apretados, apoyé el codo en el suelo para estabilizar la dirección.

—Pequeña ladrona. —Tiró de mis pies, arrastrándome fuera y mi pistola cayó—. Ya deberías estar muerta.

—Tú primero.

No estaba en condiciones de forcejear, pero hice lo que pude: accionar el spray de pimienta sobre sus ojos. El chorro le salpicó las pupilas, logrando que me soltara. Intenté retorcerle el brazo, pero mi estado no me permitió ejercer la suficiente fuerza. Eso le dio la ventaja que necesitaba para asestarme varios puñetazos en la boca del estómago, antes de lanzarme brutalmente hacia atrás. Mi cadera y parte del hombro izquierdo amortiguaron la caída recibiendo el mayor impacto.

—¡Arrrg! —gruñí.

Al ser un pasillo cerrado, la garganta y los ojos se me irritaron por la pimienta. Tosí doblándome sobre mí misma y me colé rodando por debajo del camión para escapar de él. El Káiser chocó contra la caja, privado de su visión. Vi mi pistola al lado de la rueda delantera

derecha y me arrastré a por ella. Alcancé el arma en el momento en que sentí sus manos sobre mí. Me sacó a rastras, tirándome del pelo y asestándome patadas.

—Pequeña ladrona. —Siguió tirando—. Voy a llevarte conmigo para molerte a palos después de follarte el culo hasta cansarme.

Busqué el gatillo, apunté sin vacilar y disparé. El grito me indicó que la bala le había alcanzado, pero no matado. Aproveché el momento en que me soltó para alejarme a rastras. Perdí la pistola al sacar la bomba, pero no había tiempo. Quité el seguro del explosivo y apunté al techo del camión.

Oí el «clac» al caer.

—¡Brooke!

Me llegó la voz de Nick desde el fondo del pasillo, acompañada de los gruñidos de los cerdos. Extendí los brazos instintivamente hacia él cuando llegó a mí.

—¡La bomba! —Señalé el camión—. ¡No hay tiempo!

Phoebe apareció tras él. Y vi a Travis y a Bill aparecer también por el pasillo. El Káiser disparó en mi dirección. Bill y Travis cubrieron mi posición mientras Phoebe y Nick me ayudaron a ponerme en pie. El Káiser falló, disparaba prácticamente sin ver, y eso fue lo que me salvó.

—¡Moveos! —gritó Travis.

Mi pecho ardió con cada bocanada como si me rasgara la tráquea con cristales. Nick se dio cuenta y me cargó en brazos con el apoyo de Phoebe.

—Estarás bien, nena —susurró en mi pelo.

Me aferré a su chaqueta con cuidado de no hacer daño a Lúpulo y Cebada, que botaban como pelotas en el arnés. Una bala alcanzó a Nick por la espalda. Lo supe por el sonido del impacto, por cómo su cuerpo se tensó conmigo en brazos antes de doblarse sobre sí

mismo.

—¡Nick!

No respondió, pero tampoco me soltó. Sus brazos se aferraron con más fuerza a mi alrededor. Bill nos cubrió, Travis corrió hacia nosotros y con ayuda de Phoebe nos arrastraron hacia el pasillo lateral, apartándonos de la línea de tiro en el momento en que la bomba explotó. Primero sentí la presión, acompañada del sonido. Después la ola de calor y el temblor. Todos giramos el cuerpo contra la pared. Nick, a pesar del disparo, nos cubrió a Lúpulo, Cebada y a mí con el suyo. Se desplomó, y tuve que darle la vuelta con ayuda de los demás para que no asfixiara a los cerdos con su propio peso.

Phoebe sacó a los cerdos del arnés y cogió en brazos a Lúpulo y a Cebada.

—¡Nick! —Mi mano tembló cuando la llevé a su mejilla—. ¡Nick, levántate!

Abrió los ojos, dolorido. Travis se acercó en ese momento y con ayuda de Bill lo giró para mirar el disparo.

—Robarme la chaqueta te ha salvado la vida. —Travis mostró el proyectil que sostenía en su mano—. Es antibalas.

Nick movió los labios formando una pequeña sonrisa. Su boca se abrió en repetidas ocasiones, pero no fue capaz de hablar.

—No fuerces —aconsejó Travis—. El impacto puede dejarte sin aire parcialmente, incluso bloquear la respiración por completo. Te has desplomado por eso.

Nick movió la cabeza, indicando que lo había entendido. Y Phoebe acomodó a Lúpulo y Cebada contra su pecho.

—Tenemos que movernos. —Phoebe siguió avanzando, y habló a Travis—. Hay que ir a por sus padres.

Giré la cabeza hacia ella.

—¿Mis padres siguen aquí?

Todos cruzaron miradas entre sí.

Capítulo 51

Brooke

—Mason Smith ha disparado a Thelma antes de huir —explicó Phoebe—. Tu padre está con ella, intentando controlar la hemorragia.

Bill y Travis cargaron con Nick. Miré hacia el origen de la explosión. Phoebe dirigió la mirada allí también, y no tuve que decir nada porque me entendió. Cubrió a los cerditos antes de avanzar conmigo, entrecerró los ojos por la intensidad de las llamas y me acompañó. El fuego crepitó y un trozo del túnel cayó al fondo, levantando una nube oscura de ceniza y polvo. Seguimos avanzando a pesar de eso, hasta que vimos al Káiser con la ropa quemada. También la piel. Gran parte de su cuerpo estaba en carne viva. Respiraba como un animal moribundo mientras se arrastraba.

Phoebe sacó su arma y me la ofreció.

—Te dije que no te quitaría este privilegio.

Cogí la pistola. El Káiser seguía arrastrándose, con vida. Me acerqué más. El calor de las llamas me golpeó la cara, pero no

retrocedí. Apunté al punto exacto en el que él había apuñalado a Nick y apreté el gatillo. Por primera vez, no me sentí mal por arrebatarle la vida a alguien.

El disparo rompió el crepitar del fuego, seguido del crujir de sus costillas al hacerse pedazos. Aun así, respiraba. Nick avanzó hasta nosotras con ayuda de Travis y de Bill. Se colocó a mi lado y empuñó la pistola que antes guardaba en la mochila. Apuntó al Káiser con la misma decisión que yo, y sabíamos que nadie, ni Phoebe, ni Travis, ni Bill, iban a impedir que acabáramos con él. Le devolví a Phoebe su pistola y coloqué la mano sobre la de Nick. Los dos apuntamos al Káiser, que se removía agónico sobre su propio charco de sangre.

Nick no dejó de mirarme.

—Por ti, nena.

—Por nosotros.

No le dejé apretar el gatillo por una razón: no quería que alguien como él se convirtiera en lo que no era. Así que lo hice yo, con su mano sobre la mía.

—Púdrete, K.

El impacto hizo eco en las paredes del túnel y, por un momento, el único sonido que oímos fue el estallido de la bala atravesar el cráneo, antes de que los sesos acabaran esparcidos por las paredes del pasillo y se oyeran los gruñidos de los cerdos.

Se desplomó igual que haría una marioneta si le hubieran cortado los hilos. Las llamas envolvieron su cuerpo antes de que le diéramos la espalda y avanzamos por el túnel, Nick con la ayuda de Bill y Travis. Ignoré las protestas del cuerpo, apoyándome en Phoebe para continuar. Los animales estaban inquietos, removiéndose en los brazos de Phoebe mientras emitían pequeños gruñidos. Giramos donde el túnel se bifurcó en dos pasillos, y ahí los vi. Papá estaba de rodillas en el suelo, con las manos completamente cubiertas de

sangre, presionando el abdomen de mi madre.

—¡Papá, mamá!

Phoebe me ayudó a avanzar más deprisa hasta ellos.

—Hija —dijo papá, antes de devolver la mirada a mi madre—. Mira, Thelma. Cariño. Brooke está aquí, no te duermas.

Me arrodillé.

—¿Mamá?

La sangre se filtró entre los dedos de mi padre.

—Ha entrado —explicó papá, refiriéndose a la bala—, pero no ha salido. Necesita atención médica, pero si la movemos mucho, la hemorragia puede empeorar.

—Si no la movemos, también. —Travis fue tajante—. Los pasillos están inestables, hay que salir.

Travis estaba en lo cierto, pero mover a mamá implicaba ponerla en riesgo.

—No podemos quedarnos —añadió Phoebe, con bastante más empatía que Travis.

—Papá, tienen razón.

Nick y yo nos apoyamos el uno en el otro, para que los demás ayudaran a mi padre a cargar con Thelma. Los techos temblaron cuando la levantaron.

—Tenemos que salir por donde está el camión —advirtió Phoebe —. Alguien tiene que activar la palanca para que la puerta se abra.

Bill se ofreció, pero antes de que echara a correr, lo llamé delante de todos.

—Espera.

Bill giró su rostro hacia mí y esperó a que se me pasara la tos. Todavía tenía arena en la garganta.

—Mason Smith está muerto —confesé—. Le disparé cuando supe que era el topo. Su cuerpo está allí.

Usé su nombre porque un traidor no merecía ningún respeto. Y usar el apellido para el SEDS era eso.

—Smith era un traidor —determinó—. Id a la salida.

En el SEDS no había lugar para los traidores. Ni para llantos. Ni para lamentos. Bill se fue para activar la palanca y los demás avanzamos cuando Travis terminó de mandar nuestras coordenadas a la base, solicitando atención médica inmediata.

Cuando llegamos al camión, el acceso ya se estaba abriendo. Bill llegó poco después, y enseguida ayudó a los demás con el traslado de Thelma.

—¡Por aquí! —Travis avanzó—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Las llamas del camión ahora eran más altas. Y ni Nick ni yo teníamos uniformes ignífugos.

—¡Brooke —mi padre dirigió la mirada hacia mí—, no paréis!

Se tapó la nariz con la camisa, para no respirar el humo. Los demás hicimos lo mismo. Incluso nos agachamos para gatear, porque por arriba el aire ya era irrespirable. Avancé con Nick, apoyándonos el uno en el otro. Travis apartó un trozo del camión a patadas para poder seguir, pero ni Nick ni yo pudimos continuar.

—¡Brooke! —gritó mi padre.

Parte del techo se derrumbó entre medias. Nick y yo nos pegamos a la pared en un intento por huir del calor no solo en la piel, sino dentro, con cada respiración.

—Nena —tosió—, hay que continuar.

Gateé un par de metros. El suelo quemaba y otra parte del techo, mucho más grande que la anterior, se desplomó a unos centímetros de nosotros. Los bloques de hormigón y tierra levantaron una nube de polvo, dándonos una pequeña tregua.

Lo que podía habernos matado, nos permitió sobrevivir. Aprovechamos que el polvo aplacó unos segundos el fuego para

pasar ese tramo en el que las llamas nos alcanzaban.

—¡Crowley! ¡Nick! —Nos animó Phoebe—. Cien metros para la salida.

Bill gritó también.

—¡Ya lo tenéis, seguid!

Avanzar ya no era cuestión de fuerza, sino de voluntad.

A pesar de las quemaduras y de la inhalación de humo, lo conseguimos. Nick y yo dimos los últimos pasos a gatas, antes de intentar incorporarnos cuando el aire cambió a uno más puro. El suelo dejó de quemar.

Me desplomé en la salida. Nick cayó a mi lado, de costado. Sin aire. Estábamos hechos polvo, con quemaduras por gran parte de la piel y una importante inhalación de humo. Oímos las aspas del helicóptero al descender en el bosque y las sirenas de la ambulancia acercarse a toda velocidad. Nick me agarró la mano, sin poder parar de toser.

—Sin pestañas… —volvió a toser, mirándome por el rabillo del ojo— estás igual de guapa.

—¿Has dicho sin pestañas?

Me llevé la mano libre al párpado. Mierda, se me habían chamuscado.

—Casi nos convierten en menú del día —continuó—. Pareja a la brasa —miró su brazo—, aunque yo estoy más bien churruscado.

Nos dio un ataque de risa y de tos. Los sanitarios se distribuyeron. Varios «oinks» nos hicieron mirar al otro lado. Phoebe apareció entre nosotros, con Lúpulo y Cebada, sanos contra su pecho. Los había cubierto con la chaqueta del uniforme para protegerlos.

—Están bien —confirmó, dejándonos más tranquilos.

Luego miré hacia el helicóptero. Mi madre ya estaba en una

camilla, rodeada de sanitarios para controlar la hemorragia. Mi padre no se separaba de ella, pero con frecuencia miraba hacia mí. Sonrió con los ojos, reteniendo las lágrimas cuando le devolví la sonrisa.

—Thelma también va a ponerse bien. —Phoebe me acarició el cabello.

Nos colocaron máscaras de oxígeno y nos subieron a Nick y a mí también a diferentes camillas. A mi madre se la llevaron en helicóptero con mi padre. Los demás, fuimos en la ambulancia.

Nick levantó la mascarilla.

—Nena. Creo que estaba equivocado.

Fruncí el ceño al no entender de qué estaba hablando.

—No te quiero.

Ni los cerdos hicieron ruido en ese momento. Guardé silencio y acepté lo que decidiera. Nick sí me quería, pero entendía que después de todo no quisiese aceptar lo que implicaba mi trabajo.

—No te quiero —repitió, apretando los dedos—. Y no voy a poder quererte nunca porque querer se me queda corto cuando se trata de ti.

Lo miré de verdad, más allá de lo que los demás podrían ver jamás. Sabiendo que todo lo anterior casi nos cuesta la vida. La suya. La mía. Y entonces recordé lo que le dije tiempo atrás. Me aparté la mascarilla y lo repetí:

—Odian las cicatrices porque les recuerdan algo que no quieren recordar. Porque significan dolor.

Los ojos de Nick se humedecieron ligeramente, antes de responder con amor:

—A mí me gustan porque significan que sigues aquí. —Miró la K en su pecho—. Te amo, nena. Te amo.

Me incliné hacia su camilla y susurré sobre sus labios:

—Te amo, Nick.

Lo besé, y habría seguido haciéndolo si no fuera porque todavía necesitábamos la mascarilla para respirar. Por eso, y porque un sollozo rompió el silencio. Nos giramos hacia Phoebe, que abrazaba a Lúpulo y Cebada contra su pecho, limpiándose los mocos y las lágrimas con la manga del uniforme.

—Joder… —dijo entre el llanto y la risa—. Sois insufriblemente bonitos.

Hundió la cara entre los cerdos para que no la viésemos emocionarse.

Bill apartó la mirada para que no lo pilláramos también con la lagrimilla. Por el momento, Travis permaneció con los codos apoyados en las rodillas, la máscara de oxígeno y los ojos sobre mí, pero de una manera diferente; con aceptación. Exhaló despacio, pasando la mano por su cara sin ninguna prisa.

—Al final —murmuró relajado por fin—, siempre haces lo que te da la gana, Crowley.

Acabó la frase con una media sonrisa. La suya. Sostuvo la mirada un segundo más, sin reproches ni rencor. Y yo le sonreí también. Por fin, todo estaba como debía.

Capítulo 52

Brooke

Mi madre salió del quirófano y se recuperó antes de lo que los médicos habían previsto. La bala no había causado tanto daño como parecía.

En cuanto a mi puesto en la base, hubo muchas semanas de tratamiento psicológico previo, evaluaciones e informes, además de reuniones interminables con altos cargos hasta hoy; el día de mi reincorporación. Para Paul Jefferson y Guy Macklean, Mason y el Káiser murieron en un enfrentamiento, en defensa propia. Nadie habló de más, y lo ocurrido en los pasillos subterráneos se quedó enterrado allí para siempre. Tampoco se cuestionó la versión oficial, ya que a raíz de descubrir que Mason Smith era el topo, investigamos hasta hallar su verdadera identidad. El que había sido nuestro compañero, ni siquiera se llamaba así. Era un hacker. Uno lo bastante bueno como para construir una identidad desde cero, completamente falsa. Y lo bastante peligroso como para hacer que todos creyéramos en ella.

Con Nick todo se trató de forma interna, como debió haber sido desde el principio.

Travis no volvió a Ashmoor. Cuando alguien del pueblo preguntaba por él, me limitaba a decir: ni idea, no lo veo desde que volvió a la ciudad. Pero era mentira. Seguíamos trabajando juntos. Algunas historias no terminan mal, simplemente terminan. Y lo nuestro quedó donde tenía que quedarse.

Tal y como le prometí a Nick, no hubo nadie más entre nosotros. Y tal y como Travis me había prometido a mí, me reconstruyó física y mentalmente con ayuda del grupo, antes de mi incorporación oficial a la base.

Volví a mi trabajo. A lo que soy. Y la casa de Nick también volvió a ser lo que había sido años atrás: un hogar lleno de vida, de caos y de monstruitos, pero ahora sin goteras, sin humedad, con calefacción y suficiente comida en la nevera. Las reformas terminaron. Y aunque Donna tendría que pasar su vida en esa silla, su mirada perdida había desaparecido. Y parte de esa tristeza constante, también. Seguía teniendo días difíciles, pero poco a poco estaba volviendo a ser ella.

Lúpulo y Cebada se adaptaron mejor que nadie. Corrían por la casa, metiéndose donde no debían y aparecían cuando menos lo esperábamos. Los chips ya se los habían extraído, y solo les quedó una marca diminuta.

Entré en el vestuario después del entrenamiento. Era mi primer día oficial como agente del SEDS tras mi reincorporación y lo que sentí tras sacar el uniforme fue orgullo. Me habían vejado, maltratado, golpeado, acuchillado, perseguido, ahogado, quemado, enterrado viva y, aun así, estaba de vuelta aquí. De pie. Entera.

Deslicé los dedos por la tela antes de vestirme.

El uniforme no era solo ropa. Era lo que representaba. Lo que

había conseguido.

Cuando salí al pasillo, me encontré a toda la base formando filas. Agentes, jefes de grupo, enfermeros, sanitarios, el director del SEDS, el jefe de Operaciones, el equipo de psicólogos, mis padres… Todos en silencio. Me detuve en el centro del pasillo, sin comprender lo que estaban haciendo, hasta que al mismo tiempo, todos se llevaron la mano a la sien. Espalda recta, talones firmes, hombros alineados. El saludo reglamentario, ese que se reserva para mostrar respeto a altos cargos. Di un paso más, pero nadie bajó el brazo. Y entonces los vi. Phoebe Meyer, con los ojos brillantes y su melena del color del fuego, emocionada. Guy Macklean, dedicándome por primera vez una cálida sonrisa. Paul Jefferson, contenido, aunque a la vez vanidoso. Travis Holmgren, engreído como nadie, se atrevió a guiñarme un ojo. Bill Davis, con una mano sobre el pecho, y las lagrimillas a punto de brotar de sus ojos. Y mis padres, irradiando la más absoluta admiración. Aquello no era por mi rango. Era por haber vuelto, a pesar de todo. Por haber sobrevivido a lo que debería haberme destruido. Seguí el protocolo y avancé hasta el final, donde me detuve antes de dar media vuelta, devolviéndoles el saludo con la misma firmeza y respeto que ellos mostraron por mí.

Paul Jefferson rompió filas, acompañado de Guy Macklean.

—Bienvenida a casa, agente Crowley.

Mantuve el saludo reglamentario. Firme. Con la cabeza alta. Orgullosa.

—¡Gracias, señor!

—Agente Crowley, haz los honores.

Levanté la barbilla y alcé con seguridad la voz con el lema del SEDS.

—¡No somos civiles, somos armas del Estado! ¡Entrenados para resistir, preparados para todo! ¡Prevalecemos donde otros caen,

aunque el precio sea la muerte! ¡Servir, resistir y permanecer hasta el final, leales al SEDS!

Las filas se rompieron cuando bajamos los brazos, y el pasillo estalló en vítores y aplausos. Ninguno de los que trabajábamos en el SEDS éramos invencibles, pero sí éramos lo bastante duros como para sobrevivir juntos a todo el que intentara destruirnos.

Epílogo

Brooke

Meses más tarde

Me ajusté los guantes de un tirón. Travis habló en ese momento por el comunicador, porque cubría con Bill la otra parte del edificio.

—En posición.

Fue una orden clara. Apoyé la espalda contra el muro exterior. A mi izquierda, Phoebe cubrió conmigo la entrada trasera.

Travis volvió a hablar.

—Cortamos luz y entramos en tres… dos… uno…

Negro. El edificio quedó a oscuras. Se oyeron voces desde dentro, que estallaron al instante. Llantos. Bajé las gafas de visión nocturna.

—¡Avanzamos!

Los vimos antes de que ellos detectaran nuestra presencia. Dos en el pasillo, girando sobre sí mismos. Phoebe disparó dos veces, una bala para cada uno. Cayeron casi a la vez.

—Pasillo limpio, Holmgren —comunicó.

—Tercer piso —gritó Travis—. ¡Ya!

Subimos al tercero, donde el aire comenzó a ser denso. Percibí un claro olor a sudor mezclado con otros fluidos en los que preferí no pensar demasiado, y la intensidad empeoró cuando nos acercamos a la sala roja.

—Movimiento a la izquierda —detectó Bill, uniéndose con Travis a nosotras.

Un hombre paseaba desnudo. Nos disparó cuando oyó las pisadas, pero falló. Apunté directamente a su miembro y disparé. Y no sentí ningún remordimiento cuando le volé el pene. Se lo merecía. Avanzamos hasta la sala roja. La habíamos llamado así porque era donde la red de prostitución llevaba a las chicas secuestradas. En esa sala, las violaban en grupo.

—Disparad a matar —ordenó Travis.

Empujamos la puerta de la sala, confirmando el horror: colchones tirados por el suelo, cadenas colgando de las paredes, cubos, toallas con sangre y semen, que confirmaban lo evidente. Demasiados hombres. Chicas muy jóvenes, de entre doce y catorce años de edad con claros signos de abuso y maltrato.

Algunos de los pederastas se giraron al oírnos, aunque no nos pudieran ver. La mayoría caminaban a tientas por la sala. Y otros… ni siquiera se detuvieron. Abatí primero a esos, sin fallo en el tiro. El resto del equipo fue igual de letal. Disparos certeros. Controlados. Uno intentó correr. Otro saltó por la ventana, matándose en el acto. Hubo uno que llegó a empuñar un arma, pero antes de disparar, Bill le voló la mano y Travis lo remató con un tiro entre ceja y ceja.

Las fotos y los vídeos que nos habían llegado mostrando lo que hacían en esa sala estaban en nuestras cabezas. Otro se abalanzó hacia una de las chicas, usándola para cubrirse, pero eso no le sirvió

de nada. Me moví hasta tener un ángulo limpio y disparé, haciéndolo caer. Phoebe y Bill ya estaban cubriendo a las chicas, colocándose entre ellas y agrupándolas para explicarles que éramos agentes del SEDS. Travis y yo acabamos con los que quedaban.

—¡No dispares! —imploró el último, de rodillas—. Por favor, tengo mujer e hijas…

Travis agarró su pelo sin piedad y bajó a su altura.

—Estas chicas también podrían ser tus hijas, pedazo de mierda.

Me miró, asintiendo ligeramente, indicando que acabara con él. No lo retrasé. Apreté con gusto el gatillo.

—Sala limpia —informé.

Travis accedió a base por el comunicador para activar las luces. Se encendieron de golpe. Con luz, aquello era muchísimo peor. Phoebe y Bill habían cubierto a seis de las chicas con mantas limpias que habían encontrado. A las otras cuatro les dejamos nuestras chaquetas del uniforme para que se cubrieran. Algunas lloraban. Otras no tenían ni siquiera expresión, solo miradas vacías, perdidas en algún punto al que nosotros no podíamos llegar.

—Necesitamos transporte para la extracción inmediata de diez menores —ordenó Travis por el comunicador—. Necesitan atención médica y psicológica. Evaluación de carácter confidencial.

—Vamos, chicas. —Phoebe habló con suavidad.

Salimos del edificio cuando llegó el transporte con los equipos médicos. Travis condujo hasta la base. Dimos parte de los hechos a Thelma y Larry antes de irnos a los vestuarios.

—Meses detrás de esos cabrones —maldijo Travis al salir de la ducha.

Yo ya estaba preparada para irme, pero antes apreté su hombro.

—Has hecho un excelente trabajo. Quédate con eso.

—Tú también —admitió—. Buena puntería, Crowley.

—Crowley. —Phoebe me llamó. Estaba con Bill en la puerta—. Vamos a tomar algo, ¿vienes?

Decliné la invitación.

—Otro día. Esta noche tengo planes con Nick, y mañana tenemos celebración doble.

Phoebe esbozó una sonrisa cansada.

—Disfruta. Holmgren, ¿te animas?

—Joder, sí. —Se vistió enseguida—. Necesito un par de botellas de whisky para olvidar toda esta mierda.

Bill levantó la mano a modo de despedida y Travis abrió la puerta para que Phoebe saliera con Bill. Cerré mi taquilla y salí con ellos al aparcamiento para coger mi moto.

Conduje hasta Ashmoor y entré en casa corriendo. Mis padres pasarían la noche en la base, así que preparé algo rápido de cena y busqué una peli para ver con Nick en el salón. El timbre sonó. Apareció con un ramo de flores que había ido encontrando en el trayecto de su casa a la mía. La mayoría estaban mal cortadas, pochas incluso, ni siquiera combinaban entre sí, pero… eran de él. Y eso fue suficiente. Era un ramo desaliñado, imperfecto. Y no pudo gustarme más.

—Me encantan.

Tiré de su cazadora y lo besé antes de que pasara.

—Huele bien. —Nick siguió el olor hasta el salón.

—He hecho algo rápido y he elegido una peli.

Serví la cena sin complicarme demasiado y Nick trajo lo que faltaba: agua, cubiertos y servilletas. Nos sentamos el uno junto al otro.

—¿Día duro, nena?

Lo miré de reojo, consciente de que me conocía muy bien.

—Demasiado.

No hizo más preguntas, solo me apretó la mano. Cenamos viendo una película de acción y luego nos tumbamos acurrucados. Apoyé la cabeza en su pecho y acabé cerrando los ojos a los pocos minutos de que comenzara a masajearme los hombros. Desperté a la mañana siguiente, en mi cama. Nick estaba cambiado, preparado para irse al trabajo que había conseguido en la sucursal en la que trabajaba su padre.

—Te quedaste dormida —dijo, colocándose bien la camisa—. Te subí como un saco de patatas.

—Gracias.

—Y he ido a por mi ropa mientras dormías.

Se inclinó y me besó.

—Tengo que irme —añadió—. Nos vemos luego, nena.

—Haré hamburguesas para la fiesta.

Se acercó más, como si no pudiera evitarlo y me besó otra vez.

—Nick, vas a llegar tarde si sigues haciendo eso.

—¿Sí?

Lo atrapé suavemente en la cama. Sus manos se aferraron a mi cintura por debajo del pijama. Nick se desabrochó el pantalón y la sacó por un lateral del bóxer.

—Tengo tres minutos.

—Suficientes.

Tuve cuidado de no arrugar su ropa cuando me puse sobre él. Mis manos guiaron la erección hasta mi cavidad después de que se pusiera el preservativo, acabando con el poco espacio que quedaba entre nosotros. Subí y bajé mientras nos besábamos con respiraciones entrecortadas hasta que la necesidad nos hizo convulsionar. Apoyé mi frente contra la de él mientras alcanzamos el punto que queríamos.

—Nos hemos pasado cinco minutos —observé, ayudándole a

arreglarse a toda prisa.

—Han merecido la pena, nena.

Salí con él hasta el pasillo y reí cuando bajó las escaleras de cuatro en cuatro.

Nick

Esa misma mañana

Salí de la sucursal de Nueva York con mi padre cuando terminó nuestro turno. No tenía estudios para trabajar en un banco todavía, pero mi padre se enteró de que necesitaban a alguien de confianza para tareas sencillas: recibir a los clientes, derivarlos a caja o a los despachos, ayudar a las personas mayores con los formularios y mantener un flujo constante para que la sucursal no colapsara. No era un puesto importante, pero pagaban más que lo que cobraba como repartidor y hacía menos horas. En pocos meses había aprendido cómo funcionaba todo, de forma que ahora me dejaban echar una mano en caja. El banco iba a pagarme la formación de un curso certificado, para en el futuro poder ascender a un puesto como el de mi padre.

Saqué las llaves del Nickmóvil, papá montó en el asiento de copiloto y conduje hasta el colegio de Ashmoor para recoger a mis hermanos. Los vi salir como siempre: mochilas mal cerradas, chaquetas y cazadoras sin abrochar. Tenían esa energía inagotable que algún día echaría en falta porque la infancia era demasiado

efímera.

—¡Nick! ¡Papá! —gritó Madi.

Noah y Jack saltaron dentro del coche. Noah llegó primero. Jack empotró a Noah contra la puerta. Y Madi casi se cae en un charco, por darse la vuelta para despedirse de su amiga Emma.

—Orden, chicos —pidió papá.

—Cinturones —recordé.

Arranqué cuando se los pusieron, oyendo las voces de la señorita Figueroa.

—¡Nickolas! ¡Nickolas!

Pisé el acelerador antes de que llegara al coche, fingiendo no haberla oído. Cuando la distancia fue prudente, aflojé y miré por el retrovisor hacia mis hermanos.

—¿Qué habéis hecho esta vez?

—Nada —dijo Noah.

—Has respondido demasiado rápido.

Papá se mantuvo al margen, acostumbrado a que tomara el rol de padre.

—¡Han llenado el aula de barro! —Madi se echó hacia delante.

—¡Mentirosa! —se defendió Jack—. ¡Solo han sido unos cubos de arena!

—¡Nooo! —gritó, ofendida por lo de mentirosa.

Papá resopló por la nariz.

—Hijos míos, ¿os cuesta mucho portaros bien dos días seguidos? Dos. No pido más.

Les echó el sermón hasta el bar.

—No bajéis —advertí, señalándoles con el dedo—. Quiero vuestras manos lejos de la comida.

Salí del coche. Nada más cerrar la puerta, vi tres caras pegadas al cristal. Negué con la cabeza antes de entrar. El cartel de «CERRADO»

colgaba de la puerta. Pese a eso, abrí. Sabía que Brooke estaba dentro.

—¿Hola?

No me oyó. El olor a carne me guio hasta la cocina. Empujé la puerta y la encontré de espaldas. Me fijé en la hermosa figura que resaltaba su pantalón negro. Brooke llevaba el delantal atado a la espalda y un jersey de lana. Terminó de colocar las hamburguesas en sus respectivas cajas antes de girarse, como si me hubiera presentido.

Sonreí.

Cuando quiso darse la vuelta, yo ya estaba tras ella.

—Mmm… —gimió, haciendo el tonto—. Qué sigiloso.

Bajé la mirada a sus labios, y los saboreé aprovechando que nadie nos veía.

—Hola, nena —dije, bajo.

—Hola, Nick.

Sujeté su barbilla con la mano y volví a besarla como si llevara días conteniéndome, cuando en realidad había dormido en su casa. La subí sobre la encimera con suavidad, solo para que el beso fuera más profundo.

—Te he echado de menos toda la mañana —murmuré contra su boca.

—Calla.

Hizo una especie de pinza con las piernas para retenerme y así seguir besándome. Sus dedos se me enredaron en el pelo. Mis manos bajaron a su cintura, acercándola a mí. Me separé de sus labios respirando más fuerte de lo normal, pegando mi frente a la suya.

—Tengo tres críos pegados al cristal del Nickmóvil.

—Que esperen un minuto.

—También está mi padre.

—Que espere también.

Seguí besándola, más lento esta vez.

—¡Sois novios, sois novios!

Los gritos de Madi hicieron que nos separásemos. Mi hermana estaba en la puerta de la cocina, con los ojos como si se le fueran a salir y una sonrisa demasiado maliciosa para lo buena que era.

—¡Lo sabía! —chilló.

—¿El qué? —disimulé.

—¡Os he visto! ¡Os estabais besando!

—¿Qué? ¡No! Brooke se estaba ahogando —improvisé, pero no se lo creyó—. ¿Qué haces aquí?

—¡Me hago pis!

Me fijé en cómo mi hermana apretaba las piernas. Brooke se tapó la boca un segundo, riéndose por lo bajo.

—Vamos, Madi —dijo, aguantando la risa—. Te llevo al baño.

Desaparecieron de la cocina y aproveché para terminar de preparar las bolsas. Volvieron minutos después. Madi llegó primero, mucho más tranquila y con Brooke detrás. Se cruzó de brazos y nos miró a los dos con esa cara pícara de «os he pillado».

Brooke me señaló delante de ella.

—Esto es culpa tuya, que lo sepas.

—¿Mía?

Levanté los brazos con teatralidad, lo que provocó que Madi rompiera en carcajadas.

—¡Se lo voy a contar a papá y mamá! ¡A Emma! ¡A…!

—No vas a contar nada a nadie —la interrumpí.

—¡Sí!

Me arrodillé para quedar a su altura.

—Está bien, pequeña chantajista. ¿Qué quieres por tu silencio?

Se llevó un dedo al moflete, pensativa.

—A ver que piense… ¡Ah, ya sé! Quiero… Un furby.

—¿Un qué?

Brooke se dobló de la risa al ver mi cara.

—Un fur-by —repitió, vocalizando en exceso.

—¿Eso qué es?

—¡Un furby! Canta, habla, baila. ¡Y tiene los ojos redondos como Lúpulo y Cebada!

Brooke me enseñó una foto del juguete en el móvil. Miré la imagen de la pantalla. Luego a Madi. Y acabé devolviendo el móvil a Brooke.

—Eso da miedo.

—¡No! —se indignó—. Es lo más adorable del mundo.

Alcé los brazos de nuevo.

—¿Adorable, Madi? ¿Eso es adorable?

Cruzó los brazos, inflando los mofletes.

—Pues… Si no me compras el furby, lo cuento.

Antes, esta conversación no habría existido porque en ocasiones no habíamos tenido ni para comprar un brik de leche. Ahora era distinto. Teníamos una economía normal, con la que sí podíamos permitirnos algo más.

Madi hizo otro puchero.

—Emma tiene uno.

Exhalé por la nariz.

—Eres una chantajista.

—¡No lo soy!

—Un poco, sí. —No pude evitar sonreír—. Te compraré el furby, Madi. Pero no porque me hayas chantajeado, sino porque te lo mereces.

Sus ojos brillaron.

—¿De verdad?

—De verdad. Ahora, al coche; enseguida voy.

Salió disparada de la cocina.

—Te ha sacado un furby —dijo Brooke, de nuevo sobre mis labios—. Voy a recordártelo siempre.

—Lo sé.

La besé antes de coger las bolsas y rocé su cintura con la mano, apartándome a regañadientes.

—Gracias por esto, nena. Te veo en media hora.

Antes de cruzar la puerta, miré atrás una última vez. Brooke estaba preciosa.

Salí con las bolsas en las manos, comprobando que las tres caras seguían pegadas al cristal.

—Ya era hora —se quejó Noah, en cuanto abrí el maletero.

—¡Tengo hambre! —añadió Jack.

—¿Dónde está mi furby? —preguntó Madi.

Arranqué sin hacerles ni caso.

Cuando llegamos a casa, todo estaba bien. La rampa, las puertas, las ventanas… todo estaba como debía estar. Y eso, hace no tanto, era muy diferente. Ya no teníamos humedades ni goteras. La cocina funcionaba. En el frigorífico no faltaba de nada. Y mamá tenía una silla nueva, eléctrica, que podía dirigir ella misma.

—Hola, mamá —saludé al entrar, besando su mejilla.

Revolví el pelo a Claire y a Juliet.

—Entretenedlos—pedí a mis padres—. Y abrid a Brooke cuando llame.

Fui a la cocina a inflar globos, cintas, velas… Coloqué todo rápido, sin pensarlo demasiado, nervioso porque por primera vez desde hacía años, podíamos celebrar los cumpleaños. Llamaron al timbre. A pesar de estar en la cocina, oí los gritos de Madi.

—¡Brooooooooke! ¡Nick está en la cocina preparando una fiesta! ¡Pero tranquila, sé que no puedo contar lo del beso!

El globo que tenía en la boca se me escapó. Mi novia entró después y el timbre volvió a sonar de nuevo. Jess, Vicky, Walter, Larry y Thelma estaban invitados.

—Vale, creo que ya está —dije a Brooke, que acababa de entrar en la cocina.

Retocó un par de detalles antes de salir al pasillo a llamar a todos.

—¡Monstruitos, podéis entrar! ¡Los demás también!

El pasillo tembló cuando los niños y los cerdos vinieron corriendo. Y no me extrañó, entraron a la cocina como una estampida de elefantes.

—¡Está *priceoso*! —dijo Emma, jugando con los globos.

Madi subió a la silla e intentó meter un dedo en la tarta.

—¡Wooooooow!

—¡Ni se te ocurra! —La bajé de ahí.

Jack y Noah intentaron lo mismo.

—¡¿Pero es que no tenéis modales?!

Mamá entró, ligeramente emocionada. Thelma y Larry cogieron una cerveza de la nevera. Juliet empezó a reír. Claire dio palmas. Mi padre se quedó con Walter en la entrada. Vicky y Jess intentaron poner un poco de orden. Y las hamburguesas duraron lo que tardaron en sentarse. Las patatas fritas volaron. El bote de kétchup desapareció.

—¡Esta es mía! —gritó Madi.

—¡No! —replicó Emma—. ¡Mía!

—Es verdad —intervino el padre de Brooke—. Es de Madi.

—¡Papá! —Brooke llamó la atención a Larry—. No metas cizaña.

Thelma y mamá rieron. Encendimos las velas de la tarta y

cantamos a Juliet y Claire el cumpleaños feliz. Me quedé un paso atrás, mirando la vela con el número tres, hasta que mis hermanas apagaron la llama. Miré a mamá, y la vi feliz. Mi padre volvía a disfrutar de su mujer y de sus hijos. Brooke estaba agachada junto a las mellizas. Se volvió a por Madi y Emma, para hacerlas girar como un helicóptero. Me fijé en todos, pero los ojos siempre volvían a ella.

—¡Eh, usurpadores! —gritó cuando Jack y Noah robaron de la mesa el plato entero—. ¡Eso es para después!

Pero Noah ya había salido corriendo con la boca llena hacia el salón. Lúpulo y Cebada fueron tras él, colándose por sus piernas hasta que Noah tropezó.

—¡Mis tortitas! —lamentó Jack.

Lúpulo y Cebada mordieron varias de las que habían caído al suelo.

—¡Las están robando! —chilló Madi, corriendo ahora junto a Emma.

—Vale —intervino Brooke—. Monstruitos, fuera. Adultos, también.

—¡Eran mías! —protestó Noah.

—Han pasado a mejor vida —respondió—. Venga, a la sala de estar.

Lúpulo levantó la cabeza con media tortita colgando del hocico. Cebada, igual.

—Confirmado —añadió, muerta de la risa—. Han pasado a mejor vida.

Poco a poco, la cocina se fue vaciando hasta quedarnos solo nosotros. Repartimos la tarta en pequeños platos antes de llevarla a la sala de estar. Y Brooke jugó con mi mano después de coger las cucharas.

—Se te da bien esto —comentó.

—A ti también.

El caos del salón nos llegó amortiguado. Las risas, los gruñidos de los cerdos, algo cayéndose. La agarré por la cintura para atraerla hasta mí.

—Antes ni siquiera podía llenar la nevera —recordé—. Gracias por estar, nena.

—Nunca te he amado por lo que tienes, Nick, sino por cómo eres.

—¡La tartaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —gritaron Madi y Emma desde el salón.

Al coro se unieron Jack, Noah, Juliet y Claire.

—¿Cuándo quieres que se lo contemos?

Brooke negó despacio. Me moría por gritarle al mundo que estaba con ella.

—Aún no. Hemos pasado por mucho, Nick.

—Tienes razón.

—Nos merecemos un tiempo para nosotros, solo tú y yo. Sin presión. Sin que nadie esté pendiente de si sale mal o no.

Escondió sus dedos en mi pelo.

—Lo entiendo, nena. Solo nosotros.

Por ahora, no hacía falta que nadie más lo supiera. Le di un último beso. Corto, pero intenso.

—Será mejor que vayamos —sugerí, estrechándola contra mí—. Nos van a desmontar la casa.

Lúpulo y Cebada aparecieron por la cocina con un gorrito de paja con flores pegadas.

—Van a salir en las fotos mejor vestidos que nosotros —bromeó Brooke.

Cogimos los platos. Antes de salir, Brooke se giró coqueta.

—¿Duermes conmigo esta noche?

—Todas las noches que no estés en el SEDS.

Volví a retenerla entre mis brazos, con cuidado de no tirar los platos.

—Te amo, nena. Somos lo que queda después de todo —murmuré contra su boca.

Estaba perdidamente enamorado de ella.

—De todo lo que hemos sido —dijo.

—De todo lo que hemos sobrevivido.

—Somos… —susurró.

Devoré sus labios sellándolos con los míos.

—Cicatrices.

Agradecimientos

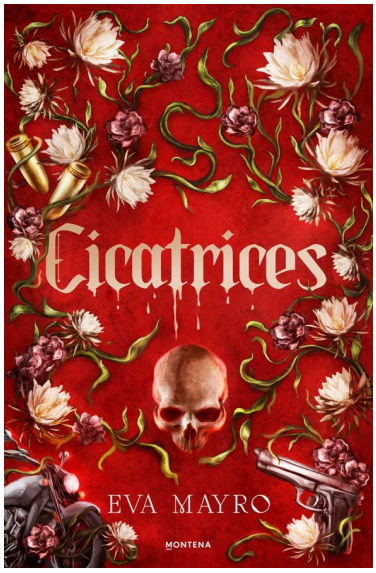
En primer lugar, gracias a la gente a la que quiero y que me quiere. Me siento muy afortunada por tener la familia y las amistades que tengo. Segundo, a mi equipo de Montena (Penguin Random House), por ser excelentes personas, increíbles en su trabajo y por hacerme sentir que este nuevo libro es tan importante como el primero. Gracias también por permitirme conciliar la escritura con la vida familiar de una manera mucho más amable y humana. Y por último, aunque no por ello menos importante, a quienes me leen, a quienes recomiendan mis libros, a quienes vienen a conocerme en presentaciones o firmas, comparten fotos cuando encuentran *Latidos* o *Cicatrices* en librerías y, en definitiva, viven cada historia como si fuera suya.

Gracias, lectores y lectoras, por hacer posible que pueda seguir dedicándome a lo que más me apasiona: escribir. Lúpulo y Cebada también os lo agradecen.

P. D.: Denver (miniyo), no olvides nunca que mamá te quiere muchísimo. La maternidad no es fácil, pero es sin duda lo más gratificante, real, auténtico y maravilloso que me ha regalado la vida.

Con amor,
Eva Mayro

Su mente es un arma. Su cuerpo, una tentación peligrosa que ha aprendido a utilizar.



Las apariencias engañan, y Brooke Crowley ha hecho de la mentira su especialidad. Sirve cafés en Ashmoor, un pueblo austero donde nadie hace preguntas. Sus vecinos ignoran que no es una civil cualquiera: Brooke es agente del Estado, entrenada para el SEDS (Servicio Especial de Defensa y Seguridad).

Travis Holmgren, jefe de grupo del SEDS, sería capaz de arrasar con todo por ella. Es seguro, implacable, el único en quien Brooke ha podido confiar. Pero Nickolas, su mejor amigo de la infancia, también la desea… incluso ahora que su tapadera se ha roto, desatando una amenaza mucho mayor: un hombre peligroso, sin rostro ni nombre, conocido como el Káiser.

Brooke Crowley se ha convertido en su objetivo. El Káiser quiere doblegarla, quebrarla y convertirla en algo irreconocible antes de hacerla desaparecer para siempre. Y Brooke lo sabe.

Ahora deberá enfrentarse a la decisión más difícil de su vida: proteger a quienes ama o cumplir con el deber que juró… mientras lucha por salvarse a sí misma.

En su mundo, fallar no es una opción: es la diferencia entre matar o morir.

Eva Mayro (1996) vive en Cuéllar (Segovia), aunque también creció en Valladolid, una ciudad que marcó su infancia y que, a día de hoy, permanece entre sus favoritas. Escribir de la mano de una editorial tradicional es su sueño cumplido.

Apasionada del romance en todas sus formas, Mayro construye historias intensas, llenas de emoción, tensión y personajes inolvidables. Su amor por la naturaleza, los animales y la creación de contenido literario en redes, acompaña su proceso creativo. Sin embargo, el mayor motor de la autora es su hijo Denver, su pequeño gran amor.

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Eva Mayro
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ariadna Oliver
Ilustración de portada: © Patcas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-88417-03-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cicatrices
1. Brooke
2. Brooke
3. Brooke
4. Brooke
5. Nick
6. Nick
7. Nick
8. Brooke
9. Nick
10. Brooke
11. Brooke
12. Brooke
13. Brooke
14. Brooke
15. Brooke
16. Brooke
17. Brooke
18. Brooke

19. Brooke
20. Brooke
21. Brooke
22. Brooke
23. Brooke
24. Brooke
25. Brooke
26. Brooke
27. Nick
28. Brooke
29. Nick
30. Brooke
31. Brooke
32. Brooke
33. Brooke
34. Nick
35. Brooke
36. Brooke
37. Brooke
38. Brooke
39. Brooke
40. Brooke
41. Brooke
42. Brooke
43. Nick
44. Brooke
45. Brooke

46. Nick
47. Nick
48. Brooke
49. Nick
50. Brooke
51. Brooke
52. Brooke
Epílogo. Brooke
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Eva Mayro
Créditos